

Selección RNR

La ladrona Hood

Mari Díaz



Suspense romántico

La ladrona Hood

Mari Díaz



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A la memoria de mi más grande heroína

*Debo estar dispuesto a renunciar a lo que soy,
con el fin de convertirme en lo que seré.*

Albert Einstein

NOTA EDITORIAL

Selección es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Venezuela, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la lengua española* siempre está disponible para consultas.

PEGASO



«¡Volveré a verla!», pienso con emoción al escucharla decir que planea una reunión con el equipo. El corazón me da un vuelco y siento que cada vez se me hace más difícil ocultar mis sentimientos hacia ella. Evito a toda costa que lo note, sé que le incomoda mucho cualquier demostración de afecto, sobre todo, si viene de mí; por eso hicimos un pacto que hemos respetado durante mucho tiempo: nadie debe saber nuestro secreto.

Han pasado años desde que la conocí, y nunca olvido ese momento, su rostro y esos hermosos ojos mirándome con ingenuidad. Haría lo que fuera por ella, hasta mi vida la entregaría con gusto para salvarla, es la razón principal por la cual sigo a su lado, y junto al equipo que formamos.

He sido un auténtico truhan y he aprovechado al máximo la habilidad que poseo para hurtar cosas sin que nadie lo note, pero eso ha quedado en el pasado... o al menos es lo que todos creen. Ahora mi trabajo consiste en localizar nuevos peones que nos ayuden en cada jugada, así como también

colocar en el mercado los objetos de valor que forman parte del botín, aunque
hago cualquier cosa que Caissa me pida.

BIG BEN



Mis dedos se mueven con rapidez sobre el teclado del ordenador, intento vulnerar la seguridad de una empresa, no solo con el propósito de completar la misión, sino también para darme mi pequeña dosis de esa sensación que me hace sentir un ser superior a todos, es una satisfacción inigualable.

Este es mi trabajo, vivo para esto, soy el mejor en lo que hago, no me importa si me llaman *cracker* o delincuente, me da lo mismo porque soy una pieza importante en el equipo, lo cual implica que sobre mis hombros pesa una gran responsabilidad, y es por eso que ellos confían en mí, jamás los he defraudado ni pienso hacerlo nunca.

—Y... ¡Listo! Ya entramos —declaro con aire triunfante y una sutil sonrisa ilumina mi rostro.

—Vale, ahora falta el último movimiento del tablero —confirma satisfecha

mi hermosa dama dedicándome una mirada cargada de entusiasmo.

EIFFEL



Estoy inmersa en los documentos de identidad que debo forjar, son los necesarios para entrar en una gran empresa, esta vez el riesgo de que nos descubran es mayor, pero no nos importa, todos estamos conscientes de los peligros en este trabajo, y la recompensa lo vale.

Sigo con los ojos la esbelta figura de Caissa que se mueve con gracia dentro de la habitación mientras le da instrucciones a mi compañero, y siempre que la observo con detenimiento la imagino como una especie de heroína moderna, siento gran admiración y agradecimiento hacia ella, es por ello que continúo siendo parte de este equipo, y una hábil falsificadora, por eso, y por alguien más.

—Los documentos están listos —le informo con voz suave.

Caissa se gira, sonrío con picardía y sus grandes ojos negros se llenan de luz.

—Lista para la fase uno del plan —declara ella con firmeza.

MARENGO



Me despierto sobresaltado al escuchar el timbre del teléfono, la resaca me golpea en las sienes; con soñolencia abro los ojos para verificar la hora, el reloj marca las dos menos cuarto de la tarde, no quiero atender la llamada, pero sé que es ella, debo hacerlo. Respondo con pereza y de mal humor, pero mi enfado se esfuma al escuchar su voz al otro lado de la línea.

Mis hábitos son casi los mismos desde que entré en el equipo, disfruto mi trabajo, y mucho; tengo el privilegio de entrar con facilidad en las fiestas de la alta sociedad, clubes, discotecas, casinos y bares, todos de alto calibre, donde solo millonarios acuden en busca de lo único que puede faltarles a su vida. Soy un hombre atractivo y saco provecho de ello, además cuento con una habilidad bastante útil en este negocio: la manipulación, lo cual me ayuda mucho a la hora de encontrar nuestro próximo objetivo.

Llevo más de tres meses tras este sujeto, y estoy seguro de que al terminar tendremos más dinero del que jamás hemos soñado..., pero Caissa siempre quiere más.

Le informo al respecto y le pido que permanezca donde se encuentra ahora, pero parece enfadarse por la sugerencia; es cierto, es ella quien da las órdenes, decide y pone a cada pieza en el lugar que corresponde en este juego, después de todo, ella es la dama.

CAISSA



El agua de la bañera me acaricia la piel con una deliciosa tibieza, el aroma a rosas del gel me inunda los sentidos. Mis pensamientos me llevan a la noche anterior en la discoteca, al reencuentro con mi equipo, sonrío al evocar el momento, pero mi sonrisa se esfuma con rapidez al recordar la imponente figura de él, sus ojos, su aroma, y su avasallante personalidad; sacudo la cabeza en un intento por evadir esa imagen que comienza a colarse sin permiso en mi mente.

Salgo con pereza, me envuelvo en una toalla mullida y me coloco frente al espejo; mis ojos me recuerdan mi triste pasado, pero también mi meta, solo vivo para ello, tengo un único propósito en la vida y lo conseguiré a costa de mi propia felicidad de ser necesario.

Soy la dama y estoy al frente de un sofisticado equipo de ladrones; nuestro propósito es noble, los medios que utilizamos no tan lícitos.

PRÓLOGO

Norte de Francia, septiembre de 2008

Un torrencial de lluvia azotaba el poblado desde tempranas horas de la tarde, el viejo reloj retumbó haciendo eco en el oscuro pasillo para anunciar que ya era la medianoche, cuando en la penumbra se divisó la sombra de una figura frágil y escurridiza que corrió con agilidad hacia la estancia principal; solo se escuchaba el estruendo intermitente de los relámpagos que rasgaban el cielo y el aguacero que caía desde hacía más de cinco horas, el cual ella aprovechó para encubrir sus movimientos. Se acuclilló frente a la puerta amplia de doble hoja y sus largos cabellos azabaches cayeron como cascada por su espalda. Después introdujo unas pinzas en la ranura de la cerradura y las giró en varias direcciones; sus manos huesudas manipularon con destreza la herramienta que utilizó como llave improvisada; casi de inmediato escuchó un sonido que, para sus oídos, era la voz de la libertad que la llamaba a gritos.

Sin tiempo que perder salió con rapidez, casi de inmediato sintió la lluvia fría golpear con fuerza su famélico cuerpo empapándola de pies a cabeza, pero eso no le importó, ya nada le importaba. Corrió hasta llegar al enrejado principal, levantó su hermoso rostro y lo observó con pasmosa altivez antes de escalarlo. Al alcanzar el borde, desde lo alto contempló durante unos segundos el lugar que había sido hasta ese momento su hogar, su desdicha, su prisión. Descendió con la misma destreza con la que había subido, cuando sus zapatos desgastados tocaron el lodazal, sonrió aliviada, en ese instante supo que al fin era completamente libre, y se juró a sí misma que, mientras su

corazón latiera, no iba a permitir que ningún niño sufriera las consecuencias de su destino.

CAPÍTULO 1

Manhattan, abril de 2017

En la estación de policía, de brazos cruzados a la altura del pecho, y con el hombro apoyado de la puerta de entrada a la sala de denuncias, Carlos Aldana acarició con la mano izquierda su barba cuidada, en la derecha sostenía una hoja de papel con el retrato hablado de su nuevo caso: una mujer de rasgos sensuales, cabello lacio y rubio hasta los hombros quien era la perpetradora del delito.

Estaba decepcionado, había trabajado duro en el departamento de policía durante los últimos cuatro años, ya que se había convencido de que con ello estaría garantizada la asignación de su primera investigación, y lo logró, solo que en un intrascendente caso de hurto.

Resopló malhumorado y miró en dirección a su escritorio; fijó con intensidad sus ojos color café sobre el hombre de aproximadamente setenta y cinco años que se hallaba sentado a un costado; la expresión de su rostro era de desorientación, su mirada melancólica vagaba por la sala para observar a los oficiales ir y venir. Unos minutos antes, Carlos escuchó a uno de los detectives decir que el pobre viejo apenas pudo describir con languidez a la preciosa rubia que, además de vaciar el contenido de su caja de fuerte, también había dejado roto su viejo corazón.

Sintió cierta compasión por él, deseaba tener las palabras adecuadas para brindarle un poco de apoyo moral, sin embargo, no iba a hacer algún tipo de comentario absurdo, puesto que no quería desencadenar el llanto del sujeto

frente a su escritorio. Era consciente de que, a sus treinta y cinco años, con un divorcio a cuestas, sin hijos, ni pareja, no era el más idóneo para aconsejar a nadie en asuntos de amor; su trabajo se había convertido en su vida, y no sabía en qué momento había pasado de ser un hombre normal a tan solo un simple cumplidor de la ley.

Se acercó para presentarse con formalidad.

—Señor Lance, soy el detective Carlos Aldana.

Para él no era sencillo pasar desapercibido en ningún lugar, con su estatura y porte atlético era siempre objeto de miradas indiscretas. Con casi veinte centímetros de diferencia en estatura, tuvo que inclinar un poco la cabeza para poder mirar directo a los ojos al anciano que ya se encontraba de pie. Notó la mueca de sonrisa en un fallido intento por disimular la vergüenza y tristeza que sentía, sin embargo, algo en su voz lo delató.

—¡Ah, detective!, gusto en conocerlo, soy Albert Lance.

—¿Albert Lance, el exsenador? —sondeó con una ceja enarcada: el nombre le había parecido familiar.

—Sí en efecto, aunque en la actualidad trato de no involucrarme en la política.

—Ya veo —espetó en tono desdeñoso y procuró evadir los pensamientos de sarcasmo que danzaron en su mente: «Desde luego, como ya completó su cuota de corrupción, qué objeto tendría seguir involucrado en la política».

—Por favor, tome asiento —ordenó con amabilidad—. Voy a realizarle una serie de preguntas que serán de importancia para el caso, por cuanto le pido que piense bien antes de responder. Trate de recordar hasta los detalles que usted crea innecesarios, que para mí de seguro serán muy significativos.

—Diga usted.

—¿Cómo conoció a la mujer que describió?

El hombre suspiró, ladeó su rostro para luego mirarlo de frente.

—Fue recomendada por la agencia de colocaciones para el puesto de asistente doméstica; ella entregó las credenciales a mi ama de llaves y

comenzó a trabajar casi de inmediato.

—¿Trajo la documentación con usted?

—Sí, detective, en ese *dossier* está todo, aunque estoy convencido de que es falso.

Carlos lo acercó y abrió con un gesto de hastío.

—Amanda Labell —leyó en voz alta el nombre impreso en la hoja de vida—. ¿Por qué no tiene fotografía?

—Ella dijo que no había tenido tiempo para anexarla y que después la entregaría, pero eso nunca ocurrió.

—¿Intentó buscarla?

—Por supuesto, pero tanto su dirección como los demás datos son falsos.

—¿Cómo ocurrió el hurto?

Esta vez su interlocutor contrajo la mandíbula y tragó con dificultad.

—Sostuvimos una relación cercana, nos convertimos en buenos amigos, era sorprendente, pero teníamos gustos similares, y poco a poco... consiguió que me interesara en ella. La noche anterior al robo se suponía que tendríamos nuestro primer encuentro íntimo, sin embargo, luego de dos copas, me quedé dormido. Al despertar, ella había desaparecido con todo el contenido de mi caja fuerte, vació mis cuentas bancarias y se llevó dos pinturas valiosísimas que tenían gran significado para mí.

—¿La cerradura de su caja fue violentada?

—No, cuando noté que faltaban las pinturas me dirigí hasta mi estudio y pude verificar que estaba entreabierta, se llevó todo el dinero que tenía dentro, así como costosas joyas de mi difunta esposa, solo dejó una nota dentro.

Colocó sobre el escritorio un trozo de papel escrito en una impecable caligrafía, donde podía leerse con claridad: «Gracias por tu contribución».

Carlos abrió una de las gavetas del escritorio y extrajo unas pinzas con las cuales recogió la nota para colocarla de forma meticulosa dentro de una bolsa plástica con cierre hermético.

Lance se sonrojó un poco e hizo una mueca de excusa que su interlocutor ignoró deliberadamente.

—¿Las joyas y pinturas estaban aseguradas?

—Sí, por supuesto, pero ahora me doy cuenta de que ni siquiera la indemnización de la póliza podría sustituir el valor de lo que se llevó; su significado era más sentimental, ¿me comprende?

Carlos se limitó a asentir mientras escribía.

—¿Le suministró usted algún tipo de información acerca sus números de cuentas bancarias, contraseñas, o quizás la ubicación de la caja fuerte o su combinación? —investigó Aldana con suspicacia.

—¡Por supuesto que no! —exclamó de manera enfática y sus ojos emitieron un destello de ira.

—Lo siento, no se altere, necesito saberlo.

—Disculpe usted, aún estoy perturbado por todo lo sucedido —confesó avergonzado.

—¿Por cuánto tiempo estuvo ella en su casa?

—Dos semanas y dos días.

—¿Tiene usted sistemas de seguridad instalados, como cámaras de vigilancia, alarmas contra robo u otros?

—Sí, tengo un sistema de cámaras y alarma, pero ninguna se activó.

—¿Algún detalle importante acerca de ella, como, por ejemplo, acento al hablar, cicatrices, tatuajes, lunares... algo que recuerde?

—Pues, en realidad recuerdo un tatuaje, era una mariposa azul posada sobre una rosa roja —confesó con un ligero rubor en su rostro.

—¿En qué área del cuerpo tenía ese tatuaje?

—En un costado, en su cadera izquierda para ser más específico.

—Bien, gracias por su colaboración, necesito que pase de nuevo con el oficial Jarold, para que le haga una descripción más detallada del tatuaje que me acaba de señalar, y de esta manera él pueda elaborar un retrato hablado; también voy a necesitar que deje sus números telefónicos y dirección, porque

tendré que ir hasta su domicilio para la inspección de rigor.

—Aquí tiene mi tarjeta con la dirección de mi casa. Gracias, detective.

Carlos quedó pensativo preguntándose cómo era posible que un hombre a esa edad, con tanta experiencia acumulada, cayera en las garras de una mujer así; sobre todo Lance que había sido conocido como un zorro viejo por los negocios turbios donde misteriosamente aparecía su nombre. Terminó por concluir que tal vez los años afectaban de alguna manera la razón. Una mueca de burla se dibujó en su rostro al imaginarse en una situación similar; las chicas se mostraban receptivas con él, se consideraba a sí mismo como un hombre atractivo, rostro varonil, de cabello negro, ojos café y complexión atlética debido a su rutina de gimnasio, pero por alguna razón que desconocía, luego de la segunda o tercera cita se alejaban sin explicaciones.

La hermosa mujer deslizó la peluca rubia que hasta ese momento ocultó la sedosa y ondulada cabellera azabache que contrastaba con su piel nívea; rotó su cuello en círculos y echó la cabeza hacia atrás para relajar un poco la tensión acumulada. Sacó con cuidado los lentes de contacto, para dejar al descubierto unos impresionantes ojos negros rodeados por espesas pestañas postizas que también retiró, e introdujo dos dedos en su cavidad bucal para extraer la molesta prótesis que ensanchaba un poco su boca.

—¡Al fin! —exclamó y un esbozo de sonrisa iluminó su hermoso rostro al verse libre de cualquier artificio, aunque justo era eso lo que protegía parte de la identidad con la que contaba.

Sacó de un pequeño estuche una solución incolora de olor desagradable, e hizo una mueca de asco que se repetía cada vez que la utilizaba, sin embargo, era lo único que podía disolver el tatuaje falso que llevaba en su cadera. Tomó un pañuelo desechable, frotó con energía, y poco a poco la colorida obra de arte fue desapareciendo, tan solo una marca rojiza quedó sobre la

piel.

Se sumergió en la modesta bañera tras agregarle espuma y aceites aromáticos, el agua tibia la acarició y provocó una sensación de delicioso placer que se extendió por todo su cuerpo, y suscitó un largo suspiro.

Conectó los auriculares al iPod para colocárselos en los oídos y de inmediato los sublimes compases de *Dangerous* en el violín de David Garret inundaron sus tímpanos con una melodía apasionante, un ritual que había comenzado hacía unos dos años, era el tema musical que marcaba el inicio y el final de un trabajo, y las únicas ocasiones en las que se permitía escucharlo. La deleitaban tanto las notas sensuales de los sonidos del violín como el encargado de darle vida al sofisticado instrumento; en ocasiones fantaseaba con él, le fascinaba su música, su apariencia atractiva y su sonrisa, que le parecía tan sensual.

Cerró los ojos e hizo un recuento mental de las últimas semanas. Las imágenes que de forma aleatoria se presentaban en su mente correspondían a sus jugadas que, a pesar de que muchos lo llamaban delito, para ella era un trabajo, uno que ejercía casi a tiempo completo desde sus escasos dieciséis años.

Sus víctimas no eran más que simples piezas contrarias y desechables en un inmenso tablero de ajedrez llamado vida, donde ella se consideraba a sí misma como «la reina» o «la dama», como se hacía llamar por sus compañeros. Una mujer sin ataduras de ningún tipo, sin embargo, no trabajaba sola: cuatro personas cubrían sus espaldas; más que un grupo de delincuentes que cometían fechorías, eran un grupo organizado y sincronizado que operaban en completa armonía.

Albert Lance, su último objetivo, lo consideró como el más fácil de toda su carrera, pues estaba carente de amor y atención. Los siete anteriores requirieron dedicación y esfuerzo extra para completar su jugada, pero siempre lograba su objetivo en un tiempo máximo de cuatro semanas.

Ya su equipo se encontraba en una nueva búsqueda, era una labor ardua de

investigación que les tomaba casi tres meses; tiempo durante el cual se mantenía apartada del sitio donde llevarían a cabo su próximo golpe. Era una complicada tarea de vigilancia e investigación de fortunas acumuladas, propiedades, hábitos, círculos sociales y preferencias, entre muchas cosas que hacían de su objetivo el ideal, pero antes tenía que mudarse y comenzar en otra parte: su vida estaba regida por reglas y la primera de ellas era «nunca quedarse en el lugar donde terminaba un trabajo».

Dejó la comodidad de la bañera para secar su cuerpo y colocarse un par de jeans descoloridos, una camiseta negra y encima una sudadera negra con capucha; era una de sus prendas favoritas, tenía el curioso hábito de comprarlas en colores oscuros. Se colocó un pequeño bolso cruzado y enfiló rumbo a la cafetería más próxima.

En cuanto salió, el frío golpeó su rostro, cubrió sus ojos con gafas de sol, subió la cremallera hasta el cuello, introdujo sus manos en la sudadera y echó a caminar por la transitada calle de la ciudad.

Manhattan era una ciudad ajetreada y, aunque muy bonita, el excesivo ruido constante, así como la multitud le causaban ansiedad; nunca se sentía a gusto en ningún lugar, siempre tuvo la sensación de ser una extraña a donde iba; los lugares concurridos y agitados como ese en particular eran ideales para hallar sus objetivos, pero no para ella, pues adoraba la tranquilidad, el silencio y la soledad, tres cosas a las que había tenido que renunciar para lograr su propósito.

Entró en un conocido café, su cuerpo pedía a gritos un poco de cafeína. Ordenó un expreso en la barra y luego tomó asiento en una mesa de la esquina al fondo del establecimiento, desde donde podía pasar desapercibida y ver con facilidad a las personas que entraban al lugar y salían de él; esta era otra de sus reglas: «mantenerse casi invisible, sin dejar rastros ni huellas».

Estaba a punto de marcharse cuando notó la presencia de un hombre que entró al lugar y llamó su atención; hizo un escaneo detallado del sujeto: zapatos finos, quizás italianos, pantalón y traje color grafito hechos a medida,

camisa azul celeste abierta hasta el tercer botón, que dejaba al descubierto algunos vellos rubios sobre parte de un tórax amplio y con toda seguridad tonificado; al llegar a su rostro dejó escapar un suspiro, pocas veces se había detenido a observar a un hombre de aquella manera; se mordió el labio inferior y deseó tener a ese desconocido en su cama: labios finos delineados, nariz perfilada y un poco respingada; los ojos de un extraño color verde gris, enmarcados por cejas espesas; el cabello rubio y peinado hacia atrás emanaba destellos dorados que le daban una apariencia salvaje y contradictoriamente formal; además, la barba incipiente lo hacía lucir mucho más apetecible.

Gisele se removió en el asiento y cruzó las piernas, recordó que hacía mucho tiempo no tenía una buena sesión de sexo. De algún modo, el desconocido fue consciente de aquella mirada intensa y se volvió con rapidez: sus impresionantes ojos se clavaron sin clemencia sobre los suyos. Casi de inmediato, ella inclinó la cabeza, encontró su móvil e hizo una marcación rápida, ocultó su rostro bajo las gafas y la capucha que se colocó antes de salir a toda prisa, caminó lo más rápido que sus pies le permitieron hasta dar con un taxi que la llevó al aeropuerto.

Marcelo acababa de salir del banco, aunque había razones para celebrar, no tenía con quien hacerlo. Paula, su última conquista, una exuberante pelirroja insistió demasiado en formalizar la relación, así que se vio obligado a abandonarla; él no era un hombre de compromisos, disfrutaba y sacaba provecho al máximo de la libertad que su soltería le confería. Llevaba una vida promiscua y libre de ataduras, no estaba dispuesto a pagar el precio de una relación estable, y mucho menos vivir al lado de una sola mujer, cuando podía tener a la que él quisiera.

Entró en un café del centro de la ciudad, y apenas sonrió, la empleada pareció derretirse frente a él; estaba acostumbrado a que este tipo de cosas

sucedieran. Le divertía ver cómo las mujeres se sonrojaban o temblaban ante su presencia; a veces, pasaba de ser gracioso a aburrido. Había comenzado a sentir la necesidad de un gran reto.

Se disponía a pagar la cuenta para marcharse, pero una extraña sensación le recorrió la espalda, era como si un magneto lo atrajera desde alguna parte; se dio la vuelta e hizo un recorrido visual rápido, quedó casi inmóvil al encontrarse con unos misteriosos ojos tan negros como la noche, que creyó habían penetrado hasta el fondo de su alma y lo dejaron sin aliento. No tuvo tiempo para detallar aquel rostro pálido que se escondió tras unas gafas de sol y capucha de la sudadera, dejando solo al descubierto unos hermosos labios carnosos al natural.

Estuvo tentado a abordar a aquella enigmática mujer, sin embargo, por alguna razón ella huyó a toda prisa como venado asustado. «¿Quién demonios escapa de mí?», pensó con arrogancia.

Estaba más que desconcertado, contrariado. Salió apresurado tras la desconocida, pero no logró verla por ninguna parte, parecía que se había esfumado.

—¡Maldición! —gruñó al golpear el asfalto con el pie, derramando parte de su café.

Un pensamiento cruzó por su mente. «¿Y si me han descubierto?»

—No, definitivamente no parece ser una de ellos —se dijo a sí mismo con una mueca de sonrisa antes de colocarse las gafas oscuras y entrar al lujoso deportivo BMW I8 color plata.

CAPÍTULO 2

—Vamos, teniente, no me haga esto. Sabe que ese caso es insignificante; le aseguro que, si me asigna el asesinato de la mujer del edificio abandonado, lo resolveré —suplicó Carlos con un dejo de frustración.

Su jefe lo observó con cara de pocos amigos. La figura regordeta tras el viejo escritorio era objeto de chistes entre los oficiales y detectives.

—¿Y qué te hace creer que podrás resolverlo? —cuestionó con arrogancia; sus ojos azul intenso se fijaron sobre él con una mirada despectiva.

—Porque he revisado los informes y estoy seguro de que se trata de un asesino en serie.

Su jefe soltó una risotada burlona.

—Tienes un grave problema, Aldana, crees que todos los casos son seriales; a ver si la ladrona te resulta en serie también.

Carlos apretó los puños, se levantó con rapidez del asiento y dio un fuerte portazo tras él, con la escandalosa risa del jefe que hacía eco a sus espaldas.

—¡Resolveré el caso de la puta ladrona y después veremos con qué carajo me sale! —masculló enfurecido.

Estaba decidido a resolverlo y para ello se autoimpuso una meta de sesenta días. Su primer paso fue centrarse en recabar toda la información necesaria de la ladrona, no solamente se fiaría de la débil declaración de la víctima, sino que iría a su casa y buscaría hasta debajo del tapete, de ser necesario.

Subió a su modesto coche Mazda 323 del año 2000, para dirigirse hasta la casa del anciano, la cual estaba ubicada en uno de los lugares residenciales

más selectos de la ciudad.

Al detenerse en la entrada principal, lo primero que notó fue una cámara exterior colocada en la parte superior del enrejado; a los pocos minutos el inmenso portón comenzó a deslizarse para darle paso y divisar de inmediato la gran mansión ubicada en la parte posterior.

Tras verificar su identidad, la señora que se identificó como el ama de llaves lo hizo pasar al vestíbulo, donde se quedó a esperar al dueño de la propiedad.

Observó con detenimiento cada rincón de aquel lujoso salón, mientras tomaba nota de absolutamente todo.

—Detective, gracias por venir —saludó Lance con elegancia—. Adelante.

Carlos se adentró en aquella mansión que parecía más un museo que una casa. Costosas pinturas colgaban de las paredes impecables, y antigüedades cubrían cada espacio. «Demasiadas cosas viejas juntas», pensó con desagrado.

Su anfitrión lo condujo hasta el estudio donde estaba ubicada la caja fuerte, la cual ocultaba tras un antiguo librero de madera.

Se colocó un par de guantes de látex para verificar si la cerradura tenía daños o signos de violencia; extrajo de su maletín un tarro de plástico, lo abrió e introdujo una brocha de fibra de vidrio para recoger un poco de su contenido y luego esparcir el polvo blanco con pequeños toques sobre la superficie. Tan pronto como comenzaron a aparecer las marcas de las crestas dactilares, movió la brocha en dirección a las líneas; luego abrió un sobre y sacó varias películas fotográficas cortadas en pequeñas cuadrículas, las roció con un atomizador y las colocó una a una sobre las huellas reveladas ejerciendo presión con sus dedos para trasplantarla. Repitió con serenidad el procedimiento sobre la pantalla digital e hizo varias fotografías con su teléfono móvil para agregarlas a las evidencias.

—Llevaré esto al laboratorio criminalístico.

Lance asintió con firmeza.

Era su primera investigación y justo en ese momento tomó conciencia de lo que eso significaba: era el encargado principal de descifrar un delito, pero también podía ser el responsable de dejar escapar a la autora. «No pediré ayuda de nadie», sopesó. Se convenció a sí mismo de que él podía hacerlo solo, y lo haría. Caminó alrededor de la habitación y tomó asiento frente al costoso sistema de reproducción de video digital para comprobar si estaban las grabaciones de los últimos meses; la extrajo y las colocó también dentro de una pequeña bolsa plástica.

—¿Podría llevarme a la habitación que ella ocupaba?

—Por supuesto, acompáñeme.

Subieron por las amplias escaleras directo hasta la parte superior para llegar al dormitorio.

Todo estaba en orden: frente a la cama tendida con perfección había un sofisticado mueble de madera con varias gavetas, que revisó una a una para darse cuenta de que todas se hallaban vacías. Lo único que había quedado como rastro era un florero de cristal con un lirio blanco que había comenzado a marchitarse.

Abrió la puerta del clóset y un delicioso aroma le acarició el rostro e inundó sus fosas nasales; presumió que probablemente se trataba de un costoso perfume femenino, sin embargo, no había ninguna prenda de vestir, ni objetos personales, tampoco nada que le indicara que alguien había estado allí. Una vez más repitió el arduo trabajo de búsqueda de huellas en cada rincón del lugar.

—Creo que tenemos algo, al menos, una de estas debe corresponder a la mujer que buscamos.

Al salir revisó la cámara de vigilancia de la entrada y confirmó lo que su instinto policiaco le había advertido: estaba averiada.

Regresó a la estación de policía para comenzar la investigación, le urgía ponerse a trabajar en el caso y conocer la identidad de la delincuente.

Pasó el resto del día junto a un oficial de criminalística haciendo un cotejo

dactilar. Los resultados no fueron alentadores, ya que solo coincidían con Lance y su ama de llaves. Era como si esa delincuente no hubiese existido, no había dejado rastro de ningún tipo y en ninguna parte de la casa.

—¡Maldición! ¡¿Por qué demonios solo hay huellas del viejo y ni siquiera una de la puta ladrona?!

Se dirigió hasta el laboratorio de tecnología informática, esperaba que ellos sí tuvieran información sobre los videos de vigilancia.

—¿Tienes algo para mí? —indagó con el ceño contraído al agente que estaba frente varios ordenadores.

—Tengo mucho, pero quizás nada de lo que esperas.

—¿A qué te refieres?

—Ven, toma asiento —le indicó el chico de aspecto enclenque y grandes gafas.

Giró la silla con rapidez y suspiró con fuerza antes de tomar asiento.

—Revisé una a una las grabaciones; todas, absolutamente todas fueron alteradas.

—¿Qué carajo dices?

—Lo que oíste, la mujer se tomó la molestia de alterar las grabaciones, es muy buena en esto, ella no aparece en ninguna de las cintas, de hecho, utilizó videos anteriores a su llegada para ocultar su presencia en la casa, es lógico que no tengas nada del momento del hurto.

—¿Cómo se puede hacer eso?

—Debió tener acceso personal al sistema, aunque de forma remota también pudo ingresar para revisar lo que quisiera, solo si conocía el dominio asignado por el servidor, sin embargo, es muy jodido que pueda modificar las grabaciones o alterar de alguna manera el contenido.

—Necesito un café —murmuró mesando sus cabellos sin salir de su asombro.

—Necesitas más que eso, debes crear de inmediato un perfil de esa mujer y te sugiero que comiences por allí; apunta que la zorra sabe cómo manejar un

puto ordenador mejor que tú.

Carlos le dirigió una mirada cargada de desprecio al tiempo que se levantó de su silla.

—Muy gracioso, también apuntaré que cuando logre capturar a la zorra la traeré para que te enseñe cómo carajo jode los sistemas de seguridad de sus víctimas, tal vez así puedas servir de más ayuda la próxima vez que te necesite.

El joven subió sus gafas y sonrió con indiferencia, antes de regresar a sus ocupaciones e ignorar por completo la presencia de Carlos quien todavía se mantenía junto a la puerta.

Sentada en el parque, con la mirada perdida, no veía en realidad a la gente ir y venir, sus pensamientos se centraban en cuál sería su próximo destino; estaba tentada a marcharse del país o a mudarse a otro Estado, sin embargo, no tomaría esa decisión de forma apresurada. Consideró que tal vez lo mejor sería tomarse unas vacaciones, no sin antes hacer un último trabajo.

Recogió sus cosas y regresó al pequeño piso para ordenar lo poco que llevaría; todavía tenía que deshacerse de las pinturas, las cuales había desprendido prolijamente de sus respectivos marcos, enrolló ambos lienzos y cubrió con ellos de forma meticulosa el exterior de un tubo cilíndrico, encima adhirió con cuidado un papel film cromado y, por último, una cubierta negra adhesiva con el identificativo de la Universidad de Cambridge; adentro colocó el pergamino de un título de experto universitario falsificado, el objetivo era utilizar el cilindro como un medio de transporte seguro para las obras de arte.

Tomó un teléfono móvil e hizo una llamada.

—Pegaso, tengo dos pasteles recién horneados, ¿podrás encontrar alguna fiesta a donde llevarlos?

—*Bonjour, madame*[1], —escuchó una voz grave al otro lado de la línea— de hecho, tengo dos muy buenas donde estoy seguro de que estarían encantados de recibirlos; hazme el envío hoy mismo.

—Bien, los enviaré a la dirección seis.

—¿Te dieron mucho trabajo?

—Para nada, diría que fue demasiado fácil, estoy casi desesperada por algo digamos que un poco más emocionante y arriesgado.

—Cuidado con lo que desees, podría hacerse realidad.

—Eso espero, avísame en cuanto lo tengas listo.

—No te preocupes, lo tendrás resuelto en menos de una semana.

—Adiós.

La posibilidad de un trabajo difícil le causó gracia, los tres últimos habían sido pan comido. Tomó otro teléfono e hizo una nueva llamada, esta vez a una mujer.

—Eiffel, comenzaremos un nuevo trámite, necesito documentación.

—Hola, Dama, solo dime a nombre de quién.

—Lorraine Hoover.

—¿De dónde es Lorraine?

—Es canadiense, específicamente de Quebec.

—Perfecto, tendré todo listo en cuatro días, avísame a dónde te los enviaré, recuerda que necesitaré su fotografía, así que no tardes mucho.

—En realidad ya sabes que eso depende en gran medida de Marengo, le voy a telefonar, espero que no tenga resaca —se burló.

—Eso es casi imposible, jamás conocí un hombre con tanta predisposición para las juergas —remató la torre francesa.

—De todas formas, estaré en busca de un lugar donde establecerme, en tanto que él concrete el nuevo objetivo, te llamaré luego para confirmar el lugar de recepción de toda la documentación —concluyó antes de colgar.

—*Au revoir*[2].

Sacó del bolso otro de los móviles que llevaba y marcó un nuevo número.

—Espero que tengas listo el próximo objetivo.

Escuchó un bostezo, seguido de un reclamo.

—¡Maldición, estaba dormido!

—Deberías saludar antes de maldecir —se mofó Gisele; le gustaba fastidiarlo.

—Cierto, ¿qué tal, bella dama? —la elogió con resignación—. Sí, ya lo tengo, no te preocupes, ¿dónde estarás?

—Estaré en Florida, me tomaré unos días mientras concretas el trabajo y, por favor, bebe un café y levanta tu apretado trasero de la cama.

—¿En qué lugar específicamente?

—Miami Beach.

Marengo suspiró profundo.

—Eso suena bastante inapropiado, ya que nuestro próximo objetivo vive allí, ¿lo sabías?

—No lo sabía, es una coincidencia.

—Te sugiero que permanezcas donde estás durante las próximas semanas.

—Sabes que no puedo hacer eso, tengo que marcharme. —Sus reglas autoimpuestas se lo impedían.

—¿Por qué Miami? —inquirió un poco aturdido.

—¿Y por qué no?, voy a repetirlo una vez más porque creo no escuchaste lo que dije: «estaré-en-Miami» —repitió con calma cada palabra.

—Como digas, reina —ironizó. Sabía que ella detestaba que la llamaran así; cuando mucho podía decirle «Caissa» sin que se enfadara por ello.

—No vuelvas a llamarme «Reina». —refutó ella de forma tajante, aborrecía ese apelativo.

—Perdón, bella dama, no volverá a suceder. Copiado, avísame cuándo nos podemos reunir para entregarte la información.

—Genial, gracias, adiós.

—Sí, claro, adiós.

Terminó de ordenar sus cosas con una sonrisa por la actitud de su

compañero de trabajo, era un hombre que disfrutaba de las fiestas y se movía con facilidad en esferas de gente acaudalada, a las cuales muchas veces llegaba a conocer no solo de vista; y para ella él era una pieza tan importante en su juego como los demás.

Recogió su mochila y salió con rapidez de su piso. Caminó a paso presuroso hasta la entidad bancaria, a esa hora de la tarde había poca afluencia de clientes, pasó directo a la taquilla interna donde depositó una pequeña parte del dinero que llevaba consigo, firmó la planilla y salió deprisa.

El sol se había puesto, y esperaba sentada en la gran plaza a que oscureciera un poco para poder ir a donde había planeado, era lo último que haría antes de marcharse.

Observaba con atención a los pequeños que jugaban despreocupados, mientras los padres caminaban o conversaban. Su mente la llevó durante unos breves instantes a su triste niñez; había sido difícil crecer al lado de niños y gente desconocida, sin embargo, eso no fue lo peor, sino hacerlo sin saber quiénes fueron sus padres o la razón por la cual la abandonaron en aquel olvidado orfanato.

De pronto divisó a un sujeto cuya imponente figura reconoció de inmediato; un esbozo de sonrisa se dibujó en su rostro mientras observó a aquel hombre atravesar la plaza, «sin duda alguna una estupenda vista», consideró. Lucía regio con su traje, seguro de sí mismo y tenía un andar bastante varonil; era la segunda vez que lo veía el mismo día, definitivamente estaba de suerte, no siempre un espécimen como ese le robaba la mirada, el aliento y, al parecer, el tiempo también porque sin darse cuenta había echado a andar tras él.

Caminó con cautela, sin embargo, él pareció notar que alguien lo seguía, ya que, en varias ocasiones volteó y miró en diferentes direcciones, pero Gisele había aprendido a ocultarse, no iba a ser sencillo descubrirla. Deseaba con vehemencia saber quién era él y a dónde se dirigía.

Su curiosidad quedó casi satisfecha al verlo atravesar las puertas de la

lujosa edificación que correspondía a un exclusivo hotel de la ciudad. Se apoyó de un árbol para contemplar al atractivo sujeto que se perdió tras los cristales de la inmensa entrada del *lobby*. De pronto notó que ya había oscurecido lo suficiente, regresó a la plaza, giró a la izquierda y se adentró en el subterráneo para tomar el tren con dirección a la zona más humilde y peligrosa de la ciudad.

Al llegar a su destino caminó bajo la iluminación de los faroles de electricidad durante unos diez minutos atenta a todo lo que ocurría a su entorno, hasta llegar a un callejón que asemejaba las fauces de un lobo hambriento.

Sus pasos hacían eco en la oscuridad, apenas algunas luces tenues iluminaban el reducido espacio. Sin darse cuenta sus pensamientos se centraron más en el enigmático hombre que en la soledad del lugar.

—¿A dónde vas tan sola preciosa?

CAPÍTULO 3

Se sobresaltó al escuchar la voz a su espalda, dio la vuelta y se encontró frente a dos sujetos de aspecto desaliñado y mirada lasciva. Advirtió de inmediato el inminente peligro, sin embargo, confiaba en que podía hacer algo al respecto.

—Vete al diablo —gruñó con sequedad antes de continuar su camino.

Transcurrieron escasos segundos antes de que el individuo tirara de su brazo con tal fuerza que la hizo girar con brusquedad; sus reflejos fueron más ágiles que la consciencia de lo que sucedía. Con rapidez torció el brazo de su oponente hasta dejarlo de rodillas; el otro sujeto se abalanzó sobre ella y fue neutralizado con una certera patada que lanzó contra la mandíbula de su atacante y terminó arrojándolo a un costado.

—¡Suéltame, perra! —gritó el rufián que se encontraba sometido, con el rostro descompuesto por el dolor.

Se percató de que el maleante sujetaba algo.

—¿Qué traes ahí?, dame eso —incredó ella antes de quitarle la navaja que empuñaba, para después clavársela sin compasión en el dorso de la mano.

—¡Esto es por tocarme!

—¡Ah, está bien lo siento déjame ir!! —gritó asustado

Su compañero se acercó de nuevo, esta vez con otro objeto punzante.

—¡Vamos, preciosa, no te dolerá!

—No te hagas ilusiones, nene —ironizó con actitud burlona.

El atacante se arrojó sobre ella una vez más e intentó con desesperación

clavar el puñal en alguna parte de su cuerpo, pero Gisele esquivó con destreza cada embestida usando como escudo protector al maleante que tenía sometido; en cuanto consiguió acercarse más a su agresor, se inclinó y, como una pantera en pleno ataque, se ubicó tras él para hundir con precisión la hoja del arma en la parte posterior de la pierna del delincuente.

Se incorporó antes de distanciarse un par de metros para observar la sonrisa maquiavélica y confiada en el rostro del sujeto; su cómplice se dispuso a emprender la huida, pero se detuvo de forma abrupta cuando sus ojos desorbitados observaron con asombro el torrente de sangre que brotaba profusamente por el pantalón de su compañero de fechorías.

La expresión del hombre cambió de forma drástica, estaba atemorizado y confundido en partes iguales, dio varios traspiés, e intentó mantener el equilibrio.

—¿Qué me has hecho, perra?! —gritó aterrado.

—Tienes una herida grave en la arteria femoral, solo dispones de unos pocos minutos. Si fuera tú, pediría ayuda de inmediato... o morirás —explicó ella con actitud altiva.

Recogió su mochila con calma mientras el maleante herido de gravedad era arrastrado por su compañero, que tampoco salió ileso.

—¡Ah, y no olviden, las chicas solitarias no siempre son indefensas! —vociferó con un acento burlón.

Siguió hasta llegar frente a una edificación casi en ruinas. Dos hombres sentados en el rellano de las escaleras se pusieron de pie con lentitud y observaron con detenimiento a la esbelta mujer que se acercaba a ellos.

—Pensé que los lobos no perdían el olfato —afirmó antes de abrazar al sujeto grande y robusto; la figura de ella pareció perderse en los inmensos brazos negros de aquel hombre.

—Mi olfato está bien, es que no te esperaba, ¿cómo has estado, mi dama? —explicó soltándola para mirarla de frente.

—Un poco ocupada. Hey, Rob, ¿ya no saludas? —reclamó ella al joven

alto, también de color, que lucía mucho más delgado.

—Cada día estás más linda, espero que no hayas encontrado a ningún tipo, todavía estoy disponible.

Logró sacar una genuina sonrisa de los labios de ella.

—¡Ni lo sueñes, cariño! No perdería la amistad de tu padre por nada del mundo, aunque se escucha tentadora la oferta.

—¿Ya cenaste?, vamos adentro, a Claire le encantará verte.

—¡Dama, regresaste!, qué alegría. —La joven delgada de piel oscura y facciones finas se acercó para abrazarla con afecto; su vientre pronunciado hacía evidente que pronto daría a luz.

—Qué gusto verte también, cariño, ¡no puedo creerlo!, tendrán otro niño —comentó con asombro al acercarse a la joven mujer que acariciaba su panza.

—Ni que lo digas, eso me pasa por confiada.

—Descuida, todo estará bien.

—Lo sabemos, Dama, luego hablamos de eso, quédate a cenar con nosotros.

La siguiente hora fue para ella como catarsis: la cena en compañía de esta humilde familia de uno de los barrios más pobres le daba el aliento necesario para continuar con su objetivo.

En cada ciudad donde realizaban un trabajo tenían peones encargados de ayudarlos a distribuir las ganancias. Pegaso era quien se ocupaba de hallarlos, era impresionante la cantidad de personas dispuestas a colaborar con ellos, aún a sabiendas de que se trataba de actividades ilegales, sin embargo, iban destinadas a una buena causa.

Joey era el jefe, tanto de la familia como de un grupo de chicos que había rescatado de la calle; era la conexión principal con la cual Gisele contaba en la ciudad, y el encargado de distribuir el dinero que ella les entregaba, con la única condición de no decir de dónde provenía. Se conocían desde hacía poco más de un año, cuando ella estaba a punto de marcharse de Boston y ayudó a una familia que había quedado en la calle, producto de un desalojo: una joven

afroamericana, soltera, con dos niñas; se trataba de la hermana de Joey. Quedó tan agradecido que buscó por diferentes medios conocerla, y fue tal su deseo, que el caballo principal del equipo accedió a ponerlo en contacto con Caissa; desde ese momento, prometió estar a su disposición y hacer lo que fuese necesario para cumplir su promesa.

—Aquí tienes, hay suficiente para todos.

Entregó la mochila a Joey, su amigo, alguien especial quien nunca la juzgaba por lo que hacía.

—¿Cuánto para el orfanato?

—No te preocupes, identifiqué lo correspondiente a los niños y el resto ya sabes cómo distribuirlo.

—Cariño, no sé qué hubiéramos hecho sin ti —expresó la joven con agradecimiento al tiempo que acariciaba su vientre.

—¿Todo está bien? —sondeó Joey un tanto inquieto.

—Sí, no te preocupes, este fue el último trabajo antes de marcharme de la ciudad.

—¿Será por mucho tiempo?

—No lo sé, pero siempre estaré pendiente de todos ustedes.

—Si necesitas algo de ayuda, solo llámame, sabes que estoy dispuesto a colaborar con la causa.

—Lo sé, gracias, debo irme.

—Cuídate, Dama.

—Lo haré, adiós.

Marcelo tomó asiento frente a la barra del bar en el hotel de lujo donde se encontraba hospedado; estaba decepcionado: dos días en Manhattan y no había tenido tiempo de ligar ni una sola chica. «Solo necesito un rato de compañía, un buen polvo y nada más», pensó tras echar un vistazo, aunque

para ello la candidata debía contar con buenas curvas y las condiciones físicas que aguantaran la faena.

Su rostro se iluminó al divisar en una de las mesas a una solitaria morena que aparentaba al menos cumplir con los atributos físicos de su preferencia. Su cabellera negra caía con perfección sobre los hombros que quedaban al descubierto con el vestido negro corte *halter* que lucía con orgullosa elegancia.

Al observarla con más detalle notó de inmediato que no era tan atractiva como había imaginado, sin embargo, no tenía planeado enamorarse de ella, sino follarla hasta dejarla sin aliento. Ella se veía receptiva y hasta le ofreció una sonrisa acompañada de una coqueta seña con su copa invitándolo a acercarse. Sin perder tiempo, tomó su trago de whisky y caminó a paso seguro directo hasta la que sería su acompañante de la noche.

Trajeado y sin corbata, daba el aspecto de un ejecutivo relajado, alguien que había salido de su oficina a despejarse un rato, pero no era un juicioso ejecutivo, y mucho menos venía de su trabajo. Tenía que inventar algo creíble, lo suficiente como para convencerla de acompañarlo, pero no tanto como para que se prendara de él.

—Buenas noches, estaría encantado de acompañarla, si no le perturba mi presencia, claro está —expresó con galantería mientras le tendía la mano para saludar a la mujer—. Soy Alan Scott.

Ella subió lentamente su mano hasta dejarla sujetar por la de él, y en un gesto propio de un educado caballero besó el dorso. La mujer enarcó una ceja e hizo una lenta revisión visual desde el rostro hasta los pies, deteniéndose unos segundos en su entrepierna. Esto lo hizo sentir confiado, era un ligero indicio de que la mujer quizás buscaba lo mismo que él, aunque todavía no sabía si era una prostituta de categoría, en cuyo caso no estaría tentado en revolcarse con ella.

—Soy Cristina White y no me molesta su presencia, aunque no niego que me altera de alguna manera.

—Espero que de una manera positiva —sondeó tomando asiento a su lado—. ¿Puedo preguntar si espera a alguien?, es que no quiero provocar problemas ni escándalos.

—No, señor Scott, vine por un trago, mi trabajo a veces es estresante.

—En ese caso la invito un par de copas, ¿a qué se dedica?

—Soy la encargada de un *spa*, y las clientas se creen dueñas del mundo, y también del lugar.

En cuanto ella inició un interminable y aburrido monólogo acerca de los tratamientos de belleza, el sinnúmero de propiedades cosméticas del aloe vera y el secreto para mantener sus curvas, se percató de que era una mujer frívola y materialista, no obstante, la dejó hablar por varios minutos, mientras él se limitaba a asentir y a observarla con atención; estudiaba la forma de que se callara y lo acompañase.

—¿Y tú en qué trabajas? —averiguó la mujer con genuino interés.

—Soy corredor de bolsa y mi trabajo es tan estresante como el tuyo, pero aquí estamos, ambos en busca de una forma eficaz de relajarnos un poco y salir con menos tensión —sugirió Marcelo con complicidad.

—Es cierto, ese es el propósito —confirmó la mujer.

En realidad, iba llevándola a su terreno con pasos rápidos pero seguros.

—¿Tienes planes para el resto de la noche? —curioseó esperanzado de poder tumbarla en la cama de una vez por todas.

—En absoluto, me marcharé a casa al terminar esta copa.

—Estoy hospedado en el hotel. Vine a Manhattan en busca de un piso en una buena zona, tengo planeado mudarme el próximo verano.

—¿Vivirás solo? —indagó ella con una sonrisa de aprobación.

—Al menos hasta que encuentre alguien con quien compartirlo. —Fueron mentiras que ni siquiera él mismo las había creído, sin embargo, tuvieron un impacto en su acompañante, quien se inclinó ligeramente hacia adelante para susurrarle al oído.

—Tengo dos horas antes de regresar a casa.

Lo había conseguido otra vez, y más fácil de lo que imaginó, quizás era una mujer casada y aburrída de su vida monótona al lado de su marido; de todas formas, no le importaban sus razones.

La tomó de la mano, pagó la cuenta y se encaminó a su habitación en compañía de la morena.

Apenas cerró la puerta de la habitación la apoyó en la pared y frotó con descaro su erección contra el cuerpo de ella; se separó unos centímetros para observar el asombro y la satisfacción en el rostro de su acompañante.

Deslizó la mano por la espalda de la mujer; con una habilidad envidiable, bajó con lentitud la cremallera del vestido y lo dejó caer al suelo, la contempló con una sonrisa provocadora; del sujetador sobresalía parte del esculpido busto que lucía como una auténtica obra de arte, la cintura estrecha era el comienzo de unas marcadas curvas que recorrió hasta las sinuosas caderas y piernas tonificadas que le abrumaron los sentidos.

La mujer se inclinó para besarlo en los labios sin lograr alcanzarlo, él se limitó a observarla de cerca durante unos segundos antes de acercarse y aceptar el beso que no duró mucho, pero sí lo suficiente como para terminar de alborotar sus hormonas masculinas; no era un hombre acostumbrado a besar en la boca a desconocidas, así que la esquivó con elegancia para recorrer su cuello y clavícula con erotismo y deseo, lo que desencadenó una serie de suspiros y respiración entrecortada en ella.

La giró con lentitud para acariciar su espalda; de forma inesperada un rostro vino a su mente: era la chica de la cafetería, aquella enigmática mujer que lo dejó deseoso de conocerla. De alguna manera esa imagen provocó que su excitación alcanzara su punto más álgido, sintió un ligero dolor en la parte más sensible de su miembro masculino, era la sensación de una erección tan completa que hacía mucho tiempo no experimentaba; bajó la intensidad de las luces y se desvistió con rapidez. Colocó sobre la cama a su compañera de turno para llenarla de besos aterciopelados por todo su cuerpo, ella se revolvió, emitió jadeos y sonidos leves de placer. Corroboró que estaba lista

para él, se colocó con rapidez un preservativo que tenía sobre la mesa de noche y poco a poco se sumergió en ella, imaginando que era aquella mujer misteriosa a quien tenía entre sus brazos.

Para Carlos la mañana había comenzado como siempre: una gigantesca taza de café acompañada de unas magdalenas que consumía en la misma cafetería cerca de su modesto piso. Era una rutina casi imposible de romper, durante ese poco tiempo fuera de su trabajo no hacía más que imaginar cómo sería su vida de haber continuado casado con Stella, quien lo abandonó luego de vivir dos años a su lado. Ella solo había dejado de amarlo, si es que alguna vez lo hizo.

La actitud apesadumbrada formaba parte de su vida y, pese a que era un hombre de figura atlética, buena estatura y con una apariencia de rasgos finos no había logrado encontrar otra pareja; en realidad ya casi nada lo animaba, había caído en un gran foso que se hacía cada vez más profundo, no tenía entusiasmo por la vida, e irónicamente su única vida era el trabajo. Decidió esa mañana que cambiaría su rutina, se centraría en encontrar la manera de dar con la ladrona cuyo rostro había tomado forma en su mente, llevaría un registro con el perfil de la mujer que lo ayudaría a conseguir el puesto y respeto laboral que merecía; la convertiría en su meta.

Había escrito en su libreta anotaciones dispersas, pero en adelante el registro sería más riguroso y, si iba a dar con ella, tendría que usar su intuición más que la habilidad policíaca.

Se encaminó directo a su oficina donde lo esperaba una pila de documentos por revisar, cerró la puerta y trabajó como nunca antes lo había hecho, de forma organizada y metódica. Al caer la tarde había culminado su labor, por cuanto de inmediato inició el trabajo de investigación sobre hurtos ocurridos en los alrededores con características similares a su caso.

Las horas pasaron casi sin darse cuenta; de no ser por el silencio, no hubiese notado que ya eran casi las dos de la madrugada. Había estado todo el día ocupado, y para su satisfacción había descubierto varios puntos coincidentes en cinco de los casos, en los cuales la perpetradora era una mujer, quien con fingida ingenuidad enamoraba a sus víctimas para luego robarles todo: hombres solitarios, viudos o divorciados; de igual forma tampoco dejaba huellas visibles. Lo discordante era que se trataba de una persona distinta en cada caso, por cuanto sospechaba que usaba algún tipo de disfraz que la ayudaba a mantener oculta su verdadera identidad. Por otra parte, los lugares donde había ocurrido cada hurto estaban muy distantes unos de los otros, y tampoco había algún patrón aparente que indicara la razón para escoger el sitio donde perpetraría su próximo golpe. Si en realidad era ella, lidiaba no solo con delitos llevados a cabo fuera de su jurisdicción, sino también con una ladrona en serie, y sus sospechas serían corroboradas cuando la atrapara, de no ser así, pasaría a ser la burla de la policía, y jamás obtendría un caso serio o un ascenso. Su única salida era investigar sin que nadie lo supiese.

Recogió las notas y documentos que tenía esparcidos sobre el escritorio y se marchó a un sitio de comida rápida. Habían comenzado a caer unas pequeñas gotas de lluvia, odiaba cuando eso sucedía, lo invadía un sentimiento de soledad y melancolía que lo desesperaba; tomó la orden para llevar y se dirigió a su pequeño piso ubicado en una zona habitada en su mayoría por inmigrantes latinos.

Desde hacía poco más de seis años se había mudado a Manhattan con ilusiones de formar una familia junto a la mujer que amó con locura, pero nada salió como tenía planeado: por una parte, apenas lograban subsistir con su modesto salario como guardia de seguridad y, por la otra, ella era más ambiciosa de lo que había demostrado hasta ese momento. Fue entonces cuando decidió ingresar a la academia de policía y convertirse en detective. Desafortunadamente para Stella, él siempre fue un hombre tenaz,

perseverante y dedicado a su trabajo, lo que fue tomado por ella como un claro indicio de descuido marital, y así poco a poco su relación cayó en la rutina, hasta que un buen día al llegar a casa, encontró una sencilla nota de despedida.

Al quinto día de trabajo arduo en su oficina tenía información suficiente para comenzar la búsqueda de aquella mujer misteriosa que no había sido tomada en cuenta por las autoridades debido al perfil que adquiriría para cada uno de los delitos cometidos, o al menos esa era su hipótesis.

Apenas llegó al departamento de policía caminó directo hasta la oficina de su superior.

—Teniente, necesito hablarle.

—¿Qué quieres, Aldana? —expresó su jefe en forma tosca.

—Mis vacaciones.

—¿Tus qué?! —demandó con el rostro contraído removiéndose en su asiento.

—Como lo oyó —le aclaró con serenidad.

—Tienes el puto escritorio lleno de trabajo y ¿pides vacaciones?

—El puto escritorio ya está limpio, terminé todo, y lo único que necesito es descansar un tiempo.

—De acuerdo, ni falta que haces, firmaré la maldita solicitud; al menos, me librarás de tu presencia durante un tiempo.

—Un buen tiempo, querrá decir —le corrigió Carlos de inmediato— porque no he tomado vacaciones desde hace dos años.

—Mejor todavía, lárgate y quítate de mí vista de una vez.

CAPÍTULO 4

Cuando Gisele se colaba entre la gente, pasaba casi desapercibida con su mochila auestas, un par de gafas de sol, jeans gastados, tenis, camiseta gris y su respectiva sudadera negra, atuendo con el cual aparentaba unos veintidós años, pese a que ya había cumplido veinticinco. Se dirigió a la oficina postal desde donde realizó el envío a Pegaso.

—Buenos días, señorita —saludó con amabilidad la empleada.

—Buenos días, necesito enviar este título universitario al señor Mauricio Parra.

—Bien, ¿quién lo envía?

—Melissa Tovar —aclaró antes de firmar la hoja de solicitud.

Desde un asiento en el aeropuerto observaba a la gente ir y venir, algunos presurosos con el boleto en su mano corrían como locos por los pasillos, mientras que otros tomaban despreocupados su café, sentados a gusto charlaban o leían las noticias.

Imágenes de un pasado sombrío la invadieron, recuerdos que, por motivos obvios, había decido olvidar. Sin embargo, en ocasiones se escurrían en su cabeza y se veía a sí misma pidiendo dinero en las estaciones de trenes cuando escapó de aquel orfanato en Francia, su país natal.

El altavoz que anunció el embarque del avión la sacó de sus pensamientos, recogió sus cosas y se encaminó a la puerta para abordar el vuelo correspondiente que la llevaría a su próximo trabajo o tal vez a su destino...

Por lo general detestaba volar, sin embargo, era la forma más rápida y

cómoda de viajar, además de que podía aprovechar la oportunidad para leer un poco sin interrupciones molestas. Sacó de su mochila un libro que comenzó a devorar de inmediato; la lectura era uno de sus pasatiempos favoritos, aunque en ocasiones se concentraba tanto en sus trabajos que difícilmente tenía tiempo para ello. Apenas se percató de su compañera de asiento, quien reñía en voz baja con la tableta electrónica que tenía en sus manos.

—¡Maldito aparato!, es un genio para descargar juegos, pero para el trabajo es un completo desastre.

—Permítame ayudarle —expresó con gentileza.

—Se lo agradezco mucho, debo enviar esta información, pero, primero debo convertir el fulano formato para luego poder enviarla.

Curvó sus labios en una leve sonrisa que no llegó a sus ojos; los ágiles dedos comenzaron a moverse con rapidez sobre la pantalla táctil del dispositivo y en cuestión de segundos convirtió y envió el archivo a su destinatario.

—Eres buena —concluyó la señora con un guiño de admiración.

—Gracias —se limitó a agradecer con un sutil movimiento de cabeza. Ella sabía hacer cosas más complicadas que eso; años de manipular sofisticados equipos electrónicos y distintos *software* la convertían en algo más que *buena*.

Levantó su libro como una gran muralla que impedía ser vista o molestada durante el trayecto, dejó claro con su actitud que no deseaba establecer ningún tipo de conversación con nadie.

Al arribar a su destino, estaba ansiosa, y nada mejor que un buen café para retomar la serenidad, contrario a lo que muchos opinaban; la cafeína trabajaba diferente en su organismo, le proporcionaba calma y la ayudaba a concentrarse mejor.

Bajó directo en busca de su aliciente favorito; mientras caminaba, su cerebro ya había comenzado a preparar unas pequeñas vacaciones, las cuales

durarían hasta que Marengo tuviera todo listo. Pocas veces tenía tiempo para darse una escapada, y era justo lo que tenía en mente, ubicaría un buen hotel donde se hospedaría unos días. Sabía que su caballo era rápido y muy eficiente en lo que hacía; era probable que estuviera cerca, y tal vez le tomaría menos dos semanas concretar el nuevo objetivo.

Después de terminar su bebida, buscó un taxi para ir al hotel donde había reservado, darse una ducha y telefonar a sus chicos.

—Pegaso, ¿qué tal los pasteles?

—¡Excelente repostería! Ya los he vendido y te informo que pagaron muy bien por ellos así que mi trabajo está listo.

—Estupendo.

—Pues hay algo mejor: el sabueso encargado del último festín se fue de vacaciones, así que el camino está libre.

—¡Wow! esa sí es una buena noticia; entonces, tal vez sea el momento apropiado para reunirnos, ¿te gustaría venir a Miami?

—Creo que me animaré. En una semana nos veremos, te avisaré.

—Espero con ansias verlos, telefonaré a los demás.

Se quedó pensativa, había pasado un año desde la última vez que ella y sus compañeros habían estado juntos. Poco a poco su ansiedad fue convirtiéndose en optimismo.

Eiffel al igual que Big Ben y Marengo quedaron en reunirse con ella en una discoteca de la ciudad, así que disponía de toda la semana para dar una vuelta y recorrer un poco la zona en busca del lugar donde viviría las próximas semanas.

Apenas echó un vistazo por el balcón del hotel, se sintió enérgica y llena de satisfacción: había escuchado que Miami era agradable, pero nunca imaginó tanta vitalidad, versatilidad y belleza juntas: el sol brillaba con intensidad y ofrecía una hermosa vista, la brisa fresca acarició sus mejillas, irónicamente se sintió como en casa, aunque la sola idea le causó gracia, puesto que nunca experimentó esa sensación en ninguno de los lugares donde había estado;

cada ciudad que visitaba era el escenario de un nuevo trabajo.

Marcelo se encontraba acomodado en un asiento de primera clase en el avión que lo llevaría rumbo a Miami; no estaba del todo satisfecho con las dos horas que había pasado en compañía de la morena, que a pesar de haber disfrutado al máximo lo dejó como siempre, con un gran vacío en su pecho que solo llenaba con más sexo.

Se sentía frustrado por marcharse sin saber nada en absoluto de la misteriosa mujer; deseaba volver a verla, por esa razón acudió temprano en la mañana al mismo café, no obstante, ella nunca apareció. Era muy atractiva y parecía un ángel de mirada impenetrable y expresión sombría, aunque, cada vez que la imaginaba, experimentaba algo extraño en su cuerpo: un deseo o excitación desmedida lo invadía, ansiaba volver a ver ese rostro y esa mirada que por alguna extraña razón le provocaba una sensación desconocida.

Las féminas solo llenaban ratos de vacío en la cama, nunca en su vida, la cual tenía blindada a prueba de sentimentalismos y relaciones afectuosas. Debido a su estilo de vida, cada día se consolidaba en los negocios, pero se alejaba más de cualquier posible romance.

Suspiró y recostó su cabeza en el respaldo del cómodo asiento para evocar aquellos breves segundos, cuando el tiempo pareció detenerse frente a la chica enigmática que había robado su atención.

En cuanto llegó a casa, se dispuso a trabajar. Había acondicionado un anexo que destinó como oficina, el cual contaba con un espacio bastante amplio y cómodo donde podía trabajar hasta la hora que fuese. Se había acostumbrado a la vida en solitario, su única compañía era la señora Clara, quien se encargaba de la comida y limpieza durante el día y se marchaba al anochecer.

En ocasiones, durante las noches de insomnio, imaginaba cómo sería su vida de haber tomado otro camino, uno que no implicase ocultar hasta su

propio nombre.

—¡Bienvenido a casa, señor!, ¿qué tal su vuelo? —saludó con una amplia sonrisa la mujer alta de cabello plateado recogido en un moño alto, mientras lo miraba por encima de sus diminutas gafas.

—Gracias, Clara, todo bien —respondió de forma casual con una mano sobre el hombro de ella.

—Debo marcharme, tengo unas compras pendientes, pero todo está listo en el refrigerador.

—No se preocupe, no la necesitaré el resto del día.

—Bien, entonces nos vemos el lunes, adiós.

Siempre que regresaba a casa después de un viaje, sus ánimos decaían, por alguna razón comenzaba a sentirse solo. Paula, la pelirroja con quien sostuvo el romance más largo de su historia de donjuán, no soportó la vida libertina de Marcelo, así que le puso las cartas sobre la mesa, quería que formalizaran la relación, con esto solo consiguió la ruptura de la pareja y el posterior rechazo de él.

Llenó un vaso a la mitad con whisky y se sentó en su estudio a revisar los documentos de su cliente; maldecía cada tanto por la falta de concentración, hasta que al fin decidió darse una ducha para salir, necesitaba un poco de diversión, tal vez un buen polvo con una desconocida lo ayudaría a liberar la tensión y centrarse más en su trabajo.

La entrada de aquel lugar era simple, apenas un aviso con luces de neón titulado «Escape», bastante burdo en su opinión, sin embargo, pasar inadvertido era la idea; únicamente quienes frecuentaban el establecimiento conocían su verdadero objetivo. Se había hecho socio hacía unos cuantos meses, pero había disfrutado su membresía más de lo que imaginó. Mostró su identificación al sujeto de seguridad, y entró con paso seguro; sus ojos recorrieron el lugar de extremo a extremo, en la barra varias personas que conversaban muy de cerca, en el lado opuesto algunas personas consumían

sus bebidas en solitario. Era un sitio de encuentro sexual ocasional, el lugar ideal para tener una noche de sexo desenfrenado, sin compromisos o despedidas incómodas; a él siempre le había resultado bastante fácil ligar en cualquier lugar: su apariencia viril y complexión atlética no pasaban desapercibidos para las mujeres.

Tomó asiento frente a la barra.

—Hey, Tom, lo de siempre, por favor.

—Amigo, tenías semanas sin aparecer.

—Ya sabes, los negocios me han tenido un poco ocupado, pero siempre hay tiempo para un polvo extra —exclamó con una sonrisa, levantando el vaso con whisky que ya tenía en su mano.

Apenas se giró, su boca quedó justo frente al pronunciado escote, los pezones se marcaban de forma provocativa bajo la delicada tela.

Sonrió con picardía, subió poco a poco la mirada y descubrió a una hermosa mujer que pasaba los cuarenta y cinco años, pequeñas y casi imperceptibles líneas de expresión delineaban con delicadeza los bordes de los expresivos ojos azules que lo invitaban a la seducción.

—Hola, soy Karen.

—Hola, Karen, soy Tod, ¿te puedo invitar un trago?

—Por supuesto, estoy sola.

—Excelente.

Giró el asiento al lado del suyo para que la mujer se sentara; en cuanto lo hizo su falda se deslizó con rapidez y las hermosas piernas torneadas quedaron al descubierto.

La noche pintaba bien, bastaron un par de tragos y una conversación banal antes de llevarla de la mano hasta una puerta ubicada al fondo del bar, colocó su tarjeta frente al lector de proximidad y de inmediato una luz parpadeante indicó que podían entrar; subieron por las escaleras hasta llegar a un largo pasillo con habitaciones dispuestas a ambos lados, en las puertas de cada una de ellas una luz roja o verde indicaba si estaban ocupadas o libres. En cuanto

divisó la primera disponible entraron en ella.

Su acompañante no se tomó demasiadas molestias ni rituales para desvestirse; en cuestión de segundos se hallaba completamente desnuda frente a él. La tomó de la cintura y le dio la vuelta con sutileza para dejarla de espaldas; era algo nuevo, como si fuese la única manera de evocar a aquella mujer que comenzaba a convertirse en una obsesión.

Recorrió las curvas con sus manos al tiempo que volvía a experimentar el deseo irreprimible de poseerla y sin preámbulos la tumbó sobre la cama y se sumergió en ella, solo que esta vez la vívida imagen de la desconocida en su mente le sonreía con provocación invitándolo a la locura del deseo carnal; liberó una serie de sensaciones extrañas y adictivas que causaron un orgasmo intenso y más pronto de lo que hubiese deseado.

CAPÍTULO 5

El sonido rítmico llegaba hasta la entrada de la discoteca, el constante retumbe de bajos propios de la música electrónica la llenaron de energía. Llevaba una semana esperando por ese momento, aunque había aprovechado el tiempo para dar recorridos por las playas y los lugares con pisos para rentar.

Observó durante unos segundos la entrada principal, una larga fila adornaba el exterior. Notó a dos fornidos guardias de seguridad que obstruían la puerta, estaba claro que no permitirían entrar a cualquiera, no obstante, su determinación iba de la mano con el encanto: subió un poco más la minifalda, se irguió para parecer más alta y sacudió con derroche de sensualidad su cabellera ondulada mientras caminaba cadenciosamente hacia los tipos que ya la observaban con deleite.

—*Bonne nuit, ¿je peux entrer?*[3] —sondeó de forma sexy.

—¿Eres turista? —indagaron con una sonrisa digna de un anuncio para dentífrico.

—*Oui, voyage touristique*[4] —aclaró con entusiasmo—. *Sí, caguiño, tuguista; quiego conoceg la disco, ¿puedo pasag?* —aclaró en un español atropellado.

—Por supuesto, nena, adelante.

El exquisito interior del lugar era de lujo, tanto en su decoración moderna como en la cantidad de luces de colores estroboscópicas que parpadeaban desde todos los ángulos. El suelo, que parecía de cristal, reflejaba los

destellos que se proyectaban sobre él y producía un extraño efecto embriagador

Caminó a paso decidido hasta llegar a la barra donde encontró un lugar para sentarse y pedir su bebida.

—Un Martini seco, por favor —ordenó al barman, atareado tras la barra, que le sirvió casi de inmediato.

—Aquí tiene, hermosura, ¿estás sola?

—Sí, en efecto, estoy sola; gracias por el halago y no te ofendas, pero no me gustan los chicos, ya sabes, las prefiero rubias y solteras.

Era una excelente forma de sacudirse a los hombres que intentaban pasarse de listos con ella.

El joven la miró con desconcierto; en cuanto recuperó la compostura se disculpó un poco avergonzado.

—Lo siento, pues vienen muchas; de seguro ligas esta noche, tienes lo necesario para conseguir lo que quieras.

—Eso está mejor, guarda el cambio —indicó al colocar un billete sobre la barra antes de marcharse.

Tomó su copa y subió por las escaleras a la planta superior, la cual era un semicírculo bordeado por un barandal metálico plateado con vista a toda la discoteca: el piso, con apariencia de cubos de cristal, era alucinante, y la escasa luz, así como las pequeñas mesas y sillones dispuestos en todo el lugar daban una sensación de reducida intimidad.

Caminó hacia la derecha, hasta el fondo, donde conversaban entusiasmados una hermosa chica delgada de facciones finas, cabello lacio negro hasta los hombros, descubiertos por el escote de la blusa de tirantes, acompañada de un hombre de unos treinta y dos años, bastante atractivo, de cabello castaño oscuro e impactantes ojos azules.

—*Bonne nuit*[5], espero no haber llegado tarde.

El hombre se levantó cual resorte para saludarla con un abrazo efusivo acompañado de un beso.

—Bienvenida, bella dama.

—*Bienvenue, madame*[6] —expresó la chica con una espléndida sonrisa antes de levantarse a darle un afectuoso abrazo y un ligero beso en ambas mejillas.

—*Merci*.^[7]

Tomó asiento al lado de la chica para iniciar la conversación.

—Hacía mucho que no los veía, y debo confesar con honestidad que el tiempo ha sido bastante indulgente con ustedes; ¡si están guapísimos, nada más mírate, Eiffel, pareces una muñeca de aparador, y tú, Marengo, estás como para ligar esta noche!

—Vamos, Dama, tú no te quedas atrás, siempre tan hermosa; si hoy es mi día, pues avísame que desde hace mucho espero mi turno en tu cama.

—Cariño, no deberías hacerte ilusiones, ya lo has intentado tantas veces que deberías buscar otra estrategia —se burló la hermosa joven francesa.

—Lo siento, nene, pero no me aguantarías un segundo asalto si te diera la oportunidad; puedo contar con los dedos de una sola mano a los hombres que han soportado las sesiones de sexo rudo a las que someto a mis compañeros de cama.

—Dame la oportunidad y te sorprenderé —pidió el hombre a modo de reto.

—Aunque así fuese, no podría darme el lujo de perder a un excelente aliado por un polvo, por muy sublime que sea.

—¿Ni siquiera una tocadita? —rogó él con cara de cachorro abandonado.

—Tendrás que tocarte tú solito mientras imaginas lo que quieras.

—¡Demonios!, eso ya lo he hecho —maldijo con enfado fingido—; sabes que no me perderás, no te dejaría por nada en el mundo —agregó con seriedad.

—Lo sé, cariño, —sonrió con dulzura— y eso es lo que hace de este equipo uno muy especial, jamás encontraré a alguien que pueda sustituir a ninguno de ustedes.

A pesar del estruendo y la cantidad de personas a su alrededor, de forma

casi instintiva percibió la presencia de alguien que se acercaba con cautela.

—Huelo tu perfume, Pegaso —dijo sin voltear, con una leve sonrisa en sus labios.

—Aquí está mi dama, tan exquisita y con su increíble olfato que siempre nota mi presencia.

Ella se levantó de su asiento para casi arrojarse sobre aquel caballero alto delgado, de cabellos plateados y edad madura, pero bastante atractivo; sus brillantes ojos verde agua saltaron sobre ella, sin embargo, esperó a que los brazos de la chica lo envolvieran en un gesto tierno que duró unos segundos.

—Qué grato verte de nuevo —expresó ella con cariño mirándolo de frente.

—Te he extrañado, pequeña dama —declaró tras colocar un lirio blanco frente a ella.

—Gracias, eres muy galante.

—Cómo olvidar tu sello.

Tomó la flor y la llevó a su nariz para inhalar el aroma fresco. Se acercaron a la mesa donde el recién llegado saludó con afecto a los demás.

—¡Al fin estamos reunidos otra vez! —vitreó Marengo.

—Estupendo, como vinimos a pasarla bien, hablaremos de negocios durante unos minutos, y luego nos divertimos en grande, ¿vale? —sugirió ella.

—¡Genial! —dijeron todos al unísono.

El caballero se acomodó en su asiento, e hizo una señal a la camarera para que le llevase un trago.

—A ver, Pegaso, estoy muy interesada en lo que mencionaste con respecto al sabueso.

—Bien, el sabueso que está encargado del último golpe se llama Carlos Aldana, es un detective sin muchos logros en la policía, y este es su primer caso, de hecho, da cierto pesar saber que sus compañeros suelen burlarse de él; al parecer, nadie se ha tomado la molestia de corroborar ni comparar los registros en delitos anteriores; le asignaron el caso por no dejarlo archivado y,

como este último se trata de un exsenador, deben justificar que hacen algo por resolverlo.

—¿Dónde está el sabueso? —averiguó Eiffel con genuino interés.

—Esa es la mejor parte —expresó con su dedo índice apuntado hacia a la chica—, decidió irse de vacaciones, así que tenemos campo abierto y muchas posibilidades de trabajar sin que nos olfateen.

—¡Wow, brindo por eso! —proclamó el caballo guerrero.

—No quiero ser aguafiestas ¿pero no les parece algo extraño que se haya ido justo cuando le acaban de asignar su primer caso? —consideró la esbelta torre francesa, quien no estaba del todo convencida de que las cosas se dieran tan fáciles.

—No, tal vez se fue a estudiar cómo resolver un puto caso de robo —continuó burlándose el joven caballo.

—Descuida, linda, nunca nadie nos descubrirá, —intervino Gisele—; por cierto, ya tienes los documentos de Loraine Hoover.

—Sí, Dama, tengo todo, excepto las fotografías; ahora esperamos por el objetivo y, ya que tenemos aquí a nuestro especialista en logística, que nos diga si tiene al candidato.

—De hecho, sí lo tengo, es un tipo...

—Por favor, —interrumpió la dama con las manos juntas en señal de ruego— que sea uno buenazo, siempre me mandas con viejos verdes, y estoy harta de fingir que me gustan, ¿es que ya no hay delincuentes atractivos?

Su comentario provocó la risa de todos en especial la de él.

—Ja, ja, ja, ¿eso es un insulto o qué?, ¿no ves a Pegaso, lo atractivo que es?, ¿o a mí?, que soy todo un tipazo, somos delincuentes bastante atractivos, ¿no lo crees?

—Bien, continúa.

—Para tu deleite, esta vez vas a disfrutar tu trabajo y espero que finjas y de verdad no te guste, porque el tipo solo las mira y a los dos minutos se las está follando.

—Debe ser un adonis —sugirió Eiffel elevando ambas cejas un par de veces.

—No soy el más adecuado para aclararte esa duda, pero lo cierto es que tiene una fortuna que se ha incrementado con el tiempo y no hay justificaciones para ello. Big Ben tiene la información de sus cuentas y negocios.

—¿Dónde rayos está Ben? —preguntó Gisele.

Fue entonces cuando notaron que su robusto amigo no había hecho acto de aparición aún.

Marengo con una abierta sonrisa señaló hacia la barra donde un tipo obeso, de gafas y el pelo revuelto trataba de conquistar a una rubia.

Todos se inclinaron en sus asientos para observar con más detalle la escena.

—¡Vamos, no lo conseguirá, se escuchan apuestas! —alentó a sus chicos divirtiéndose ante la posibilidad de un desplante.

—Cinco minutos, y lo deja plantado —afirmó Eiffel al colocar un billete de cien dólares sobre la mesa.

Todos sonrieron y sacaron sus respectivas billeteras para iniciar la apuesta.

—Dos minutos, y le arroja el trago al rostro —aseguró Pegaso tras colocar otro de la misma denominación.

—Un minuto, y le da sonora bofetada —apostó Gisele.

—¡Pues yo si apuesto por lo macho!, un minuto y le mete mano bajo la falda —concluyó Marengo golpeando la mesa con el billete en su mano.

Todos observaban con atención la escena: Big Ben sonríe mientras intenta hacer que la chica le responda, se acerca un poco más y ella se cruza de brazos, pero escucha con atención lo que él le dice; poco a poco, el rostro pálido de la joven se torna de un color rosa, a casi rojizo, el entrecejo se frunce ligeramente, de pronto, le suelta una gran bofetada antes de dejarlo plantado.

El gran Ben torcido de la risa miró en dirección a sus amigos que disfrutaron en grande del espectáculo. La dama vitoreó al recoger los

cuatrocientos dólares de la mesa, mientras él subía las escaleras para encontrarse con ellos y saludarlos entre risas y bromas.

—¿Cómo creías que te ibas a ligar a esa nena? —se burló Marengo.

—Nunca dejaré de intentarlo —confesó con los hombros encogidos y expresión inocente.

—La dama ha ganado la apuesta —informó el caballo francés.

—¿Cómo sabías que me iba a regalar este tatuaje en el rostro? —preguntó tras acariciar la marca rojiza impresa en su mejilla.

—Es sencillo. —Sonrió con arrogancia y se acomodó en su asiento antes de explicar—: por una parte, la chica parece tímida, tal vez sea la segunda o tercera vez que viene a un sitio como este; por otra parte, bebía soda, no consumía alcohol, lo cual me hizo suponer que no quería cometer alguna locura, que era obvio que tú le proponías; asimismo, el lenguaje corporal es extremadamente esencial: se cruzó de brazos cuando intentaste acercarte, lo que fue un claro indicio de que invadiste su espacio y eso no le agradó y, por último, ¿no viste el anillo de compromiso que lleva en su dedo?

Todos rieron y negaron con la cabeza.

—Lo ven, ¿cabe alguna duda de por qué ella es la jefa? —remató Big Ben con el dedo apuntado hacia su dama quien se levantó a darle un fuerte abrazo que fue correspondido.

—No soy la jefa, de hecho, tú serías un excelente jefe, si fueses más persuasivo.

—Lo siento, Dama, pero no tengo debilidad por los viejos, aunque supongo que ya estás al tanto del nuevo objetivo.

—A ver... dime que sus cuentas bancarias tienen muchos numeritos —sondeó ella.

—De hecho, tienen muchos, pero no sabemos de dónde carajo los ha sacado, así que podríamos aplicarle nuestra premisa:

—«Si no sabes de dónde viene su fortuna, de seguro es producto del delito» —dijeron todos al unísono.

—Eso es excelente, sobre todo porque pienso tomarme un año sabático, unas merecidas vacaciones que ya me hacen falta, así que, Marengo, háblame de él —indicó dirigiéndose al atractivo hombre antes de ponerse cómodos.

—Marcelo Dante Molina es un tipo que apareció de la nada con una fortuna; desde entonces se ha incrementado de forma considerable. No le ubicamos inversiones dudosas ni negocios en el exterior, salvo algunas cuentas jugosas en Suiza.

—¿Qué hace, a qué se dedica, qué le gusta? —Gisele necesitaba conocer a su próximo objetivo.

—Es contador y lleva las cuentas de varias empresas; es viudo, vive solo y frecuenta los clubes de intercambio sexual, así como algunas discotecas y bares; tiene una vida nocturna bastante activa.

—¿Qué tipo de mujer le gusta? —Era esencial conocer las preferencias de su objetivo, así sería más fácil llegar a él y, sobre todo, conquistarlo sin mayores inconvenientes.

—Ese tipo es un jodido puto, le gustan todas: rubias, morenas, altas, bajitas, y la última fue una pelirroja, sin embargo, el común denominador en todas ellas son las curvas voluptuosas, así que tendrás que ponerte a trabajar en ello, porque, aunque para mí estás divina, no creo que tengas lo que él busca.

—Tengo algo mejor: astucia —declaró ella con arrogancia antes de darle un sorbo a su bebida.

—No sé tú, pero a algunos hombres nos gustan las mujeres con cerebro —acotó Pegaso.

—En realidad las mujeres inteligentes son muy monas, pero no necesito su cerebro para hacerlas gritar de placer —presumió con descaro.

—¿Qué edad tiene? —interrumpió Giselle con un tono más austero.

—Acaba de celebrar en grande sus cuarenta y dos.

—Eso me suena a gloria —suspiró antes de dar otro sorbo a su bebida.

—Por favor, Dama, no vayas a...

—Cariño, no follo a mis víctimas, simplemente les robo todo, ahora ¡a

divertirnos!

Se levantaron de sus asientos rumbo a la pista de baile donde se escuchaba *Little Bad Girl*, de David Guetta, uno de sus temas preferidos.

Su cuerpo se dejó llevar por el ritmo proveniente de todas direcciones, sintiéndose libre y viva; era una sensación increíble: desinhibida, sexy y provocadora bailó con todos sus chicos al mismo tiempo. Las luces embriagadoras junto al sonido hicieron que experimentara una extraña sensación de excitación. Por su parte, Eiffel tenía al caballo alado atrapado con movimientos sensuales, y Big Ben se había topado con una mujer que se movía con bastante soltura; Marengo trató de sujetarla de la cintura, pero ella no se lo permitió, no se dejaba atrapar por nadie, a menos que su cuerpo y su instinto así lo quisieran.

Era casi medianoche cuando Marcelo entró en la discoteca, necesitaba un trago y una chica para ligar, una especial que pudiera conquistar con una charla amena; se acercó al barman a quien saludó con familiaridad.

—¿Qué tal, Sam?

—Vaya, tenías semanas sin aparecer, ¿de cacería otra vez?

—Así es, sírveme lo de siempre.

—Ya sale un escocés doble.

—¿Algo interesante que hayas visto? —investigó antes de dar un vistazo a la barra.

—Pues sí, pero me temo que juega para el otro bando.

—¿En serio?, ¿me la muestras? —pidió con curiosidad.

—De hecho, es aquella preciosa morena que baila como si no hubiera un mañana.

Entornó la mirada para divisar la figura esbelta de la chica que movía su hermosa cabellera negra al ritmo de sus caderas; creyó estar alucinando: ¡era ella!

—¡Sabía que te gustaría! —aseguró el chico.

—Creo que la conozco —exhaló con voz casi inaudible.

CAPÍTULO 6

Se levantó de su asiento y, a pesar de la multitud a su alrededor, se acercó con cautela sin quitar los ojos de encima a esa criatura que por segunda vez le robaba la atención. Su piel lucía suave y delicada, sus movimientos eran coordinados y rítmicos, tenía los brazos alzados y trazaba círculos en el aire, en su mano izquierda sostenía un lirio blanco. Fijó la mirada sobre el trasero firme y respingón enfundado en una falda bastante corta que se subía de forma atrevida con cada movimiento y dejaba al descubierto unas largas y hermosas piernas torneadas que se mantenían en equilibrio sobre los tacones que se veían bastante altos. Lucía deliciosa con la blusa blanca vaporosa, que transparentaba el sujetador de encajes; todo un bocadillo para su paladar que puso su bragueta a reventar de la presión.

La música casi terminaba y comenzó *Now That I've Found You*, de Martin Garrix. Gisele se sentía frenética, feliz y libre; su cuerpo desprendía energía pura. Dio dos pasos hacia atrás y tropezó de espaldas contra el torso de alguien, se dio la vuelta para disculparse y quedó de piedra al darse cuenta de que se trataba del hombre de Manhattan: el rubio de ojos hermosos que la observaba con curiosidad. Sus miradas se encontraron y durante unos segundos no había nadie, excepto ellos contemplándose el uno al otro en silencio, ambos descubrieron sensaciones que por primera vez experimentaron.

Ella se humedeció los labios e intentó mitigar el fuego que se había iniciado en su cuerpo al verlo con la camisa negra arremangada hasta los antebrazos y

por fuera de sus jeans ajustados; casi sin darse cuenta, una sonrisa provocadora curvó con sensualidad su boca.

Él no podía creer que tenía enfrente a la mujer enigmática: esos ojos negros hipnóticos lo mantuvieron en un extraño hechizo y lo enmudecieron sin razón; era tan hermosa que parecía irreal, una exquisita muñeca de porcelana. Deseó acariciar cada centímetro de su tersa piel, había algo en esa mujer de figura frágil que nada tenía en común con las curvas voluptuosas a las que estaba acostumbrado a tener entre sus brazos, pero que lo cautivó y excitó al mismo tiempo.

Sujetó su mano y la aproximó para adherirla a su cuerpo, deslizó con lentitud sus dedos por la larga y sedosa cabellera azabache hasta ubicarla con cuidado sobre la base de la columna.

Se movió de forma cadenciosa al ritmo lento de él, absorta en los ojos de Marcelo, el delicioso aroma viril que desprendía le aturdió sus sentidos; el leve roce de su piel desencadenó descargas de adrenalina y deseo que eran desconocidas para ella, solo ansiaba perderse en los brazos de ese hombre y entregarse sin restricciones. Una amplia y sensual sonrisa iluminó su pálido rostro al percibir la excitación de él.

El contacto directo con el cuerpo de ella lo tenía tan enloquecido como la proximidad a su belleza; la exquisita fragancia de su perfume empalagó sus sentidos, deseaba poseerla, le hizo un guiño acompañado de un gesto de fingida inocencia para justificar el prominente y notorio bulto en su entrepierna.

Gisele sintió como si flotase en una especie de nube embriagadora lejos de todo lo que los rodeaba; volvió a la realidad cuando sintió la presión sobre su brazo que tiró de ella. Al darse la vuelta se encontró con el rostro contraído de Marengo, quien hizo una extraña seña que ella entendió: tenía que marcharse. Se separó lentamente ante la mirada expectante de él; casi de inmediato, la invadió una sensación de pérdida. Sin explicaciones le dio la espalda y siguió de cerca a su compañero, para después perderse entre la

multitud. Él quedó inmóvil en medio de los cuerpos sudorosos danzantes que se movían de un lado a otro; en cuanto intentó seguirla, Pegaso, Eiffel y Big Ben le obstruyeron el paso.

En cuestión de segundos encontraron una salida de emergencia que los condujo a un callejón en busca de un taxi que los regresara al hotel.

Estaba contrariado, no comprendía cómo había quedado sin habla frente a ella; su cuerpo no obedeció las órdenes que su cerebro había emitido. Quiso retenerla entre sus brazos antes de que escapara, pero por alguna razón no lo hizo. Era inconcebible tanta torpeza junta y algo inusual en él; cuando logró sortear los obstáculos que se interpusieron en su camino consiguió seguirla, pero no logró verla por ninguna parte.

De alguna u otra forma tenía que averiguar quién rayos era ella, quién era el tipo que la acompañaba, y por qué razón huía de él. Se dirigió con rapidez a la barra.

—Sam, ¿quién la acompañaba? —averiguó presuroso.

—Amigo, te dije que ella juega para el otro bando, de hecho, la vi con aquella chica sexy de blusa roja que está bailando.

Sin más explicaciones caminó a paso firme hasta Eiffel, quien continuó contoneándose en movimientos sensuales frente a él.

—Hola, ¿conoces a la chica de cabellos largos que te acompañaba?

—*Je ne parle pas espagnol*[8] —contestó ella encogiéndose de hombros.

Marcelo sonrió con malicia antes de aclararle.

—*Si je parle français. ¿Vous savez qui est la femme aux cheveux longs?*[9] —formuló la pregunta en un francés fluido.

—*Non, je viens de lui donner une cigarette*[10] —explicó ella de forma casual.

—*Merci*[11]. —agradeció un poco molesto.

Pasó su mano por los cabellos, contrariado, bajó la mirada y algo llamó su atención; se inclinó para recoger el lirio blanco que yacía maltrecho en el suelo y se alejó maldiciendo su suerte, aunque sabía que se encontraba en el

lugar correcto, ella estaba en la ciudad.

—Sam, necesito saber dónde se hallaba sentada la chica.

El joven barman desorientado por la solicitud confesó con su dedo apuntado hacia la parte superior de la discoteca.

—En aquella mesa, Betsy los atendía.

Entornó los ojos con la mirada fija en el lugar.

—¿Quiénes la acompañaban?

—Hasta donde pude darme cuenta eran tres hombres y su amiga, la chica que te observa en este momento.

Se volteó hacia ellos e hizo una seña con su cabeza a manera de saludo, subió las escaleras y tomó asiento frente a la mesa que ocupaba Gisele y sus compañeros, llamó a la camarera y susurró algo a su oído.

Desde allí observó cuando la joven francesa se acercó a los dos hombres, les habló al oído y todos miraron en dirección a él. Permanecieron unos segundos quietos hasta que ella tomó la iniciativa y se dirigió hasta la mesa.

—*Désolé, il est notre table*^[12] —aclaró Eiffel con altivez esperando que se largara.

—*Désolé, je ne veux pas déranger*^[13] —se disculpó con una sonrisa arrebatadora.

—Señor, estamos ocupando esta mesa, sería tan amable de marcharse —sugirió Pegaso con cautela.

Asintió levemente, se incorporó y observó cómo cada uno ocupaba sus puestos, sin embargo, dos asientos seguían vacíos con los respectivos tragos en su lugar.

—Disculpen mi intromisión, sucede que estoy bastante interesado en una chica que los acompañaba, y la señorita francesa me dijo que no la conocía; es obvio que me mintió si estaba sentada con ustedes. El caso es que, si alguien pudiera decirme al menos su nombre o facilitarme su número telefónico, se lo agradecería mucho.

Eiffel soltó una carcajada burlona, Big Ben negó con la cabeza, se levantó y

se dirigió de nuevo a la pista de baile; sin embargo, Pegaso lo miró directo a los ojos, como intentando escudriñar sus pensamientos.

—Lo siento mucho, caballero, pero por la seguridad de nuestra amiga no podemos facilitarle ningún tipo de información acerca de ella, así que pierde su tiempo.

—Bien, entonces, al menos permítanme invitarlos una ronda de tragos por la molestia —declaró con fingido pesar.

Antes de que pudieran negarse, la camarera ya estaba a su lado con las bebidas, las dejó sobre la mesa y recogió todos los vasos, incluidos los de Gisele y Marengo.

—Una vez más disculpen la molestia, *au revoir*.

Se apresuró a bajar las escaleras y a ubicarse en una esquina de la barra, donde no podía ser visto desde arriba.

—¿Los tienes? —inquirió ansioso a la linda camarera que le sonrió y sacó debajo de la barra dos vasos dentro de una bolsa plástica transparente.

Se sintió aliviado al recibir el extraño presente e hizo entrega de una jugosa propina a la joven.

—Solo dime si necesitas algo más —sugirió ella con excesiva coquetería.

—No, preciosa, por el momento nada más; si me disculpas, necesito hablar con tu jefe.

Se dirigió a la parte posterior de la disco y saludó al sujeto que custodiaba una puerta que tocó antes de entrar.

—¡Marcelo, amigo, qué gusto verte! —saludó el hombre desde su escritorio.

—Williams, trabajando duro, ¿cierto?

Se acercó y ambos se estrecharon las manos antes de darse un afectuoso abrazo.

Williams era su amigo desde hacía varios años, otro soltero que era propietario de dos discotecas a las cuales dedicaba todo su tiempo.

—Déjame adivinar, quieres simular otra vez que eres el dueño de la disco

para conquistar a una mujer, ¿me equivoco?

Rio a carcajadas al recordar aquel favor que logró conseguir de su amigo sin problemas.

—Te equivocas, esta vez necesito las grabaciones que tus cámaras de vigilancia tomaron esta noche.

El hombre arrugó el entrecejo, y luego poco a poco una sonrisa pícara se dibujó en su rostro.

—Ah, comprendo, otra chica.

—Exacto, ¿me ayudas?

—Faltaba más, hombre.

Se sentó frente su ordenador y ambos revisaron con detenimiento desde el momento en que entró al establecimiento la mujer que buscaba, hasta que se marchó.

—Tienes buen ojo para las mujeres, pero dime algo, ¿qué vas a hacer con este material?

—Somos amigos, no te perjudicaría por nada en el mundo, quédate tranquilo, es para buscarla.

—No me hagas reír, ¿vas a publicar un aviso en la prensa? —se burló su amigo.

—Haré algo más efectivo; gracias, amigo, adiós.

CAPÍTULO 7

Observó a su caballo con desprecio y desconcierto. El trayecto de regreso al hotel fue en total silencio, no entendía su actitud, creyó que era un ataque de celos injustificado debido a que su relación era estrictamente de trabajo, solo sentía afecto por él. Se veía irritado, pasaba la mano por su cuello en señal de preocupación, algo bastante inusual en su comportamiento.

—¿Quieres explicarme qué rayos sucedió en la disco?! —indagó Marengo un poco alterado al entrar en la habitación del hotel.

—Es complicado, ese hombre... —Estaba aturdida no comprendía nada de lo que ocurría en absoluto.

—Ese hombre es Marcelo Dante Molina, nuestro objetivo y me gustaría mucho saber de dónde carajo lo conoces.

—No lo conozco, yo... apenas es la segunda vez que nos vemos por casualidad.

—Pero se atraen, en el ambiente lograba verse a kilómetros las chispas que sus cuerpos desprendían, y tus ojitos podían haber iluminado el océano pacífico en la noche más oscura —señaló con malicia.

—Eso es bastante poético viniendo de un hombre que no conoce de sentimentalismos; lamento decepcionarte, pero te has equivocado.

—¿Si no te hubiese sacado de ese lugar, con seguridad en este preciso instante estarías retozando en su cama! —Los ojos azules de su caballo parecían destellar fuego, su mandíbula apretada y la respiración agitada hacía más evidente el estado de enojo.

—¡No tienes derecho a hablarme así! —gritó de forma amenazante acercándose a él. Nunca un integrante de su equipo la había cuestionado de esa manera.

—Es verdad, lo siento, y me disculpo, pero pudiste haber arruinado semanas de trabajo.

—Acepto tus disculpas, pero créeme, no lo sabía.

—Descansa, mañana nos reuniremos, ¿te parece si desayunamos todos juntos en el hotel? —sugirió él con sutileza.

—Sí, perfecto, nos vemos mañana.

—Buenas noches.

Quedó sentada frente al ventanal sumida en un cúmulo de pensamientos confusos que no podía controlar, quería abandonar la misión, sin embargo, algo más fuerte dentro de ella le gritaba que debía continuar.

Pasó la noche en vela deseando que todo fuese un absurdo malentendido.

—Ya todos están al tanto de lo sucedido y tengo una idea de cómo podemos sacar provecho de la situación, esta vez cambiaremos un poco el plan de trabajo —informó Marengo antes de dar un sorbo a su taza de café en compañía del equipo que desayunaba frente a la gran piscina del hotel.

—Te escuchamos —expresó Eiffel con un poco de curiosidad, mientras sus dedos delgados sostenían con delicadeza el cuchillo con el cual untaba mantequilla de maní a su tostada.

—Continuaremos con el objetivo, pero en esta oportunidad te mostrarás tal como eres —explicó con actitud triunfante.

—¡Pero eso es muy peligroso! —exclamó Gisele con preocupación. La sola idea de exponerse frente un objetivo la llenaba de ansiedad.

—Es una sugerencia, si le gustas así, tal vez sea mejor permitir que se acerque lo suficiente como para sacar provecho de la atracción que siente por ti.

—¿Qué te hace pensar eso? —La idea provocó un leve estremecimiento en su cuerpo.

—Por favor, es como negar que el sol sale a diario por el este.

Eiffel se aclaró la garganta antes de intervenir.

—Anoche me abordó después que te marchaste, quería saber si te conocía, quise evadirlo hablándole en francés pero, para mi sorpresa, él también lo habla muy bien e insistió; después se ubicó en nuestra mesa y solicitó con amabilidad información acerca de ti, hasta nos invitó una ronda de tragos, que tuvimos que pasar por el detector de narcóticos porque creí que ese tipo nos había puesto algo en las bebidas; lo cierto es que ese hombre está muy interesado en ti, y eso es un gran avance.

—Es que no estoy segura de que funcione —acotó Gisele un poco dubitativa.

—A mí, en particular, me parece un poco arriesgado; sin embargo, es bastante conveniente que le gustes, es un tiempo precioso que nos ahorraríamos en coqueteo absurdo —intervino Pegaso con la mirada puesta en ella.

—¿Cuál es el plan? —inquirió ella recuperando su aplomo.

—No te preocupes, ese es mi trabajo, yo me encargaré; en cuanto tenga información del lugar, fecha y hora te avisaré. —Los planes eran más sencillos de lo que hubiese imaginado.

—Necesitaremos que parezca casual, eso es un poco más complicado —intervino de nuevo el caballo principal, a quien le preocupaba la seguridad de su dama, sin embargo, trataba en lo posible de que nadie notara lo importante que ella era para él y lo que significaba su bienestar.

—Por favor, casual fue el encuentro en la disco, después de eso cualquier cosa podría darse —expresó Marengo con el ceño fruncido y mirada intimidatoria, al tiempo que colocaba frente a ella un *dossier* de color negro. —Aquí tienes toda la información que hemos recopilado, ¿cuánto tiempo necesitas?

—Dame dos semanas, eso será suficiente para centrarme. —Era el tiempo que por lo general le llevaba estudiar a su objetivo, sus gustos, lugares

favoritos, pasatiempos y hábitos. Pero esta vez, estaba más interesada de lo normal en conocer acerca de Marcelo, lo que también podría interferir de alguna manera en su trabajo.

—Por ahora lo mantendremos vigilado y lejos de ti —aclaró Ben antes de meter un gran trozo de sándwich en su boca.

—Vamos arriba, necesitamos hacerte las fotografías —la voz dulce de su compañera la sacó de sus cavilaciones, asintió levemente, se levantó, e hizo un gesto de despedida antes de marcharse.

Eiffel era una mujer atractiva y muy lista, tenía que serlo para estar con ellos, toda la documentación que la dama utilizaba era elaborada y preparada por ella, desde sus pasaportes y permisos de conducir, hasta sus títulos universitarios, así como recomendaciones, hojas de vida y otros que necesitara.

Se veía como una universitaria intelectual con las gafas grandes adaptadas, su corte de cabello lacio apenas rozaba su esbelto cuello, llevaba siempre un collar estilo *chokers* de terciopelo negro con un hermoso crucifijo de turmalina negra, el cual era un sofisticado dispositivo de almacenamiento, sus labios pintados de rojo carmín la hacían lucir mayor.

—Ya ves, parece que ha llegado el momento de mostrar tu bonito rostro en las identificaciones —expresó sonriente.

—No creas que me agrada, me siento vulnerable —objetó al observar su reflejo en el espejo.

—Supongo que tras fingir durante varios años ser tantas mujeres distintas te sientes insegura de mostrarte tal como eres.

—Es posible, pero no estoy acostumbrada a sentirme así, ya me conoces, nunca nadie me ha intimidado.

—Tal vez no sea temor... sino atracción —expresó con vacilación, mientras ajustaba el lente de su cámara profesional.

—No lo creo, es solo un hombre, un objetivo más, soy más lista que cualquier mujer que él haya conocido. Si tienes razón y es cierto que me

gusta, entonces me divertiré, aprovecharé esta ocasión para disfrutar mi trabajo.

—Estás jugando con fuego, Dama, y podrías quemarte —advirtió su joven socia con picardía.

—Gracias por la advertencia, pero este juego apenas comienza, y nada mejor que una buena dama para darle un fabuloso jaque a ese galán.

Al quedar a solas, se desvistió con la mirada perdida; sus pensamientos estaban centrados en la figura y sonrisa de Marcelo Dante. La atemorizaba el hecho de sentirse vulnerable frente a él, sería la primera vez que mostraría su verdadero rostro a un objetivo, sin embargo, sus intenciones continuaban siendo las mismas. Se preguntó «¿cómo es posible que un hombre así fuese un delincuente?». Sonrió, chasqueó la lengua y negó con la cabeza, por supuesto que era posible, ella misma y sus amigos eran un grupo de delincuentes, con un objetivo claro y noble, pero ello no implicaba que fuese honrado.

Intentó borrar los pensamientos mientras se daba una ducha, luego trató de concentrarse a fondo en su objetivo. Se sentó frente al escritorio con una taza de café; el *dossier* que Marengo le había entregado continuaba encima, lo miró y se armó de valor para comenzar a estudiar como en muchas ocasiones lo había hecho. Sabía que haber conocido con anticipación a su objetivo y sentir esa extraña atracción por él interferiría con su trabajo, y se reprendió a sí misma por el poco profesionalismo con el que actuaba.

Las fotografías en varios ángulos fueron lo primero que llamó su atención, detalló cada rasgo de sus facciones, su porte y complexión; poco a poco un calor invadió su cuerpo, olvidó por completo revisar el resto de la información contenida en el informe, ya habría tiempo para eso, ese momento era para disfrutar de la vista, por primera vez experimentó excitación con solo unas fotografías, pero para ella era más que eso, había sentido la calidez que desprendían esas manos grandes sobre su piel, y la mirada intensa de esos ojos hermosos sobre ella, mordió su labio inferior, cerró los párpados y

fantaseó con esa boca sobre la suya, y que luego recorrió su cuerpo, podía sentir la lengua experimentada de ese hombre deslizarse con pericia sobre sus pezones erguidos por el deseo, imaginó que con sus propias manos conducían las de él hasta su parte más íntima, donde sintió su candente humedad, los dedos resbalaron con facilidad, los deslizó en un vaivén afrodisíaco, mientras su mente recreaba a ese hombre saboreando su piel; en pocos segundos sus músculos se contrajeron y el placer se apoderó de ella, cuando su cuerpo alcanzó el grado más alto del clímax arqueó la espalda contra la silla y dejó escapar un gemido. Solo quedó la imagen de Marcelo que le sonreía con sensualidad.

Las semanas pasaron con rapidez, Gisele rentó un pequeño piso en Sun Park, un edificio moderno con una vista espectacular en una séptima planta y ubicado en una zona bastante apartada de la ciudad. Durante las noches se dedicó a estudiar a su objetivo, se estaba acostumbrando a esa sensación de placer que sentía al ver las fotografías.

Para su nuevo tatuaje requirió la ayuda de Eiffel, quien también tenía destreza con la máquina; las tintas utilizadas eran semipermanentes e impermeables y de apariencia real, que usaban con el fin de establecer lazos con el objetivo; por esa razón decidió tatuarse algo que representara más su propia personalidad, y nada mejor que la cabeza de un lobo en la parte baja de la espalda, era algo especial, puesto que se veía como si saliera de su piel.

Su móvil repicó, y sabía quién llamaba.

—Tiene reservación para una cena de negocios en el restaurante *Déjà vu* mañana a las ocho de la noche, puedes buscar un atuendo apropiado acorde con sus gustos.

—¿Cuál es el plan?

—Cenarás con tu amiga Verónica, quien se retrasará porque su coche se averiará en el trayecto, y supongo que, como buen caballero que es, se ofrecerá a acompañarte para socorrer a tu amiga; eso creará un vínculo inicial que con los días te encargarás de fortalecer. Debes tener presente que es un

hombre al que le gusta tener el control y tu trabajo será más fácil si le haces creer que lo tiene.

Se mantuvo callada durante varios segundos.

—¿Qué te sucede? —averiguó con cautela su compañero, la voz ronca y suave quedó atrapada en su cabeza.

La expresión en los ojos de Gisele era tan solo el temor de no saber cómo reaccionaría cerca de ese hombre que la atraía tanto física como sexualmente y que sería su víctima.

—No es nada. —Sacudió su cabeza, como si con eso consiguiera deshacerse del cúmulo de preocupaciones que la invadían.

—Descuida, estaremos cerca —manifestó Marengo con tono suave.

CAPÍTULO 8

Apenas era su segundo día de vacaciones, pero Carlos había decidido que sería más que eso, ya no permitiría que nadie más se burlara de él, sabía que su instinto policíaco podía llevarlo lejos. El día anterior había recorrido desde la casa de Lance hasta la estación de trenes más cercana con la fotografía de la ladrona en busca de alguien que la hubiese visto, pero de forma inexplicable nadie la conocía.

Subió la valija al taxi y se acomodó en el asiento trasero. Había trazado con cuidado cada uno de sus destinos, y el primero de ellos se encontraba en la ciudad de Boston, un viaje de poco más de tres horas que recorrería con el único fin de hallar las pistas que lo llevarían a dar con la ladrona.

El aeropuerto internacional de La Guardia siempre estaba abarrotado de personas y ese día no era la excepción; en cuanto se ubicó en el asiento del avión, abrió una libreta con anotaciones que llevaba consigo y comenzó a añadir detalles que le parecieron bastante importantes como para no pasarlos por alto.

El trayecto le pareció corto, quizás debido a que pasó todo el vuelo con la mirada sobre el mapa que tenía en su regazo al tiempo que hacía anotaciones de las posibles razones para haber elegido las ciudades donde había perpetrado los hurtos. Tenía varios patrones y comenzaba a fijarse en uno muy peculiar. Los lugares donde se habían cometido los delitos pertenecían a Estados que limitaban con el mar o algún lago, razón por la cual dedujo que tal vez sería una forma de escape en caso de ser descubierta.

Al llegar a su destino se dirigió a la residencia de James Blair, un empresario con una cuantiosa fortuna, la cual había acumulado gracias a negocios en bienes raíces, quien a sus cincuenta y seis años se había separado de su esposa para disfrutar las mieles de la soltería, y que por ironía del destino cayó en las redes de la ladrona. Aldana llevaba consigo las copias de cada expediente que había obtenido de los distintos departamentos de policía en los lugares donde se llevaron a cabo los hurtos, los había sacado a escondidas de su oficina, a sabiendas de que tal osadía podía costarle su empleo. Sonrió con desgano al leer por segunda vez el mismo párrafo:

ANTECEDENTES: James Blair cuenta con una decena de demandas en los juzgados de varios Distritos del Estado de Massachusetts, todas fundamentadas en ventas fraudulentas, de las cuales no se ha podido comprobar ninguna de las acusaciones que pesan en su contra.

Había escuchado historias como esa, gente que de alguna manera debido a tecnicismos jurídicos salía airosa de litigios donde estaban implicados por diversos delitos, o de forma inexplicable no se hallaban pruebas que los incriminara.

Vaciló un poco antes de acercarse a la entrada debido a que no había telefoneado antes para concertar una cita; era muy probable que la necesitara debido a que Blair era un hombre bastante ocupado, sin embargo, su motivación era más fuerte que las dudas que lo invadieron en ese momento.

Dos guardias de seguridad trajeados y con aspecto de guardaespaldas lo recibieron con cara de pocos amigos.

—Buenas tardes, soy el detective Carlos Aldana, quisiera hablar con el señor James Blair, por favor. —Sacó con cautela su identificación para ponerla a la vista; notó que ambos sujetos se miraron entre ellos e hicieron una extraña seña que lo hizo cuestionarse acerca de la manera en que los había abordado.

—Bien, estoy aquí por un robo que el señor Blair denunció el año pasado

—aclaró.

Uno de los hombres se dio la vuelta y presionó el pequeño aparato de comunicación que llevaba en su oído, después se giró con rapidez e indicó al otro que le permitiera la entrada.

—Puede pasar, pero por medidas de seguridad deberá dejar sus dispositivos electrónicos y su arma.

Estaba en una gran disyuntiva: por un lado, era consciente de que su arma era su única protección, además los reglamentos y códigos prohibían dejarlas al cuidado de «terceros» y, por otro lado, había viajado varios kilómetros con el fin de poder entrevistarse con Blair y tratar de establecer una conexión entre ambos delitos, por lo cual tomó otra decisión que no era habitual en él. Sacó su armamento de la parte posterior de pantalón, extrajo todas las municiones que de inmediato guardó en el bolsillo de su abrigo, luego apagó su teléfono celular, sacó la batería, y entregó ambos al tipo que lo miraba con diversión en su rostro.

—Sígame.

Lo condujo por un amplio jardín hasta llegar a una especie de cabaña; la vista era impresionante: no era la típica vivienda veraniega, sino una majestuosa estructura de dos plantas en madera de cedro rodeada de arbustos y flores silvestres; a un costado había una inmensa alberca con rocas gigantescas que semejaban una cascada natural. Su expresión de asombro hizo sonreír al fornido guardia.

—Sí, tuve esa misma sensación la primera vez que vine aquí.

Carlos sacudió su cabeza e intentó recuperar la compostura. Caminaron hasta la entrada principal, subieron cuatro escalones y quedaron en un recibidor techado amplio con barandal y cómodos sillones con vista a toda la propiedad.

—Espere aquí, tome asiento.

Se acomodó, abrió su portafolio, sacó su libreta de anotaciones y su bolígrafo. Los minutos transcurrían y comenzaba a impacientarse, sin

embargo, trató de mantenerse calmado.

La puerta se abrió y apareció de nuevo el guardaespaldas y se situó cerca para dejar pasar a un hombre rubio, de contextura delgada, aparentaba unos cincuenta seis años de edad, sus ojos azul celeste parecieron escudriñar de pies a cabeza; era una mirada intimidatoria y despectiva en partes iguales.

Se levantó con rapidez para saludarlo.

—Buenas tardes, señor Blair, agradezco su gentileza por haberme recibido.

—Bien oficial, tome asiento, ¿le gustaría algo de beber?

—No gracias, estoy bien.

—Alex, un whisky en las rocas y mis cigarrillos —ordenó de forma tajante — Dígame, ¿por qué el interés en un robo que denuncié hace casi un año?

—Bien, señor Blair, hace unas semanas un hurto similar fue reportado en la policía de Manhattan, fui encargado del caso y, como era de esperarse, he estudiado cada detalle de este, y lo he comparado con varios delitos cometidos en condiciones similares. Así que espero que usted pueda ayudarme al respecto.

—Pues no sé qué es lo que desea saber, todo está en la denuncia.

Una joven se acercó con discreción, en sus manos sostenía una charola con el vaso de whisky, un estuche metálico y un encendedor dorado.

—¿Usted quiere que la capturemos, cierto? —expuso Carlos con suspicacia.

—¡Por supuesto que sí!, esa bribona se llevó una buena parte de mi dinero; le abrí las puertas de mi casa y fue así como me pagó— manifestó un poco alterado antes de tomar un trago largo de su bebida.

—Para eso necesitaré que me responda ciertas preguntas que no figuran en su reporte.

—Usted dirá.

—Tengo entendido que la señorita en cuestión se residió en su casa durante un tiempo.

—La señorita en cuestión se hacía llamar Eileen Smith y se hospedó

durante tres semanas y media en un *penthouse* que tengo en el centro de la ciudad.

—¿Al marcharse dejó en su habitación algún objeto o prenda de vestir?

—Nada en absoluto.

—¿Una flor tal vez? —sondeó con cautela.

—Ya que lo menciona sí, ella siempre tenía un lirio blanco en la habitación que ocupaba.

—Interesante, ¿dejó alguna nota?

Quedó pensativo durante unos segundos.

—Dígame algo ¿esto es extraoficial, verdad? —Estaba claro que guardaba desconfianza.

—Por supuesto, nada de lo que me diga lo anexaré al reporte, busco pistas que me ayuden a establecer un patrón.

—En realidad, sí dejó una nota que destruí al darme cuenta de la cantidad de dinero que había robado.

—¿Qué decía la nota?

—Decía: «Gracias por tu contribución», ¿puede creerlo? Como si fuese algún contribuyente o financiara obras de caridad.

Los ojos de Carlos centellearon y una fugaz sonrisa apareció en su rostro; tomó las notas necesarias de inmediato.

—No es divertido créame —escupió Blair con desprecio.

—No lo es, pero creo que he encontrado más pistas de lo que había pensado. —Hizo una pausa antes de continuar la investigación— En su declaración dejó la descripción de un tatuaje que ella llevaba en su brazo izquierdo, era una serpiente, ¿se identifica usted de alguna manera con eso?

Quedó pensativo durante unos segundos, luego sonrió y negó con la cabeza antes de beber lo que quedaba en el vaso, después encendió un cigarrillo, dio una bocanada y suspiró con desaliento.

—Sí, de hecho, siempre me he identificado con las serpientes; son animales que poseen muchos atributos que son ignorados y despreciados por los

humanos, sobre todo, la capacidad que tienen de cambiar de piel y reinventarse, así soy, pero eso fue una simple casualidad, ¿o no?

—No lo creo.

—¿Quiere decir que su tatuaje era falso?! —cuestionó Blair con sorpresa y enfado al mismo tiempo.

—Es muy probable que así fuera.

—¡Maldita perra!, ¿sabe qué es lo peor de todo? —Esperó unos segundos antes de continuar— que, si hubiese regresado aun sin el dinero, la habría perdonado.

Hubo un incómodo silencio, Carlos no sabía interpretar lo que ocurría, ¿sería posible que una mujer pudiese enloquecer a un hombre a tal punto como para perdonarle algo como eso?

—Lo siento, es que ella... era especial, o al menos eso me hizo creer.

—¿Ustedes llegaron a...? —preguntó con el propósito de establecer si la ladrona era capaz de acostarse con sus víctimas.

El hombre soltó una carcajada seguida de un chasquido con la lengua.

—No, eso es lo más irónico y estúpido que me ha sucedido: una mujer que me hizo olvidarlas a todas y ni siquiera me acosté con ella, quise darle tiempo, pero tampoco pensé que se esfumaría sin dejar rastro.

Ambos guardaron silencio durante unos segundos, Carlos comenzaba a darse cuenta de la clase de delincuente a la cual se enfrentaba, era manipuladora, al punto de que llegaba a controlar las emociones y sentimientos de sus víctimas.

—¡Alex, necesito whisky, y esta vez que sean dos! —profirió en voz alta.

—Sí, señor.

Le ofreció los cigarrillos y Carlos no vaciló ni un segundo en sacar uno y encenderlo con rapidez. La primera bocanada fue profunda, desprendía un exquisito aroma, y de inmediato sintió que la calma regresaba a su cuerpo.

—¿Había algún rasgo que la identificara y que en aquel momento lo hubiese pasado por alto?

Quedó pensativo mirando en dirección al exuberante paisaje que tenían enfrente.

—Sí, ella habla francés.

—¿Cómo lo sabe?

—Fue simple casualidad: llegué de improviso con un ramo de flores para ella, estaba al teléfono y hablaba el idioma con fluidez; le pregunté y me explicó que era una llamada equivocada e intentaba indicarle a su interlocutor que no era la persona que buscaba. Al momento le creí, por supuesto, le hubiese creído cualquier cosa pero, después del robo, algunas cosas fueron cobrando sentido.

—¿Cosas como cuáles?

—Ella coincidía conmigo en preferencias musicales, libros, lugares que quería conocer; además, era la única mujer que se interesaba en mis negocios, siempre quería saber qué tal había estado mi día, y así poco a poco conoció más de lo que en realidad debía. —Hizo una breve pausa y continuó—: Su temperamento y su actitud fría terminaron por gustarme tanto como ella, no era como las mujeres que he conocido, y mire que he conocido muchas, pero ella era diferente, nada de romanticismo, ni esas estupideces color de rosa que la mayoría de las mujeres lloriquea a los hombres.

Carlos lo miró directo a los ojos, prestando atención a cada palabra que Blair pronunciaba; apenas calló volvió a indagar y esta vez con algo que hasta a él mismo lo tomó por sorpresa.

—¿Tiene negocios turbios y fraudulentos? —La pregunta se dejó colar en sus labios sin darse cuenta, sin embargo, continuó con su aplomo, apagó el cigarrillo antes de comenzar a recoger sus notas y guardarlas en su portafolio.

Blair arrugó el entrecejo, ladeó la cabeza y luego un esbozo de sonrisa comenzó a curvar su boca.

—Tú sí que tienes cojones y eso es algo que admiro; eres listo, aunque dudas de tu propia capacidad, estoy seguro de que darás con ella y, cuando lo logres, tráela aquí, que por ello serás bien recompensado.

—Gracias, pero la recompensa que busco es de otro tipo, aún no responde.

—¿Por qué cuestionas lo que ya sabes?, soy un hombre de negocios y hago lo que sea con tal de conseguir lo que quiero, y si lo que quiero es poder y más dinero... haría lo que otros no se atreverían, hasta vender el alma de quien sea, porque la mía ya está vendida —reveló sin inmutarse antes de encender otro cigarrillo y recostar la cabeza en el sillón.

Carlos tragó en seco, se levantó e hizo un gesto con la cabeza. James Blair era tal como lo había imaginado: prepotente, despiadado, avaro y un delincuente de guante blanco, que irónicamente fue víctima de una más lista que él.

—Si quieres, puedo prestarte todo el apoyo logístico que requieras: traslados en mi *jet* privado, también dinero para el alojamiento y demás gastos —expresó de forma petulante mirándolo a los ojos desde su cómodo asiento.

Era la primera vez en su corta carrera que sentía ganas de asestarle un puñetazo en la mandíbula a una víctima; la arrogancia en la entonación de su voz y en sus movimientos era parte de su personalidad, estaba convencido de que aceptar tal ofrecimiento lo convertiría en empleado del mismo Satán.

—Gracias por su colaboración y no se preocupe, todo está cubierto por el departamento de policía.

—En ese caso, no me queda más que desearte suerte, e intenta no prendarte de ella, es una mujer muy suspicaz —advirtió Blair sin mirarlo.

—Ahora lo sé, gracias por la información.

CAPÍTULO 9

Subió las escaleras presuroso y a zancadas hasta llegar a la cuarta planta. Llamó a la puerta varias veces antes de que se escuchara el chasquido de la cerradura eléctrica, de inmediato entró y saludó con prisa a la secretaria que jugaba a las cartas en el ordenador.

—Hola, Sonya, ¿se encuentra Rafael?

—¡Marcelo, qué grato verte! —La mujer lo recibió emocionada.

—Gracias, pero dime, ¿está en su oficina o no?

—Sí, por supuesto, ya le aviso que viniste.

—Por favor, tengo prisa.

Tomó el intercomunicador y le habló a su jefe.

—Está desocupado puedes pasar.

—¡Hey!, ¿cómo has estado? —lo saludó el hombre tras el escritorio que se puso de pie para estrecharle la mano con entusiasmo. Su cabello engominado y su ropa impecable le daban un aspecto profesional.

—Todo bajo control, necesito de tus servicios.

—Tú dirás,

Colocó encima del viejo escritorio una pequeña caja de donde extrajo una bolsa plástica con dos vasos de vidrio, justo al lado del rótulo donde podía leerse: «Rafael Alarcón, Investigador Privado», en su mano sostenía el *pendrive* con el video tomado en la discoteca la noche del sábado.

—Necesito saber quién es esta mujer y dónde puedo encontrarla.

El hombre lo miró con un poco de escepticismo, sin embargo, no dijo nada.

Cogió el dispositivo de almacenamiento y lo introdujo en su ordenador, después levantó la bolsa plástica para apreciarla de cerca sin abrirla.

—Sus huellas deben estar en uno de esos vasos, las demás corresponden a un sujeto que la acompañaba, que también me gustaría saber quién es, y qué relación tiene con ella —le aclaró.

El video de la disco comenzó a proyectarse en la pantalla del ordenador, mientras Marcelo le hacía señas para que adelantara la grabación.

—¡Detenlo! —Señaló la imagen que quedó inmóvil y sonrió con picardía.

—Dame un poco de información —solicitó el investigador.

—No tengo nada, la he visto un par de veces y apenas logré hablar con ella, pero estoy seguro de que sus huellas deben estar en uno de esos vasos.

—Entonces será más fácil hallarla, debe estar en los registros y, en consecuencia, también su dirección.

—Genial, ¿cuánto tiempo te tomará hacer eso?

—Una o dos semanas más o menos.

—Bien, estaré esperando tu llamada.

—Acerca de mis honorarios...

—Por supuesto, no te preocupes, te pagaré el doble de lo que sueles cobrar por hacer esto, así que date prisa.

Hizo su mejor esfuerzo por mantenerse calmada, pero sentía que sus nervios estaban bastante alterados: entre las preferencias de su objetivo se encontraban mujeres con curvas y volumen donde ella solo poseía lo que una mujer de anatomía delgada podía tener, sin embargo, decidió no utilizar ningún tipo de artificios para aparentar un trasero voluminoso o senos siliconados.

Se sirvió un whisky seco, se acercó a su potente sistema estéreo y colocó *Dangerous*. Las notas del violín se colaron por cada rincón. Luego procedió a

elegir con cuidado sus prendas de vestir. Su objetivo tenía el perfil de un hombre de gustos muy diversos, pero ella tenía el toque de sensualidad que había llamado su atención, por eso decidió sacar provecho y centrarse en sus puntos fuertes: se ajustó un pantalón entallado negro de piel sintética, se calzó zapatos de tacón alto y se puso una blusa beige de encaje sin tirantes, con mangas largas, para dejar sus hombros al descubierto. Utilizó un maquillaje sencillo en los ojos, y labial rojo que resaltó sus hermosos labios. Por último, se colocó unos aretes discretos, una gargantilla negra de encaje elástico estilo gótico y un collar colgante largo que llegaba a la altura de su cintura, su accesorio más importante, una joya única con una hermosa brújula como pieza principal, enmarcada en bronce con una tapa protectora de cristal, lo que le confería un look casual y atrevido al mismo tiempo.

Antes de salir tomó lo que restaba de su bebida, metió en su bolso varios objetos que siempre utilizaba, un pequeño estuche de maquillaje que en realidad era un sofisticado dispositivo de comunicación, y por supuesto su navaja suiza, con la que era capaz de abrir lo que fuese y que nunca olvidaba.

Encendió el micrófono y se comunicó antes de salir.

—La dama se dispone a comenzar la partida.

—Confirmado; Torre dos, lista. —Escuchó la voz de Big Ben en el pequeño audífono que llevaba en su oído.

El resto de sus compañeros también informaron sus posiciones.

—Caballo uno, en su puesto.

—Torre uno, en posición.

—Caballo dos, atento y en su lugar —anunció Marengo con firmeza.

El restaurante se hallaba ubicado en una terraza al aire libre. Se detuvo en la entrada y sintió la brisa fresca de la noche que acarició sus mejillas; el lugar se encontraba repleto de comensales que conversaban y sonreían entre sí; y la música instrumental suave se escuchaba en cada rincón del lugar.

—Buenas noches, tengo una reservación a nombre de Loraine Hoover.

—Buenas noches, sí, señorita Hoover, su mesa está lista, es la número

diecinueve y está al final a la izquierda; Laura la acompañará.

—Gracias.

Avanzó entre las mesas y divisó de inmediato a su objetivo quien estaba en compañía de otro hombre de piel morena y aspecto elegante; pasó a varios metros de él sin mirarlo, aunque sabía que él había notado su presencia. Se ubicó y ordenó un Martini seco.

Marcelo había dejado de prestar atención a su interlocutor para clavar su mirada fija sobre ella; la observó sin recato, se sorprendió, puesto que no esperaba verla en ese lugar. Su figura estilizada y movimientos delicados lo tenían hipnotizado.

—Entiendo que ya no escuches lo que digo, esa mujer está como para comérsela hasta con la ropa puesta —expresó su cliente al notarlo.

—Deja de decir sandeces —espetó él sin quitar los ojos de la chica.

—De todas formas, ya tengo que irme; tienes dos opciones: esperas a que llegue su acompañante y te conformas con mirarla hasta entonces, o la abordas de una buena vez y consigues al menos su número telefónico.

—Sabes que no soy el tipo de hombre que se queda sentado a esperar, voy por lo que me gusta, y esa mujer me trae de cabezas desde hace algunas semanas; no voy a dejar pasar esta oportunidad —confesó mirándolo de frente.

—¡Excelente!, esa es la actitud, ah, y no te preocupes por la cuenta, yo invito.

—Gracias, nos vemos luego, George.

El hombre se levantó y se marchó, mientras que él quedó con la mirada puesta sobre la preciosa mujer que no era consciente del efecto que con su sola presencia despertaba en su cuerpo.

Gisele dio un sorbo a su bebida y contuvo la tentación de mirar en dirección a la mesa donde estaba su objetivo, aunque podía sentir sus ojos clavados en ella. Ya tenía su atención, debía tener paciencia y esperar a que el resto del plan saliera según lo acordado.

Sacó un cigarrillo, lo sostuvo entre sus dedos para buscar el mechero que siempre desaparecía entre los recovecos de su bolso, tocó el intercomunicador, lo asomó al borde y sin pensar en las razones que tuvo para hacerlo decidió apagar el micrófono.

El sonido de un chasquido la hizo levantar su rostro, y se encontró una vez más con la mirada intensa del hombre que sostenía en su mano un encendedor dorado con la flama encendida.

La imponente figura la perturbó, su cercanía le permitió percibir el olor de su perfume.

Colocó el cigarrillo entre sus labios y se acercó para encenderlo; inhaló profundo y soltó la bocanada de humo con elegancia y coquetería.

—Gracias.

El sonido de su voz lo cautivó de inmediato, no era dulce o aguda como la había imaginado, sino más bien, grave y tremendamente excitante. Marcelo la observó con una sonrisa arrebatadora, mientras imaginaba los provocativos labios de ella envolviendo su miembro inflamado de deseo.

—Por nada, ¿puedo acompañarla o espera a alguien?

—De hecho, espero a alguien.

—Igual no tengo inconveniente en acompañarla mientras aguarda, así no estará sola. —Deslizó la silla que estaba enfrente para tomar asiento e hizo seña a la camarera para que les sirviera dos Martini—. Es más agradable esperar en compañía. ¿Por qué ha huido de mí?

Gisele contrajo el rostro, para después suavizar poco a poco su expresión.

—¿A qué se refiere?

—Lo sabe, las dos veces que la he visto, ha huido.

—No es cierto, fue simple casualidad, en ambas ocasiones he tenido que marcharme.

—¿Con su novio, ese que casi la saca de la discoteca a la fuerza?

—No es mi novio, tampoco me sacó a la fuerza y, por último, no tengo por qué darle explicaciones acerca de mi vida —espetó con desdén y lo miró de

forma intimidante; con esto provocó un efecto contrario al deseado: había captado mucha más atención de la planeada.

Tenía frente a él a una hermosa mujer con apariencia frágil, pero su seguridad y actitud dominante la convertían en una criatura más enigmática y apetecible.

—Lo siento, no fue mi intención ofenderla, ¿comenzamos de nuevo? Soy Marcelo Dante, encantando de conocerla. —Ofreció su mano, ella esperó unos pocos segundos antes de estrecharla con firmeza y elegancia.

—Lorraine Hoover.

—Bien, señorita Hoover, espera a su... —Hizo una pausa postergando la frase para que ella completara la oración.

—Amiga, vamos a celebrar su ascenso laboral.

—Ah, eso es genial, y ¿usted a qué se dedica? —preguntó relajado.

—Diseño páginas web —se apresuró ella a responder.

Era una mujer atractiva, sexy y lista, una combinación que le agradó de inmediato.

—Qué interesante.

—¿Y usted? —consultó ella antes de dar otra inhalada a su cigarrillo.

—Soy contador, pero he quedado un poco desconcertado con su profesión, pensé que era modelo.

Con su adulator comentario logró sacar una hermosa sonrisa de sus labios, lo que terminó por convencerlo de que sería capaz de descender hasta el mismo infierno con tal de besar esa boca.

—No sé si sentirme ofendida o halagada por ello.

—Mi intención no ha sido ofenderla, tiene apariencia de modelo: es hermosa y estilizada.

—¿Suele decirle eso a sus conquistas, señor Dante? —increpó Gisele con agudeza.

—No lo hago porque, por lo general, mis conquistas cuentan con estándares totalmente opuestos al suyo. —Su explicación la tomó por sorpresa, aunque

lejos de enfadarla, le agradó.

—Es usted descarado, pero con una abrumadora honestidad y eso es algo que respeto.

—Y usted es directa, pero muy suspicaz, y soy un gran admirador de la inteligencia.

La camarera llegó con las bebidas, Marcelo hizo un gesto de brindis que ella secundó.

—Salud, brindo por la casualidad, que hoy me ha dado una grata sorpresa —expresó él con una ceja enarcada.

—No creo en la casualidad, yo brindaré por... —Su teléfono la interrumpió, sobre la pantalla el nombre de Verónica parpadeaba de forma incesante—. Hola, he estado esperando por ti, ¿cómo dices? —hizo una pausa para escuchar con atención, mientras él no dejaba de deleitarse con los labios de ella que se movían de forma provocativa y sensual—. Espérame allí, no tardaré en llegar.

—Lo siento, tengo que marcharme.

—¿Sucede algo?

—Sí, el coche de mi amiga se ha accidentado, debo ir con ella.

Tenía que hacer algo, una vez más ella se marcharía.

—Puedo llevarla y ayudar en lo que sea necesario.

—Por supuesto, serías de gran ayuda. —Su respuesta lo tomó por sorpresa.

—A eso me refiero, hay cosas que solo los hombres podemos resolver —expresó con arrogancia.

—Ah, que mono, mi nuevo amigo me ha salido machista —objetó mirándolo con burla.

—Vaya y mi nueva amiga me ha salido respondona.

—En realidad no es una ayuda masculina lo que nos hace falta, sino un par de manos extras que bien pudieran haber sido las de cualquiera.

—Lo siento, no he querido parecer machista, en fin, vamos.

CAPÍTULO 10

Recostada con comodidad en su asiento tras el volante y con un cigarrillo en la mano, Eiffel aguardaba navegando en su teléfono celular cuando Marengo le aviso que la dama iba en camino.

—¡Que comience la función! —canturreó, sacudió su cabello e hizo algunos movimientos giratorios con el cuello.

A los pocos minutos notó el coche que aparcó tras el suyo y bajó de inmediato.

—Verónica, ¿estás bien? —Se apresuró a su encuentro.

—Sí, es esta carcacha que me deja varada en cualquier parte, lo siento, Lori —se excusó abrazándola con mimos.

—Ah, *mademoiselle*^[14], es usted, *comment allez-vous?*^[15] —ironizó él.

—*Très bien, merci, ¿et vous?*^[16] —declaró la torre francesa con excesiva coquetería.

—*Je ne suis pas mauvais.* ^[17]

—*Je suis d'accord*^[18] —afirmó ella mirándolo con picardía de pies a cabeza.

—¿Se conocen? —preguntó Gisele con fingido interés.

—Tu amiga me dijo que no te conocía.

Ambas se miraron, luego sonrieron.

—Estupendo, tiene prohibido proporcionar información acerca de mí a desconocidos. ¿Qué le sucedió a tu coche? —Se volvió hacia su amiga e ignoró a un Marcelo descolocado por la situación.

—Es una rueda, se pinchó y, ya sabes, no me dañarían mis uñas por nada en el mundo —explicó Eiffel con gesto superficial y la llave ajustable en sus delicadas manos.

—Ya lo sé.

Se giró sobre sus talones y se acuclilló para revisar mejor la causa del fallo, colocó sus manos sobre la superficie de la pieza de caucho y sin quitar los ojos de su objetivo dio una orden para el único hombre que se encontraba con ellas.

—Por favor, saca la de repuesto que está en la parte trasera.

Si antes se sintió incómodo por la extraña situación, en ese instante quedó sorprendido por su actitud mandona, no obstante, prefirió callar e hizo lo que ella pidió. Pero la mayor de las sorpresas la recibió cuando al regresar con el repuesto en la mano, ella estaba girando la llave para sacar las tuercas de la rueda averiada.

—Hey, hey, hey, eso me corresponde a mí —replicó él de forma autoritaria. Ella chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—A eso me refería cuando te dije «un par de manos extras», porque en realidad, sé cómo cambiar un simple neumático.

—Mancharás tu linda ropa, nena —la provocó con una advertencia burlona.

—No soy una nena, y no te preocupes por mi ropa, en realidad nunca he arruinado ninguna prenda de vestir, ni siquiera ajustando piezas mecánicas.

Eiffel de pie frente a ellos no sabía qué hacer para captar la atención de Gisele, necesitaba hacerle saber que el plan se había salido de control, nunca había visto a Caissa improvisar de tal manera, nada de lo que sucedía estaba planeado, se veía enfadada y alterada.

De brazos cruzados a la altura del pecho, Marcelo se apoyó en su coche para no perder detalle de esta faceta que nunca había visto en ninguna mujer: trabajaba con rapidez y pericia en algo que a él mismo le aborrecía hacer. Las chicas con las que había salido eran como la amiga francesa, coquetas, atractivas, muy femeninas, no harían ese tipo de trabajo y, por supuesto, no se

estropearían el esmalte con algo como eso. Esta mujer era autosuficiente y a la vez prepotente, creída y sarcástica; qué ironía, una copia de sí mismo.

—¿Qué le causa tanta gracia, señor Dante? —replicó de forma despectiva sin quitar los ojos de la tarea que llevaba a cabo.

—No es gracioso, es irónico, jamás había visto a una mujer cambiar una llanta.

Se puso de pie con rapidez, tomó un pañuelo desechable que Eiffel le entregó y lo miró fijo con los ojos entrecerrados durante varios segundos.

—Debe ser porque sus conquistas tienen estándares totalmente opuestos al mío.

Le aguda observación le causó tanta gracia que le fue casi imposible reprimir una sonora carcajada que consiguió enfurecerla mucho más.

—Debiste haber tomado una fotografía o un video, así conservarías al menos una prueba de que existe otro tipo de mujer —atacó de forma verbal a su objetivo quien no paraba de reír.

—Lamento mucho haberlo hecho perder su tiempo, señor... —se apresuró la joven francesa a intervenir.

—Marcelo Dante, y ha sido un auténtico honor conocerlas —aclaró mientras se acercaba con rapidez a ellas.

—Bueno, señor Dante, gracias por traer a Lori, ahora que estamos juntas puede irse tranquilo.

No lo podía creer, su amiga, la francesita, también lo despedía; era una noche como para que su peor enemigo tomara asiento enfrente y así pudiera disfrutar con lujo de detalles uno a uno cada desplante que estas dos mujeres le hacían.

—La verdad, Verónica, es que ni siquiera tengo el número telefónico de Loraine y, ya que hoy será un poco difícil continuar nuestra conversación, al menos quisiera invitarla a tomar algo, en otra ocasión, por supuesto —respondió sin quitar los ojos de encima a Gisele.

—Ha sido un placer, señor Dante. Te espero en el coche, amiga —aclaró

Eiffel antes de alejarse.

Sin tiempo que perder se aproximó hasta quedar a escasos centímetros de ella donde pudo percibir su perfume dulce y embriagador.

—¿Qué dices, aceptas una invitación a cenar? —Su voz ronca y su expresión de ruego acompañaron la pregunta, estaba ansioso, sin embargo, quería evitar a toda costa que ella lo notara.

—Tal vez no sea conveniente, nuestros temperamentos chocan.

—Concuerdo contigo, eso lo hace más interesante.

Lo pensó durante unos segundos a sabiendas de que había saboteando su propio trabajo y era el momento para encaminar los planes.

—Vale.

—¿Te parece mañana a las ocho? —inquirió ansioso.

—¿No es muy pronto?

—Cuanto más pronto mejor, quiero conocerte y espero que me lo permitas, ¿a dónde paso por ti?

—Espérame en el mismo restaurante.

—Perfecto, estaré ahí mañana.

—Hasta entonces. —Gisele se despidió sin molestarse siquiera en estrecharle la mano, se dio la vuelta para alejarse; él decidió actuar con rapidez y, sin pensar en las consecuencias, se plantó frente a ella y la besó con dulzura en la mejilla.

—Así es como se despiden los amigos.

Su corazón dio un vuelco al sentir el ligero roce de los labios tibios de Marcelo sobre su piel.

—No somos amigos, Dante, hasta mañana.

Las luces del coche desaparecieron en la oscuridad, su boca se curvó en una sonrisa y su pecho solo anhelaba el momento de tener otra vez cerca ese rostro angelical.

Eiffel miró de soslayo a la dama, tenía la mirada perdida, el ceño fruncido y apretaba su labio inferior entre los dientes.

—¿Qué sucedió allá afuera? —la interpelación inesperada de su compañera la tomó por sorpresa.

—¿Cómo dices? —preguntó un poco perdida.

—Me gustaría saber ¿qué sucedió allá afuera?

—No sé a qué te refieres —mintió y sacudió su cabeza, en un intento frustrado por evadir los pensamientos que se habían apoderado de su cabeza.

—Dama, llevo mucho tiempo a tu lado, como para no saber cuándo algo no anda bien; cambiaste por completo el plan.

—Creo que exageras, es que no soporto a ese tipo, es machista, arrogante y, por si fuera poco, un completo imbécil con las mujeres.

—No lo creo.

—¿Sí lo viste, verdad? —cuestionó un tanto ofuscada.

—Sí, claro que lo vi, está buenísimo e intentó ser todo un caballero.

—Es un presumido —farfulló con excesivo enfado.

—Creo que tiene material para presumir —refutó su torre.

—¿Lo ves? Es eso lo que no soporto.

—No deberías molestarte, se suponía que lo ibas a disfrutar y me parece que te torturas por tonterías. Deberías gozar del espectáculo de solo verlo sonreír.

—Es posible —consideró al tiempo que asentía con lentitud.

—¿Es porque te gusta? —preguntó la torre francesa con una sonrisa apretada en sus labios.

—Es porque me gusta su apariencia, pero no soporto su personalidad; si encontrara la forma de callarle esa linda boquita desacertada y arrogante, sería el objetivo ideal.

Eiffel rio con desenfado.

—Cariño, tengo un par de ideas geniales para callar esa boca atrevida y provocativa, pero estoy segura de que no te gustarán.

—¡Olvídalo!, ya encontraré la manera de no alterarme cuando escuche sus idioteces.

—No sé tú, Dama, pero yo pagaría por tener un tipo como ese haciéndome cositas ricas con esa boquita desacertada como has dicho, ¿o no lo has imaginado? —La pregunta de su amiga terminó de desatar su mal humor.

—¡Ay, por favor!, mi imaginación tiene límites, y ese tipo no está siquiera en un remoto lugar de ella, así que calla y conduce —ordenó de forma tajante.

El sonido del teléfono móvil interrumpió el silencio, colocó el altavoz para responder.

—¿Qué tal la primera partida? —indagó Marengo al otro extremo de la línea; Eiffel giró su rostro para mirarla, quizás en busca de una respuesta.

—Excelente, todo ha salido según el plan, se ha concretado la continuación del juego para mañana.

—¿Entonces, por qué está ella contigo y no con él?

—Es un objetivo diferente, hay que jugar con otra estrategia —se apresuró Gisele a responder.

—Eso es genial, siempre y cuando funcione —aclaró su compañero.

—Funcionará, te lo aseguro.

—¿Sucede algo con el micrófono? —indagó él.

—No lo sé, tengo que revisarlo —mintió.

—Bien, adiós, chicas.

Respiró profundo y recostó la cabeza en el asiento en completo silencio.

Al llegar a su piso comenzó a desvestirse con pereza y quizás algo de enfado o decepción; tenía sentimientos encontrados: ese hombre le provocaba un sinnúmero de emociones, y todas contradictorias. Jamás en toda su carrera como ladrona se había topado con un objetivo que la sacara de sus planes, que le ocasionara arrebatos de ira, pero también de deseo.

Estaba acostumbrada a llevar todo el plan con frialdad y centrada en el objetivo, pero en esta ocasión y por primera vez sentía que perdía el control

de la situación frente a ese hombre, cosa que odiaba como nada; si había algo que la caracterizaba, era que siempre tenía todo bajo control.

Se dio la vuelta al escuchar el sonido del teléfono, sonrió con dulzura al darse cuenta de quién se trataba.

—Hola, mi dama, ¿estás bien? —escuchó la voz ronca de Pegaso.

—Sí, por supuesto.

—Eh, Eiffel me ha dicho que cambiaste el neumático y te negaste a recibir ayuda del objetivo.

Resopló con el entrecejo arrugado, su torre había soltado la lengua, y justo con él.

—Es cierto, pero fue decisión de último minuto, es un hombre acostumbrado a chicas plásticas y superficiales, ¿por qué no mostrarle una diferente que represente un reto real para él?

—Se escucha bastante convincente, para alguien que no te conoce, pero no creo que funcione conmigo.

Suspiró y se dejó caer sobre la cama.

—Lo siento, perdí el control, pero no volverá a suceder.

—¿Quieres abortar la misión?

—Nooo, no es eso, es que esperaba otra cosa; es un hombre exasperante, pero puedo con eso.

—Lo sé, es que temo que salgas perjudicada de alguna manera, me preocupa tu seguridad.

—Entiendo, pero descuida, que si algo vuelve a salirse de control te lo haré saber... y lo resolveremos.

—Exacto, es lo que quiero que recuerdes, podemos desistir e ir tras otro objetivo, o también tomarte las vacaciones que tanto anhelas antes de continuar, tú tomas la decisión, nosotros te seguimos.

—Gracias, eres...

—El caballo ideal para un buen juego de ajedrez, hablamos luego —la interrumpió antes de que ella pudiese concluir la frase.

—Adiós, Pegaso.

Gisele colgó la llamada con el rostro entristecido por los recuerdos.

CAPÍTULO 11

Carlos apenas probó la cena, saboreó su café mientras escribía notas del mapa que tenía junto a la libreta.

—¿De paseo por el país?

Levantó el rostro y se encontró frente a una pelirroja con una jarra de vidrio en su mano.

—¿Un poco más de café?

—Sí, por favor.

El detective comenzó a ordenar los folios que estaban esparcidos sobre la mesa.

—Perdone mi atrevimiento, ¿puedo? —Señaló con timidez el mapa; en él Carlos había encerrado en círculos rojos cada uno de los lugares donde la ladrona había perpetrado un delito.

—¿Irá a estas ciudades?

—Sí, ¿por qué?

—Es curioso que todas tengan cercanía al agua.

Era justo lo que había pensado, el común denominador era que tenían salida al mar o un lago; Manhattan, Boston, Minneapolis, Detroit, Los Ángeles y Houston. Recogió con rapidez el mapa y lo guardó.

—Gracias, señorita, es usted muy lista.

—Trabajé en una aerolínea y conocí casi todo el país; de hecho, conozco todos los que están marcados.

—Suena fantástico.

—Le aseguro que lo es; con permiso.

Los patrones comenzaban a tomar forma, quizás no era simple casualidad, sino también una posible forma de escapar, una que no implicara viajar por aire o por tierra. Recogió el resto de los documentos y se marchó a su hotel; al día siguiente tomaría el vuelo que lo llevaría a la ciudad de Minneapolis donde se entrevistaría con Bill Andrew, un empresario dueño de una gran compañía de marketing en internet, a quien el gobierno le había cerrado dos por haberse demostrado que se trataba de empresas multinivel que reclutaban personas para ganar dinero, lo que involucraba un tipo de estafa piramidal contemplada como delito por la ley.

No logró conciliar el sueño, se levantó en varias oportunidades durante la noche para tomar notas que venían a su mente, donde esa mujer comenzaba a ocupar casi todos sus pensamientos.

Se levantó más temprano que de costumbre para marcharse al aeropuerto; ya tenía reservación, sin embargo, no había telefonado aún, por cuanto decidió hacerlo antes de abordar.

La secretaria lo puso en espera durante varios minutos hasta que, al fin y pese a no haber hablado con él, acordaron una cita para las cinco de la tarde del siguiente día, lo que consideró como un gran logro.

El vuelo de poco más de dos horas fue todo un caos; a su lado estaba sentada una mujer adulta con pánico a las alturas que no paraba de orar y hablar, lo que hacía imposible que lograra concentrarse en sus notas. Cada tanto la anciana le preguntaba si era abogado por la cantidad de documentos que llevaba consigo, a lo que él respondía con amabilidad que era un simple gestor. Para completar su incomodidad, en el asiento trasero, dos niños no dejaban de gritar y llorar, así que decidió guardar todo y observar las nubes por la ventanilla.

Respiró con alivio cuando al fin pudo divisar la ciudad. Bajó con rapidez con el fin de alejarse lo más pronto posible de aquel barullo que tenían sus compañeros de vuelo. Un taxi lo llevó hasta el centro de la ciudad para comer

algo antes de conocer un poco el lugar.

Minneapolis era una gran ciudad con hermosos rascacielos; un paseo por las transitadas calles le recordó la vida en Manhattan que, si bien no era su lugar de origen, se había adaptado a su estilo agitado y concurrido. Después de varias horas logró dar con una habitación en un hotel barato, donde se internó con el cúmulo de documentos y expedientes.

Llegó con casi una hora de anticipación a las oficinas de Bian Publishing Company; un gran edificio de unas doce plantas era parte de las instalaciones de lujo de esta compañía. Se identificó en la portería donde le asignaron una tarjeta identificativa de visitante que colocó en la solapa de su abrigo. Tomó el ascensor y subió hasta la última planta, donde se encontraba la oficina del presidente y propietario de la empresa, Bill Andrew.

—Buenas tardes, señorita, soy el detective Carlos Aldana; tengo una cita con el señor Andrew.

La joven de cabellos castaños recogidos en un elaborado moño quitó sus gafas para observarlo de pies a cabeza y sonrió con coquetería.

—Buenas tardes, oficial, soy Emily Burns; en efecto, lo tengo agendado para el día de hoy, pero me temo que ha llegado un poco antes. Si gusta puede tomar asiento y esperarlo, porque el señor Andrew se encuentra en una junta.

—Entiendo, si por supuesto, gracias.

Se alejó unos metros, deslizó el abrigo por sus hombros anchos y bien definidos, y lo colocó junto a su portafolio en el asiento de al lado; al girarse notó que los ojos de la mujer lo observaban con deleite. Sintió una especie de sonrojo y vergüenza; si bien era una chica muy hermosa, no pasaba de los veintidós años. No creía correcto involucrarse con alguien tan joven, sin embargo, le agradó la idea de saberse atractivo para alguien como ella.

Tomó la libreta y se concentró en su tarea: seguir los patrones que la ladrona había dejado. La mayoría de los delincuentes en serie tenían la clásica costumbre de dejar algún rastro que los identificaba; debía

encontrarlos y desenmascararla, aunque ella había comenzado a convertirse en algo más que un simple caso de hurto: su obsesión.

—Gusta tomar té o café. —La voz suave y dulce lo tomó por sorpresa.

De pie junto a su escritorio, la coqueta secretaria mostró sus torneadas piernas bajo la falda de color rojo; sus ojos la detallaron hasta llegar a la blusa blanca que tenía dos botones abiertos en la parte superior y que dejaban ver el contorno del busto.

Tragó grueso, e intentó reprimir el deseo que la chica comenzaba a provocarle.

—Café, por favor.

Se dio la vuelta, tomó el teléfono y lo ordenó.

—¿Cómo le gusta?

Comenzaba a ponerse inquieto ante tanta atención.

—¿Cómo dice?

—¿Cómo le gusta su café? —le aclaró ella.

—Negro, por favor.

Ella tomó asiento, se colocó las gafas y se puso frente a su ordenador, cosa que lo tranquilizó un poco.

Una señora se acercó con el café colocado sobre una charola de plata, él de inmediato se puso de pie y agradeció, mientras ella continuaba observándolo de soslayo.

No sabía qué pensar, consideró que quizás era una sucia treta de la supuesta víctima para distraerlo; se descubrió teniendo pensamientos extraños e inverosímiles, ¿por qué de pronto preconcebía a las víctimas como «supuestas» víctimas?, era algo extraño a lo que no iba a darle más vueltas hasta tener otros indicios.

—Inspector Aldana, el señor Andrew lo espera, puede pasar —le informó la secretaria con una sonrisa deslumbrante en sus labios, mientras abría la puerta para que él entrara.

Carlos se incorporó, recogió sus cosas y pasó por su lado evitando su

mirada.

El interior de la oficina era impecable e inmenso, dos palabras que podrían describir sin más detalle el lugar; una hermosa vista de la ciudad podía verse a través de los grandes ventanales con cristales antirreflejo.

Un hombre regordete de unos cincuenta y ocho años tras su inmenso escritorio quitó sus gafas y se recostó sobre el respaldo de su asiento. Hizo un ademán invitándolo a tomar asiento frente a él.

—Buenas tardes, señor Andrew, gracias por recibirme. Sé que es un hombre de negocios con una agenda apretada, así que trataré de ser breve.

—Bien, usted dirá.

De inmediato suspiró y se preparó para lo que venía, de antemano podía advertir que se trataba de un hombre pedante y falto de modales, pese a su gran fortuna.

—Se trata de un robo del cual usted fue víctima hace dos años atrás.

—Sí, ya Emily, mi asistente me informó que usted está a cargo del caso, sin embargo, debo decirle que no sé nada de ella hasta la fecha de hoy.

—Estuve revisando su declaración y pude notar que hay ciertos detalles que no quedaron claros.

—Dígame cuáles.

—La chica que se identificó como Carol Blake trabajó en esta empresa ¿durante cuánto tiempo?

—Cuatro semanas, creo que dejé eso claro en mi declaración —espetó con el entrecejo fruncido.

—Cierto, trato de corroborar algunos detalles, como, por ejemplo, me sería de mucha utilidad saber si ella convivió con usted.

El hombre hizo un gesto de molestia ante la solicitud.

—¿Puede explicarme por qué un detective aparece en busca de más información acerca de un robo que ocurrió hace más de dos años?

—En realidad ella ha estado llevando a cabo el mismo *modus operandi*, por cuanto he tratado de localizar a la mayor cantidad posible de víctimas para

entrevistarlas y poder dar con ella.

—Entiendo, pues en ese caso, no vivió conmigo; le compré un lujoso piso en una de las zonas más prestigiosas de la ciudad.

—O sea, ella era algo más que su asistente.

—En realidad, pudo haber sido mi amante, y hasta mi esposa lo creyó así; eso produjo una ruptura en mi matrimonio, gracias al Cielo ya me perdonó.

—¿Por qué dice que pudo haber sido su amante?

—Por más que hubiese querido, mis posibilidades de obtener una erección para llevar a cabo el acto sexual más básico son nulas, y mi precaria salud no me permite recurrir a ningún paliativo que mejore la situación.

Carlos quedó enmudecido durante unos pocos segundos antes de continuar.

—Ya veo, ¿había algún rasgo en particular de Carol Blake que recuerde y no haya mencionado en su denuncia?

El hombre recostó su cabeza en el respaldo y quedó mirando el techo durante unos segundos.

—Ninguno.

—¿Cómo cree que obtuvo la combinación de su caja fuerte?

—No lo sé, ella trabajaba conmigo, es muy posible que la viera; sin embargo, no fue mucho lo que robó de allí, sino las transferencias bancarias que desvió de mis cuentas hacia otras que no pudimos rastrear. Ya habían transcurrido dos días y, para entonces, el dinero había desaparecido.

—¿Era eficiente con las computadoras?

—Diría que extremadamente eficiente, por eso no me extraña que se trate de una delincuente de la informática o algo parecido.

—¿Dejó alguna nota después del robo?

—Sí, pero no la entregué ya que me comprometía demasiado.

—¿La conserva todavía?

—¿Qué hará con ella?, ¿acaso la entregará como prueba?

—No, la necesito para establecer una conexión con la caligrafía utilizada, y quizás aún tenga sus huellas.

—Le aseguro que no las tiene, ya la pasé por una lámpara ultravioleta.

Se puso de pie y caminó hasta un gran mueble negro, giró la llave para abrir una gaveta y sacar de ella una pequeña hoja de papel.

Caminó despacio con la nota entre sus dedos, podía percibir la tensión en el cuerpo de aquel hombre. La colocó sobre el escritorio como si le hubiese quemado las manos, luego la señaló para que la tomara. Carlos sintió una especie de ansiedad, estaba casi seguro de que se trataba de la misma mujer, sin embargo, todavía consideraba que era muy pronto para llegar a esas conclusiones.

La recogió con rapidez y la desdobló para leer el contenido que solo ocupaba dos líneas:

Siento mucho haber arruinado tu matrimonio, espero que lo puedas resolver. De todas formas, gracias por tu contribución.

CAPÍTULO 12

Frente al volante de su coche, Marcelo tenía sus pensamientos puestos sobre Loraine, esa mujer que lo tenía bajo un hechizo; no dejaba de imaginar una y otra vez el movimiento de sus labios al hablar, ese delicioso perfume y la delicada piel que le provocaba una serie de emociones y deseos que, si bien había sentido antes, jamás las había experimentado todas juntas y en esa magnitud.

Consideró que, con toda seguridad, al materializar sus deseos en la cama, todo acabaría; ansiaba saber más acerca de ella, era única y contradictoria. Por un lado, aparentaba ser frágil, dócil y delicada pero, por otro, una faceta diferente emergía de pronto, una fuerte, autosuficiente y sarcástica, que lo hechizaba.

No fue sino hasta apagar el motor cuando se percató de que había aparcado frente a su casa, aunque su intención inicial había sido regresar al Club Escape. Permaneció unos instantes allí con la cabeza recostada en el respaldo de su asiento.

En ocasiones como esa en particular, sentía cierto vacío en su pecho, una sensación extraña que a veces lo asaltaba y, aunque había aprendido a evadirla, siempre regresaba. Su vida había sido un gran teatro, desde la muerte de sus padres no había hecho más que aprender a camuflarse y vivir bajo la sombra de su pasado. Sacudió la cabeza y sonrió al recordar los labios de «la hechicera» como la había nombrado. Sus ojos brillaron con la misma intensidad con la que su cuerpo deseaba tenerla.

Descendió con pereza, pulsó el botón del control y la puerta de la cochera se cerró con lentitud. Apenas entró en la sala principal, un aroma familiar y dulzón inundó sus fosas nasales.

—Creí que no llegarías a dormir —la voz empalagosa de Paula cargó el ambiente de tensión; estaba semidesnuda recostada sobre el sofá con una copa de vino tinto en su mano. Lucía sensual y hermosa, pero él deseaba estar solo.

—¿A qué has venido? —le recriminó con severidad.

—Reconsideremos lo nuestro. —Se incorporó y la sedosa blusa blanca transparentó sus pezones erguidos.

—¿Es una orden o una propuesta? Porque ya sabes que odio recibir órdenes.

—Cariño, es una propuesta, una tregua, yo solo quiero estar contigo.

Por un lado, sintió deseos de follarla hasta dejarla inconsciente pero, por otro, le preocupó que eso significara la posibilidad liarse de nuevo en una relación sin sentido.

—¿Quieres estar conmigo?, ¿o quieres tenerme atado a ti?

—Sin ataduras, Marcelo, te deseo con locura, has sido el único hombre que me hace estremecer, y el único con quien deseo estar en la cama.

—Conoces mis condiciones, no quiero compromisos, Paula.

—Lo sé, y quiero intentarlo así.

Lucía demasiado fácil para ser cierto, quizás se trataba de una argucia para conseguir algo más a cambio.

—Estoy cansado.

—Eso no importa, déjame hacerte todo lo que te gusta

Se acercó a paso lento, fue entonces cuando notó que bajo la blusa blanca transparente no llevaba puesto absolutamente nada.

Tragó grueso, sus ojos recorrieron con rapidez las voluptuosas curvas que antes habían sido su perdición, pero que en ese momento miró con recelo.

Los delicados dedos acariciaron su rostro, luego se acercó más hasta

alcanzar su cuello, que besó con dulzura; él seguía quieto, sin hacer ningún movimiento que impidiera su seducción.

Lo miró a los ojos durante unos breves segundos antes de entregarle un beso cargado de pasión y deseo, que se hizo cada vez más intenso, subió sus manos hasta posarlas sobre el prominente trasero de la pelirroja.

La pasión comenzó a aflorar y sus pensamientos estaban centrados en hundirse dentro de ella para satisfacer sus instintos más carnales.

La levantó en brazos, caminó a paso presuroso hasta llegar a la habitación, la arrojó sobre la cama y comenzó a desvestirse deprisa, mientras ella se retorció mimosa sobre las sábanas y tocaba su cuerpo con descaro, acariciándose a sí misma con intensidad. Su rostro reflejaba solo deseo.

Estaba excitado y listo para entrar en acción, se arrojó sobre ella como lobo hambriento, dio sutiles mordiscos por todo el esculpido cuerpo; escuchó sus quejidos y jadeos como la recompensa a un buen desempeño. Corroboró que estuviese lista y se colocó de inmediato el preservativo; la tomó de la cintura cual muñeca de trapo y la giró para dejarla de espaldas a él, luego la levantó por las caderas hasta dejarla de rodillas, y sin más preámbulos entró en ella con fuerza, sus movimientos certeros se fueron intensificando cada vez más hasta volverse violentos y toscos; la frustración de no poder tener en su cama a la hechicera era volcada sobre la pelirroja que no paraba de gemir.

Alcanzó el clímax con rapidez, sin siquiera preocuparse por su compañera, al tiempo que de sus labios emergía como susurro un nombre:

—*Lorraine...*

El sonido insistente del teléfono que se hallaba junto a la cama la sobresaltó.

—Dama, necesitamos hablar, haremos una videoconferencia en cinco minutos, por favor, alístate y conecta el ordenador, estamos preparados.

—Entendido.

Era una extraña llamada de Pegaso, nunca le había telefonado a las seis de la mañana, y menos para hacer una videoconferencia, aunque ya antes habían hecho similares: conectaban una red segura que les proporcionaba la torre inglesa y, a pesar de ello, eran muy precavidos a la hora de emitir sus opiniones, hablaban siempre en clave o con sentido oculto en sus palabras.

Se levantó aprisa y se dirigió a conectar el ordenador para luego asearse con rapidez.

—Buen día, chicos, Dama en línea —inició la conferencia con una taza de café en su mano.

Sus rostros comenzaron a aparecer en la pantalla de su portátil.

—Caballo uno, en línea.

—Torre dos, en línea —anunció Big Ben.

—Caballo dos, conectado —expresó Marengo con aburrimento.

—Torre uno, en línea —informó Eiffel.

—¿Cuál es la razón para tanta urgencia? —solicitó un poco preocupada.

—Siento mucho haberlos levantado tan temprano, pero créanme he estado desde anoche con esta información dando vueltas en mi cabeza y con la disyuntiva de no estar seguro si decirles o no.

—A ver, te escuchamos —soltó el caballo guerrero con el entrecejo fruncido.

—Nuestro objetivo acudió a un investigador privado, aún no logro saber qué rayos es lo que desea investigar, pero me temo que, a falta de información acerca de la dama, ha resuelto buscarla por otros medios.

—Eso no es propio de un contador —expresó Eiffel con la mano sobre la frente.

—Tampoco de un delincuente —indicó el caballo de guerra desorientado al tiempo que masajeaba su cuello.

—¿Sugieres que es un sabueso? —indagó Gisele con el rostro contraído y muchas dudas en su cabeza.

—En ninguna parte de los registros aparece ligado a la jauría, pero hay una remota posibilidad de que lo sea —expresó Pegaso con convicción.

Algo así representaría un riesgo mayor en la operación, mientras, sus compañeros la observaban desde sus monitores en espera de una respuesta. Al notarlo, se aclaró la garganta y se irguió en su asiento antes de concluir.

—Continuaremos.

La torre francesa enarcó una ceja en un gesto habitual en ella.

—Estamos a tiempo de abortar la operación y así evitar riesgos innecesarios —Su caballo favorito no vaciló en intervenir para intentar persuadirla.

Estaba contrariada, en un recóndito lugar de su cabeza algo le indicó que había un peligro inminente, pero su determinación a concluir lo que habían comenzado era tan fuerte como su liderazgo dentro del equipo.

—Si hay un nuevo indicio que nos haga creer que el objetivo es un sabueso, les prometo que abortaremos —expresó resuelta.

Marengo se recostó y encendió un cigarrillo, mientras los demás permanecían en silencio.

—Pienso que el objetivo no es un sabueso por varias razones. En primer lugar, todos sabemos que no les pagan lo suficiente como para tener el dinero que ese tipo tiene en sus cuentas. En segundo lugar, sus registros no indican ninguna clase de comunicación con algún otro y, por último, lo que creo es que el tipo es un maldito depravado que se ha obsesionado con nuestra dama.

—Me parece exagerado, pero convincente —expresó Eiffel al asentir levemente.

Pegaso, en silencio, con atención, esperaba que por esta vez Caissa tomara en consideración su sugerencia.

—Si les preocupa tanto el objetivo, me colaré en sus sistemas de comunicación y así podremos saber de qué habla y con quién lo hace —expresó Big Ben antes de darle una buena mordida a un sándwich de atún que resbalaba salsa por los extremos.

—¿No se suponía que ya que hacías eso? —increpó con autoridad.

—Es que esta vez Marengo no lo consideró necesario —argumentó Ben con la mirada perdida.

—Siempre lo es —masculló ella—, y debo estar al tanto de todo lo que ocurra con los objetivos aunque la logística sea responsabilidad de él.

—De hecho, es un buen momento para aclarar que no es trabajo del caballo uno seguir a los objetivos; ese es parte del mío, aunque reconozco que lo ha hecho muy bien —profirió el joven caballo con sarcasmo.

—He dicho que continuaremos con el plan —declaró de forma tajante— No arruinaremos semanas de trabajo y un buen objetivo por una corazonada; sin ofender, Pegaso. Y, Big Ben, me parece apropiada tu propuesta, ponla ahora mismo en marcha, necesitaré esos reportes a diario, quiero saber todo lo que habla y con quién lo hace. Marengo, por favor, no lo pierdas de vista, no queremos que alguna otra pieza termine por hacer tu trabajo, cada uno de ustedes es genial en lo que hace, así que no quiero más usurpaciones de roles. Este objetivo es el que hemos estado esperando, alguien que nos haga trabajar como siempre lo quisimos, somos un equipo y así continuaremos operando. ¿Alguna otra sugerencia?

Todos se mantuvieron en silencio.

—Eso creí, cambio y fuera. —concluyó antes de dar por terminada la comunicación y después arrojar los auriculares con enfado.

Detestaba dar órdenes expresas, pero cuando se hacía necesario tenía que tomar las decisiones y hacer que se cumplieran, no obstante, lo que más la irritaba era pasar por encima de las sugerencias de su pieza principal; sabía que en su trabajo no podían permitirse sentimientos ni emociones, eso sería letal. Sin embargo, algo más fuerte y duradero que el trabajo la unía a él, aunque ambos debían evitar a toda costa que alguien lo notara, ni siquiera ellos mismos.

Sentado en una banca frente a un hermoso paisaje en Lyndale Park Gardens, absorto en sus pensamientos, Carlos reconstruía en su mente cada uno de los últimos hurtos efectuados por la ladrona. Su *modus operandi* era sencillo y, aunque siempre aparecía ella en cada una de las escenas del delito, estaba convencido de que no operaba sola, que alguien más la ayudaba, fue lo que dedujo luego de que James Blair le dijera que conversaba por teléfono y en francés; todo ello implicaría un trabajo más exhaustivo en las próximas entrevistas que tenía planeadas. Era muy probable que se tratara de la misma persona y que utilizara patrones similares. Escogía a una víctima: un caballero que cayera en sus redes; utilizaba sus medios de seducción, era una mujer muy inteligente y arriesgada, que adoptaba la personalidad de su víctima para crear vínculos. La razón para que se involucrara con hombres sin ningún tipo de escrúpulos era algo que llamaba mucho su atención, de lo cual se había percatado en la última entrevista que sostuvo con Bill Andrew. «¿Por qué robaba a hombres de reputación dudosa con fortunas obtenidas de forma legalmente sucia? ¿A cuál contribución hacía referencia? ¿Por qué lo hacía?» Eran preguntas apuntadas en su libreta que tenían un gran signo de interrogación como respuesta, mientras que su lista de patrones estaba casi repleta de elementos coincidentes.

Aspiró profundo el aire limpio del lugar, que nada tenía que ver con la polución que se había acostumbrado a respirar. El sol brillaba y el ambiente cálido y tranquilo le causó una sensación de una desconocida serenidad. Se sintió relajado, libre del estresante ajeteo en el que vivía; notó que no extrañaba de ningún modo ni su estilo de vida ni su trabajo, y mucho menos su ciudad.

Esta mujer se había convertido en una meta, alguien a quien deseaba conocer de una forma vehemente, había traspasado los límites de un simple caso asignado a una obsesión; su rostro comenzaba a aparecer con frecuencia en su cabeza, y hasta creía haberla visto en sueños. Necesitaba conocer las razones que la llevaban a cometer los delitos, ya había quedado al descubierto

su modo de operar, pero todavía le faltaba mucho por descifrar; todavía desconocía el porqué de los lugares elegidos, así como el móvil o la razón que tenía para hacer lo que hacía. La oración «Gracias por tu contribución» continuaba danzando en su cabeza como indios junto a la hoguera en una noche estrellada.

De pronto sus ojos se agrandaron, enseguida tomó su bolígrafo y comenzó a escribir posibles fines para una contribución que no fuese fortuna personal. Entre ellas se encontraban obras de caridad, de solidaridad, impuestos y contribuciones a causas sociales, políticas o fines terroristas.

Su corazón dio un vuelco al escribir la última palabra, no era el momento para anticiparse a los hechos, pero estaba consciente de que era una posibilidad que, con su suerte, le tocaría a él impedir.

Negó con la cabeza en un esfuerzo por evadir los pensamientos cargados de temor que asaltaron su mente e intentó centrarse en describir la personalidad de esa mujer como si la conociera, y para ello debía colocarle un nombre que la identificara, pero aún no lo tenía.

Caminó a paso lento por el parque, disfrutó de la vista en todo su esplendor; el sol candente brillaba en su punto más alto y el calor se coló a través de su camisa que comenzaba a translucir su piel a causa del sudor.

Se alertó al percatarse de que alguien se acercaba con precaución, se trataba de un mendigo que con timidez le pidió una limosna. Sin siquiera dudarlo sacó su billetera y ofreció apenas cinco dólares, que era lo único con lo que podía ayudarlo; todavía le faltaba mucho por recorrer y sus finanzas comenzaban a padecer las consecuencias de su férrea búsqueda; lamentó no poder ayudarlo con algo más, sentía impotencia al ver que mucha gente no tenía empleo ni una vida digna, y se veían obligados a salir a la calle a pedir dinero para apenas poder comer y subsistir un día más; se dio la vuelta y trató de borrar los pensamientos deprimentes que comenzaron a cavar un pequeño hueco en su corazón.

CAPÍTULO 13

La luz del alba se filtró a través de los ventanales. Despertó sobresaltado, se dio la vuelta y notó que todavía estaba en compañía de Paula. Su cuerpo desnudo reposaba a su lado, se había quedado dormido después del segundo asalto. La observó durante unos segundos que solo sirvieron para arrepentirse de haber caído en la tentación; se incorporó con cuidado, ya que no quería conversar acerca de lo sucedido.

Al ponerse de pie, escuchó un largo suspiro, arrugó el rostro y rogó en su interior que ella no despertara.

—¿A dónde vas tan temprano?

Desinfló sus pulmones al oír la voz irritante. Se dio la vuelta y la encontró sentada en la cama arreglando sus cabellos.

—Tengo trabajo, aunque la información es por cortesía, porque no tengo deseos de darte ningún tipo de explicaciones.

—Hum, qué humorcito el que traes hoy —ronroneó como gata en celo, se puso de rodillas y la suave tela de la sábana se deslizó; su cuerpo totalmente desnudo quedó al descubierto, avanzó hasta quedar frente al miembro erguido en una erección matutina.

Él la observó con una sonrisa casi malévola al imaginar esa boca haciéndole una deliciosa felación, ella también sonrió con complicidad, se acercó más y deslizó su delicada mano por un costado del cuerpo atlético de Marcelo hasta posarla sobre una gran cicatriz curva.

—Nunca me has dicho cómo te hiciste esta herida.

Sintió que una pesada piedra de mármol había caído sobre su cabeza y, al parecer, también sobre su erección.

Le dio la espalda y se alejó antes de responder con severidad.

—Vístete, tienes que irte.

Cerró la puerta del cuarto de baño, de inmediato abrió la ducha fría y entró en ella. Su piel recibió las ráfagas de agua como puñales inclementes que castigaban su cuerpo. Tenía que olvidar, esa cicatriz era un constante recordatorio de una terrible tragedia de su pasado.

Por desgracia nunca faltaba una mujer que se aventurara a preguntar, era por ello que había adquirido el hábito de bajar la intensidad de las luces o tener sexo en total oscuridad. Abrió con lentitud el grifo de agua caliente y, así como llegaron, poco a poco, los recuerdos se fueron esfumando hasta quedar otra vez escondidos en un apartado lugar de su memoria.

Cuando salió se percató de que se encontraba solo: su estado ideal. Paula se había marchado, quizás había comprendido cómo serían las cosas en adelante si insistía en tener esos encuentros casuales con él. Se vistió aprisa y consultaba su reloj cada cinco minutos; no esperó más y, en cuanto estuvo vestido y listo para salir, telefoneó.

—Rafael, ¿ya tienes algo para mí?

—Hombre, tú sí que eres impaciente; estoy trabajando en eso, apenas han transcurrido cuatro días. Te dije que en una o dos semanas.

—Por favor, no puedo esperar tanto, necesito que te apresures, es de suma importancia para mí.

—Ya han hecho el cotejo de las fichas dactilares en el departamento de tránsito, hay huellas correspondientes a dos sujetos distintos; estoy en espera del informe que arroje el sistema. Ten un poco de paciencia, recuerda que no soy policía, solo tengo buenos amigos que me hacen ciertos favores.

Dejó caer los hombros, chasqueó la lengua con la mirada fija sobre la cama revuelta.

—Bien, pero date prisa, te pagaré muy bien esta vez.

—Lo sé, siempre lo haces, adiós.

Estaba ansioso, apenas el día comenzaba y ya deseaba que anocheciera para verla otra vez.

Tomó su portafolio y se apresuró a salir, tenía planificada una junta de negocios con un cliente al cual llevaba su contabilidad desde hacía casi un año, no obstante, no lo consideraba un amigo, era un hombre difícil en todos los sentidos, cada vez que lo tenía enfrente pensaba en cuál sería la mejor forma de conseguir su objetivo y salirse con la suya sin afectar su reputación en el medio financiero.

Entró presuroso a las oficinas de Land Chemical Industries; cámaras de vigilancia, detectores de metales y dispositivos electrónicos eran parte de la estricta seguridad del lugar. Saludó a la recepcionista con un guiño antes de adentrarse en la suntuosa oficina de su presidente.

—Llegas diez minutos tarde —espetó el hombre sentado frente al inmenso escritorio antes de dar una gran bocanada al puro que sostenía en su mano derecha.

—Buenos días, señor Heinz, lo siento, el tráfico está peor que nunca —explicó acercándose con rapidez.

—Lo sé, por esa razón salgo de casa con dos horas de anticipación; toma asiento.

Contuvo la respiración para evitar resoplar frente al pesado cliente que había pasado a ser los últimos meses de molesto a insoportable.

Los ojos azul claro escudriñaban cualquier cosa que mirase; sus rasgos finos, porte y tono al hablar denotaban un hombre culto y rígido; su acento en ocasiones revelaba su origen alemán que, si bien nunca decía específicamente de dónde provenía, se hacía notorio.

—En el *dossier* están todas las transacciones y facturas que necesitas para la contabilidad, pero necesito un pequeño favor. —Marcelo sabía cuál era, pero calló en espera de la confirmación—. Ha sido un año muy fructífero, pero también hemos tenido muchos gastos y en noventa días debemos tener

lista la declaración de impuestos; necesito que... organices todo de forma que no tenga que pagar nada, o muy poco.

—Lo siento, señor Heinz, sabe que eso es ilegal, agregaré todos los gastos que sean necesarios para conseguir una buena deducción, pero no creo que pueda...

—¿Para qué carajo estás aquí si no es para ayudarme?! —la voz que antes se escuchó pausada y suave retumbó en un estruendoso grito que, a pesar de haberlo tomado por sorpresa, ni siquiera se movió de su asiento.

—Supongo que mi trabajo no es ayudarlo, sino más bien lograr que los informes financieros de sus industrias luzcan legalmente aceptables. Sin embargo, tal vez se pueda arreglar algo —explicó con sarcasmo y mirada encolerizada.

El hombre se relajó un poco en su cómodo asiento.

—Dante, sabes que confío en ti más que en cualquier otro contador, y mis asuntos más importantes están reservados para que seas tú quien los maneje, por eso te encomiendo esta tarea que sé que es muy delicada e importante, y ya sabes cómo me molesto cuando las cosas no salen como quiero.

—Lo sé, pero recuerde que mi trabajo no consiste en alterar sus informes, sino reflejarlos en los documentos financieros.

—Si ya dijiste eso, y me vale un carajo tus métodos, nada más me importan los resultados, ¿entendido?

—Entendido.

Se levantó de su asiento y propinó un fuerte portazo al salir de la oficina.

Mientras conducía de regreso a casa estaba convencido de que tenía que poner cuanto antes el plan en marcha, pero necesitaba una pieza clave, alguien que le ayudara a concretarlo y motivara a Alexander Heinz a confiarle todo; sin esa pieza sería imposible llevarlo a cabo, tenía la información necesaria, pero de nada le servía.

El teléfono móvil de Gisele no paraba de sonar, se apresuró a salir de la ducha para tomar la llamada de Big Ben.

—Dama, tengo algo que tal vez te interese.

—Te escucho.

—Nuestro objetivo habló con el investigador privado, están buscando información de alguien en los registros de tránsito.

—¿Sabes a quién investigan?

—No lo sé, pero aparentemente tienen huellas dactilares de esa persona, de todas formas, en cuanto tenga información te aviso.

—Gracias, Ben. Ah, por favor, no le digas a nadie.

Colgó la llamada convencida de que se había metido en las fauces del lobo, no obstante, deseaba con todo su ser continuar con el plan, deseaba creer que no se habían equivocado, y que esta vez la cazadora no terminaría siendo la presa.

Preparó el atuendo apropiado para iniciar su segundo turno para mover las piezas; todo estaba listo, pero ella sentía inquietud, un ligero temblor en el estómago que le bajaba hasta las piernas. Se sirvió un vaso de whisky que tomó de un solo trago, se sirvió otro e hizo lo mismo, para cuando había bebido el tercero, se encontraba más relajada.

—La dama lista para la segunda jugada —informó por el diminuto intercomunicador.

—Copiado, todas las piezas en su lugar —escuchó la voz de Big Ben que confirmó la recepción del mensaje.

La noche reflejaba la claridad de la luna, el ambiente era cálido y la brisa suave movió con delicadeza la cabellera negra; se ajustó la chaqueta de piel color ostra, debajo llevaba una blusa negra de mangas cortas y cuello alto con un pantalón de mezclilla ceñido al cuerpo. Su accesorio más importante era su collar de brújula, que fungía como un simple colgante, cuando en realidad se trataba de una sofisticada cámara fotográfica, con micrófono incorporado. Tomó un taxi y se dirigió hasta el lugar donde se encontraría con su objetivo.

Se movió inquieto en el asiento del restaurante y consultó su Rolex por novena vez; sabía que había llegado con casi una hora de anticipación, pero los deseos irreprimibles de volver a verla lo enloquecían. Se disponía a encender su tercer cigarrillo cuando notó la presencia de la figura esbelta de su *hechicera* quien lo observaba con atención desde la entrada principal.

Se apresuró a alcanzarla para acompañarla hasta la mesa que había reservado.

—Señorita Hoover, que alegría volver a verla.

Ella intentó ocultar la diversión en su rostro, estaba relajada a consecuencia de la dosis de alcohol que había consumido antes de acudir a la cita.

Lo había visto acercarse y aprovechó la oportunidad para detallarlo a su antojo; era un rubio espectacular, varonil, y muy atractivo. Tenía una sonrisa sensual que se volvía cautivadora cuando se hacían notorios los hoyuelos en sus mejillas.

—Buenas noches, espero poder decir lo mismo al finalizar la cena — bromeó.

Le gustaban sus comentarios sarcásticos y poco usuales. La ayudó a acomodarse en su asiento y luego se ubicó frente a ella.

—Señor Dante, gracias por esperarme, siento haber llegado un poco tarde.

—La hubiese esperado toda esta vida, aunque no tuviera garantía de que vendría.

—No sea adulator, no me impresionan sus halagos.

—No intento halagarla, cuando lo haga lo sabrá y espero no incomodarla.

—Es bastante difícil que alguien me haga sentir mal, de hecho, ese privilegio es solo mío.

Suspiró y asintió, cada vez se convencía más de que estaba frente a la mujer indicada. Apenas ella había entrado, sintió como si torbellino hubiese recorrido el lugar en escasos segundos.

—¿Qué te gustaría beber?

—Un whisky seco estará bien.

—Perfecto, que sean dos entonces.

Llamó a la camarera para ordenar las bebidas y se removi6 algo inquieto en su asiento.

—Y... dígame, señorita Hoover, ¿cómo está su amiga, la francesa?

Gisele sonrió con desenfado, su hermoso rostro se iluminó y él cayó de nuevo en su encantador hechizo.

—Me puede llamar Loraine, y mi amiga Verónica está muy bien, gracias por preguntar.

—Excelente.

En completo silencio se contemplaron el uno al otro. Él absorbió en el rostro angelical y mirada firme de esa hermosa mujer que lo tenía hipnotizado. Por su parte, ella segura de sí misma enfrentó la presencia seductora del hombre que se disponía a despojar de su dinero, y tal vez de algo más.

—Bien, ya que estaba tan interesado en conocerme, espero que no se quede observándome en silencio el resto de la noche. ¿O sí, señor Dante? —expuso con tono seductor.

Era abrumadora su presencia, tantas interrogantes rondaban en su cabeza y no lograba juntar una palabra con otra para obtener una oración coherente.

—¿De dónde eres? —De tantas posibles preguntas, hizo la menos indicada, su rostro se ensombreció momentáneamente.

—De Quebec, Canadá, ¿y tú?

—Soy inglés, pero llevo casi toda mi vida en Norteamérica.

—Tus apellidos no son originarios de Inglaterra.

—Es cierto, mis padres eran españoles. —Casi de inmediato le hizo una pregunta que estuvo atragantada en su garganta deseosa de salir desde el momento en que la vio por primera vez.

—¿Tendrías sexo conmigo?

CAPÍTULO 14

Su subconsciente lo había traicionado y por primera vez se enfrentaba a las consecuencias de no pensar antes de hablar, sin embargo, y bajo su propio asombro se mantuvo sereno.

Abrió sus ojos pasmada, no esperaba algo como eso, sus mejillas se ruborizaron ligeramente, no por la pregunta en sí, sino por el efecto excitante y placentero que experimentó su cuerpo y que respondió estremeciéndose ante las imágenes que se formaron en su cabeza.

—Tal vez sí, pero no hoy, no acostumbro a hacerlo con ningún hombre que acabo de conocer, aunque no lo he decidido todavía, ¿qué me dice de usted, señor Dante, tienes sexo casual con cualquier mujer que se tropieza?

—Puedes llamarme Marcelo. Sí, en ocasiones, lo he hecho. Sé lo que me gusta, soy... digamos exigente en cierto modo, y lamento si te ofendí, pero me es imposible reprimir mis deseos frente a ti.

—Ya te lo dije antes —hizo una pausa para pronunciar su nombre con seducción—, Marcelo, no le cedo ese privilegio a nadie.

—De igual forma te pido disculpas, no quiero que por una torpeza de mi parte no quieras volver a verme.

—¿Los señores van a ordenar? —La camarera observaba la escena con diversión mientras esperaba para apuntar en su libreta.

—Sí, por supuesto, ¿Lorraine qué te gustaría probar?, te recomiendo la ternera asada, es un platillo excelente, en realidad es el mejor que he probado.

—Para ser honesta, no me apetece comer nada que haya sangrado antes. Si

tienen algo que lleve pasta y vegetales estaría perfecto.

—Bien, entonces que sea pasta y vegetales para ambos.

—No tenías por qué dejar de saborear tu platillo favorito por mí. Soy vegana desde hace mucho tiempo.

—Comprendo, y lo respeto, en verdad, pero no lo comparto, son proteínas que el cuerpo humano necesita.

—Es cuestión de principios, no veo razón que, para subsistir, alguien más deba morir, y las proteínas pueden ser sustituibles con las que se obtienen de los vegetales.

—Así es el ciclo de la vida —expuso él con las manos abiertas.

—No, en realidad así es el ciclo que por miles de años el hombre ha creado, pero supongo que no me citó para hablar de mis preferencias culinarias, ¿o sí?

—A decir verdad, te invité a cenar porque estoy interesado en conocerte mejor, hay una especie de fantasía que se ha creado en mi cabeza con respecto a ti, y estoy seguro de que no estaré tranquilo hasta hacerla realidad.

—Era de esperarse algo así, pero digamos que se ha tropezado con la mujer equivocada, y que lamentablemente para ti no va a ser sencillo cumplir su fantasía.

—Entonces al menos dame la oportunidad de fracasar —pidió él con la comisura de sus labios elevadas.

—Sería fabuloso —concluyó ella con una fugaz sonrisa.

La cena transcurrió entre charlas triviales; era la primera vez que había disfrutado en verdad de una simple conversación con un hombre a quien tenía planeado robar.

—Tengo que marcharme —expresó ella acomodándose en su asiento.

—¿Tan pronto?

—Si no te has dado cuenta, hemos estado en este lugar por poco más de tres horas, creo que están a punto de cerrar y solo esperan a que nos marchemos.

Se giró para percatarse de la situación, eran los únicos comensales en el

restaurante y los meseros los observaban con los rostros de agotamiento, tal vez rogaban que se marchasen de una vez por todas. Sonrió avergonzado e hizo un ademán para solicitar la cuenta, la cual canceló de inmediato, y colocó sobre la mesa una jugosa propina que Gisele no pasó desapercibida.

—¿Siempre eres tan generoso o quieres impresionarme?

—Si te refieres a que, si siempre doy propinas, en efecto, siempre lo hago, y la suma varía en proporción a la cantidad de incomodidad que mi presencia haya ocasionado.

Apartó el rostro para sonreír con desenfado.

—¿Qué te parece gracioso?

—Es que no pareces un hombre generoso, sin embargo, creo que es muy pronto para juzgarte.

—Espero que la primera impresión haya sido suficiente como para que digas que fue grato haber cenado conmigo.

—Para ser honesta ha sido más grato de lo que creí, gracias.

—Permíteme llevarte.

Lo pensó durante unos segundos antes de aceptar.

—Bien, vamos.

—¿Trabajas de forma independiente, cierto? —averiguó él con cautela, tras el volante al tiempo que la miraba de soslayo.

—Sí, ¿por qué?

—Porque me gustaría que diseñaras un sitio web donde pueda publicitar mis servicios.

—Creo que puedo hacer algo, y ¿qué te gustaría, tienes algo en mente?

Sonrió con malicia ante las imágenes casi perversas que inundaron con descaro su cabeza.

—Tengo muchas cosas, aunque dudo que te puedan servir como inspiración —respondió con una sonrisa sensual.

—Bien, te llamaré la próxima semana para mostrarte algunas ideas.

—Es aquí, gracias por traerme, nos vemos luego.

Se disponía a bajar, cuando escuchó una nueva propuesta.

—Tengo una mejor idea, si no tienes inconveniente puedo pasar mañana en la mañana por ti, te llevo a mi oficina, conoces a lo que me dedico con más detalles y puedes comenzar a trabajar desde allí si te place, mis ordenadores están a tu disposición.

—Por supuesto, ¿puedes pasar a las nueve? —Le estaba facilitando el trabajo mucho más de lo que hubiera pensado.

—A las nueve te esperaré y, si no es mucha la molestia, ¿podrías darme tu número telefónico?

—Claro. —Sacó una tarjeta de presentación de su bolso y se la entregó.

—Adiós.

Se apresuró a salir, sintió la intensidad de la mirada sobre ella, sin embargo, evitó la tentación de voltear.

Marcelo se quedó a ver como *la hechicera* se alejaba con la gracia y rapidez de una pequeña gacela; esa mujer despertaba su instinto de cacería. Aspiró con fuerza para llenar sus pulmones con el aroma de su piel que había impregnado en el coche. Encendió el motor y se marchó.

Recostó su delgado cuerpo en la puerta tras cerrarla, se quitó los tacones y permaneció así unos segundos; era consciente de que la cercanía de ese hombre la perturbaba, su presencia le alteraba los sentidos y ocasionaba que sus deseos más ocultos afloraran. Intentó regular su respiración agitada, luego se dirigió hasta su habitación y, apenas comenzó a desvestirse, el teléfono sonó.

—¿Qué tal la segunda partida? —Como siempre Pegaso estaba al tanto de todos sus movimientos, al igual que el resto de sus compañeros, pero él jamás dejaba de hacérselo saber.

—Excelente, mañana continuará.

—¿Estás bien? —Su duda expresada aún en forma casual dejaba en evidencia lo que ella significaba para él.

—Estoy bien, gracias, aunque si lo que deseas saber es que todo está bajo

control, pues sí, todo está controlado.

—Me alegra escucharlo, te veo luego, adiós.

—Buenas noches.

Se dispuso a recostarse para leer un poco cuando la melodía del móvil la alertó, sabía que se trataba de él, era la única persona que tenía ese número que adquirió específicamente para esa misión. Había enviado un mensaje de texto que la hizo sonreír:

Espero que la velada haya cubierto tus expectativas. Gracias por regalarme parte de tu precioso tiempo, y también tu delicioso aroma, que sigue impregnado en el interior de mi coche.

Era innegable que él le hacía sentir emociones diferentes a las que estaba acostumbrada, por lo general sus víctimas eran hombres acostumbrados a pisotear a quien fuera con tal de conseguir lo que querían, sin embargo, él era diferente, un delincuente atractivo, seductor y quizás el más sincero que hubiera conocido.

Una duda cruzó por su cabeza: ¿por qué Marengo lo había escogido precisamente a él y no a otro? Era una respuesta que no iba a tardar mucho en descubrir.

Eran las siete de la mañana cuando regresó de correr; había despertado poco antes de las cinco, estuvo inquieto durante casi toda la noche, solo dos cosas ocupaban su cabeza: el dinero de Alexander Heinz y *la hechicera*, Loraine Hoover.

Se dio una ducha rápida y se vistió de prisa, trató de elegir ropa casual con la cual luciera jovial y menos formal.

Casi media hora antes se detuvo frente al edificio; la paciencia no era precisamente su mayor virtud, quizás por eso consultaba su reloj cada cinco

minutos, hasta que decidió encender el estéreo para colocar algo de música y calmar la ansiedad.

Bajó la mirada para revisar su teléfono, al levantar su rostro divisó la figura esbelta a pocos metros, se veía fabulosa en sus jeans descoloridos, llevaba botas negras de tacón que cubrían hasta la rodilla, una camiseta negra y chaqueta de jeans, el cabello recogido en un moño improvisado y sus hermosos ojos ocultos tras las gafas de sol.

Se había propuesto hacer su mejor esfuerzo para que el plan funcionara, sería una mujer inaccesible, de esa manera se convertiría en su obsesión y lograría completar el plan en menor tiempo.

—Buenos días, señor Dante, es usted muy puntual, supongo que es una costumbre inglesa.

—Buenos días, Loraine, ya te dije que puedes tutearme, y sí, es una vieja costumbre —mintió a sabiendas de que algo en el angelical rostro de la chica le hizo creer que ella conocía la verdad, y se apresuró a abrir la puerta del coche.

—Además de puntual, caballero, que galante —expresó con agudeza, ante el rostro sonriente de él.

En cuanto se puso frente al volante, aspiró con descaro, para hacerle saber que buscaba su aroma.

—Tu perfume es una delicia.

—Es francés, y es mi favorito —reveló ella.

—A partir de hoy, es el mío también. —Hizo una pausa antes de explicar —. Mi casa no está lejos.

—¿Tu casa?, pensé que iríamos a tu oficina

—Es que tengo mi oficina en un anexo de la casa, pero no te preocupes, no intentaré seducirte.

—¡Ah, qué pena! —expresó ella de forma sarcástica.

—¿Por qué sería una pena? —Una ráfaga de emoción sacudió su cuerpo.

—Porque me privarás del placer de rechazarte.

Una vez más lo tomó por sorpresa con una respuesta poco común que, lejos de molestarle, le causó gracia; asintió con la cabeza y comprendió que no iba a ser sencillo conquistar a esa mujer, que para ello debía evitar a toda costa utilizar los mismos trucos que le habían funcionado durante años.

Aparcó frente a su casa y ambos bajaron; Gisele dio un rápido escaneo del lugar, encendió con discreción la cámara del medallón que colgaba de su cuello, que se activaba cada cinco segundos y fotografiaba todo cuanto estuviese frente a ella.

Era una hermosa casa de construcción amplia y moderna, como sacada de las revistas de bienes raíces; el techo caoba oscuro en forma de arco en un costado y asimétrico en otro lado, así como el hermoso jardín en la entrada le conferían un exquisito toque a la arquitectura.

—Bienvenida, adelante.

Abrió la puerta, ella entró y quedó impactada; esperaba ver una magnífica propiedad repleta de antigüedades y objetos valiosos. Y, aunque estaba segura de que era bastante costosa por su ubicación, amplitud y distribución, su decoración era moderna y acogedora, pero al mismo tiempo sencilla. Alguna que otra imitación de pinturas famosas, pero lo que llamó poderosamente su atención fue ¿qué razón habría para que un hombre con una cuantiosa fortuna no quisiera presumirla? Si bien sus dos coches eran de lujo, así como su gran propiedad, no aparentaba ser un verdadero millonario o, al menos, uno que se pareciera a los que ella había conocido antes.

—Es por aquí —le indicó antes de caminar delante de ella hacia una puerta ubicada en el extremo derecho que conducía hasta su oficina.

Era un lugar cómodo y agradable; una gran biblioteca cubría parte de dos paredes, tras el gran escritorio una ventana de cristal daba con la entrada principal de la casa, las persianas abiertas dejaban entrar la luz del sol. En un costado colgaba una enorme pintura de una hermosa mujer con un precioso vestido verde esmeralda, era una impresionante rubia que tenía una rosa entre sus manos posadas sobre su regazo.

Contempló la pintura durante unos segundos.

—Era mi esposa, Lena.

—Ah, lo siento —se disculpó un poco apenada, sin embargo, había algo familiar en aquella mujer, sentía que la conocía o la había visto antes en algún lugar, ella jamás olvidaba un rostro, y tarde o temprano la recordaría.

CAPÍTULO 15

Con la mirada perdida tras el ventanal suspiró y se dio la vuelta con una tenue sonrisa en sus labios.

—Descuida, sucedió hace algunos años, ella... enfermó. En fin, toma asiento.

Se acomodó en un sillón a un costado del escritorio. Notó que había dos ordenadores personales, dos portátiles, un moderno archivador y muchos *dossiers* sobre el escritorio.

—Explícame a qué te dedicas en realidad y qué te gustaría que llevara tu emblema identificativo —indagó antes de sacar de su bolso una pequeña libreta de notas y un bolígrafo.

—Llevo la contabilidad de algunas empresas, también asesoro financieramente a los clientes y me encargo de proporcionarles información bursátil veraz que luego ellos utilizan para evaluar sus posibilidades de inversión.

—Suenas interesante, sin embargo, debemos ser más extensos si queremos que tu sitio web tenga muchas visitas y en consecuencia muchos clientes, ¿cuánto tiempo llevas en esto?

—Desde hace seis años —confesó con orgullo.

—Todo está bastante ordenado.

—Así me gustan las cosas, pero la limpieza está a cargo de Clara, es mi ama de llaves, ya la conocerás.

Se movió un poco, dirigió la mirada a la gran cantidad de ejemplares que

adornaban la inmensa biblioteca personal. La mayoría de sus víctimas tenían similares, sin embargo, casi ninguno había tocado un libro en su vida.

—¿Te gusta leer? —curioseó con genuino interés

—Sí, cuando tengo tiempo.

—¿Has leído muchos de estos?

—Sí, aunque todavía me faltan algunos, imagino que cuando me tome las vacaciones que tanto he deseado y nunca he podido, me llevaré conmigo al menos una docena de ellos.

Sonrió con complicidad, sabía a lo que él se refería, siempre se imaginaba en la playa, bajo la sombra de una palmera con un libro en sus manos.

—¿Y a ti, Loraine, te gusta leer? —soltó con un toque de seducción.

—Por supuesto, de hecho, mi escritor favorito es Dan Brown, ¿y el tuyo?

—Tengo varios, pero mi preferido es Oscar Wilde.

—Vaya, eres una cajita de sorpresas, señor Dante.

—Soy un hombre común, con una vida ligeramente ordinaria, tratando de vivir de acuerdo con mis principios.

—¿Y cuáles son tus principios? —Quiso saber ella.

—Soy fácil de descifrar, tal vez porque soy sincero, pero creo que cada quien tiene lo que merece, aunque a veces hay que darle una ayudita al destino y poner a cada uno en el lugar donde debe estar.

—Eso suena confuso, pero concuerdo contigo.

—¿Y tus principios, Loraine?

—Los míos son menos complejos que los tuyos, soy tal vez una de las pocas personas idealistas que existen en el mundo.

—Me encantaría sentarme a escucharte, tal vez con una taza de café y un cigarrillo, tengo tiempo si gustas —propuso con la esperanza de retenerla un poco más.

El brillo en sus ojos verde gris transparentó un alma auténtica, no obstante, ella se había propuesto una meta y la alcanzaría, aunque ello implicara dejar a un lado el sentimiento que ese hombre provocaba en ella.

—Se escucha tentador, acepto.

Él hizo un gesto de niño inocente, y con ello despertó en ella una especie de simpatía por esa sonrisa ingenua.

La condujo hasta la cocina, la cual abarcaba un área de unos cuarenta metros cuadrados, amplia, hermosa y moderna. La puerta de salida al lado posterior era un gran ventanal de vidrio con vista a la playa, un *jacuzzi* y una pequeña piscina que completaba el espectáculo visual. Las tumbonas invitaban al descanso, y por unos segundos pensó en las vacaciones que tanto necesitaba.

—Toma asiento, prepararé el café —sugirió con amabilidad.

—Espero que no vayas a accidentarte por presumir.

—Pues trataré de no hacerlo, de hecho, tu presencia me distrae un poco. ¿Te gusta la vista?

—Es preciosa, imagino que has debido disfrutarla durante mucho tiempo.

—Así es, solía pensar en tener una propiedad como esta cuando no la tenía, pero creo ahora quizás un pequeño piso sea suficiente para mí.

No comprendía, tenía entendido que Marcelo Dante Molina era un auténtico mujeriego, sin embargo, con ella se comportaba como todo un caballero, quizás trataba de seducirla de otra forma, en virtud de que ella se había mostrado diferente a las demás mujeres, y en el fondo estaba un poco decepcionada, porque de alguna manera deseaba ese acercamiento.

—Aquí tienes. Le entregó la taza con café.

El aroma se había extendido en toda la cocina, lo que le produjo una sensación de calidez y hogar que no había sentido antes.

—Preparas un buen café —admitió tras dar un sorbo a la bebida.

—Gracias, pero creo que los créditos corresponden a la cafetera.

El magnífico medallón que pendía del delicado cuello de su hechicera lo distrajo por unos segundos, absorto en aquella pieza única y singular que tenía hermosas piedras en el borde metálico de cobre, le recordó algo muy personal, y hasta pensó por un momento que tal vez era el destino, aunque

casi de inmediato desechó esa absurda idea. Se acercó con cautela para cogerla entre sus dedos, y fingió no haber notado el ligero temblor en el cuerpo rígido de ella.

—Es una brújula ¿miedo a perderte tal vez?

—No, lo que no quiero perder es mi norte, es algo que tengo bastante definido.

Sus ojos se clavaron en los de ella, y una sonrisa provocativa curvó sus labios, se sintió inquieta e intentó cambiar la conversación, pero de forma accidental golpeó la taza y parte de la bebida caliente se derramó sobre el tórax de Marcelo, quien se levantó cual resorte, y de inmediato separó de su piel la delgada tela de la camiseta, antes de quitársela con rapidez.

—¡Lo siento mucho! —exclamó avergonzada con el rostro ruborizado al detallar sin reparo el torso atlético semidesnudo, y los pectorales bien delineados.

Un leve jadeo que escapó de su sensual boca la dejó sobreexpuesta frente a él.

Con la camiseta en la mano observó con cuidado cada uno de los gestos de su *hechicera*; había contenido los deseos de besarla, pero al mismo tiempo trataba de no estropearlo todo por anticiparse. Ella no era como las demás mujeres, era especial, no podía seducirla como a las otras. Miró con atención sus labios entreabiertos que lo incitaron a besarlos con desesperación y morderlos con locura.

Sin más demora se arrojó sobre su boca con un beso cargado de fiereza, el delicado cuerpo pareció perderse entre sus brazos, y su piel suave lo atrajo más y más arrojándolo a una gran hoguera de deseo; su beso fue correspondido con pasión y la misma locura que él sentía.

Para Gisele ese instante reveló lo mucho que deseaba a ese hombre, cuánto anhelaba tenerlo en la cama y mecerse sobre él hasta quedar tumbada jadeante y satisfecha. Su piel era tibia, sintió que una inmensa calidez la llenó por completo, y percibió su erección palpitante, era un deseo que no podía

satisfacer, él era su víctima y no debía hacerlo.

Se separó de forma abrupta, con los labios enrojecidos y agitada por la excitación.

—Lo siento, creo que no debería... —declaró con la respiración entrecortada.

—¿No deberías? me deseas, tanto como yo a ti, no te cuestiones.

—Tengo que marcharme —se apresuró a decir antes de darse la vuelta.

—Siempre lo haces, ¿por qué no me sorprende?, ¿acostumbras a huir cuando pierdes el control?

Estaba frustrado y en ese momento casi convencido de que era una mujer acostumbrada a tener el control sobre cada situación... al igual que él.

—No he perdido el control, y no huyo, no soy como las mujeres a las que estás acostumbrado a tener en tu cama.

—He conocido muchas mujeres, y créeme cuando digo que son muchas —presumió con descaro y frustración.

—Eso no lo pongo en duda, sin embargo, no creo que hayas conocido a alguien como yo.

—Eso lo supe desde el primer momento en que te vi. —Fue una auténtica confesión, había sido más sincero con ella que con cualquier otra persona.

—No me conoces, Marcelo Dante, no sabes nada de mí, ni de lo que soy capaz.

—Muéstramelo.

Estaba frente a una mujer resuelta, enigmática y hermosa, una mezcla muy poderosa, pero también riesgosa.

—No sabrías qué hacer con una mujer como yo —respondió con una sonrisa ladina, antes de darse la vuelta y alejarse con rapidez.

Quedó desconcertado y excitado, acariciando en los labios el sabor de su boca. Se juró a sí mismo que esa mujer sería suya, todavía no sabía cómo lo lograría, pero de alguna manera terminaría consiguiéndolo.

El sonido del teléfono lo apartó de sus pensamientos.

—Tengo la información que pediste. —La llamada telefónica de Rafael Alarcón le hizo el día, tenía lo que tanto deseaba saber.

—Voy enseguida.

Condujo como un loco hasta el despacho del investigador.

—Dímelo todo.

—No creo que te guste lo que hallaron.

—Pruébame.

—Pues las huellas en los vasos que me entregaste corresponden a Betsy Callahan, la camarera de la discoteca, tiene antecedentes por prostitución.

—No lo sabía, pero lo sospechaba, ¿qué más?

—Y las otras son de Thomas Blake, fue arrestado hace seis años por hurto menor.

—¿Eso es todo?!

—Pues sí, aunque hay algo muy interesante.

—¿Qué es?

—No hay nada sobre ese tipo, ni dirección postal, teléfonos, nada que lo ubique, y eso es muy extraño, de hecho, es como si ya no existiera.

—¿Puedes rastrear sus cuentas bancarias?

—Ya te lo dije antes, no hay ningún tipo de registro de ese hombre, es como si estuviese muerto.

—¿Qué rayos sucede?

—No lo sé, pero sospecho que, si ese hombre se ha mantenido invisible durante los últimos años, debe tener algo que ocultar, y en consecuencia tu chica también.

—¡Maldita sea! ¿Y sus huellas?!

—Tal vez ella usaba guantes o algo así.

—No vi nada parecido, en el video puede apreciarse con claridad que no llevaba nada en sus manos.

—Tal vez sea mejor que te mantengas alejado de esa mujer.

—Sabes que no lo haré.

—Lo sé, con esto te interesa más.

—Así es, voy a descubrir quién es ella, porque algo me dice que se oculta, pero ¿por qué? ¿y de quién?

CAPÍTULO 16

No podía comprender qué sucedía, su objetivo parecía un hombre común, con dinero, pero no con la cantidad que le habían informado. Una pieza no encajaba en ese gran rompecabezas. Cambió el rumbo de su motocicleta y se dirigió al hotel donde se hospedaba Marengo, sabía que estaba por romper el protocolo, pero necesitaba aclararlo todo.

Subió con rapidez las escaleras, se disponía a llamar a la puerta, pero detuvo su mano al escuchar una fuerte discusión de dos voces familiares que provenían del interior de la habitación.

—*Ne baise pas!*[19], ¿en qué carajo estabas pensando!? ¡La enviaste directo a la boca del lobo! *nous sommes foutus!*[20] —gritó Pegaso con ira.

Un destello de desprecio brilló en los ojos su compañero, la boca torcida en un gesto de enojo había transformado el rostro del joven caballo, se disponía a arremeter contra la pieza homónima con una serie de argumentos cuando notó la presencia de Caissa; era imposible evadir la mirada de asombro y confusión con la que observó a ambos.

—¿Qué demonios está sucediendo?! —exigió ella con la voz elevada por encima de los gritos.

Pegaso apoyó su cuerpo contra la pared al lado de la ventana e hizo un ademán con la cabeza indicándole a su compañero que comenzara a hablar.

—Verás, Dama, Marcelo Dante, no es el objetivo, sino la carnada; te llevé a él haciéndole creer a todos que tenía el dinero y las razones para robarlo, aunque en realidad el objetivo es Alexander Heinz, su cliente.

—¿Nos mentiste e involucraste con un objetivo que no tiene dinero?!

—De hecho, si lo tiene, aunque él no es el pez gordo. Les hice creer que era Dante porque estaba seguro de que, si les exponía mi plan, no lo aprobarían, porque soy consciente de que existe un mayor riesgo; sin embargo, él tiene las cuentas y los accesos de su cliente, y nosotros la tecnología y la astucia para sacarlo de sus bancos.

—¿Tenías todo fríamente planeado, verdad? —espetó con sorpresa e indignación a la vez.

—No, en realidad, pensé que podías robar sus archivos, luego quedé convencido cuando noté la forma como te miraba.

—¿Qué ha hecho ese Heinz para que sea considerado como un objetivo, aparte de tener en su posesión una cantidad de dinero obscena? —gruñó la chica con enojo.

—Es propietario de Land Chemical Industries, una empresa gigantesca que está dedicada a la fabricación de productos químicos, con los cuales facilita el trabajo de los narcotraficantes, y también oculta sus verdaderos ingresos provenientes del blanqueo de capitales.

—¿Eso es cierto? —cuestionó con suspicacia la afirmación de su caballo, aunque en el fondo sabía que su trabajo era impecable, y por lo general bastante acertado y veraz,

—Por supuesto, tengo fotografías, informes y contactos, han sido meses de investigación. —Se dio la vuelta y cogió un fólder repleto de documentos—. Aquí está todo, lo prometo, es verdad.

—Espero por tu propio bien que todo salga según el plan, y esta vez no terminemos todos encerrados tras las rejas, porque juro que te buscaré hasta debajo de la tierra si algo le pasa a la dama —amenazó Pegaso.

—¿Crees que solo a ti te importa su bienestar?! También me preocupo por ella, y conozco las consecuencias si terminamos encerrados en la cárcel.

—Sabes que no es nuestra libertad lo que me preocupa, sino el bienestar de muchas personas que dependen de la contribución que les damos, sobre todo,

niños —reveló ella mientras caminaba de un lado a otro, en un intento por ordenar sus ideas y descifrar cuál sería su próximo paso.

—Lo sé, pero creo que ya es hora de hacer una buena entrega y darnos un tiempo, además de tener algo de dinero que nos proporcione comodidad y estabilidad; no hemos descansado durante años, hacemos siempre lo mismo, ayudamos a mucha gente, pero también necesitamos tener una vida, porque esta que llevamos ya no me llena.

Lo miró con tristeza, estaba decepcionada, Marengo no solo era uno de sus caballos, sino una pieza clave, sin embargo, su confesión le causó una inmensa nostalgia.

—Lamento escucharlo, si bien es cierto que necesitamos unas vacaciones, no me daré por vencida, de alguna manera continuaré con mis planes, esa es la vida que elegí llevar, nadie me obligó a convertirme en ladrona para ayudar a otros, eso me hace sentir plena, tampoco te he obligado a ti o alguno a seguirme, están en el equipo porque así lo quisieron, porque teníamos ideales en común, nunca les pedí nada más que lealtad; sabes que, gracias a lo que les proporcionamos, esa gente tiene un plato de comida decente sobre sus mesas.

Se mantuvieron en silencio durante unos segundos; ella sentía como si le hubiesen atravesado el corazón con un afilado cuchillo, sin embargo, nunca demostraba fragilidad ni vulnerabilidad delante de nadie, mucho menos frente a su equipo.

—Pegaso, reúnelos a todos, los necesito a las cinco de la tarde en videoconferencia, quiero una red doblemente segura, y dile a Big Ben que, por su bienestar y el del equipo, no vuelva a ocultar información —ordenó de forma autoritaria.

Se dio la vuelta para marcharse, pero Marengo intentó retenerla.

—Caissa...

Apenas la tocó, ella se volvió con agilidad y torció el brazo de su compañero pegándolo a su propia espalda.

—Espero que para cuando terminemos esta misión hayas considerado tu posición en el equipo, porque no quiero traidores, sino aliados en una causa en común.

Lo soltó con desprecio y salió a toda prisa.

Aldana despertó un poco tarde, había pasado una noche de pesadilla en aquel viejo hotel; comenzaba a convencerse de que, a pesar del arduo trabajo que todavía tenía por delante, encontraría a la ladrona.

Se apresuró a llegar al aeropuerto, la brisa fresca se coló a través del abrigo obligándolo a ajustar sus botones.

Esta vez tomaría un vuelo desde Minneapolis con destino a Detroit, allí vería a Tobías Haley, presidente ejecutivo y socio de una gran empresa aseguradora.

Revisó con calma el expediente y tomó notas de su declaración en la policía local. Un detalle en apariencia insignificante llamó su atención. Declaró que la ladrona había entrado a su casa como maestra institutriz de su sobrina de cinco años, sobre quien Haley tenía la custodia legal.

Buscó en internet información acerca de este sujeto que en apariencia no tenía nada que ocultar. Para su sorpresa, los antecedentes que arrojó la red abarcaban una serie de siniestros de carácter patrimonial que no habían sido cubiertos por su empresa y, en consecuencia, no fueron indemnizados a los asegurados, porque argumentaban cláusulas leoninas y bastante injustas.

Ajustó su cinturón y se acomodó en el asiento. Por primera vez desde que había comenzado su búsqueda le causó gracia la idea de que la víctima quizás fuese otro tipo que había utilizado su dinero y posición económica para robar a otros menos afortunados.

Su vuelo llegó justo a tiempo, ya comenzaba a oscurecer. Encontró un taxi que lo llevó hasta un hotel en las afueras de la ciudad, debido a que los más

céntricos estaban abarrotados por una serie de conferencias que se llevarían a cabo los siguientes días.

Casi a las tres de la madrugada, Carlos despertó sobresaltado con una gran interrogante dando vueltas en su cabeza: ¿y si la contribución fuese para una causa noble?

Se levantó con rapidez impulsado por una idea, encendió su ordenador portátil y comenzó a investigar los asilos de ancianos, casas de abrigo y orfanatorios en las ciudades de Boston, Minneapolis y Nueva York; para su sorpresa eran muchos, pero no perdió las esperanzas, por el contrario, se llenó de entusiasmo al saber que podía estar en el camino correcto.

Apenas amaneció, se dispuso a telefonar; armado con una gran taza de café, su libreta de anotaciones y su bolígrafo descartó uno a uno los posibles lugares donde habían recibido donativos.

Para cuando llegó la hora del almuerzo, Aldana contaba con casi toda la lista completa y seis orfanatos donde habían recibido donaciones anónimas en fechas posteriores a los hurtos; la emoción lo invadía cada vez que relacionaba los robos perpetrados. Era impresionante, casi toda la cantidad robada, era distribuida en cada sitio con una diferencia no menor a tres días.

Tomó su almuerzo con una gran sonrisa en los labios, se sentía genial, pero no sabía si era porque al fin había encaminado su investigación, o porque había descubierto que tras la delincuente se escondía una mujer con propósitos altruistas.

Había logrado conseguir una cita para las cuatro de la tarde del día siguiente, lo cual era muy conveniente porque le daría la oportunidad de ir a los dos orfanatos ubicados en la ciudad y que habían sido beneficiados con una cantidad de dinero anónima en los días posteriores al robo de Tobías Haley.

La estructura antigua del orfanato San Ignacio evidenciaba el paso del tiempo. Grafitis pintados sobre sus muros, arte ordinario y vulgar de los delincuentes adornaban toda la pared exterior.

El gran enrejado en su entrada principal estaba en muy mal estado, el óxido había comenzado a corroer aquellos barrotes ausentes de pintura. Un panorama deprimente, no obstante, se armó de valor, tomó un fuerte respiró y caminó decidido hasta llegar al lugar donde le atendió con amabilidad una anciana.

—Buenos días, señora, soy el detective Carlos Aldana, hago una investigación, y quisiera saber si puedo entrevistarme con la encargada del lugar.

Lo observó de pies a cabeza con escepticismo antes de responder.

—Buenos días, ¿puede mostrarme su placa?

—Por supuesto —convino antes de sacar con agilidad de su chaqueta su identificación para ponerla a la vista senil de la señora—, ¿está la encargada?

—Debo anunciarlo, y no estoy segura de que pueda atenderlo.

—Verá, sé que vine de improviso, pero necesito mucho esta entrevista.

—Espere.

La anciana se alejó con caminar pesaroso, abrió la gran puerta para perderse tras ella. Los minutos pasaron, convirtiéndose en casi dos horas, para cuando la vio venir con el mismo paso lento y pesado estaba apoyado de los barrotes y con los pies adoloridos por haber permanecido tanto tiempo de pie.

Abrió con dificultad el candado colocado en el enrejado, seguido del estruendoso chillido proveniente de las bisagras oxidadas, lo cual le recordó una película de terror.

—Adelante, oficial.

Caminó tras ella, y observó con cuidado todo a su paso; podía escuchar las risas y los llantos de los niños que se mezclaban y hacían eco en aquel lugar inmenso.

Llegaron hasta una puerta que abrió e hizo un ademán para que entrase. Una señora de unos cincuenta años con pequeñas gafas lo observó con atención.

—Buenas tardes, disculpe la espera, pero tenía asuntos que atender.

—Lo comprendo, y disculpe usted mi visita de improviso, mi nombre es Carlos Aldana —afirmó antes de acercarse a estrechar la mano de la mujer y tomó asiento frente a ella.

—Soy Rebeca Harris, es un placer conocerlo.

—El placer es mío, y una vez más gracias por recibirme.

—¿Me muestra su placa por favor?

Aldana suspiró hondo e hizo lo que la mujer solicitó.

—¿De la policía de Nueva York?, ¿qué hace tan lejos?

—Justo de eso quiero hablarle, investigo un robo.

—Usted dirá.

—Hace tres años recibieron en esta institución un gran donativo.

La mujer se quitó las gafas y recostó su delgado cuerpo en el asiento.

—Por supuesto, lo notifiqué a las autoridades, hice lo propio.

—Lo sé, pero quiero detalles, ¿cómo llegó esa cantidad de dinero a este lugar?

—Mire, oficial, eso ya lo declararé, dije que no sabía quién lo había traído, lo dejaron aquí —respondió un poco alterada.

—¿Afuera? —insistió de forma incisiva.

—No, lo dejaron en la puerta principal.

Carlos hizo un rápido cálculo mental, había casi dieciocho metros desde el enrejado hasta la entrada, era prácticamente imposible que alguien hubiese lanzado una mochila repleta de dinero sobre unas rejas de casi metro y medio de altura, mucho menos a esa distancia.

—Noté que tienen un viejo enrejado, que sería improbable atravesarlo sin que el molesto ruido se escuche al menos en todo el lugar —afirmó sin perder detalle de cada uno de los movimientos nerviosos de la encargada.

—No sé cómo llegó allí, lo encontramos al amanecer —declaró la mujer con evidente molestia.

—Siento mucho haberla alterado; una última pregunta.

Ella contuvo la respiración.

—¿Han vuelto a recibir algún donativo anónimo?

—No —declaró desinflándose como globo.

—Gracias por su colaboración y disculpe si le he ocasionado alguna molestia —expuso con amabilidad.

—Lamento no ser de mucha ayuda. —Sonrió un poco sonrojada, era evidente que la entrevista la había alterado.

—No se preocupe, lo fue, adiós.

Había sido una entrevista reveladora, por una parte, su instinto policíaco le decía que la encargada del orfanato sabía quién había hecho el donativo y, por otra, que se encontraba frente a una ladrona muy sagaz que con toda seguridad no estaba sola; era bastante difícil que una sola persona se colara en la vida de otra quitándole toda su fortuna y además hiciera donativos con ese dinero en un lapso muy breve, todo ella sola.

CAPÍTULO 17

Para cuando la videoconferencia inició, Gisele llevaba dos vasos de vodka y tres cigarrillos.

—Tablero completo y conectado, red asegurada, Torre dos en línea — Escuchó la voz seguida del rostro carismático de Big Ben.

Uno a uno aparecieron sus compañeros en la pantalla.

—Mañana llevaremos a cabo el jaque —declaró resuelta a terminar el trabajo de una buena vez.

Los rostros incrédulos y confundidos revelaron que quizás no era el momento apropiado para hacer esa jugada.

—Creo que te precipitas —advirtió Eiffel.

—Bien, como supongo que eres la única que desconoce lo que sucede, te pondré al tanto: el objetivo no es la víctima, sino una carnada.

—¿Qué rayos dices?! —exclamó contrariada, ella no comprendía nada.

—Marengo planeaba decirlo cuando todo estuviese listo para el jaque; lo que vamos a obtener de él, es solo información.

—Eso me parece mucho más peligroso que el dinero, ni siquiera llevamos un par de semanas con él como para preparar el jaque.

—Ella tiene razón, creo que en esta oportunidad Big Ben debe explicarte mejor cómo se procederá y ejecutarlo con calma —intervino Pegaso.

—Lo siento, Dama, no volverá a ocurrir —admitió Ben avergonzado.

—¿Tú también estás harto de lo que haces? porque, si es así, este es un excelente momento para decirlo, hacemos este último trabajo juntos y luego

se largan todos.

Comenzaba a alterarse, su tono de voz iba en aumento, su típica frialdad y actitud sosegada había quedado atrás.

—¡Noo!, no estoy harto, quiero continuar —se apresuró a responder.

—Te seguiré donde sea, hice una promesa y la cumpliré así muera por ello —declaró el caballo mitológico con severidad.

—Yo también estoy contigo, no dejaré el equipo por nada ni nadie —expresó Eiffel con evidente enfado.

—Siento haberte engañado, también me quedaré... hasta que la misión esté completada —aclaró Marengo con el entrecejo fruncido.

—Bien así será. —Suspiró con decepción—. Ben, prepara todo, te espero esta noche, necesito las instrucciones para la extracción segura de información.

—Por supuesto.

—Cambio y fuera. —Sin nada más que esperar, culminó la conferencia.

Era la tercera hoja de cálculo que borraba y maldecía por quinta vez frente al ordenador, estaba más distraído que de costumbre, miró de reojo su teléfono móvil y reprimió los deseos de llamarla, sobre todo, después del beso que lo condenó.

El sonido melodioso de su móvil lo sobresaltó, el nombre de Loraine parpadeaba en la pantalla.

—Hola. —Escuchó su voz seductora al otro lado de línea, una descarga de deseo y desesperación se extendió por todo su cuerpo.

—Hola, quería llamarte, de hecho, iba a hacerlo, porque quiero verte.

Ella quedó en silencio durante unos segundos.

—Creo que debemos hablar, te llamaba porque ya tengo listo el prediseño de tu página web.

—Entonces voy por ti —declaró él con evidente entusiasmo.

—No, yo iré a verte —aseguró ella.

—¿Estás segura?

—Por supuesto, sé dónde vives.

De inmediato se levantó de su asiento y se dirigió hasta la cocina.

—Clara, puedes dejar todo listo y marcharte, espero a alguien.

La mujer hizo un gesto de negación con la cabeza, sabía que su jefe era un verdadero mujeriego, pero esa era la primera vez que le pedía algo como eso.

—No es lo que estás pensando —se apresuró a darle explicaciones.

—Por supuesto, señor, aunque lo que yo crea no importa.

Estaba lista para el jaque, al menos en su mente, porque se sentía inquieta, ella también deseaba verlo, pero tenía que cumplir su misión, y no iba a detenerse porque un tipo le hiciera sentir emociones que no había experimentado antes.

Preparó su cámara y dispositivo de transferencia de datos, un pequeño aparato en forma de *pendrive* que Big Ben había llamado *spydrive*, y que, al colocarlo en el ordenador de su objetivo, enviaría los datos directo al centro de operaciones de su torre inglesa; la transferencia duraría tres minutos, al término de ese tiempo tendrían todos los archivos de Marcelo Dante en su poder.

—Preparada para el jaque —informó Caissa.

—Tablero listo, todas las piezas en sus puestos.

Asombro, desconcierto y admiración fue lo que sintió al ver a su preciosa *hechicera* llegar en una imponente motocicleta. Le excitó el espectáculo, una mujer resuelta y hermosa, que de seguro era una fiera en la cama.

Se quitó el casco y sacudió su cabellera con coquetería, se echó a andar a sabiendas de que él la observaba boquiabierto.

Enfundada en un ajustado pantalón y chaqueta de piel lucía atrevida y tremendamente sensual. La esperó de pie en la entrada de su casa como una estatua humana.

—Gracias por venir.

—No agradezcas hasta que veas el proyecto que preparé para ti.

—Vamos al estudio.

Caminó tras él, con el pecho agitado, sentía cada vez más adrenalina mezclada con deseo y nervios.

—Puedes usar mi ordenador portátil —sugirió él con amabilidad y le acercó una silla; ella se instaló y observó cómo él colocaba con rapidez las tres contraseñas que le solicitaba el sistema para desbloquearlo.

Conectó el transmisor en forma de *pendrive* y abrió uno de los archivos contenidos. Gisele sabía que los datos comenzarían a transmitirse de inmediato. Notó que Marcelo arrugó el entrecejo al revisar su teléfono móvil que había emitido un sonido.

Estaba confundido, el sistema *antispyware* instalado en su ordenador envió un aviso con notificación de la vulneración del sistema, y casi de inmediato fue desbloqueado. La miró directo a los ojos en busca de respuestas, pero solo encontró una mirada inocente que terminó por enfadarlo más.

—¿Quién eres? —La pregunta salida de la nada la dejó sin palabras durante unos segundos.

—Otra vez con eso, nos conoceremos, pero poco a poco, ya dime, ¿te gusta el diseño?

Él solo se limitó a asentir, se inclinó un poco más hasta quedar a escasos centímetros de su rostro; era hermosa, sus incitantes labios carnosos lucían provocativos pintados de rosa, y sus brillantes ojos negros lo observaron con un atisbo tal vez de curiosidad, era tentadora, sin embargo, no era quien él creía.

Sin decir nada, extrajo el dispositivo, se dio la vuelta con rapidez y lo conectó en el ordenador ubicado en el escritorio de al lado.

Una alarma ensordecedora se escuchó en el estudio, mientras que en la pantalla del ordenador parpadeaba el símbolo de peligro, un ruido metálico proveniente de la ventana y la puerta la hizo desviar la mirada y percatarse de

que comenzaron a cerrarse con una pared de seguridad que bloqueaba las dos únicas salidas.

Fue entonces que se percató de su realidad, la había descubierto, estaba encerrada con él en su estudio, sin posibilidades de escapar. Big Ben se lo había advertido, le dijo que no había podido entrar a sus ordenadores porque tenía un potente *antispyware*, y la única forma de entrar era introducir un troyano directamente en el más vulnerable.

—Te preguntaré una vez más, ¿quién eres? —Su voz cargada de enfado y desengaño la dejaron pasmada; se incorporó con lentitud, mientras su captor la observaba con desconfianza.

—¿Eres policía? —investigó él con recelo, todavía no se había percatado de que se trataba de una ladrona que intentaba robar sus archivos.

—¡Responde! —espetó con severidad.

—No soy policía, pero tienes algo que necesito —declaró con frialdad y comenzó a dar algunos pasos alrededor del escritorio. Sus ojos vagaron por el lugar en busca de un objeto con el cual defenderse.

—¡No saldrás de este lugar hasta que sepa quién carajo eres y qué coño quieres de mí! —exclamó con indignación.

Al fin ella logró divisar un báculo de madera de casi un metro adherido a un exclusivo adorno en forma de cono, sonrió con sarcasmo y elevó una ceja, lo que provocó en él un extraño deseo de poseerla con dureza.

Con agilidad sacó la vara de su lugar, era lo que necesitaba, estaba entrenada en artes marciales mixtas, en especial con el bastón de combate, que era su arma preferida, por lo tanto, vencerlo no implicaría mayores inconvenientes.

—¿Es en serio?! No lograrás matarme con eso —afirmó con incredulidad señalando la vara que giraba entre las delicadas manos como una gran aspa de ventilación. Era una chica menuda de aspecto frágil, pero su mirada era de determinación y frialdad.

—Quién dijo que te mataré, solo te neutralizaré, quedarás vivo, pero

golpeado —soltó con arrogancia, en tanto que la vara bailaba de una mano a otra dando vueltas entre sus largos dedos.

La observó con asombro y admiración al mismo tiempo, trató de acercarse y fue recibido con un acertado golpe en su costilla izquierda; el dolor punzante lo obligó a inclinarse de costado, momento que aprovechó la atrevida ladrona para lanzar una patada contra su rostro y hacerlo caer de rodillas.

Intentó golpearlo de nuevo, pero esta vez él se arrojó sobre las esbeltas y torneadas piernas abrazándose a ella con fuerza, de esta manera, consiguió derribarla en el acto; de inmediato se posó sobre su cuerpo para subyugarla, descargó todo su peso sobre la frágil humanidad de la chica y sujetó sus manos por encima de la cabeza, en esa posición percibió su perfume, el cual inhaló sin reparo, debido a la agitada respiración. Sus miradas encontradas reflejaron a dos desconocidos deseándose por encima de sus propósitos.

Por unos breves segundos ambos permanecieron quietos, mirándose a los ojos, sin embargo, Gisele tenía más claro que nunca su objetivo, y para ello necesitaba salir de allí a como diera lugar, debía incorporarse y la única manera era atacar en su punto más vulnerable; levantó la rodilla y golpeó con fuerza en su entepierna, él palideció, dejó escapar un quejido gutural, y terminó soltándola.

Se incorporó de rodillas y trató de alcanzar la vara de madera, pero no lo logró, su captor la atrapó una vez más por la espalda, inmovilizó sus brazos y la sentó de un tirón; con una mano sujetó sus brazos a su espalda, mientras que con la otra sacó unas esposas de la gaveta del escritorio y se las colocó de inmediato.

Se agitó frenética, y tiró con fuerza para soltarse, fue cuando notó que la había atado a la base de la silla.

Ambos se miraron con recelo y desconfianza, se desconocían, pero paradójicamente al mismo tiempo se deseaban y atraían con la misma fuerza; sus respiraciones agitadas eran el resultado del combate que los había dejado

extenuados.

—Si no eres policia, entonces eres una vulgar ladrona.

Fue por el bolso de ella y lo colocó sobre el escritorio, cogió su teléfono móvil hizo una marcación y lo pasó por encima, de nuevo una alarma se activó con un pitido molesto e intermitente, tenía un rastreador de dispositivos de comunicación.

—¡Ah!, qué interesante, veamos qué más tienes.

Sacó el estuche de maquillaje con el micrófono, lo abrió con cuidado y después lo situó sobre el escritorio. Se acercó con cautela para colocar el teléfono cerca del cuerpo de ella, al llegar a la brújula que llevaba en el pecho, la señal de alarma se activó una vez más, se acercó lo suficiente como para que sus rostros quedaran a escasos centímetros, le sonrió con seducción y lo sacó con cuidado por su cabeza, después accionó el audífono.

—¿Dama, me copias?! ¿Estás bien? ¡Responde, por favor!, ¡Mierda, mierda, nos ha descubierto, sal de ahí ahora mismo! —La voz agitada de Ben se escuchó al otro lado.

—Ella no puede hablar, pero estoy seguro de que muy pronto lo hará, no haga nada, ni siquiera se acerque, he colocado alarmas en todo el perímetro de mi casa y lo sabré, deme unos minutos con ella, luego su *dama* lo llamará.

CAPÍTULO 18

El Orfanato Sun Valley se hallaba ubicado a varios kilómetros de la ciudad de Detroit. Era un lugar con mejor aspecto que el que había visitado con anterioridad. Enormes árboles en la entrada ofrecían una vista natural impresionante, era un rancho en medio de un paraíso natural. En cuanto a la edificación, estaba conformada por una vieja casa de dos plantas y un pequeño cobertizo a unos cien metros de ella.

Caminó despacio para disfrutar la brisa matutina, el canto de las aves aportaba un toque casi mágico que lo hizo sonreír de satisfacción.

Una hermosa jovencita de unos doce años lo miró acercarse con el entrecejo contraído por la luz del sol que daba justo sobre su rostro pálido.

—Buenos días, soy el detective Carlos Aldana —aclaró mientras colocaba su placa a la vista—. ¿Puedo hablar con la encargada del lugar?

La chica lo miró con desconfianza.

—¿Está en problemas?

—No, ¿hay razones para que ella esté en problemas?

—No, la señorita Hanna es una buena directora.

—Entonces llévame con ella, por favor.

—Espere aquí.

Al cabo de unos minutos divisó la figura de una mujer adulta que se acercaba con rapidez con el cuerpo erguido y un caminar vigoroso.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Buenos días, señora. Mi nombre es Carlos Aldana, soy detective de la

policía y me gustaría hacerle algunas preguntas acerca de un donativo anónimo que recibieron hace tres años.

—Encantada, detective. Soy Hanna Delaware, la encargada del orfanato; si gusta pasar, tomaremos una taza de té mientras conversamos; como verá este no es el lugar más apropiado para que una vieja como yo se mantenga de pie por mucho tiempo.

—Por supuesto, gracias.

—Tenemos muchos benefactores; a algunos de ellos los conocemos, porque se toman el tiempo y la molestia de venir aquí a posar para las respectivas fotografías de los diarios, sin embargo, hay otros que no sabemos quiénes son, y no tenemos el privilegio de conocer, pero son personas maravillosas que están dispuestas a compartir sus fortunas con el propósito de brindarle una mejor calidad de vida a estos niños y jóvenes que no tienen familia — explicó ella mientras que servía la taza de té que ofreció.

Carlos no ponía en duda su afirmación, pero tenía que llegar al fondo de todo.

—Hace poco más de tres años, este orfanato recibió una cantidad de dinero... digamos que algo exagerada y fuera de lo normal —afirmó él.

La directora Delaware miró hacia un costado, tal vez evocando el momento.

—Sí, detective, así fue.

—¿Puede explicarme cómo sucedió?

—Por supuesto.

Se acomodó en su asiento, tomó un sorbo de té y comenzó a narrar.

—Fue una época difícil para el orfanato, no teníamos mucha comida que ofrecer a los niños y se hacía cada vez más complicado cumplir con las obligaciones en esas condiciones; requeríamos dinero para medicinas y alimentos, estaba desesperada, aunque nunca perdimos la fe; para ese entonces nadie se interesaba en colaborar con nosotros. Ese día en especial llovía, todos estábamos dentro, vimos acercarse a alguien de aspecto delgado, llevaba una sudadera con capucha, por cuanto no podía distinguir bien su

rostro, y en su espalda una mochila bastante pesada, al notar mi presencia en la ventana se detuvo.

La mujer quedó callada durante unos segundos, Aldana se sintió ansioso por escuchar el resto del relato.

—¿Dígame algo detective? —Lo sorprendió con una solicitud en medio de su narración, no obstante, intentó ocultar su ansiedad— ¿Qué pretende hacer con esa persona que trajo el dinero?

—Llevo semanas tras ella, es una ladrona, es obvio que pretendo hacer justicia. —Escuchó de su propia boca la respuesta casi automática.

—Es extraño.

—¿Qué le parece extraño, señorita Delaware?

—Que crea que hacer justicia es encarcelar a alguien que se dedica a ayudar a los más necesitados. —Su razonamiento sencillo y a la vez lógico lo dejó sin palabras.

—Justicia es una palabra relativa, con un sentido distinto para cada persona, tiene que colocarse en el extremo opuesto y dará una definición muy diferente a la que había considerado como la verdad absoluta; pero qué ironía, la verdad absoluta tampoco existe, ¿o sí detective? —reveló ella con sarcasmo antes de dar otro sorbo a su infusión.

—¿Usted la vio, cierto? y no lo dijo en su declaración —afirmó Aldana con seguridad.

—De haberlo hecho se hubiesen centrado en su búsqueda, y nadie se habría tomado la molestia de conocer los motivos que tuvo para ayudarnos; gracias a ella fue que uno de los medios de comunicación cubrió la noticia, y por esa razón algunos personajes vieron la oportunidad de hacerse publicidad con una obra de caridad.

—¿Habló con ella?

—Sí, estaba un poco enferma, tosía mucho, y tenía fiebre, fue por ello que me dejó ayudarla.

—¿Usted sabía la procedencia del dinero?

—No lo supe, pero siempre lo he sospechado.

—¿Cómo es ella?

La vieja mujer sonrió con complicidad.

—Es valiente, hermosa, y sabe lo que sufre un niño en un lugar como este, por muy bueno que sea el trato o la comida que se le dé.

No era lo que esperaba escuchar, eso lo tomó por sorpresa y desconcertó al mismo tiempo.

—¿Ella estuvo en un orfanato?

—Sí, es una buena chica, solo trata de ayudar a los más necesitados, a quienes han quedado en el olvido, donde ni los políticos, personajes públicos o personas comunes se acercan.

—¿Le dijo a dónde iría?

—No lo dijo, tampoco pregunté, sin embargo, noto que usted es un hombre inteligente y suspicaz y entenderá que, si lo supiera, tampoco se lo diría.

—¿Usted es consciente de que lo que ella hace es un delito, verdad? —Aldana trató de hacerla entrar en razón.

—Como dije antes, todo depende desde qué punto de vista usted lo vea. ¿Sabe el daño que han causado personas como el señor Haley, por ejemplo, que ha dejado en la calle a gente que han perdido sus hogares, con alegatos de cláusulas absurdas e ilegales?, ¿y quién ha hecho justicia, esa la que usted tanto defiende?

—Soy un funcionario de la ley y es mi deber entregarla cuando la encuentre —enfaticó Aldana ante la férrea posición de la mujer.

—Suerte con eso, pero si llega a conseguir su objetivo, espero con ansias que no duerma tranquilo ni una sola noche por el resto de su vida, y cuando logre conciliar el sueño, sea para soñar con el llanto en los rostros pálidos y desaliñados de los niños a los cuales ha dejado sin una oportunidad.

Se estremeció ante esa imagen, no era la primera vez que se preguntaba por la justicia divina. Luego la mujer sonrió con cariño y tomó su mano antes de presagiar.

—Pero algo me dice que eso no llegará a suceder.

Tomó asiento frente a ella, encendió un cigarrillo y la observó con detenimiento. Su rostro no le decía nada en absoluto, era una mujer fría y calculadora, no obstante, sentía una extraña atracción por ella que iba más allá de esos hermosos labios carnosos y su piel tersa y delicada.

—¿Qué quieren de mí? —investigó con tono casual.

—Es evidente que algo en tus archivos ¿no lo crees? —respondió con una sonrisa cargada de sarcasmo.

—Bien, como está claro que no dirás nada, traeré a tu amigo, Thomas Blake —reveló de forma casual.

Gisele entornó la mirada con desconcierto, no sabía cómo había averiguado el verdadero nombre de Marengo.

—¿Sorprendida?, pues sí, tu amiguito ese que te acompañaba en la discoteca, ya sé quién es, y supongo que los demás que estaban contigo esa noche, incluida la francesita están en esto.

—¡Ellos no tienen nada que ver!

—Te daré una oportunidad antes de llamar a la policía. ¿Qué quieren de mí? —preguntó con frialdad.

—Los archivos financieros de uno de tus clientes —confesó abatida; la había acorralado, ese hombre era una amenaza para ellos.

—¿De quién? —averiguó a sabiendas que tenía la respuesta.

—Alexander Heinz.

Quedó sorprendido ante aquella reveladora respuesta, no obstante, poco a poco comenzó a dibujarse una extraña y calculadora sonrisa en sus labios. Tomó de nuevo el micrófono oculto en el estuche de maquillaje para comunicarse con Big Ben.

—Tienen una hora para venir por ella, de lo contrario su dama pagará las

consecuencias de su osadía.

—¡Espere! —gritó Ben angustiado— ¡¿Ella está bien?! ¡Necesito hablarle!

Lo pensó durante unos segundos antes de colocar el dispositivo cerca del rostro de su *hechicera*.

—Diles que vengan —ordenó de forma sugestiva.

—Estoy bien, no se preocupen por mí, continúen con el plan —reveló con estoicismo.

Marcelo resopló furioso antes de arrojar el aparato contra la pared.

—¡Si me vas a entregar a la policía, hazlo de una puta vez; no te diré nada más! —despotricó ella desafiándolo.

Esa mujer logró sacarlo de sus casillas en escasos segundos, todavía no tenía claro lo que haría con ella, aunque un plan estaba tomando forma en su cabeza. Caminó de un lado a otro, para tratar de organizar sus ideas, hasta que pareció conseguirlo, se acomodó en una silla frente a ella, y se acercó hasta quedar muy cerca de su rostro.

—Les tengo una propuesta.

No sabía qué esperar de él, fue entonces cuando se percató del error que había cometido, no conocía lo suficiente a su víctima.

—Te escucho —contestó resuelta. Su cara de póker no le reveló nada de lo que cruzaba por su mente, lo que la hizo mucho más atractiva.

—Estoy seguro de que eres una ladrona profesional, sin embargo, no entiendo cómo no sospechaste que podría descubrirte, quizás me subestimaste, en fin, el caso es que necesito de tus servicios profesionales.

—¿A qué te refieres?

—Es sencillo, quiero que robes algo para mí.

—¡Estás loco, no trabajo para nadie!

—Eso lo hace más interesante, quiere decir que estoy frente a la jefa, o *la dama* como te llamó tu amigo.

—No soy la jefa —enfaticó entre dientes.

—Debe haber un jefe en tu banda de ladrones.

—Te voy a dejar algo claro, Dante: en primer lugar, no trabajo para nadie; en segundo, no recibo órdenes de nadie y, en tercer lugar, no voy a exponer a mis amigos a hacer algo que los pondría en riesgo solo para complacerte.

—No es para complacerme, lindura, es para evitar que los denuncie y encarcele, ¿me comprendes?, te tengo en mis manos, aunque no como yo quisiera, pero esto es un buen comienzo —profirió con descaro.

El hombre que tenía enfrente era diferente al que había conocido, su actitud arrogante y sarcástica dejaba claro que había sido amable solo para llevarla a la cama y conseguir sus favores sexuales.

—¿Y si me niego a colaborar contigo?

—No lo discutiremos más, telefonearé a la policía, tengo las pruebas de que querías robarme, además tengo las huellas digitales de tu amigo, así que les tocará huir... sin ti.

Era una verdadera pesadilla, no había estimado en ningún momento el peligro que ese hombre significaba.

La alarma se activó, y la pantalla del ordenador reveló las imágenes de las cámaras de seguridad que enfocaron el vehículo deportivo negro que se acercaba seguido de una furgoneta también de color negro.

—¡Maravilloso tus amigos han llegado, que comience el espectáculo!

Se acercó a la inmensa biblioteca y sacó un arma calibre 22 que colocó en la parte trasera de la cinturilla de su pantalón.

—¡Por favor, no les hagas daño! No están armados, son inofensivos —suplicó angustiada ante la nefasta idea de que pudiera herir a cualquiera de su equipo.

Marcelo, que se encontraba frente a la puerta de seguridad, se volvió con rapidez y la observó con el entrecejo fruncido.

—¿Inofensivos dices?, ¿cómo tú?

CAPÍTULO 19

Le dio la espalda, activó la cerradura con sus huellas y de inmediato esta comenzó a abrirse. En los monitores se veía a sus dos torres junto a sus caballos de pie frente a la puerta.

Se sintió desesperada, sabía que había puesto en riesgo a sus compañeros por su torpeza de haber anticipado el jaque.

Los pocos segundos que transcurrieron parecieron una eternidad. En cuanto entraron al estudio, Marcelo volvió a activar el sistema de seguridad con todos dentro; quedaron pasmados, nunca había sido necesaria la fuerza bruta para alcanzar sus propósitos, tan solo usaban su astucia, conocimientos y destrezas, pero en ese momento sus vidas estaban en riesgo.

—¿Estás bien? —indagó Pegaso con cautela desde la entrada; la preocupación en su rostro era evidente.

—Estoy bien, mantengamos la calma, que el señor Dante, quiere hablar con nosotros.

—Por favor, tomen asiento —ordenó.

—Estamos bien así —refutó Marengo.

—No fue una sugerencia —gruñó.

Tomaron asiento en el cómodo sillón modular de piel que se hallaba en una esquina.

—Quiero conocerlos, aunque tuvimos la oportunidad de cruzar algunas palabras, no sé nada de ustedes.

Quedaron en silencio, sus miradas iban de un lado a otro sin saber qué

hacer.

—Ellos son mi equipo —reveló con voz queda.

—¿Son todos? —curioseó.

—Sí.

—¿Por qué tantos?

—Cada uno de nosotros tiene una función.

—¿Quién es el líder?

—Soy yo —declaró Marengo antes de que Caissa pudiera intervenir.

—Es posible, aunque no lo creo; si es así, está en juego la vida de una integrante importante de tu banda, o la tuya —reveló con la mirada entornada y una sonrisa maliciosa en su rostro.

Se acercó y colocó el arma sobre el rostro impávido del caballo más joven ante la mirada incrédula de sus amigos.

—¡Déjalo en paz yo soy su líder! —gritó aterrorizada.

—¡Lo sabía!, —bufoneó triunfante— eres arrogante, mandona y prepotente; son cualidades innatas en un líder que no se pueden ocultar.

Cada instante que pasaba junto a este hombre se sorprendía más, lo asemejó con una versión mejorada del *Dr. Jekyll y Mr. Hyde*.

—¡Ya nos tienes; si vas a llamar a la policía, hazlo de una maldita vez! —gruñó ella cegada por la rabia y frustración.

—Haré algo mejor, quiero que trabajen para mí.

Los rostros recelosos de sus compañeros giraban para mirarse entre sí y luego a su dama.

—Quiero las contraseñas de un cliente y ustedes pueden conseguirlas.

—¿Qué tal si no queremos? —lo retó Eiffel con desdén.

—Irán a parar directo a la cárcel; sus rostros han sido capturados por mis cámaras de video y guardadas en la red, la policía tendrá hermosas fotografías de ustedes dispersadas por todas partes, y estoy seguro de que no es lo que quieren, ¿no es así, Thomas Blake?

Aseguró dirigiéndose a Marengo, quien quedó pasmado, al escuchar de la

boca de este desconocido un nombre que llevaba años sin ser mencionado.

—¿A quién robaremos? —preguntó abatida.

—A Alexander Heinz.

Estaban en una gran encrucijada con su líder atada frente a ellos y la posibilidad de perderlo todo, puesto que era Heinz su objetivo principal.

Ambos caballos se miraron entre sí, un pensamiento similar cruzó por sus cabezas imaginando que quizás entre los dos podrían derribarlo; alguien tenía que quitarle el arma, pero Marcelo fue más astuto: se ubicó a un lado de Gisele y apuntó el arma directo hacia ella, esto los dejó indefensos.

—Les ofreceré cuarenta por ciento del botín, y debo aclarar que es bastante —afirmó su captor.

—Es absurdo —objetó ella con evidente enfado, había abandonado su postura fría mostrándose más vulnerable, él no supo si era porque no deseaba compartir el botín o porque no quería robar para él.

—Vamos, Lori Hoover, ámate, trabaja conmigo —rogó con seducción, al colocar el arma sobre el escritorio.

—No trabajo con mis víctimas, solo las robo.

—Este será un caso excepcional.

—Lo es, la víctima se ha convertido en mi victimario.

—No lo veas así, aunque siento mucho esto, pero si no lo haces terminarán en la cárcel.

—¿Qué es lo que quieres? —Solicitó ella de forma hostil.

—Llevo dos años tras este cliente, demás está decirles la cantidad de dinero que maneja, puesto que ya lo saben, y a quién no he logrado sacarle más que lo correspondiente a mis honorarios como administrador de sus negocios, por cuanto me consta que tiene mucho. Es muy cuidadoso, no deja nada al azar, y tú podrías ser de mucha utilidad.

—¿Cómo rayos se supone que haré eso?

—Te enseñaré, te harás pasar por mi asistente.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —intervino Pegaso.

—Digamos que para aprender todo lo relativo al caso, siete días... y solo cinco para ejecutarlo.

—¡Eso es imposible!, me lleva un mínimo de tres semanas hacer mi trabajo. La propuesta era claramente arriesgada.

—Qué extraño, conmigo solo te tomaste una, sabía que me habías subestimado. No te preocupes, te enseñaré cómo hacerlo en menos tiempo, ¿qué dices? —Si no hubiese estado atenta a la conversación, hubiese jurado que le había propuesto jugar en su cama.

—Tengo que consultarlo con mi equipo, a solas —gruñó ella con los colores en su rostro subidos de tono.

—No, lindura, simularé no escuchar, y ustedes simulen que no estoy.

Tomó de nuevo el arma, y se alejó para tomar asiento al lado de la inmensa biblioteca y observarlos sin reparos.

—Siento mucho que estemos en estas circunstancias, es mi culpa, y no tienen que hacerlo —reveló atada desde el otro extremo del escritorio.

—Somos un equipo y estamos todos en esto, recuerda nunca abandonamos a uno de los nuestros en ninguna circunstancia —increpó Eiffel.

—Vaya, tendré que leer ese manual —expresó Marcelo con sarcasmo mientras observaba con atención la escena.

—Podemos hacerlo, lo hemos hecho antes —aseguró el caballo de guerra con la mirada fría puesta sobre el que había sido su objetivo.

—¡Si estamos aquí, es por tu culpa, fuiste tú quien planeó robar los archivos del tipo este!, ¿y planeas convertirnos en sus socios? —recriminó Eiffel, quien estaba alterada con el rostro enrojecido por la cólera.

—No, en realidad, mis planes no contemplaban trabajar con él y no me convence como socio, sobre todo, por su objetivo; sin embargo, tenemos que tomar el único camino que nos queda.

—Lo siento, Dama, pero Marengo tiene razón, no podemos arriesgarnos más —acotó Pegaso entre dientes.

—Haré lo que tú digas —expuso la fiel torre francesa.

—Y yo también —reveló Ben con las palmas de las manos abiertas a modo de rendición.

—Lo haremos lo más rápido que podamos, evitaremos errores y saldremos de esto. —concluyó Gisele.

Se giró y lo miró con desdén.

—Al menos déjame libre.

—Eres peligrosa, pero tomaré el riesgo —respondió él en tono jocoso.

Colocó la vara de madera lejos de su alcance, se acercó girando la llave con gracia entre sus dedos y se inclinó a su espalda.

—Te prometo que será una experiencia inolvidable —le susurró al oído.

Cerró los ojos y suspiró con fuerza; la voz ronca de ese hombre tan cerca de ella, así como las manos que acariciaron sus brazos antes de soltarla provocaron una excitante aceleración en su pulso y respiración.

Recorrió con delicadeza la piel tersa de los brazos delgados de su *hechicera* hasta llegar a sus manos suaves y huesudas, las acarició y giró para observar sus dedos, quedó pasmado ante el revelador descubrimiento, en ese momento logró comprender algunos cabos sueltos, no obstante, trató de ocultar el asombro tras una arrebatadora sonrisa.

—Listo, ¿socios? —concluyó ofreciendo su mano con recelo.

—Mis únicos socios son ellos —aclaró la chica señalando a sus compañeros mientras se ponía de pie— y nos lo llamo así, que te quede claro, Dante: eres un error, y trabajaremos juntos solo por esta vez —refutó enfadada masajeando sus muñecas.

—Bien, como digas, ¿serías tan amable de ilustrarme quiénes son y qué hacen?

Caminó despacio hacia sus compañeros, el sonido de sus zapatos hizo eco en el silencioso estudio, Marcelo la observaba alerta.

—Somos un equipo, uno que funciona como engranajes de un reloj suizo, constante, sincronizado y siempre a tiempo; debo decir con culpa que eres el único error con el que cuento en mi carrera, pero no me deprimiré por ello.

—Supongo que una muy larga —enfaticó interrumpiéndola.

—Así es, aunque tal vez no tan productiva como la tuya —masculló entre dientes antes presentarlos—. Ella es Eiffel, se encarga de los documentos, es muy hábil, puede elaborar el papeleo necesario para entrar en las empresas de tu cliente sin que nadie sospeche nada.

La joven hizo un gesto con la cabeza sin decir palabra alguna.

—Él es Big Ben, nuestro Ben es un genio de las computadoras, sabe cómo entrar en cualquier red privada o pública, eso cuando no tienen unos sistemas antiespía como el tuyo. —aclaró haciéndole un guiño a su obeso amigo.

—Mi cliente tiene un sistema mucho más sofisticado, así que tendrá bastante trabajo por delante —afirmó dando por hecho el trato.

—Él es Pegaso, coloca en el mercado todos los objetos valiosos, tiene buenos contactos. Y, por último, ya lo conoces, él es Marengo, está a cargo de toda la logística y planificación.

—Dos torres y dos caballos, qué interesante, ¿son las piezas de un tablero de ajedrez? y supongo que tú eres su reina —dedujo pensativo.

—Soy la dama, no soy fan de la realeza.

—¿Dónde está el rey? —investigó mientras acariciaba su barbilla con una sonrisa de concurso.

—No tenemos, no lo necesitamos.

—Hasta hoy, lindura, ya es hora de que tu inmenso tablero tenga uno.

—No me llames «Lindura», no soy osito de felpa. Y no te hagas ilusiones, rubio, no queremos más piezas en nuestro tablero.

—Eso lo veremos, los quiero esta noche aquí con todos sus instrumentos de trabajo.

—Tú no das las órdenes —gruñó ella.

—Es cierto, ambos lo haremos.

—No te incluyas, ellos solo siguen mis instrucciones, ¿o piensas mantenernos amenazados con tu arma para que hagamos lo que pides?

—¡Ah!, cierto olvidé mencionarles, el arma no está cargada —reveló y

acarició su mentón con un dejo de inocencia.

—¡Eres un imbécil! —gritó enfurecida provocando una gran carcajada de su parte.

—Lo siento, por eso te necesito, eres una buena líder, cualidad de la que siempre he carecido, además eres audaz, inteligente, suspicaz y hermosa, atributos necesarios para llegar a la fortuna de... por cierto, ¿hablas otros idiomas?

—Sí, hablo francés, inglés y un poco de italiano, ¿por qué? —espetó.

—¡Maravilloso!, hasta políglota me salió esta socia —expresó con sarcasmo.

—No somos socios, Dante; te repito, aceptamos trabajar contigo solo en este objetivo, luego nos marchamos y todos seguiremos con nuestras vidas.

—Así será.

Él no estaba listo para dejarla ir, llegado el momento buscaría algo para retenerla. Era la primera vez que quería tener cerca a una mujer que no había llevado a su cama, y en el fondo temía que, si eso llegaba a suceder, ya no querría volver a verla.

CAPÍTULO 20

Abrió el sistema de seguridad y la gran pared metálica se deslizó hacia arriba para desbloquear la puerta y salieran todos del estudio. Cuando ella se disponía a irse con ellos, la sujetó del antebrazo.

—Tú te quedas.

Indignada sacudió su brazo, evitaba a toda costa el contacto físico con él.

—Ella viene con nosotros —replicó Pegaso.

—Ella se queda, en calidad de invitada, por supuesto; no se preocupen, estará bien, no tendré mucho dinero, pero tengo palabra —reveló Marcelo con seguridad.

—Regresaremos por ti.

—Cuidado con lo que haces, Marengo, ¿o debo llamarte Thomas? Espero, por el bien de nuestra dama, que regresen y elaboremos un buen plan.

Sus amigos se marcharon y la gran estancia principal se sintió inmensa. Se sentó frente a ella e indicó que hiciera lo mismo.

—¿Pasarás el resto del día observándome? —soltó con irritación.

—Podría pasar el resto de mi vida observándote y te juro que no me cansaría —confesó él con galantería y sonrisa lobuna.

—¿Eso te funciona con las pobres invidentes que se acuestan contigo? —inquirió con sarcasmo.

—¿Invidentes, de dónde has sacado eso?

—Tienen que serlo, de otra manera sabrían quién eres; nada más ven ese caparazón que utilizas como tu mejor arma de seducción —aclaró

señalándolo con desprecio.

—Tengo una mejor arma, ¿quieres verla? —insinuó él con un gesto lascivo, seguía el juego de palabras, y cada momento que pasaba no solo le gustaba más, sino que también lo excitaba.

—Eres un pesado ¿lo sabías?

—Sí, en efecto, es mi mejor cualidad, ¿cuál es la tuya?, ¿la seducción?

—Sí, pero no sueñes con que la utilizaré contigo.

Los desplantes de su *hechicera* lo ponían de mejor humor y hasta comenzaba a divertirse.

—Sé que me deseas, Lori Hoover —apuntó con arrogante seducción—, pero te lo daré de a poco porque podría ser adictivo.

—Eres un idiota con un gran ego —masculló con rencor.

—Tengo algo más grande que mi ego, cariño, aunque tú puedes ponerle el nombre que desees, y estoy ansioso por que la conozcas —afirmó para provocarla confiriendo doble sentido a sus palabras.

—Eres el tipo más arrogante y odioso que he conocido en mi —concluyó con sarcasmo, dirigiéndole una mirada de desagrado de pies a cabeza.

—¿Tienes apetito? —preguntó tras ignorar su comentario.

—No.

—Tengo algunas frutas y verduras, no como solamente carne, sabes.

—Te he dicho que no me apetece nada —gruñó hastiada.

—En ese caso me gustaría tener una plática agradable contigo.

—No estoy obligada a satisfacer tu curiosidad ¿o sí?

—No, pero eso ayudaría, puesto que pienso hacerte pasar como mi asistente, razón por la cual debería conocerte, ¿no te parece? —Hizo una pausa en espera de su respuesta, sin embargo, ella permaneció en silencio—
¿Tus amigos saben lo de tus dedos? —indagó cauteloso.

—Lo dices como si se tratara de una enfermedad contagiosa —ironizó.

—Sé que no lo es, debo admitir que me sorprendió mucho, había escuchado de eso, pero nunca lo vi con mis propios ojos.

—Para tu información, se llama adermatoglifia y es un trastorno de la piel cuya característica principal es la ausencia total de marcas o huellas.

—Es una explicación bastante ilustrativa, pero comprenderás que es sumamente rara, de hecho, hay pocos en el mundo con esa condición.

—Eso me convierte en alguien especial, ¿no?

—Ya veo por qué no estaban tus huellas en el vaso —razonó y asintió con lentitud.

—¿De qué hablas?

—Algún día te lo contaré, vamos a la cocina, veré qué tengo para ti.

—Te dije que no tengo apetito.

Masculló irritada, era una completa locura sentarse a comer con ese tipo como si fuese su anfitrión.

—Y yo te dije que te comerás algo, así que, andando, hay muchas cosas que quisiera saber de ti, pero estoy seguro de que no me las dirás, por cuanto trataré de adivinar mientras preparo algo que no ofenda tu exquisito paladar —expresó con sarcasmo.

—¡Eres un imbécil, porque piense diferente a ti no significa que sea una mujer exquisita, y tú eres un maldito cavernícola! —gritó enfurecida, con el rostro enrojecido y lleno de ira.

Marcelo se dio la vuelta con rapidez y acortó la distancia que los separaba con la respiración agitada y la mirada llena de deseo.

—Entonces, si actúo como un maldito cavernícola, mis actos estarán justificados.

La ciñó de la cintura con fuerza para adherirla a su cuerpo y devorar su boca con lujuria en un atrevido e intenso beso.

Ella intentó zafarse sin éxito, pero poco a poco cayó en el deseo de aquel beso erótico y apasionado. Empujó con desdén el frágil cuerpo contra la pared, deslizó su mano por la pierna torneada para levantarla desde el muslo y conseguir una mayor fricción en la zona pélvica.

No lograba entender cómo un hombre que detestaba a tal punto también

podía encender su deseo por él.

—¡Suéltame! —gritó antes de abofetearlo y empujarlo con fuerza.

—Gracias, lo necesitaba —confesó con una sonrisa sarcástica en su boca, mientras se alejaba masajeando su mejilla, lo cual la dejó no solo alterada, sino también confundida: no sabía si se refería al beso o al bofetón que le soltó.

—Eres un depravado —susurró con la respiración entrecortada.

—Y tú una gran tentación, Lori Hoover —confesó él sin voltear.

Aldana no hacía más que recrear en su mente una y otra vez la entrevista con la señorita Delaware, la opinión que tenía la afable mujer acerca de delitos como esos era firme.

Sin percatarse, había comenzado a cuestionar a las víctimas de la ladrona, cada uno de ellos igual o peor que el anterior. Sus actos delictivos despertaron en él cierta simpatía por esa mujer que se tomaba muy en serio la ayuda a los niños, podía imaginarla como una vengadora o paladina de los más necesitados. Era incapaz de admitirlo o decirlo en voz alta, pero para el momento de la entrevista con Tobías Halley ya tenía ciertas ideas preconcebidas de con quién se encontraría.

Xi Insurance Company estaba ubicada en un moderno edificio al oeste de la ciudad, no tan impresionante como los de Manhattan, pero sí con una gran cantidad de empleados que trabajaba para ellos. Largos pasillos llenos de pulcros y ordenados cubículos a ambos extremos con un personal eficiente que llevaba y traía documentos en sus manos convertía ese lugar en todo un laberinto.

Como de costumbre llegó con suficiente tiempo a la entrevista, su intención era observar con detenimiento todo el entorno de la víctima.

Tobías Halley, un abogado que se formó en el mundo de los seguros desde

muy joven, había alcanzado la cima convirtiéndose en socio de una de las empresas aseguradoras que se ubicaba dentro del *ranking* de las más importantes con una cartera de clientes sustancial. Con apenas cuarenta y ocho años era reconocido en el mundo empresarial y financiero como un auténtico hombre de negocios.

—Adelante.

Solicitó con amabilidad el hombre de traje azul oscuro hecho a medida, se puso de pie para saludar a Aldana con un ligero apretón de manos.

Sus ojos azul claro eran fríos, y sus facciones decían mucho menos. De complexión atlética, piel bronceada y rasgos finos, aunque su estatura no alcanzaba la de Aldana por unos escasos centímetros, era alto.

—Es un placer, señor Halley, gracias por recibirme, sé que es un hombre ocupado, así que trataré de ser breve.

—No se preocupe, oficial, que este asunto me interesa tanto como a usted, así que puede tomarse el tiempo que requiera.

—Gracias.

—Usted dirá —expresó con sus manos abiertas.

—Hace tres años reportó un caso de hurto en su propiedad, quisiera que me facilitara toda la información que pueda al respecto.

—¿Reabrirán el caso? —sondeó con escepticismo.

—No, como le informé antes a su asistente, pertenezco a la policía del Estado de Nueva York, y ando tras la pista de una ladrona que ya no me cabe la menor duda de que es la misma que usted denunció.

—Candace Ariza, era la maestra institutriz de mi sobrina Laura. —Hizo una breve pausa, se relajó un poco y continuó—: Mi hermana había fallecido dos años antes, y era madre soltera, de hecho, ambas estaban bajo mi protección cuando ella... se suicidó. —Entrecerró los ojos y la mirada se tornó más dócil—. Laura quedó bajo mi tutela, no ha sido compatible con ninguna de las esposas que he tenido, por lo tanto, llevo tres divorcios a cuestas, es como mi hija, aunque no tengo hijos propios, tal vez por ello la malcrío un poco.

—¿Cómo conoció a Candace?

—Solicité una maestra y al día siguiente ella apareció con su hermosa sonrisa, me entregó unas recomendaciones de empleos anteriores que yo mismo corroboré, me respondieron los tres *emails* que envié con información acerca de ella, además no tenía antecedentes criminales ni nada por el estilo, así que terminé contratándola.

—¿Cómo fue la relación de ella con su sobrina?

—Al principio Laura no le prestaba atención, ya sabe, una niña de cinco años rebelde, huérfana, y con un tío que le daba cuánto quería, era a veces insoportable, por esa razón dejé de enviarla a colegios y terminé educándola en casa.

—¿Luego que sucedió?

—Tardó dos semanas en conquistar su corazón herido, y desde ese momento solo hablaba de Candace y lo maravillosa que era, así que traté de conocerla mejor, y en realidad me pareció una mujer encantadora.

—¿Cómo lucía?

Suspiró y una fugaz sonrisa se dibujó en su rostro.

—Era delgada, pero estaba en forma, tenía el cabello negro corto hasta la nuca, un sensual lunar cerca de su labio superior y era amable y cariñosa, tenía los ojos color café, de hecho, Laura tiene una fotografía de ella al lado de su cama.

Aldana se emocionó ante esta reveladora respuesta.

—¿Cómo llegó la fotografía a sus manos?

—La tomé desde mi teléfono en el parque, ninguna de las dos se percató; si gusta, se la puedo enviar hoy mismo a donde usted me diga.

—Sería de gran ayuda; tenga aquí tiene mi tarjeta, allí está mi correo electrónico y número telefónico.

Haley quedó en silencio durante un breve instante con la mirada perdida, de pronto volvió a mirarlo de frente.

—Era muy hermosa, aunque me conquistaron más sus acciones, su dulzura,

y el trato especial hacia Laura, logró lo que ninguna de mis esposas anteriores había conseguido.

—Así que usted confió en ella.

—Cómo no hacerlo, ella supo llenar el gran vacío que mi sobrina sentía, la encaminó, la convirtió en una niña de modales, dulce, y aplicada, era como si hubiese usado magia con ella, y conmigo también.

—¿Aparte del dinero en la caja fuerte, qué más se llevó?

—Ella pudo llevarse todo lo que hubiese querido, pero estoy seguro de que por Laura no lo hizo, sustrajo lo que había en la caja fuerte, se llevó una obra de arte de casi trescientos mil dólares y supongo que el cariño de mi sobrina.

—En su declaración no mencionó nada de alguna nota que ella pudo haber dejado, ¿dejó alguna nota para usted?

—No lo hice porque mucho de lo que tengo y lo que hago sale a luz pública, y a pesar de que intenté que este incidente pasara desapercibido, alguien se tomó la molestia de publicarlo.

—¿Qué decía la nota?

—La nota decía: «Eres más afortunado que muchos a los que he conocido, sin embargo, ignoras cuánta belleza hay en el corazón de Laura, cuídala, ella es tu tesoro más valioso. Gracias por tu contribución» —recitó de memoria cada palabra sin vacilaciones.

—¿Tenía algún rasgo, defecto, cicatriz o tatuaje que haya notado?

—Una sonrisa espléndida que me hacía sonreír así no estuviese de humor para ello.

—Gracias por su colaboración —agradeció Aldana quien se dispuso a marcharse.

—Oficial, si logra capturarla ¿sería tan amable de notificarme?

—Por supuesto, debo informar a las víctimas para proceder con la respectiva identificación, ¿quiere verla tras las rejas no es así?

—No, por el contrario, quiero agradecerle por lo que hizo con Laura y de ser posible pagaría un abogado para que quede en libertad.

CAPÍTULO 21

De todas las víctimas que había entrevistado, este tipo en especial lo había dejado sin palabras, si bien era cierto que cada uno de ellos quedaba prendado de esa ladrona por razones físicas, en cambio, Haley parecía haber visto algo más.

—¿Qué quiere decir?

—¿Sabe? No solía ser un hombre muy humanitario que digamos. Y el trabajo que implica llevar una empresa de este tipo hasta la cima sacrifica cualquier intento de formar un hogar o familia, además la responsabilidad de tener bajo mi tutela a Laura empeoraba la situación, así que ese poco tiempo que compartimos con ella pude comprobar que hay cosas más satisfactorias y menos efímeras que el poder y el dinero. —Sus palabras aclararon su afirmación.

Aldana estrechó su mano y se marchó con una extraña sensación en su pecho. Por un lado, comenzaba a sentir cierto regocijo por lo que les había sucedido a estos hombres, quizás porque se lo merecían; pero, por otro lado, sentía que no era correcto juzgar sus acciones, él no era el indicado para ello, y que esa mujer no era ninguna justiciera anónima, sino una hábil y camaleónica ladrona que sabía cómo adaptarse a su víctima para conseguir lo que quería.

Apenas probó la cena, Carlos se sentía cada vez más seguro del perfil que había creado de su caso, pero más confundido acerca de las razones de esa mujer para robar, que era ayudar a otros, sin embargo, lo que hacía era un

delito, sin importar a quién se lo hiciera.

El timbre de su teléfono móvil lo alertó y con ese sonido su corazón dio un vuelco, sabía que era lo que había estado esperando desde hacía un tiempo, ver el rostro de la enigmática mujer que buscaba. Se sintió tenso, ansioso y hasta nervioso.

La fotografía estaba tomada desde cierta distancia, pero en un buen ángulo, podía verse el rostro casi de frente de esa hermosa mujer que tenía una preciosa sonrisa, sus ojos brillaban como el sol mientras miraba con amor a la pequeña niña sentada en el césped frente a ella con sus manos entrelazadas. Sus rasgos finos y perfilados, al igual que una hermosa piel de porcelana, dejaron al descubierto el rostro de la ladrona.

La vieja cama del hotel emitió un chillido cuando el cuerpo atlético de Aldana se dejó caer con todo su peso con el teléfono apretado en su mano.

De inmediato se colocó frente al ordenador portátil y transfirió la fotografía lista para enviarla al departamento de policía, de esta manera, la búsqueda sería más específica. De pronto muchos pensamientos comenzaron a asediarlo, la incertidumbre se apoderó de él, y prefirió esperar hasta entrevistar al último de su lista para proceder con toda la información recopilada y generar la orden de búsqueda y captura.

Quería tener enfrente a esa mujer, deseaba conocerla, pero sabía que llegado el momento sería para juzgarla y encarcelarla por los delitos cometidos, y ese justamente era su mayor dilema: con tantos delincuentes de guante blanco sueltos por ahí, tendría que ser ella quien terminara en la cárcel.

Observó con atención desde el asiento en la cocina las manos viriles preparar el sándwich, sus movimientos eran ágiles y precisos; a pesar de mantenerse de espaldas, sabía que estaba alerta, lo cual corroboró cuando ella

se puso de pie.

Marcelo se dio la vuelta con rapidez y la observó con recelo desde el borde del mesón, lo que le causó gracia, se acercó hasta el ventanal, y notó que comenzaba a oscurecer, habían transcurrido cuatro horas desde que sus amigos se habían marchado del lugar, y no comprendía la razón de la demora, a menos que ya estuviese en marcha la tercera regla, que significaba que, si el trabajo se había complicado, había que modificar los planes y emprender la huida. Contempló la hermosa puesta del sol, y le sorprendió que él se acercara para quitar el seguro de la puerta y abrirla de par en par.

—Desde afuera se puede disfrutar mejor —le aclaró e hizo un guiño que la estremeció.

Lo miró con desdén, no iba a permitir sentir ningún tipo de afecto por él tan solo porque fuese amable en ocasiones. Salió y de inmediato sintió la brisa fresca que acarició sus mejillas y movió su pelo con soltura. Caminó hasta llegar al borde de la piscina, observó cada espacio del lugar, las cámaras y sistemas de seguridad estratégicamente colocados en cada rincón de la casa y que ella no había percibido en su totalidad.

—Vamos adentro, la cena está lista —sugirió de forma casual.

Se dio la vuelta sin mirarlo, aunque sabía que él observaba cada movimiento de su cuerpo.

—Preparé un sándwich con tomate, lechuga y encontré algo de queso. ¿Te gusta la mostaza?

—Te dije que soy vegana, no como queso —resopló y le dedicó una mirada de desprecio.

—¿No soy tan ignorante, sabes? Es queso de soja, también hay leche de soja, si gustas.

Evitó mirarlo a los ojos, sabía que él sonreía con aire triunfante, pero no pensaba caer en su juego; si quería salir airosa de toda esa situación, debía mantener el aplomo con una actitud distante y fría.

—Gracias.

Preparó la mesa, sirvió los platos y tomó asiento frente a ella. Comenzó a comer y a observarla con cuidado. Ella mantenía las manos en su regazo, con la mirada puesta en otra dirección.

—¿No comerás?

—Te dije que no tengo apetito —aclaró ella con desprecio en sus palabras.

—No te puse veneno, verás, te necesito viva y alerta, así que te sugiero que comas, porque hoy trabajaremos hasta muy tarde —fue una sugerencia, sin embargo, se escuchó como órdenes expresas.

—No confío en ti, y es obvio que tú tampoco en mí, así que dejemos de fingir que somos los mejores amigos, deja de comportarte como si te importara, o como si hubiésemos comenzado una relación duradera —soltó la chica con altanería.

Marcelo suspiró, se recostó en su asiento, limpió su boca y se cruzó de brazos al tiempo que le dedicaba una mirada cargada de desdén y lujuria en partes iguales

—Eres una mujer un tanto irritante, grosera y, para colmo, creída; trato de ser amable contigo y no tengo ningún interés en establecer una relación duradera. Si no deseas comer, por mí está bien, pero deja ya de actuar como una niña malcriada. —Aquellas palabras le cayeron como jarra de agua fría, no esperaba que fuese más amable de lo que había sido, pero tampoco creyó que se iba a comportar como un auténtico patán.

—En vista de que comienzas a exteriorizar tu verdadera personalidad, te informo que me importa un comino si te gusta o no mi forma de actuar, de manera que si estás dispuesto a valerte de mis servicios tendrás que aguantarte calladito —replicó ella con el rostro enrojecido de la furia.

A él no le quedó más que soltar sonora carcajada, cada vez le gustaba más esa mujer de carácter volátil y lengua venenosa.

—Ya veremos, Lori Hoover.

Observaron en silencio a Marcelo ir de un lado a otro, colocó sobre la mesa una pila de documentos, para luego regresar por más.

—¡Aquí está todo, manos a la obra! —ovacionó con alegría.

—¿Qué se supone haremos con todo eso? —se burló la simpática francesa.

—Big Ben, ¿cierto? —indagó con el dedo apuntado hacia el obeso compañero de ellos— ¿Eres la Torre uno o la dos?

—Soy la dos, llegué después —aclaró con timidez.

—Bien, acércate, acérquense todos —ordenó con gentileza para quedar de pie frente a la gran mesa que contenía una serie de documentos, planos y libros.

—Les explicaré en qué consistirá parte del plan. Estos son los libros que contienen los estados financieros de Alexander Heinz y su corporación; tiene cuentas bancarias dispersas en varios lugares del mundo, sobre todo, en Suiza. Tengo todos los números, sin embargo, el acceso a ellas está condicionado por claves herméticamente guardadas en sus ordenadores, así como... en su cabeza.

—¿Es mi imaginación o tratas de decirnos que tienes el objetivo, pero todavía no tienes un plan específico? —objetó Gisele con tono de burla, lo que provocó risitas entre todos.

—Es cierto, no lo tengo, porque tampoco tenía la persona que me ayudaría a concretarlo.

—¿Y ya tienes una idea de lo que haremos? —preguntó la delicada torre con un dejo de sarcasmo.

—En efecto, verán, el plan básicamente consistirá en hacer entrar a Loraine como mi asistente personal a las instalaciones de Land Chemical Industries, con toda la documentación que Eiffel le haya preparado y que en un momento le detallaré. Por otra parte, Big Ben se encargará de *hackear* sus sistemas de seguridad para conseguir parte de la información necesaria que está en sus ordenadores. Marengo se ocupará de mantener distraída a su novia: Chloe. —El joven caballo lo miró con cara de pocos amigos—.

Descuida, la mujer es superficial, vanidosa, hermosa y también coqueta, así que no tendrá remilgos para quedar contigo si le muestras una buena billetera y algo más... —concluyó confirmando doble sentido a sus palabras.

—Por otra parte, Pegaso bueno... creo que no lo necesitaremos.

Se miraron entre ellos con complicidad.

—Él tiene las manos más rápidas que jamás hayas conocido —alabó Eiffel con actitud sobrada.

—Esas cosas privadas no me interesan, además no son necesarias para llevar a cabo el golpe —se burló.

—¿Por cuánto tiempo más discutiremos si soy necesario o no? —acotó el intrépido caballo presumiendo el hermoso reloj que llevaba puesto.

—¿¡Ese es mi Rolex!?! —balbuceó sorprendido, y todos rieron a carcajadas.

—Lo tomé prestado, nunca juzgues a alguien que todavía no conoces —sugirió el caballo uno antes de devolver la costosa joya a su dueño, quien tenía en su rostro una gran sonrisa de satisfacción: frente a él tenía a cinco hábiles ladrones que lo ayudarían a obtener lo que había estado buscando.

—Bien, tanto las instalaciones como cada dispositivo electrónico están protegidos por varios *antispyware*; son cuatro departamentos, con un ordenador principal y seis terminales, cada uno de los principales tiene un sistema antiespía diferente, lo que significa que el troyano que entre podría ser detectado por cualquiera de ellos. Heinz tiene una habitación exclusiva para su servidor y base de datos, donde también está instalado otro sofisticado sistema antiespía, la cual se mantiene herméticamente sellada y requiere de una clave de acceso, que es nada menos que la mano derecha de Heinz, y es allí donde debemos llegar.

Se miraron entre ellos, y luego a Big Ben, quien carraspeó la garganta antes de intervenir.

—Por un lado, lo primero que necesitamos es crear las identificaciones, y que la dama entre para que pueda fotografiar el lugar y así nos proporcione una idea de cómo acceder a esa habitación y al resto de los ordenadores

principales; debe haber algún punto débil y debemos encontrarlo. Por otra parte, voy a comenzar a trabajar en el *spydrive* para hacerlo indetectable.

—No pueden fotografiar nada, el lugar está plagado de cámaras fotográficas y detectores —advirtió Dante

—Ese es mi trabajo, descuida sé cómo hacerlo. —Se dio la vuelta y se dirigió a su equipo—. Marengo, necesito el perfil completo de Heinz. Si antes tenías algo, ahora lo quiero todo. Eiffel, prepara la documentación de Pegaso y la tuya, también entrarán cuando concretemos el plan; Ben, necesito que habilites cinco microchips para bloquear las señales que puedan interferir.

Todos obedecieron sin dilaciones ni excusas.

—Chica mandona, disfrutas dar órdenes, ¿no? —exclamó con una sonrisa arrebatadora.

—Si fueras a obedecerme ahora mismo te mandaría al infierno de donde supongo que escapaste, Dante —refutó mientras que sus amigos sonrieron con discreción.

—Debo confesar que de allá vengo, preciosa, y no pienso regresar solo.

—Pues deberías regresar, quizás el príncipe de las tinieblas ya esté extrañándote.

—Para ser honesto, creo que mi presencia le intimida un poco —susurró él cerca de su oído.

—Eres... insoportable —concluyó ella con evidente enfado ante la cara de diversión de Marcelo.

Las siguientes horas sirvieron para organizar cuál sería la función de cada uno de ellos, así como el plan que debían seguir. Gisele seguía convencida de que era muy arriesgado, y odiaba sentirse tan atraída por ese hombre que la ignoraba de forma deliberada, para luego mirarla como si la devorara de un bocado.

Por su parte, el caballo de guerra no hacía más que observar con atención al que había sido su objetivo, cada minuto que transcurría lo aborrecía más, se sentía amenazado por su presencia, debido a la innegable atracción que se

percibía entre él y Caissa.

Eiffel preparaba en silencio la documentación que forjaría para la dama; Pegaso, por su parte, revisaba con cautela los planos del lugar donde muy pronto darían el golpe.

—Es tarde, supongo que deberíamos descansar y continuar mañana — sugirió Marengo con el entrecejo contraído.

—Es cierto, ha sido suficiente por hoy —expresó Eiffel al recoger los documentos que tenía sobre la mesa.

—Bien, no tengo problema con eso, siempre que no olviden regresar, ya saben, odio ser repetitivo, pero a veces se hacen necesarios los recordatorios.

Respiró profundo y se acercó con lentitud hasta quedar a escasos centímetros de él, con miradas intensas, y sus respiraciones agitadas por la cercanía.

—No somos tontos, sabemos cuáles son las consecuencias, ¿y tú, Dante, conoces las consecuencias de esto?

—¿A qué te refieres? —la provocó.

—Me refiero a que, una vez concretado el plan, tendrás que huir, al igual que nosotros, ya que no hay forma de obtener ocho millones de dólares sin que siquiera sospechen del ingenuo contador —explicó ella de forma sarcástica.

—Lo sé, me retiraré después de esto, y en realidad no me importa a donde vayan ustedes o lo que hagan con su parte del dinero, siempre que completemos el plan.

—Descuida, Dante, tenemos nuestros propios planes de escape —refutó Marengo quien no soportaba siquiera escucharlo hablar.

—Quieto, caballito, que ya tengo a donde ir. Los espero mañana en esta dirección. —Arrojó un pequeño sobre encima de la mesa—. Es un piso donde nos reuniremos para elaborar el plan paso a paso, además pueden hospedarse allí sin problemas.

—Estamos bien así —refutó Caissa.

—Pues les aconsejo que tomen la oferta; aunque se escuchó como una sugerencia, no lo fue.

CAPÍTULO 22

Salieron del lugar con destino a un bar del centro de la ciudad, necesitaban hablar.

—Estamos jodidos —se quejó Marengo.

Todos voltearon a mirarlo como el causante del gran embrollo en el que estaban metidos

—De acuerdo, parte de esto es mi culpa —admitió al notar la mirada asesina de la torre francesa—. Lo acepto, es todo culpa mía, sin embargo, y a pesar de que no tolero al tipo ese, porque es un jodido puto que quiere jubilarse a los cuarenta y dos, debo admitir que, si todo sale bien, tendremos una buena cantidad de dinero con la cual resolver lo que queramos.

—Es cierto, tendrás una buena cantidad de dinero para largarte de una puta vez —refutó Pegaso con los ojos fijos en él.

—Tranquilos todos —intervino Gisele—, si de culpa se trata, yo tengo la mayor parte porque me apresuré a dar el jaque, pero no somos cobardes, hemos llegado bastante lejos antes, ¿por qué no hacerlo ahora? Dante solo es un medio para conseguir algo que hemos buscado, y ahora lo tenemos, lo que debemos hacer es completar este último trabajo como siempre lo hemos hecho: sincronizados, así que manos a la obra.

Asintieron sin decir más, levantaron sus cervezas y brindaron en silencio.

—¿También nos mudaremos?, yo no tengo problema con eso, cualquier cosa que sea mejor que la furgoneta donde vivo ahora me servirá —expresó Ben con su clásica actitud risueña, con la y tarjeta y la llave que contenía el

sobre.

—Sí, Ben, solo serán dos semanas —concluyó ella con actitud cariñosa.

Pegaso observaba cada gesto de Caissa, sabía que todo eso la inquietaba, pero no podía acercarse demasiado, mucho menos frente a sus compañeros, solo le quedaba esperar alguna oportunidad a solas para hablar con ella, sin embargo, Eiffel no pasó desapercibida aquella mirada atenta y la mano que él posó durante unos breves segundos sobre la de la dama.

El vuelo arribó al aeropuerto de Los Ángeles, California, sin contratiempos ni retrasos.

En cuanto salió, el clima cálido de la ciudad lo llenó de energías. Varias semanas de búsqueda, mucho trabajo mental, constantes viajes y poco descanso no habían impactado aún de forma negativa en su cuerpo. Aldana sabía que le quedaba poco tiempo antes de que la ladrona volviera a dar otro golpe, y estaba seguro de que se acercaba con paso lento pero certero.

Una sonrisa curvó sus labios al recordar el nombre que él mismo le había asignado a la mujer que había pasado a ser de trabajo a obsesión: «la ladrona Hood». Al principio pensó en llamarla «la ladrona del lirio blanco», sin embargo, esa flor en particular contenía un mensaje oculto que todavía no lograba descifrar, y podía tener varios significados; tal vez lo usaba para dejar claro que los motivos eran de pureza e inocencia, lo que caracteriza a los niños, o por el contrario si estaba asociado a la manipulación de la sexualidad para atraer a sus víctimas; aunque tampoco descartaba la posibilidad de que fuera algún emblema de su lugar de origen.

En cambio, sus acciones habían quedado al descubierto con cada donativo anónimo que había hecho; era una especie de forajida y heroína a la vez que robaba únicamente a personas adineradas y sin escrúpulos con el único fin de ayudar a los más necesitados.

Su próxima entrevista sería con Robert Alemán, un médico cirujano propietario de una clínica privada ubicada en Beverly Hills, donde se realizaba un gran porcentaje de cirugías cosméticas.

El expediente policial contenía información acerca de tres demandas interpuestas contra el médico por pacientes que alegaron mala praxis, así como negligencia médica, daños morales y colaterales. Lo más curioso de esta víctima, era que había dejado entrar a su consultorio a la ladrona como asistente, lo que le permitió conocer de primera mano cada uno de los casos de los cuales se lo acusaba, no obstante, según las denuncias, había robado todo lo que tenía en sus cuentas bancarias, y lo dejó casi en la bancarrota; poco después recibieron en un hospital pediátrico del sur de California un donativo con un equivalente al mismo monto robado, era el único caso donde había registrado que el dinero había sido entregado a tres pacientes internados que requerían completar el pago correspondiente a sus cirugías, en virtud de que sus seguros médicos no alcanzaban a darle cobertura.

Según los interrogatorios realizados por el departamento de policía de Los Ángeles, ninguno de los beneficiados logró ver el rostro de su benefactora, declararon que al regresar a la habitación hallaron una mochila con el dinero.

Tomó notas al respecto, y decidió que aprovecharía la oportunidad para contactar al menos a una de esas personas. también se dispuso a entrevistar en persona al médico encargado de la sala de pediatría, ya que, el informe policial carecía de respuestas acerca de cómo entró y salió del lugar con tal cantidad de dinero sin ser detectada.

—Buenos días, señorita, soy el detective Carlos Aldana, hice una cita el día de ayer.

La joven morena de ojos almendrados y figura de reloj de arena le sonrió con amabilidad.

—Buenos días, detective. Sí por supuesto, habló conmigo ayer, el doctor ahora mismo está con una paciente, en cuanto salga lo anuncio, tome asiento.

—Gracias.

Se acomodó en el sofá para iniciar su característica inspección visual. Era un suntuoso edificio en una de las zonas más costosas y conocidas de la ciudad; el consultorio no podía ser menos lujoso, y entendía que quizás ello atraía en gran parte al tipo de pacientes que esperaba acudieran allí: mujeres adineradas que buscaban mejorar alguna característica de su apariencia con la cual no se sentían conformes, o al tipo de personas que eran movidas por la vanidad, «cuerpos perfectos con almas vacías», reflexionó con amargura.

Los minutos transcurrieron con rapidez, en cuanto la hermosa rubia que estaba en el consultorio se marchó, la asistente lo hizo entrar.

—Doctor Alemán, gusto en conocerlo, soy el detective Carlos Aldana, gracias por recibirme.

—Un placer, detective, espero que esta entrevista no requiera mucho tiempo; en veinte minutos estará aquí mi próxima paciente. —El galeno con actitud altiva y grandes ojos azules lo observó con frialdad por encima de las diminutas gafas.

—Verá, hace cuatro años contrató a una asistente que luego denunció por haberle robado.

El médico suspiró, cruzó sus manos sobre el escritorio con el rostro descompuesto.

—En efecto, su nombre era Christina Harper, contaba con todos los requerimientos laborales para ocupar el puesto de asistente, ¿la han detenido? —se apresuró a preguntar con ansiedad.

—No, todavía, es una ladrona serial, he entrevistado a varias de sus víctimas.

—¿Víctimas, son muchas? —sopesó preocupado.

—Digamos que suficientes como para considerarla ladrona en serie.

—Detective, hice una denuncia completa, con todos los datos e información que requerían para capturarla, de hecho, consigné cada una de las grabaciones de las cámaras de vigilancia y no pudieron sacar nada de ahí porque la muy... había borrado todo.

Era obvio que le inquietaba el recuerdo de la ladrona, pero Aldana estaba en una extraña posición donde comenzaba a ver las cosas desde otro punto de vista.

—Iré directo al grano, doctor Alemán, esta mujer no roba a cualquiera, sus objetivos son hombres solteros, divorciados, viudos y hasta casados, con algo en común... han cometido algún tipo de fechoría, delito, o acción contra personas vulnerables y que por alguna razón no se ha hecho justicia.

Se hizo notorio que la explicación del detective provocó que la actitud fría del médico se convirtiera en irritación.

—¿Vino a interrogarme, a insultarme o a cuestionarme?!

—Necesito saber si dejó alguna nota, u otra cosa que haya olvidado mencionar en la denuncia.

—Sí, hubo una maldita nota, una que me encargué de volver trizas al darme cuenta de que me había dejado sin un miserable dólar, donde me daba las gracias por mi contribución, no sin antes amenazarme —reveló con desdén.

—¿Le hizo una amenaza? —indagó el detective con evidente preocupación.

Era algo nuevo, el perfil que había creado no contemplaba por ninguna parte a una mujer violenta o agresiva.

—Sí, la nota decía, «la belleza física es efímera, y la tuya, estoy segura de que durará menos de lo que esperas. Gracias por tu contribución», desde ese día casi no salgo a sitios públicos, me mantengo ocupado en casa o aquí en mi consultorio, las autoridades no lo tomaron como una amenaza, sino más bien como una simple advertencia. Está claro que un asunto de semántica no me hará sentir más tranquilo.

El joven policía suspiró aliviado, sentía que la conocía, que sabía cómo era ella, cómo actuaba, y hasta su sistemática y sutil forma de robar.

—Entiendo. Usted declaró que nunca tuvo un romance con ella o algo similar, sin embargo, le confió todos sus asuntos. —Deseaba conocer los detalles íntimos de cualquier relación amorosa que ella hubiese tenido con sus víctimas, sin embargo, al parecer no había consumado ninguna de esas

relaciones, lo cual lo alivió en cierto modo.

—¿Cómo no hacerlo? Se trataba de mi asistente, además corroboré cada una de las referencias que me entregó.

—¿Ella se encargaba de la decoración, compras o algo más?

—No, solo contactaba a los proveedores cuando yo se lo pedía únicamente, y con respecto al consultorio, tenía siempre la recepción inundada de lirios blancos, nunca me gustaron esas flores, por cuanto le permití tener solo uno en el florero al lado de su ordenador.

—Gracias por todo, doctor Alemán.

Se puso de pie para marcharse.

—Espero que muy pronto dé con ella y puedan ponerla donde debe estar, encerrada en una cárcel como lo que es, una vulgar ladrona —expresó el médico con inflexión desdeñosa.

De pronto, Aldana se sintió ofendido ante aquella afirmación, una punzada de ira atravesó como rayo sus sienas en cuestión de segundos.

—Disculpe que difiera al respecto, es una ladrona, pero no vulgar, es una con bastante estilo, de hecho, no es rubia como le hizo creer, ni tampoco de ojos azules, y mucho menos estaba interesada en nada de lo que le haya conversado; sus intereses son digamos... menos superficiales que los de sus víctimas.

—Me da la impresión de que la defiende. —La perspicaz observación de su interlocutor acompañada de una mirada expectante y fría lo devolvió a la realidad.

—No, solo quise decir que nos enfrentamos a una ladrona bastante inteligente y muy sagaz, con capacidad para disfrazarse cual camaleón, de vaciar las cuentas y cajas fuertes de sus víctimas sin ningún inconveniente, lo que la convierte en una ladrona profesional muy especial, no vulgar como cree, por ello no deberíamos subestimarla. Gracias por todo.

—A usted, por tomarse la molestia de venir, adiós.

Salió del consultorio con una especie de repulsión y desagrado que no pudo

comprender, «¿cómo podía esa mujer soportar a semejantes tipos?», ella había pasado a ser de trabajo a obsesión, y ahora se había convertido en una heroína, lo sabía, lo sentía, sin embargo, no se atrevía a admitirlo, advertía cierta simpatía por ella, y mucha más de la que hubiese deseado, no supo en qué momento su búsqueda se había limitado a hallarla para hablarle, pedirle explicaciones, razones, justificaciones y argumentos; necesitaba escucharla antes de hacer cualquier otra cosa que su deber imponía. Sus emociones eran confusas: por un lado, su conciencia le dictaba la forma metódica cómo debía proceder pero, por otro lado, su corazón le gritaba que tenía que verla, y su única oportunidad sería atrapándola.

CAPÍTULO 23

El ático del Royal Building, un gran edificio ubicado en las afueras de la ciudad, era el lugar más apropiado para sus planes, el cual abarcaba toda la planta superior del edificio, ventanales cubiertos de cristal templado y persianas a control remoto, 710 metros cuadrados de decoración moderna y cómoda distribución, balcón, cuatro habitaciones, cada una con su cuarto de baño, y un sanitario adicional en el pasillo, salón principal, comedor, una cocina bastante amplia, así como un estudio al lado de la terraza que ostentaba un elegante *jacuzzi*.

Un silbido de satisfacción y asombro escapó de la boca de Big Ben.

—Esto está de lujo, ¿para qué quiero una furgoneta si puedo tener mi propia habitación?

—No te emociones, ya lo dijo Caissa, tan solo serán dos semanas —aclaró Marengo con hostilidad, lo que ya comenzaba a incomodarlos a todos.

—¿Qué te sucede? ¿Tal vez arrepentido de tu proyecto? —ironizó Pegaso.

—No me gusta ese tipo, tampoco que trabajemos para él —admitió con enojo regresándole una mirada iracunda.

—Apuesto a que te gusta menos que se acerque demasiado a nuestra dama —bromeó Eiffel.

—Es cierto, eso me enfurece más, pero ella es libre y, si su caballo favorito no ha dicho nada, ¿quién soy yo para opinar al respecto?

El ambiente se tornó tenso, era la primera vez que uno en su equipo insinuaba de forma abierta que ellos sostenían una relación, a pesar de que

todos lo sospechaban.

—¿A qué te refieres? —repuso Caissa con el rostro contraído.

—¿Crees que somos tontos o qué?, todos hemos notado cómo se miran y se cuidan mutuamente, no deberían tomarse tantas molestias en ocultar lo que a nuestros ojos es más que evidente —vociferó el caballo guerrero con insolencia.

Tu sentido de apreciación está tan atrofiado como el de la vista —espetó sin vacilar el caballo principal.

Estaban tan atentos a la escena que ninguno se percató de que el hermoso rostro de la joven francesa se había ensombrecido.

A pesar de la notable diferencia en estatura, Caissa miró a su caballo guerrero directo a los ojos con desafiante enojo, y se acercó cual felina, separada de él por apenas unos centímetros.

—Mi vida es privada, para ti, y para el resto del mundo; lo que haga con ella es asunto mío. He respetado cada una de nuestras reglas, ahora, si te incomoda el trato que le doy a Pegaso, o a cualquier otro, será mejor que te largues de una vez, porque jamás he dado explicaciones a nadie, y no toleraré insultos, he sido solidaria con todos, sin excepciones, de hecho, cubrí tu mierda cuando metiste la pata con Ángela y estuvimos todos a punto de ser descubiertos debido a un pequeño descuido de tu parte. Que sea la última vez que cuestionas mis asuntos personales, ¿está claro? —A pesar de la aparente serenidad de Gisele, la rigidez en su cuerpo, así como cada palabra que había pronunciado entre dientes dejó a todos paralizados.

—Sé que eres tú quien está al mando, y eso jamás lo he cuestionado, lo que ahora quiero que comprendas es que de nada han servido todas esas reglas que nos impusiste, no te has dado cuenta de que tu querido caballo alado se ha puesto en riesgo, y a todos nosotros con él.

—No sé de qué hablas.

—Él no es lo que te hace creer, o quizás eres tú la que no quiere ver lo que está frente a sus ojos.

—Sigo sin entender, explícate.

Por un lado, Marengo enfrentaba la mirada acuciosa de Caissa y, por el otro, la expectante del resto del equipo.

—Quiero decir que él es un ladrón —reveló con pesar.

—No seas imbécil, todos lo somos —refutó la dama contrariada, aunque conocía la respuesta.

—No te hagas la tonta, que sabes bien a lo que me refiero, tú mejor que nadie lo conoce, y sabe de su debilidad por la adrenalina, por eso le asignas tareas digamos... más ligeras.

—¡Eso no es cierto!

—¡Claro que lo es!, o acaso estás al tanto de todos los pasos que da tu preciado caballito mitológico.

Con pasmosa serenidad, Caissa se dio la vuelta para mirar de frente a quien era más que su caballo principal.

—¿Puedes explicarlo?

—No hay nada que explicar. —Fue lo único con lo que se justificó Pegaso antes de alejarse a la cocina y dejarlos a todos confundidos.

Sintió un fuerte golpe en su pecho y el rostro enardecido por el coraje; había estado tan centrada en sus objetivos que sin darse cuenta había perdido de vista a sus propias piezas.

—Lo siento, no volverá a suceder, y no te preocupes todo seguirá tal como lo hemos planeado —aclaró Marengo antes de apartarse al balcón.

Percibió el dolor y la tristeza en los hermosos ojos de su dama, y eso lo desgarró por dentro, pero ya no podía retractarse, lo había soltado, era algo que sabía desde hacía un tiempo, y también conocía las consecuencias, sin embargo, quiso convencerse de que era lo mejor, y lo hacía para proteger al equipo y no por celos, él sabía que estaba muy lejos de alcanzar remotamente el corazón de Caissa.

—¿A qué esperan? —la orden enérgica de Caissa retumbó en el gran salón —. Necesito una revisión rigurosa del lugar, no quiero más trampas, busquen

cámaras, micrófonos y cualquier dispositivo que pueda comprometerlos más.

—¿Desde cuándo lo sabes? —indagó sin vacilar colocándose a su lado en el balcón.

—Desde hace más de un año.

—¿Por qué no dijiste nada antes?

—Porque me hizo creer que tú lo sabías.

—Yo no pondría en riesgo a mi equipo, ni siquiera por él.

—Él es tu favorito y todos lo sabemos, así que era obvio que le creyera.

—¡Dios esto es tan...!

—¿Inesperado? —completó la frase con una interrogante.

—Sí, y decepcionante también, necesito un trago.

—¿No crees que bebes mucho?

—¿Y tú quién te crees que eres, la conciencia de todos nosotros?

—Sé que no soy perfecto, pero...

—Ya cállate, has dicho demasiado por hoy.

—Nada de esto es tu culpa —declaró Marengo con honestidad.

—Sí lo es, soy una mala líder.

—Eso no es cierto, hacemos buenas acciones gracias a ti, antes de ajedrez todos éramos solo pillos de mala muerte que hacían cosas de las que hoy no estamos orgullosos, pero ahora somos mejores personas; lamento haberte hablado así, y que te enteraras de esta manera.

—Lo solucionaremos, ¿de quién es el lugar? —preguntó Caissa para dar un giro inesperado a la conversación.

—Estuve revisando sus propiedades ayer, y esto no estaba, hice una lista de sus clientes, presumo que debe de ser de uno de ellos.

—Verifica primero que no sea de Heinz, no confío en Dante.

—Yo tampoco —declaró antes de suspirar, se giró y tomó la frágil mano entre las suyas.

—Oye, siento mucho lo que te dije, soy un tonto, no debí exponerlos de esa manera frente a todos.

—Disculpa aceptada, lo resolveré, y no eres tonto, eres un entrometido que es muy diferente.

Ambos sonrieron y se encaminaron a explorar el lugar.

Realizaron una búsqueda minuciosa, encontraron tres cámaras de vigilancia conectadas a una unidad de video en el estudio. Ben revisó las últimas grabaciones, se encontró que el inmenso *penthouse* había estado vacío los últimos tres meses.

—Algo no encaja —expresó Pegaso acariciando su incipiente barba blanquecina.

Estaban todos frente a sus respectivos ordenadores en busca de información.

—¡Lo tengo! —vociferó Marengo—. La propiedad es de...

—Erick Sullivan, presidente de una prestigiosa cadena de tiendas, además de ser mi cliente. —La oración fue completada desde la puerta.

Todos voltearon al escuchar a Dante, quien había entrado de forma sigilosa. Se sentía en la cima del mundo cuando tenía los ojos de su hechicera sobre él.

—Podías habernos ahorrado la pérdida de tiempo y decirlo antes —espetó Gisele con una torcida de ojos. Era la mejor forma de quitar la vista de encima de aquel hombre que cada vez que veía provocaba una serie de emociones y deseos incontrolables en ella.

—Vamos, no se cabreen simplemente era una pequeña prueba que acaban de pasar, son muy cuidadosos y eso me gusta, cualquier otro se hubiese puesto cómodo sin tomarse al menos la molestia de averiguar si el piso era mío.

Se acercó con derroche de elegancia y la chaqueta de su traje en el brazo, su perfume se esparció en el lugar con suavidad.

—¿Ya se ubicaron en sus habitaciones?, si alguno gusta, también pueden utilizar el sofá cama —aclaró con el dedo apuntado hacia elegante diván de la estancia principal.

—No vinimos a descansar, Dante, necesitamos trabajar y mucho, ya que

disponemos de muy poco tiempo —gruñó ella desde el balcón; se había alejado en busca de un poco de aire para despejar las imágenes depravadas que daban vuelta en su cabeza después de verlo llegar.

—Es cierto, sin embargo, en cualquier momento necesitarán descansar.

—Me quedo con la habitación principal, creo que la merezco después de tanto tiempo durmiendo encerrado en lugares pequeños —bromeó Ben antes de recoger sus cosas y apresurarse a su nuevo dormitorio.

—Pues entonces, yo me quedaré con la siguiente, me parece muy mona —apuntó Eiffel antes de colgarse el bolso y encaminarse al lugar.

—No tengo inconveniente con dormir en el sofá cama —reveló Pegaso.

—Iré a la habitación del fondo —declaró la dama sin voltear.

En la estancia principal, Marcelo, junto a los dos caballos del tablero, quedaron en silencio mirándose entre ellos con atención.

—He notado que estás muy interesado en la dama, permíteme aclararte que ella no está disponible para revolcones con un tipo como tú, y me tomo la atribución de hacerte esta advertencia ya que Pegaso no lo hará porque quizás sea parte de un extraño y tácito acuerdo entre ellos —masculló el caballo secundario con los ojos llenos de desprecio.

Miró de reojo al caballo principal, quien desvió sus ojos hacia el exterior, el cielo se había nublado y comenzaba a oscurecer.

—Es extraño que teniendo tanto tiempo a su lado no hayas logrado conquistarla, y tu pieza homónima ni siquiera se haya tomado la molestia en impedirlo pero, en fin, debo aclararles que estamos aquí para un trabajo, admito que me agrada mucho la vista pero, a fin de cuentas, es solo un trabajo.

—Uno que espero no disfrutes tanto, *profitez pendant que ça dure*[21]. —La advertencia del caballo mitológico iba acompañada de una mirada imperturbable y fría que se clavó en sus ojos como dagas de hielo.

Pasó por su lado con indiferencia y se fue a la cocina por un café, trató de ignorar la amenaza pero, por un lado, estaba Marengo, quien se notaba a

kilómetros lo mucho que le gustaba su dama, y no había logrado obtener la clase de atención que quería; y por el otro, Pegaso, un hombre que le aventajaba bastante en edad, pero que estaba ligado a ella de una forma muy especial y, aunque no lo demostraran, se percibía que algo los unía. «Dos caballos bastante briosos en ese tablero», pensó. Percibía el lío en el que se había metido, lo supo desde el momento en que vio esa sonrisa, y besado esos labios tibios que lo arrojaron al mismo infierno, se había prendado de la hechicera, esa mujer que le arrebatava de un tirón toda su voluntad.

—¡Ya está!, regalé mi alma al diablo —murmuró irritado tras golpear la taza contra la encimera de mármol.

En cuestión de una hora se reunieron todos alrededor de una gran mesa del salón principal para preparar cada fase del plan.

—¡Comencemos! —declaró Dante con la voz en alto y el entrecejo fruncido.

Durante poco más de dos horas se concentraron cada uno en su tarea. Eiffel tomó fotografías de cada uno de ellos para elaborar las identificaciones pertinentes que luego Ben se encargaría de configurar en los sistemas.

Ambos caballos se marcharon para hacer el seguimiento correspondiente a Heinz. Y Gisele estudiaba su objetivo sentada en la terraza.

—¿Gustas un café? —preguntó Marcelo con dos tazas de la bebida humeante en sus manos.

—Sí, gracias. —La sujetó, bebió, y suspiró con una sonrisa en sus labios.

—Está delicioso.

—Es una buena cafetera, ¿no?

—Lo es. —El recuerdo del incidente en su casa consiguió hacerlo sonreír.

—¿Qué sabes de Alexander Heinz? —indagó ella con curiosidad.

—No mucho, en realidad sé que estudió química en una prestigiosa universidad de Alemania, y abandonó los estudios para dedicarse a las apuestas; luego de ganar una gran cantidad de dinero con ellas, abrió su propia fábrica de productos químicos que también utiliza, al igual que sus

otros negocios, como telón para ocultar sus verdaderos ingresos provenientes del lavado de dinero.

—Una verdadera joya alemana.

—Concuerdo contigo, aunque eso lo determinarás por ti misma cuando estés frente a él.

—No lo pongas en duda.

—Me parece que deberíamos conocernos mejor, si queremos que parezca que llevamos tiempo trabajando juntos, Heinz podría notar la mínima duda.

—Tú dirás, aunque no creo que sea necesario que conozcas nada acerca de mi vida, dime lo que se te ocurra y yo lo actuaré.

Se limitó a sonreír con provocativa picardía, era la segunda vez que un simple comentario de ella lo llevaba a disfrutar de escenas pervertidas en su mente.

—Se me ocurre que seas un poco auténtica, eso sería bastante conveniente, ¿te gustan las flores?

—Los lirios blancos.

—Hum ¿Y los dulces?

—Chocolate; si es suizo, mejor.

—¿Dónde aprendiste a pelear?

—En la calle, y luego en un gimnasio de MMA

—¿Sabes artes marciales mixtas? —indagó asombrado.

—Lo básico, ya ves, a veces estoy muy expuesta en este trabajo, debo saber defenderme ¿no lo crees?

—Lo haces muy bien.

—¿Y qué me dices de ti? ¿De dónde has sacado tu dinero?

—Una parte fue la herencia que mi padre me dejó al morir, y que su hermano me había robado, y luego recuperé; el resto ha sido de pequeños trabajos.

—¿Tu tío te robó? —preguntó con interés.

—Mis padres murieron en un accidente y dejaron al hermano de mi padre

como mi albacea, lo que le dio la oportunidad para derrochar parte de mi fortuna; yo era menor, así que no era mucho lo que podía hacer, pero en cuanto logré emanciparme no solo recuperé lo que me pertenecía, sino que lo multipliqué, y... fin de la historia.

—Estupendo resumen —ironizó ella.

—¿A cuántos hombres has robado?

—No es de tu incumbencia.

—He abierto mi corazón y te he contado parte de mi vida, esperaba que hicieras lo mismo —argumentó con fingido pesar.

—No creo que hayas abierto nada, excepto tu gran boca para decir lo que te convenía que yo supiera, además, no creo que sea el fin de la historia; de hecho, debes tener mucha más, tal vez un pergamino egipcio como mínimo, pero no me interesa.

—Muy aguda tu observación, sin embargo, es una parte importante de tu currículum que no quiero pasar por alto.

—Ocho.

—Yo sería el número nueve, ¿verdad?

—Sí, pero qué más da, será Heinz, además no han sido santos, sino una especie de plaga que no se puede exterminar, por lo tanto, es mejor robarles.

—Estoy de acuerdo, pero ¿y tú qué has hecho con el dinero que has robado?

Gisele lo miró con el ceño fruncido y una sonrisa despectiva.

—¿Ahora me vas a proponer algún tipo de inversión para multiplicar mi dinero?

Marcelo soltó sonora carcajada.

—Era una simple duda, quería saber si querías ahorrar para el futuro, derrocharlo o ¿por qué no? invertir.

—Lo donamos.

—¿Lo donan?! ¿Así sin más? ¿Lo regalan? —Estaba asombrado, y a la vez encantado con esa preciosa mujer, que no solamente tenía un hermoso rostro

de ángel, sino también un corazón noble.

—A menos que le hayan asignado una nueva definición a la palabra donar y no esté al tanto, pues sí, donar es regalar sin esperar nada a cambio.

—¿Pero a quién?

—Básicamente a orfanatos, niños y gente desamparada.

—¿Es que acaso eres una versión actualizada de *Robin Hood*? —bromeó.

—No, rubio, solo soy una ladrona con estilo.

—Un estilo que se parece mucho al de Hood, valga decir; de hecho, él también tenía un grupo de amigos que lo ayudaban.

—Puede ser, pero me tiene sin cuidado, siempre que no me coloquen algún apodo ridículo.

—Así que eres la defensora de los más necesitados —admitió después de un incómodo silencio.

—No precisamente, digamos que he descubierto la forma de fastidiar a quienes se han aprovechado de ellos.

—No puedes ayudar a todo el mundo, Lori Hoover.

La sonrisa no llegó a sus ojos; era una triste realidad, y ella lo sabía, se esmeraba por ayudar a la mayor cantidad de personas, pero era imposible socorrerlos a todos.

—Lo sé, pero eso no me detiene.

—Deberías disfrutar algo de lo que robas.

—Lo hago, créeme, disfruto mucho ver sus rostros sonrientes y bien alimentados, eso me hace muy feliz.

—¿Qué pretendes conseguir? —No lograba comprender cómo una persona que arriesgaba, su libertad y hasta su vida podía desprenderse con tanta facilidad de todo para regalarlo a otros, «¿dónde estaba el truco?»

—Hacer de este mundo un lugar mejor y más humano, consciente de las necesidades de los otros. ¿Y a ti que te hace feliz? —preguntó ella con una ceja enarcada al estilo Eiffel.

—Viajar y tal vez gastar el dinero.

—En vanidades, claro —replicó con evidente enfado.

—Sí, en vanidades, pero al menos lo gasto en mí, no en desconocidos que jamás me lo agradecerán.

—No espero que me agradezcan, porque ellos no lo han pedido, en cambio, tú eres un egoísta, narcisista que tal vez nunca llegue a conocer la verdadera felicidad.

—Ah, no me vengas con que la felicidad está en dar y no en recibir.

—Deberías escucharte, eres el típico tipo egoísta al que he odiado toda mi vida, de esos que merecen que les roben hasta la forma de andar —sentenció con tono desdeñoso antes de recoger sus cosas y marcharse.

Una vez más había arruinado una buena oportunidad para conocer a su hechicera.

CAPÍTULO 24

—¡Es un patán, arrogante y para colmo ególatra! —bramó Gisele arrojando los documentos sobre la cama—. No entiendo qué carajo es lo que te gusta de ese tipo, aparte de su apariencia, porque no tiene nada en el corazón, mejor dicho, ese no tiene corazón, no sé cómo carajo está vivo —se cuestionó.

Estaba furiosa consigo misma, la presencia de ese hombre la perturbaba, necesitaba apartarse de él, y eso sería muy difícil, le esperaban dos largas semanas a su lado, tenía que aprender a controlar sus impulsos.

—Llevamos dos días trabajando y hemos avanzado bastante, mañana debes hacer entrar a la dama en las instalaciones, tenemos todo preparado —aclaró Marengo con el rostro austero.

—La primera fase del plan comenzará con las fotografías que Caissa tomará del lugar, así sabremos cómo entrar para ubicar los *blockips*. —Ben sonrió con gracia antes de explicar—: Son *microchips* que bloquearán los *antispyware*, con ello tenemos garantizado que no será detectado el *spydrive*, el cual está casi listo. Los micros serán plantados por Pegaso en el momento oportuno, de lo contrario, levantaré una cortina de humo en su sistema para distraerlos.

—¿Cuál distracción crearás? —investigó Marcelo.

—Déjame eso a mí, has contratado a especialistas, ¿no?

Rieron con desenfado ante la actitud profesional de quien estaban acostumbrados a ver como a un niño desaliñado y despreocupado.

—Es una vieja treta que utilizaron hace muchos años, se llama Caballo de

Troya —explicó cual erudito.

Quedó pensativo, con el rostro contraído, de brazos cruzados y su dedo índice rozando ligeramente sus labios.

—Ella necesitará huellas dactilares; cuando ingrese a Land Chemical Industries le tomarán los datos y deberá colocar los dedos sobre el sensor.

Todos rieron como si les hubiese contado un buen chiste.

—Eso está cubierto, nene —informó Gisele.

—¿Ah, sí?, quiero saber cómo —ordenó a bocajarro— porque no voy a entrar con ella a la cueva del lobo a sabiendas de que nos descubrirán.

—Señor Dante, llevamos muchos años haciendo esto, haga usted su trabajo, y nosotros haremos el nuestro, y como dijo Ben, contrató especialistas, ¿no es así? —espetó el caballo guerrero.

Ambos se miraban con desprecio, podía percibirse en el ambiente que no se soportaban.

—También les informo que será todo un reto que no nos descubran, de lo contrario tendríamos que recurrir a algo que llevo mucho tiempo considerando... una cirugía facial —explicó Ben con una sonrisa apretada en su boca.

—Eso estaría bien para mí —admitió Marcelo con la mano en su mentón a modo de broma, lo cual no fue tomado con gracia.

—¿¡Qué carajo quieres cambiar de tu apariencia!?! Luces como un puto actor de Hollywood... ¡Ah, ya sé!, deseas parecerte a mí —ironizó Marengo.

—Ya basta, chicos —intervino la dama fijando su intensa mirada sobre Marcelo durante unos pocos segundos— y, por favor, que alguien le explique al señor Dante que la cirugía no viene con cerebro incluido. Hagamos las pruebas —concluyó colocándose el colgante con medallón de brújula.

—Justo por esa razón no hago ejercicios, agranda los músculos y empequeñece el cerebro —saturizó Ben entre dientes.

—Así que es una cámara —consideró tras ignorar el sagaz comentario de la dama y su torre.

—Es más que eso, puede hacer filmaciones en directo y fotografías cada cinco segundos, además contiene un pequeño micrófono incorporado.

—Me tenían más vigilado de lo que creí —sopesó Dante con voz casi inaudible.

Gisele subió hasta la terraza donde encendió el dispositivo y las imágenes comenzaron a transmitirse en directo.

—¡Lo tenemos! —exclamó Ben emocionado—. Ahora coloca el microchip en el ordenador que dejé en el estudio.

Hizo lo que su torre pidió y de inmediato el *antispyware* fue bloqueado.

—Muy impresionante —susurró; cada instante se convencía más de que había dado con el grupo de delincuentes ideal para su objetivo, con un ligero detalle, estaba más interesado en su líder de lo que hubiese querido.

—Y eso que no me has visto *hackear* las cámaras de los ordenadores de las chicas, se puede ver todo lo que hacen en sus habitaciones —aclaró Big Ben con actitud vanidosa.

—Vaya, necesito un trago —expresó antes de marcharse a la terraza en busca de su hechicera. La encontró de espaldas con la mirada perdida en el horizonte.

—Debo irme, vengo por ti a eso de las nueve de la mañana.

Ella se giró con rapidez y quedó frente a él, sus miradas se encontraron y una pequeña chispa se encendió.

—Sé dónde están las oficinas de Heinz —expresó con altivez.

—Será más creíble si nos ven llegar juntos, y lo sabes —la voz ronca salió de su garganta sedienta de sus besos.

Dedicó una tierna mirada a su hechicera, sus labios se entreabrieron y sintió que el cielo se abría y al fin veía la luz, se movió hacia ella con lentitud, y los ojos fijos sobre esa boca que deseaba devorar.

—Será mejor que no se te ocurra dar un paso más y te largues de aquí.

Suspiró abatido al escuchar la voz de uno de sus caballos, que una vez más interfería; se comenzaba a hacer costumbre, y estaba decidido a averiguar qué

había entre ellos dos. Se despidió con un ligero movimiento de cabeza y se marchó.

Ella esquivó la mirada inquisidora de su fiel protector.

—Ya no podemos abandonar el plan, así que lo ideal sería que trataras de ocultar tus emociones hacia él, eres buena haciendo eso —aclaró su amigo cuando quedaron solos.

—Espero que no sea un reproche. —Deseaba que la comprendiera y no le diera ningún sermón.

—No lo es.

Ella sonrió y estiró la mano para tomar la de él. Se acercó con lentitud y la sostuvo sin decir nada, hasta que tiró un poco y la envolvió en un tierno abrazo.

—Gracias, lo necesitaba —musitó ella suspirando recostada de su pecho, ahí se sentía segura, apreciada pero, sobre todo, unida a él en un vínculo invisible que habían ocultado durante años, sin sospechar que Eiffel los miraba desde el borde de las escaleras con decepción y amargura en su rostro.

Estuvo a dos pasos de tomarla entre sus brazos y perderse en esa boca atrevida y sensual, de no haber sido por ese caballito entrometido el fuego que quemaba sus venas los hubiese abrasado a ambos. Era difícil de concebir que una mujer de figura menuda, ojos de hechicera y lengua venenosa lo llevara a tocar lo profundo del infierno cuando la veía sonreír. La deseaba, y mucho, pero también le hacía sentir emociones desconocidas, despertaba en él una ternura que le hacía pensar que tal vez era más frágil de lo que aparentaba, y quizás su rudeza era una fachada para ocultar su vulnerabilidad, eso también tenía que descubrirlo; así como su relación con Pegaso, ya que estaba convencido de que entre ellos había algo más que una simple camaradería, un lazo imperceptible que, aunque no se veía, lo advertía. Era

una mujer misteriosa con secretos y una vida que se negaba a dejar conocer, había revelado sus ideales; sin embargo, sabía a lo que se refería; él mismo había cuestionado su propia vida en ocasiones, y ahora era el momento para demostrar que podía hacer algo por otras personas, que ya no se trataba de vivir para sí mismo.

Suspiró y pasó ambas manos por su rostro, como si con ello lograra borrar los pensamientos de culpabilidad que comenzaban a acecharlo.

—Lo siento, Loraine, pero si no logro meterme entre tus piernas enloqueceré, después de eso estoy seguro de que ambos seguiremos con nuestras vidas —sentenció en voz baja.

Encendió el motor y se marchó a su casa, no solo con los deseos de poseerla, sino también lleno de entusiasmo porque al día siguiente la vería de nuevo.

Se arregló con bastante anticipación, eligió un atuendo ejecutivo en color beige que resaltaba su cabellera y sus hermosos ojos que ocultó tras unas gafas grandes.

—¿Y qué tal estoy? —se dirigió a su compañera con un esbozo de sonrisa. Había notado cierta reticencia en Eiffel cuando la llamó al dormitorio.

—Para mí bien, aunque tendrías que preguntarle a Dante, o tal vez a... Pegaso.

Gisele comprendió a lo que se refería.

—¿Tú también lo crees?

—Cuando lo decía Marengo creí que eran celos absurdos, pero ahora que los vi con mis propios ojos, me queda todo claro.

—Sabes que una de nuestras reglas nos prohíbe mezclar asuntos sentimentales con trabajo, por eso todos somos amigos.

—¡Eres una descarada, los vi anoche abrazados!

—Solo fue un abrazo, no hubo nada más, créeme.

—Dame una buena razón para no exponerlos ante los chicos y dejarte sola en este asunto.

—Cuando terminemos este trabajo se los contaré a todos.

—¿Entonces admites que sí hay algo? —Eiffel estaba más alterada que de costumbre, no era usual en ella esa actitud de soberbia que había dejado salir.

—¿Qué te sucede? ¿Acaso él te interesa de una manera especial?

—Pues sí, no veo razón para negarlo, ahora que este equipo se irá a la mierda, es mejor comenzar a quitarnos las máscaras, empezando por nuestra apreciada dama.

—Está bien, te lo diré. —Quedó pensativa durante unos segundos que parecieron eternos.

—Pegaso es... como un padre para mí, nunca tuve uno, y es lo más cercano a una familia, él me sacó de las calles y me ayudó a sobrellevar mi vida, me enseñó la mayoría de las cosas que hoy sé, lo quiero mucho, pero como a una figura paternal; yo para él soy la hija que nunca tuvo, por eso se preocupa tanto por mí, por esa razón no me dejaría nunca sola, por ello es que nos empeñamos en ocultar nuestros sentimientos, sabemos que sería más fácil hacernos daño si conocen nuestro punto débil.

Él había sido su mentor, su maestro, y en ocasiones sintió que era el padre que nunca tuvo, le dio cobijo y le enseñó lo que sabía hacer mejor. Sentía un inmenso respeto, agradecimiento y aprecio hacia él, ya que, después de haber visto lo que otras chicas hacían en Francia para sobrevivir, ella se consideraba a sí misma como afortunada por haber sido rescatada por alguien que estuvo y estaría dispuesto a cualquier cosa por ella.

Hasta ese momento Eiffel estuvo equivocada, quien al igual que sus compañeros había creído que entre ellos había un romance que se negaban a admitir. Debían mantener sus vidas sentimentales al margen del trabajo. Por otra parte, ella fue la tercera integrante en unirse al equipo, para entonces, ya ellos dos trabajaban juntos.

—Estoy muy avergonzada, lo siento... Gisele.

Esta vez fue la dama quien suspiró profundo, sabía lo que significaba que se llamasen por sus nombres de pila, era algo tan personal que solo debía ocurrir en momentos muy importantes o peligrosos, otra de las reglas que ella misma había impuesto, tanto para cuidar sus respectivas identidades, como también para tener un indicio de que algo andaba mal cuando las cosas fallaran.

—Gracias por entender, Amelie, ahora prométeme que no lo volverás a repetir, y mantendrás oculto el interés que sientes por él, como lo has hecho hasta ahora, al menos hasta que hayamos concluido este trabajo pero, sobre todo, debemos evitar a toda costa que Dante se entere.

—*Je le promets*[22].

Sellaron la promesa con un afectuoso abrazo.

Tomó la autopista para dirigirse a las oficinas de su cliente, y en adelante su víctima. En el asiento de al lado se encontraba ella, su hechicera, la mujer que las últimas semanas había ocupado sus pensamientos la mayor parte del tiempo. La miró de soslayo mientras conducía, era realmente hermosa, perfecta, «hasta parece una delicada princesa de porcelana», pensó; tenía una postura erguida, glamorosa y el rostro inexpresivo, apenas giraba sus ojos en dirección a su ventilla, y luego los devolvía a la vía, lucía inmersa en sus pensamientos, y no consciente del efecto embriagador que su sola presencia le ocasionaba, se cuestionó en sus pensamientos con argumentos ilógicos acerca de la posible razón para sentir atracción hacia esa mujer, y todavía no tenía la respuesta.

Gisele se sintió invadida por una especie de inquietante turbación, sabía que él no perdía oportunidad para observarla, por ello evitó mirarlo de frente, y se concentró en preparar sus notas mentales para el trabajo que debía representar, sin embargo, era tal la persistencia de aquella mirada que sin

haberlo planeado volvió hacia él con rapidez y notó un raro brillo en sus ojos verdes, eso terminó por abrumarla aún más, luego se giró, abrió su bolso y sacó de un estuche metálico unas gafas de sol Ray Ban y se las colocó con rapidez

Se sintió decepcionado, esos hermosos ojos negros de su hechicera que unos segundos antes lo habían mirado con una intensa frialdad y quizás desdén, quedaron ocultos tras los cristales oscuros.

—Recuerda, llevas seis meses como mi asistente, vives en Sun Park y estoy entrenándote para hacer mi trabajo cuando me vaya de vacaciones el mes próximo —Marcelo rompió el silencio con un tono de voz casual.

—Descuida, tengo todo apuntado en mi agenda cerebral —soltó con sarcasmo y una sonrisa ladeada que lo derritió.

«Una hermosa princesa de porcelana con lengua de víbora», pensó.

CAPÍTULO 25

Se ubicó frente a la barra de un bar, apenas eran las cuatro de la tarde, sin embargo, su cuerpo le pedía algo fuerte para beber, a pesar de que no era un hombre acostumbrado a eso. Si apenas tenía el vicio del café y los cigarrillos, pero ese día en particular Aldana lo necesitaba.

—Un whisky doble, por favor —ordenó sin dilación, y apenas lo colocaron sobre la superficie de madera, lo tomó de un solo trago.

—Deme otro, por favor.

Esta vez tomó un sorbo y observó su reflejo en el espejo que tenía enfrente. Era un hombre de buena estatura y complexión, con una apariencia física aceptable. Sin darse cuenta sus pensamientos se centraron en la ladrona, esa mujer que se había convertido en su obsesión. Notó su propia risa resoplada al caer en la cuenta de que era cierto, la había justificado frente al cirujano, y continuaba haciéndolo en silencio; quiso sentirse culpable por ello, pero no encontró ninguna excusa válida para sentenciarla por los delitos que había cometido. Después de las seis de la tarde y media docena de tragos, se marchó a su hotel con el rostro enrojecido por los efectos del alcohol y una extraña satisfacción al recordar a cada víctima de ella, la paladina de los pobres y desamparados, «la ladrona Hood».

A la mañana siguiente comenzó a ver las cosas diferente: por un lado, faltaba una entrevista para terminar su perfil y, por el otro, no sabía qué haría después sin alguna pista sólida, tenía el presentimiento de los lugares a donde posiblemente daría su próximo golpe: Louisiana o Florida, ya que se movía

en dirección contraria a las agujas de un reloj, y a juzgar por los sitios más cercanos a Houston, y contiguos al mar, solo quedaban esos dos, a menos que hubiese tomado la decisión de marcharse del país o comenzar otro patrón, en cuyo caso estaría hundido en un gran fango investigativo.

Se desperezó antes de darse una ducha de agua fría para quitar los restos de la resaca que comenzaba a hacerse notoria, y salió de prisa para tomar un desayuno ligero y comprar un boleto de avión. Al salir notó que la fina lluvia se había convertido en torrencial, había escuchado en la televisión que se acercaba una tormenta, pero no prestó atención, le pareció que en Los Ángeles se le daba demasiada importancia a un aguacero. Sin embargo, debido a las condiciones climáticas iba a ser imposible que se moviera de la ciudad, al menos durante los próximos tres días, porque habían suspendido todos los vuelos, e iba a convertirse en todo un caos reubicarlo después de la famosa tormenta, así que debía aguardar a que todo pasara.

Regresó a su hotel para reorganizar su agenda y comunicarse con la madre de uno de los pacientes del hospital del Sur de California: Alejandra García, una inmigrante mexicana cuyo hijo de ocho años estuvo recluido en la sala de pediatría del centro hospitalario y quien recibió una significativa cantidad de dinero con la cual pudo cubrir las cirugías del pequeño.

Tomó el autobús y se dirigió hacia Compton al Sur de Los Ángeles, un trayecto de poco más de una hora que le sirvió como catarsis para despejar su mente y conocer lugares que jamás había visitado. Era irónico e inverosímil, pero tuvo que salir de esa oficina sombría y repleta de trabajo para poder trabajar de verdad. Habían transcurrido tres días de verdadero diluvio durante los cuales estuvo confinado en la habitación del hotel, aunque no estuvo desocupado, ese tiempo le sirvió para documentarse acerca de *Robin Hood*, el héroe de los desposeídos, también sobre los lirios blancos y los orfanatos; este último lo tomó desprevenido, había escuchado que en algunos de esos lugares los niños sufrían el abandono de sus familiares, así como también los tratos despiadados de sus encargados. Sin embargo, sonrió al recordar a la

señora Delaware, quien lo impresionó de manera favorable al mostrarse tan digna, y amable. Se imaginó a la ladrona en uno de esos lugares y la piel se le crispó de angustia, frustración y enfado, sintió como si la conociese; su empatía por ella se incrementaba con el paso de los días.

Bajó en una estación cercana al establecimiento de comida rápida que buscaba y donde la señora García trabajaba como cocinera. Tomó asiento, ordenó el plato especial típico del restaurante y aprovechó para preguntarle al mesero por ella.

Al cabo de una hora había degustado y casi devorado con satisfacción aquel delicioso manjar de comida mexicana. Una mujer de mediana estatura y complexión delgada se acercó presurosa a su encuentro. Su cabello recogido en un moño alto le permitió ver su rostro amable y risueño.

—Órale, se nota que le gustaron los tacos, si quiere puedo ordenarle otro, y esta vez que se lo preparen bien cargadito.

La voz dulce y entonada de la chica que se acercaba a paso presuroso le sacó una sonrisa que trató de reprimir, le pareció una mujer cálida y atenta; se puso de pie para recibirla y con un gesto propio en él, una leve inclinación con la cabeza y estiró su mano para estrecharla.

—Gracias por recibirme, señora García, vengo desde bastante lejos por una investigación como le comenté por teléfono —hizo una pausa y dirigió la mirada hacia el plato vacío y volvió a sonreír, esta vez con amplitud— y sí, tiene razón, estaban deliciosos, nunca había probado algo como esto, los sabores son... insuperables y, aunque quisiera comer otro, no podría, estoy satisfecho.

—Es un placer, señor Aldana, gracias por el cumplido, esos los preparo yo desde hace tiempo —admitió ella con humildad.

—Acompáñeme, no le quitaré mucho tiempo.

—No se preocupe, señor, que ya mi turno terminó, así que podemos tomarnos un café en otro lado y conversamos mejor, ¿qué le parece?

Al salir del establecimiento notó que el sol comenzaba a brillar por el oeste,

se dirigieron sin hablar más que lo necesario hasta que se acomodaron frente a una mesa en un café casi desierto.

—¿Cómo ha estado su niño? —averiguó para establecer un ambiente cordial entre ellos, aunque se sentía bastante cómodo en su compañía, puesto que era una mujer sencilla y atenta.

—Ah, ese chamaquito está rechulo, y sano gracias a mi Virgencita Santa.

—Cuánto me alegra saberlo, ¿puede decirme cómo sucedió todo desde que llegó al hospital?

—Claro que sí. Fíjese, yo tenía una cacerola en la cocina, y solo me tardé tantito para responder el teléfono, él trató de subirse a destaparla y le cayó todo encima, no se imagina, señor, estaba desesperada, enseguida lo llevé al hospital, ahí me dijeron que tenía quemaduras graves y necesitaba injertos, pero mi seguro no cubría sino una sola, y no fue suficiente. Pasamos casi veinte días rezándole a la Virgencita para que nos mandara un milagro.

—¿Y el milagro vino de la mano de...?

—Pues vaya usted a saber quién era, pero cuando regresé de buscarle un helado a mi José, él me dijo que un ángel había estado en su cuarto, que le contó un cuento y le dejó un regalo en una mochila negra; imagínese que cuando la abrí me daba un infarto de ver tanto billete junto, nunca en mi vida había estado en una situación como esa. —Se aclaró la garganta y bajó la mirada con un atisbo de vergüenza—. Decidí quedármelo hasta completar todas las cirugías de mi niño, y así lo hice. Pero cuando todo terminó y estaba en casa, me sentí culpable y decidí decirle al médico lo que mi niño me contó, pero él me animó a que dejara todo así, y lo recibiera como lo que era: un donativo.

Aldana consideró de inmediato la posibilidad de complicidad entre el médico y la ladrona.

—¿Recuerda el nombre del médico?

—Cómo no lo voy a recordar, si ese doctor es otro enviado del mismísimo Dios, se llama Dennis O'Hara.

—Bien, ¿su niño le dijo cómo era ella?

—Me contó que se veía como un ángel, que tenía los ojos grandes y muy negros, y una sonrisa que le derritió su corazoncito; que era dulce, hermosa; tenía manos suaves y delicadas, y que vestía toda de negro con una sudadera negra con capucha.

—¿Alguna otra cosa que recuerde, como por ejemplo cuál fue el cuento que le contó? —Carlos estaba casi convencido de la respuesta que escucharía.

—Robin Hood.

—¿Ella le dijo su nombre?

—Pues le dijo que era una dama que le gustaba ayudar a la gente.

Aldana se quedó pensativo durante unos segundos, tomó un sorbo de café ante la mirada acuciosa de su entrevistada.

—¿Cómo se enteraron las demás personas del donativo?

—Eso fue por mera casualidad, se lo dije a mi comadre, y ya sabe usted cómo es la gente cuando una cosa así sucede, se lo cuentan a todo mundo.

—¿Hay algo más que deba saber, señora García?

—La verdad es que usted no parece un mal hombre, ni un policía de esos brutos, así que me arriesgo a decirle que esa mujer que para usted es solo una ladrona más, para mí fue un ángel que salvó a mi hijo y, aunque usted no lo crea, muchas personas de seguro la protegen para que no caiga en la cárcel.

—Al parecer tiene más admiradores de los que imaginé.

—Quizás usted mismo llegue a ser uno de nosotros.

Las oficinas de Land Chemical Industries, estaban ubicadas en un moderno edificio de la ciudad, siete niveles cubiertos de la mejor tecnología; las gafas le permitieron hacer un paneo de toda la estructura y divisar la cantidad de cámaras de seguridad desde el aparcamiento hasta la entrada principal.

Aparcó en un lugar para visitantes, bajaron del coche y Marcelo caminó

delante de ella con soltura hasta entrar a la recepción donde los recibió una joven de aspecto agradable.

—Buenos días, señor Dante, que grato verte, el señor Heinz lo espera.

—Buenos días, gracias Valeria, te presento a Loraine Hoover, ella es mi asistente, y vendrá conmigo de ahora en adelante.

—Bienvenida, soy Valeria Hill y estaré a tu disposición para lo que necesites —se presentó la joven.

—Gracias, es un placer.

—Adelante.

Siguieron hasta encontrarse con una barrera detectora de metales en forma de arco, donde vaciaron sus bolsillos y pasaron a través de la puerta, Gisele aprovechó la oportunidad para cambiar sus gafas de sol por las adaptadas. Él atravesó primero y ella lo siguió, de inmediato el ensordecedor ruido de la alarma se escuchó en el amplio salón y los alertó a todos.

CAPÍTULO 26

Marcelo contuvo la respiración al tiempo que le dirigió una mirada cargada de preocupación.

Sonrió con un gesto de disculpa y se quitó el medallón metálico que había activado el sistema de seguridad, lo colocó en la pequeña canasta ubicada a un costado, y volvió a cruzar la barrera, esta vez todo quedó en silencio. El guardia de seguridad le devolvió la sonrisa y le entregó su collar antes de darle paso al interior del edificio. En el siguiente puesto los recibió un hombre robusto con un lector biométrico y un libro de visitas.

—Buenos días, señor Dante, por favor, si es tan amable, ya conoce el procedimiento.

—Buenos días, Paul, por supuesto. Hoy me acompaña mi asistente, Lorraine Hoover.

—Bienvenida, señorita Hoover, por favor, coloque su mano derecha en el escáner biométrico y manténgase quieta durante dos segundos.

Hizo lo que le pidió, y de inmediato el sistema en la pantalla se abrió una ventana con todos sus datos personales, al menos «todos» los que había creado Eiffel y Big Ben para ella. Dante evitó que el guardia de seguridad notara el asombro que sintió, sabía que ellos habían elaborado un perfil para ella, pero todavía no había descubierto cómo sus huellas fueron detectadas sin problema alguno.

Luego firmaron el libro de visitas y se colocaron los respectivos gafetes que les entregaron antes de continuar hasta el ascensor.

—Al fin llegas con puntualidad —espetó Heinz al verlos en la puerta de su oficina.

El olor a tabaco estaba esparcido por todo el lugar, una densa neblina cubría el ambiente que Gisele identificó de inmediato como «tóxica».

—Buenos días, señor Heinz. Sí, es verdad, ha de ser porque deseo que mi asistente aprenda lo mejor.

Se hizo a un lado para dejarla pasar, ella alzó su delicado rostro y miró a Heinz directo a los ojos durante unos segundos.

Alexander Heinz era un hombre rubio, de ojos azul celeste, aunque su mirada fría endurecía sus facciones, y a pesar de estar sentado pudo notar que era alto y atlético.

Le sonrió con una ceja enarcada, fue entonces cuando ella percibió que también era atractivo a pesar de estar sobre los cincuenta y cinco años, aunque, su mirada gélida y su actitud arrogante le restaban cualquier encanto que poseyera.

—Vaya, qué sorpresa, te la tenías bien guardada, ¿desde cuándo tienes asistente?

Gisele se acercó con su característico caminar de gacela y antes de que él pudiera darse cuenta, ya Heinz tenía sus labios sobre la delicada mano de ella.

—Es un placer, señorita...

—Lorraine Hoover —completó ella la frase casi de inmediato.

Marcelo inhaló con fuerza para denotar su presencia y la incomodidad que sintió al ver cómo se miraron, a pesar de estar al tanto de que todo era parte del plan y que al parecer iba a funcionar muy bien.

—Sí, es mi asistente, lleva apenas seis meses conmigo, sin embargo, es muy lista, y estoy seguro de que podrá cubrir mis vacaciones sin problema alguno.

Al fin Heinz soltó la mano de ella, no sin antes hacerle un guiño a lo que ella respondió con una fugaz sonrisa.

—Tomen asiento, ¿les puedo ofrecer algo? —A pesar de que el viejo alemán había formulado la pregunta en plural, solo la miró a ella, con lo cual consiguió que la molestia que sentía se triplicara.

—No gracias, solo vinimos a trabajar. —Las palabras se escucharon con más sequedad de la que había querido imprimir.

—En ese caso, tengo un par de asuntos pendientes. En este ejercicio económico he encontrado muchos fallos en cuanto a los ingresos brutos, ya que al llevarlos a netos se pierde la mayor parte en impuestos y otros gastos que no se han presupuestado. Y, además, tengo la sospecha de que hay un mal manejo de la administración, ¿qué sugieres?

—Sugiero que se revisen los informes del departamento encargado de presupuestar los gastos, costos e inversiones, y que las proyecciones de estos se eleven al menos a un año, por supuesto, tomando en consideración desde la variación en las tasas de interés que se pagan por conceptos varios, incluidas las de impuestos, e inflación. Sin embargo, estoy casi seguro de que ambas irregularidades las podemos revisar con una auditoría, con toda la información que tengo podríamos realizarla digamos que... en dos semanas.

Era la mejor y única oportunidad que se presentaba para llevar a cabo su plan, solo faltaba un detalle, que Heinz aceptara.

—¿La señorita Hoover nos acompañará ese tiempo? —El viejo alemán se interesó en ella más de lo que creyeron, no dejaba de mirarla, entrelazó las manos en un gesto de impaciencia, era obvio que había sentido el mismo deseo que él cuando la conoció: saltar sobre ella para corroborar si era real.

—Por supuesto, la señorita Hoover es contadora calificada, y también tiene un PhD en auditoría contable, así que es una buena oportunidad para ella de probar sus conocimientos y para usted de obtener mejores resultados.

—Así es, estoy dispuesta a prestarle al señor Dante y a usted todo el apoyo técnico e imparcial que se necesite para llevar a cabo la verificación de la contabilidad de su empresa, y así poder determinar cuál es la situación financiera real en la que se encuentra —aclaró la hermosa mujer con un dejo

de eficiencia.

—Entonces no se diga más, díganme qué necesitamos para comenzar la auditoría lo más pronto posible.

Lo habían conseguido, el plan marchaba sobre ruedas.

—Lo necesario lo tiene el señor Dante en su poder, para el resto requeriremos de la colaboración de todo el personal de administración y contabilidad.

—No se preocupe, de inmediato emitiré una circular para que ustedes puedan acceder sin problemas a los registros contables, archivos y demás cosas que requieran.

—Si eso es todo por hoy, nos marchamos —se apresuró a decir Marcelo.

—Dante, necesito un momento a solas contigo, ¿nos disculpa, señorita Hoover?

La mirada insistente de Heinz sobre él lo tomó desprevenido.

—Por supuesto, lo espero en el coche, señor Dante. Fue un placer conocerlo señor Heinz.

—El placer ha sido todo mío, señorita Hoover —le aclaró con un tono de voz ronca que hizo que Marcelo rechinara los dientes.

—Es muy atractiva ¿te la has tirado? —Era insólita la desfachatez del viejo alemán.

—¿Qué clase de pregunta es esa?, por supuesto que no, eso no sería éticamente aceptable.

—No me jodas con eso, a ti no te preocupa la ética; si te gustan, te las tiras.

—Es cierto, pero ya sabes cómo son las mujeres que me gustan, y esta no tiene nada para ofrecer —explicó sin convicción.

—Sí que eres idiota, podría asegurar que esa tiene más que ofrecer que tres de tus zorras juntas.

Aunque en su fuero interno estaba de acuerdo, no era el momento para admitirlo.

—No me interesa como mujer, sin embargo, debo admitir que es muy lista,

por eso es mi asistente.

—Ese es un rasgo difícil de ver hoy en día, sobre todo, en las mujeres hermosas —consideró Heinz acariciando su mejilla.

—Lamento que no hayas tenido la fortuna de toparte con una mujer inteligente.

—No lo lamentes, en realidad, esa sería mi perdición —lo pensó durante unos segundos— o tal vez no. —Se giró en dirección a él—. Entonces no tienes problemas si la invito a salir, ¿verdad?

—No, en realidad, ella puede hacer con su vida lo que le plazca, siempre que no joda el trabajo.

—Eso está mucho mejor, adiós, Dante.

Se sintió furioso, ni siquiera sabía en qué momento la divertida y emocionante idea de robar al viejo Heinz había pasado a ser un tortuoso y molesto plan. Nada más de recordar la mirada de deseo que tenía sobre ella durante la corta reunión, le hizo revolver la tripa de puro coraje. Ni siquiera se cuestionó acerca de las emociones y sentimientos que experimentó.

—Salió mejor de lo que esperamos —soltó ella con aparente calma cuando Marcelo se colocó frente al volante.

Suspiró e intentó aquietar el enojo que llevó consigo desde el momento en que los presentó.

—Así es —se limitó a decir con tono adusto.

—¿Sucedo algo? —No comprendía, las cosas habían salido bien, en realidad, bastante bien. Ya tenía la atención de su víctima y hasta el permiso para hurgar en su empresa, así que no sabía qué ocurría con él.

—Nada.

Encendió el motor y echó a andar el coche. El total mutismo de ambos durante el trayecto de regreso tenía el ambiente cargado de tensión. Cada uno de ellos estaba sumido en sus pensamientos. Por un lado, ella evitó prestarle atención a la conducta irritable de su nuevo socio, que quizás haya sido producto de una discusión con su víctima y, por otro, él consideraba hasta

qué punto iba a ser soportable tener a Heinz con sus garras sobre su hechicera.

—Le gustas —se limitó a confesar, sin darse cuenta de que las palabras habían escapado de su boca, y era tarde para retractarse.

—No hay que ser muy listo para notarlo, ya lo sé, y sacaré provecho de ello.

—¿Eso es lo que haces con tus víctimas?, ¿las enamoras, te acuestas con ellos y después les robas antes de marcharte? —le recriminó con sarcasmo.

Gisele sonrió abiertamente, le pareció graciosa la escena, le recordó una discusión doméstica de una película.

—Pues ni yo misma lo hubiese descrito mejor.

—Entonces... ¿Te ibas a acostar conmigo antes de robarme?

Lo miró de soslayo y volvió a sonreír, esta vez de forma perversa.

—Contigo no, Dante, no sería necesario, iba a tener lo que buscaba sin necesidad de acostarme contigo.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo una larga carrera como ladrona, ¿lo olvidaste?

Marcelo supo a lo que se refería, pero no dejó de sorprenderle ese extraño pinchazo de ira que lo golpeaba cada vez que la imaginaba cerca de Heinz, y lo mejor era evitar a toda costa que ella lo notara, o creería otra cosa.

CAPÍTULO 27

—¡Maldito alemán! —gruñó al llegar a casa.

Era innegable el hecho de que la entrevista lo había alterado, pero la conducta de su hechicera lo había descolocado, ¿cómo era posible que ella coqueteara con ese viejo verde?, pues era bastante obvio que estaba muy clara en su objetivo, y de seguir así lograría cualquier cosa que se propusiera. En ese instante lo comprendió todo, ella tenía la belleza física y la astucia para conseguir lo que quería, y sabía cómo utilizar sus armas de seducción para hacer que se interesaran en ella, tenía un encanto que manejaba a su antojo, y quizás fue esa la razón por la cual él también había caído en su trampa, «¿pero qué objeto tendría manipularme a mí también si la víctima es Heinz?», pensó.

Se acomodó en el sofá de su sala con un vaso de whisky en su mano y la mirada perdida en un rincón, ¿qué le sucedía?, ¿por qué actuaba así? Su conclusión terminó por sacarle una sonrisa de frustración, porque lo había hechizado como a un idiota. Estaba tan ofuscado que hasta había olvidado averiguar cómo hizo para que el sistema de seguridad reflejara unas huellas digitales con los datos falsos, aunque lo que más deseaba saber era si ella sería la única mujer con la cual no cumpliría sus fantasías.

—Te tendré, Lori Hoover, así sea lo último que haga en mi vida —sentenció entre dientes antes de acabar su trago.

—Ben, tenemos mucho trabajo por delante, los necesito a todos reunidos en el café de la esquina, tengo un plan.

La llamada telefónica que Gisele hizo a su compañero tenía un propósito, había descubierto que ni siquiera Dante con su arrogancia y petulante actitud era inmune a ella, y estaba decidida a sacar provecho. Sin embargo, lo hacía más para demostrarse a sí misma que ese hombre no le importaba en absoluto, y que no era alguien con quien le conviniera fraternizar.

—Haremos un *jaque doble*.

Todos quedaron atónitos, sus miradas de asombro iban de uno a otro, como si una pequeña pelota de tenis invisible golpeará incesante en diferentes direcciones.

—Déjame ver si entiendo, ¿quieres dos objetivos en este juego? —indagó Marengo con morbosa curiosidad; la sola idea de despojar a ese bribón del dinero junto a su arrogante sonrisa le pareció la mejor idea que su jefa había tenido en meses.

—Es correcto, quiero dos víctimas, y el plan es sencillo: una vez que tengamos las claves de acceso y Dante nos proporcione los números de cuentas, entidades bancarias y localización, le haremos creer que él tiene su sesenta por ciento del botín —miró a Big Ben directo a los ojos— ya sabes cómo crear una *cuenta espejismo*, se la muestras, él cree que tiene su dinero seguro, y para cuando descubra que todo es falso estaremos muy lejos.

El caballo guerrero soltó una risotada, en tanto que su pieza homónima suspiró con evidente alivio. Por su parte Eiffel la miró ceñuda, Ben negó con la cabeza y sonrió con picardía.

—¿Hay alguna razón para jugar sucio ahora? —La duda de su compañera la dejó pensativa durante unos segundos.

—¿Quién nos garantiza que él no vaya a hacerlo primero?, de hecho, nos chantajea para que hagamos lo que él quiere.

Era cierto, ninguno de ellos conocía las verdaderas intenciones de Dante. Pegaso se recostó en su asiento y encendió un cigarrillo, consideró durante

unos instantes que era un bono extra con el que no habían contado cuando todo comenzó. Además, eso le garantizaba que su dama no se involucraría con Dante.

—Me parece que la dama está en la jugada correcta, haremos un *ataque a la descubierta* y el siguiente movimiento será un *doble ataque* —reveló al fin tras exhalar el humo.

Todos sonrieron, excepto la torre francesa a quien el siguiente movimiento no terminaba de convencerla.

—¿Es algún tipo de venganza contra Dante? —volvió a indagar, pero esta vez su escepticismo atrajo la atención de todos hacia ella, en especial la del caballo principal, quien no se resistió a interrumpirla y dedicarle una mirada intensa cargada de incredulidad y enfado.

—¿Qué sucede?, ¿te preocupa su bienestar?

—Me preocupa más nuestra querida *Caissa*, sus motivos son algo que deberíamos conocer antes de mover las piezas, ¿no lo crees?

—Mis motivos son los mismos de siempre, él es tan merecedor de un jaque como Heinz.

—Apruebo la jugada —Marengo de inmediato intervino complacido, estaba tan o más interesado que la misma Gisele en dejar a Dante fuera del juego.

—Y yo —Big Ben abrió ambas manos en señal de rendición.

—Sí, estoy de acuerdo —convino Pegaso con una sonrisa mordaz y sus ojos fijos sobre la torre francesa.

—Jugaré, pero no estoy tan convencida de que dos objetivos paralelos sean la solución para salir ilesos —declaró Eiffel con evidente convicción. Para ella, una jugada como esa no era propia de la dama, algo la había motivado a tomar una decisión tan drástica y ruin.

—Entonces, manos a la obra —concluyó la dama con una ceja enarcada.

Ella sabía en lo que se había metido desde el momento en que supo que Dante tan solo tenía información para ellos, sin embargo, a medida que más lo conocía, mayor era su determinación de acabar con él.

Pasó el resto del día pegada al ordenador junto a su equipo, Marengo recién regresaba del seguimiento a Chloe, la novia de Alexander Heinz, y ya tenía todo el plan en marcha.

—¿Listos para el informe? —inquirió sonriente antes de llevar la lata de Coca-Cola a su boca y saborear la bebida con entusiasmo.

—Te escuchamos —lo animó con picardía la más joven del equipo, en espera de una buena descripción de la chica, que ya todos conocían por la investigación que habían hecho con anterioridad.

—Pues mi objetivo es una hermosa mujer de veinticinco años, a quien le fascinan los caninos, salir de compras y broncear su escultural cuerpo en las playas más prestigiosas de la ciudad, así que entenderán que tengo un duro trabajo por hacer a partir de hoy.

Todos rieron con soltura, él era el más apropiado para mantener a esa chica ocupada. De forma inesperada la puerta volvió a abrirse y esta vez fue Marcelo quien entró con rapidez, sus ojos buscaron de inmediato los de Gisele, antes de mirar al resto del equipo.

—Buenas tardes, ordené pizza, espero que les guste, y antes de que Lori proteste, pedí para ella una de vegetales y queso de soja.

Las sonrisas que adornaban con gracia sus rostros fueron borradas de golpe tras el inocente anuncio, las alarmas en sus cabezas se habían encendido, para todos era claro que tantas molestias por ella tenía un propósito, y para los caballos del tablero, era una distracción más que debían hallar la forma de evadir.

Se incorporó y lo miró como si la hubiese ofendido, se dio la vuelta y se marchó

—¿Dije algo malo? —investigó con ingenuidad.

Volvieron a sus ocupaciones, a excepción de Marengo que seguía observándolo con desprecio.

Pasó por su lado y se adentró en la cocina; se reprendió mentalmente por la humillante escena que acababa de protagonizar, iba de mal en peor, pero de

alguna manera lo conseguiría, su equipo se había convertido en una especie de fortaleza que la rodeaba por todos los flancos y le impedía acceder a ella.

—Mañana comenzaremos la supuesta auditoría, y necesitaremos infiltrarlos —continuó al regresar a la sala.

—Ya están listas las identificaciones —aclaró Eiffel con la mirada puesta sobre la pantalla de su ordenador.

—¿Saben que al menos deben tener algún conocimiento en contabilidad para hacer más creíble todo este asunto verdad? —preguntó preocupado.

—Eso ya está cubierto, estuvimos durante el día descifrando el peliagudo trabajo de un contador, y al menos hemos aprendido lo básico —La respuesta tosca y desdeñosa de Pegaso lo dejó pensativo durante unos segundos.

—Hagamos algo, sé que no soy de su agrado, pero finjamos durante este trabajo que podemos llevar el plan a cabo sin estúpidos arrebatos de celos y ofensas que pudieran terminar por estropear nuestro objetivo. —La propuesta provocó más de lo que esperaba.

Su rival suspiró profundo antes de ponerse de pie y plantarse frente a él con actitud retadora. Los demás se limitaron a observar la extraña escena con recelo y desconcierto; la personalidad sosegada y cauta que lo caracterizaba había quedado relegada para dar paso a un hombre con sangre en las venas y dispuesto a llevarse al mismo Dante por el medio con tal de apartarlo de Gisele.

Al único a quien le pareció divertida la escena fue a Marengo, que se apoyó en un gran estante, y continuó saboreando su bebida con una sonrisa en el rostro, y los ojos llenos de expectación; era claro que disfrutaría de esa pela, y mucho, conocía a su colega, y sabía de primera mano que, si algo había que temer, después de la frialdad de las decisiones de su dama, era a los rechazos del caballo francés.

—Hagamos algo mejor, por qué no dejas a nuestra dama en paz, te metes en tu papel de buen chico y seduces a cualquier *femme sans cervelle*^[23] que te pase por enfrente.

Con el rostro enardecido por la ira, que se hizo evidente en el ligero temblor de su mandíbula y en los ojos centelleantes y amenazadores, el caballo principal del tablero acababa de mover pieza y estaba convencido de que tendría consecuencias.

Marcelo dio un paso adelante, había quedado en evidencia que Pegaso ardía de celos por las atenciones que él tenía hacia Caissa. En ese instante cayó en la cuenta de que él también estaba celoso, y no solo de uno, sino de los dos caballos y hasta de Heinz, sin embargo, trató de no prestar mayor atención a ese pensamiento.

—Calma, chicos, no somos ningunos bravucones, tampoco el fin del mundo llegará porque a este señor le guste Lori, dejemos que esto siga su curso, después de todo, ella es bastante grandecita como para dejarse convencer o no por el señor Dante —replicó Eiffel ante la sonrisa burlona de Marengo y el rostro descompuesto de Big Ben.

—Es obvio que ninguno de nosotros se siente cómodo con su presencia, señor Dante, así que limitémonos a trabajar —la voz ronca y sensual rompió el denso silencio, ella había observado toda la escena desde la barra de la cocina que daba a la sala principal.

Se acercó con su característico andar de gacela y la mirada fija sobre Marcelo, se ubicó detrás del caballo y colocó su delicada mano sobre el hombro de él, este de inmediato suavizó sus facciones rígidas y relajó su postura al sentir su contacto antes de intercambiar miradas con ella.

—Así es, entonces a trabajar —concluyó Dante después de volverse para evitar que ella notara la frustración y enojo que le ocasionaba la cercanía de ellos dos; había seguido con cuidado cada gesto de su hechicera, así como los de su caballo favorito. Era sorprendente la forma como pudo calmarlo con un ligero toque, «esa mujer me está conduciendo a pasos lentos hacia mi propia tumba», pensó con amargura.

Las siguientes dos horas transcurrieron en aparente y tensa calma. Marengo se había marchado a un bar, mientras que el resto de ellos establecían las

pautas para colocar los dispositivos de bloqueo al siguiente día. Aprovechó el momento para interrogar a Ben acerca de cómo conseguía hacer que Caissa tuviera huellas específicas, fue así como supo que el habilidoso *craker* las diseñaba en su ordenador mezclando los relieves o crestas de varios sujetos, y luego con ellas creaba una identidad diferente, después las imprimía sobre un material suave que adhería a sus dedos y asemejaba la piel.

Al terminar, cada uno se marchó a su habitación y Marcelo quedó solo en el balcón con la mirada perdida en el horizonte, sabía que todos habían notado el interés que sentía por su dama, así que tendría que cambiar de estrategia y comenzar a ignorarla, ¿pero cómo rayos haría tal cosa? si apenas ella se acercaba sentía un estremecimiento que comenzaba en su entrepierna e iba a dar a su pecho. Estaba tan absorto en sus pensamientos que no pudo notar la presencia de Gisele a su espalda.

—Deberías ser más cuidadoso con lo que dices frente a mi equipo, son... un poco protectores conmigo.

Se dio la vuelta con rapidez, y la encontró recostada en el gran ventanal de brazos cruzados sobre el pecho, sus facciones eran serenas y su mirada insondable.

—No sabía que invitarles una pizza causaría semejante alboroto.

—Sabes que no fue eso, sino las atenciones que tienes conmigo.

—¿Acaso debo ocultar el interés que siento por ti? —indagó con una ceja enarcada y sonrisa ladeada.

—Así es, tenemos reglas, y las respetamos, creo haberte dicho que no me involucre con mis objetivos, ni compañeros de trabajo.

—Entonces mentiste esta mañana cuando dijiste que te acuestas con tus víctimas antes de robarles.

—Yo no lo dije, fuiste tú, y no es cierto, aunque no niego que fue divertido seguirte la corriente.

—¿Alguna vez hiciste una excepción?

—Nunca.

—No te creo —declaró él con convicción y una mirada que penetró como una ráfaga de fuego en su interior.

—Qué gracioso, yo tampoco creo en ti, y no por ello ando por ahí juzgando tus mentiras.

—¿A cuáles mentiras te refieres?

—A tu esposa, sé quién es, lo que no comprendo es por qué la utilizas para hacerle creer a todos que es tu esposa fallecida.

Se había tomado el tiempo para hacer memoria e investigar aquella mujer de la pintura, sabía que la había visto en alguna parte, aunque al principio no lo recordó, luego de dos días y muchos intentos lo supo.

—Pues sí, es verdad, es una modelo rusa quien posó gustosa para la pintura a cambio de una buena recompensa, es mi manera de evadir el compromiso.

—¿Siempre confiesas tan pronto?

—Últimamente sí, aunque creo que con ustedes terminaré en la cárcel, o tal vez en el cementerio de seguir así.

Gisele sonrió con desenfado, y Marcelo volvió a sentir que era arrojado al mismo infierno al ver sus labios curvados en una sensual sonrisa.

—Sonreíste —la acusó con picardía— creí que no te simpatizaba.

—No lo haces, es que a veces dices cosas acertadas que por alguna razón que desconozco me parecen graciosas.

—Eres una tentación, y según mi escritor favorito «la única manera de librarse de la tentación es caer en ella».

Se acercó con lentitud, esta vez observó con cuidado los rasgos de su pálida y tersa tez, cada gesto de su boca y cómo sus pupilas se dilataban poco a poco. Su pecho subía y bajaba con un ritmo apresurado y su respiración se agitaba cada vez más.

—Eres hermosa... y ahora te besaré, tienes la única oportunidad de apartarte de mí antes de que lo haga, de lo contrario, no podré parar hasta saciar la sed que tengo de esos labios que me torturan de deseo.

Sus pies quedaron inmóviles como si estuviesen pegados al suelo, no se

movió ni un poco, ni siquiera al escucharlo decir que la besaría, por el contrario, no sabía la razón por la cual se quedó a esperar, recordó el beso anterior y cómo el deseo la llenó toda al sentirlo tan cerca, sus pocos pensamientos coherentes la llevaron a deducir que deseaba volver a sentir esa sensación tan placentera.

La ciñó por la cintura con una mano, colocó la otra detrás de su cabeza, sus dedos se enroscaron en el sedoso cabello azabache, y con un calculado movimiento se acercó para luego detenerse a milímetros de su boca entreabierta, su mirada expresaba desconcierto, sorpresa, y algo que Marcelo no supo descifrar, pero que lo tenía hipnotizado, y había provocado que el fuego y la pasión se encendieran de inmediato, el cuerpo le ardía de deseo. Apenas rozó esos labios suaves y pecaminosos sintió la calidez de su aliento cuando un jadeo casi inaudible le acarició el rostro con delicadeza. Si antes la había considerado hermosa y deseable, en ese instante se convenció de que era irresistible y la mayor de las tentaciones que había conocido en su larga vida de seductor y mujeriego. Con los labios reseco y sedientos de sus besos hundió la lengua y saboreó con deleite esa tentadora boca que lo hechizó desde el primer momento, percibió el temblor del delicado cuerpo bajo sus brazos, y enloqueció. El beso suave y perezoso fue sustituido por uno lleno de lujuria, deseo y desenfreno, y se perdió en aquella pasión que ya conocía, pero disfrutaba como nunca antes.

—No puedo —apenas susurró antes de tomar un poco de aire y separarse con gracia de aquellos fornidos pero tibios brazos— hay ciertos lujos que no puedo darme, Dante. —Terminó sus palabras con un dejo de altivez de su voz.

—¿A qué te refieres?, ¿al beso o a...?

—Al beso y a fraternizar de forma tan íntima con mis colegas. —Lo interrumpió de una forma abrupta e inesperada, como si no deseara escuchar lo que diría.

—O tal vez, experimentar las sensaciones que te ocasiona mi cercanía —

arguyó tras ignorar de forma deliberada su explicación, a cambio obtuvo una sonrisa fingida y cargada de sarcasmo.

—Tienes una imaginación envidiable y un sentido de apreciación de la realidad bastante agudo, pero no por ello deja de ser distorsionado.

—Entonces es eso —concluyó él con sensualidad—, ese estremecimiento que percibí en verdad es un lujo que pocos pueden darse, y no porque no lo deseen, sino porque no pueden; en cambio, tú y yo... —Señaló a ambos con su dedo y un gesto de complicidad sugerente.

—Tú y yo nada, Dante, ni ahora ni en el futuro, aunque debería advertirte que no soy tan frágil como aparento, sino más bien una mujer que disfruta del sexo con desconocidos a los cuales no tiene que verle la cara al despertar al día siguiente, ni nunca más, no siento apegos por nadie, así que quita esa actitud sobrada de conquistador confiado, que acaba de acorralar una presa indefensa.

—Eso se escuchó glorioso, eres una mujer hermosa, con apariencia de princesa de porcelana y corazón de hielo, pero te tengo noticias, Lori Hoover, el verano ha llegado a tu vida, y prepárate porque hará mucho, pero mucho calor —declaró con voz ronca y cargada de sensualidad; suspiró y terminó de soltar el ligero agarre que sus brazos aún tenían sobre ella—. Espero que tengas un buen refrigerador donde conservar tu gélido corazoncito, de lo contrario, terminarás empapada por el deseo y las sensaciones que has estado evitando, adiós, *mademoiselle* Hood.

CAPÍTULO 28

La actitud relajada del caballo protector junto a Eiffel en la parte trasera del coche lo tenía confundido. No se veía como el bravucón que lo había enfrentado la noche anterior. Por otro lado, su hechicera con los peculiares Ray Ban tipo aviador no le permitía fijarse en la expresión de sus ojos; después de ese beso atrevido, que estaba convencido que ambos habían disfrutado, ella lo trató de una forma fría y distante.

Gisele en cambio, deseaba convencerse de que enloquecer a sus objetivos dosificando el deseo era parte de su plan, al menos el que le contó a Pegaso para tranquilizarlo, e hizo hincapié en que jugaría a distraerlos a los dos al mismo tiempo para poder llevar a cabo el *jaque doble*, aunque en el fondo ella sabía que jugaba con fuego, y ya su cuerpo había comenzado a arder, prueba de ello fue que casi entró en combustión espontánea con el beso profundo y exigente acompañado de aquella sutil pero directa amenaza de ese bribón a quien iba a tener que encontrar la forma de evitar, y así apaciguar la intensidad de las emociones que despertaban cuando estaba demasiado cerca.

Haberla llamado *mademoiselle*^[24] Hood, le pareció un exceso y un mote más que halagador, burlesco, aunque reconoció que también bastante original.

El procedimiento de revisión y chequeo de seguridad se repitió de igual forma que el día anterior; el guardia de seguridad le sonrió con aprobación al notar que ella se deshizo de su collar con brújula colgante antes de atravesar la barrera.

—Bienvenidos —Los recibió el gerente de administración con una sonrisa forzada, los esperaban según órdenes del mismo Heinz quien pidió expresamente que les suministraran toda la información pertinente y prestaran la colaboración necesaria.

—Gracias, señor Keller. —Estrechó la mano con formalidad y procedió a presentarlos—. Ellos son el *pool* de contadores y licenciados financieros con los que cuenta mi firma para estos procesos. La señorita Loraine Hoover es mi asistente personal y mano derecha, la señorita Elvira Pierce y el señor Richard Dumons son especialistas en auditorías internas y nos acompañaran en la verificación contable.

—Encantado de conocerlos —declaró el hombre con rigidez, sin embargo, el leve temblor en su voz no pasó desapercibido ante los ojos atentos de ninguno de ellos— bien, adelante, los llevaré al departamento de administración primero y luego con la gerente de contabilidad, Lisa Ortiz.

Caminaron en silencio hasta llegar al ascensor; el ambiente se había tornado un poco tenso y extraño, cada uno sumido en sus propios pensamientos. El tintineo de la parada en el piso seis se escuchó antes que las puertas se abrieran; fueron recibidos por una recepcionista con apariencia de mujer amargada y salida de los años 80 por el aspecto fuera de lugar que exhibía con orgullo.

Keller los condujo hasta llegar a seis oficinas, un par a cada extremo, una pequeña sala de reuniones al final del pasillo y otra mucho más grande al fondo.

—Habilitamos la sala de reuniones para que puedan trabajar con comodidad sin ser molestados. —Hizo una pausa y abrió la puerta del lugar que ocuparían—. Espero que estén cómodos, pueden conectar sus equipos y los requerimientos se los harán a la señorita Alida, quien vendrá en un momento.

Se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo de forma abrupta.

—Olvidé decirles una cosa, nuestros sistemas están protegidos contra cualquier tipo de ciberataques, por lo tanto, no podrán extraer ningún tipo de

información de nuestra empresa, a menos que sea suministrada por el personal.

El sonido de una canción de los años setenta irrumpió el silencio, el gerente hizo un ademán y se apartó para responder. Se miraron entre ellos y en silencio procedieron a conectar los computadores personales.

—Señorita Hoover —Keller entró presuroso—, por favor, acompáñeme, el señor Heinz pide verla.

Pegaso y Eiffel cruzaron sus miradas y pretendieron ignorar la petición, no obstante, Marcelo observó a Gisele con los ojos centelleantes.

—Lo siento, la señorita es mi asistente, así que es posible que el señor Heinz con quien desee hablar sea conmigo. —Una mueca de disgusto acompañó la respuesta.

—No, señor Dante, fue bastante explícito cuando me dijo que era a la señorita Loraine Hoover a quien desea ver en su oficina —espetó Keller de forma burlona al notar su incomodidad.

Ella sonrió con inocente dulzura y se encaminó tras él sin decir nada. El resoplido de Dante hizo eco en el silencio, contuvo los deseos de maldecir en voz alta, así que volcó su frustración apretando con fuerza el bolígrafo.

—Hemos movido pieza, tómalo con calma —la voz de Eiffel lo regresó a la realidad y se dio cuenta de que una vez más era el foco de atención de esos dos que lo observaban con sonrisas de diversión que no se molestaron en disimular.

—Comencemos —fue lo único que alcanzó a decir.

Apenas el administrador tocó la puerta, se escuchó la voz austera al otro lado que lo invitó a entrar, abrió y se limitó a hacerse a un lado para que Gisele pasara y luego desapareció como por arte de magia.

Permaneció durante unos escasos segundos en aquella nublada oficina que le recordó un barrio de Francia en pleno invierno, cubierto casi por completo por densa neblina; hizo un rápido escaneo del lugar, se ajustó el vestido negro de corte clásico sin mangas, tocó el medallón que pendía de su cuello casi

como un gesto espontáneo y nervioso. Caminó para llegar hasta él con la seguridad de una reina tras ser coronada, sus tacones no emitían ruido alguno debido a la costosa moqueta de color oscuro que abarcaba toda la extensión de la sobria oficina.

Heinz permanecía de pie, sus ojos eran lo único que brillaba en ese lugar, a excepción de las luces del techo.

—Buenos días, señorita Hoover, ¿cómo ha estado?

—Buenos días, señor Heinz, muy bien, gracias. Apenas acabamos de instalarnos, gracias por su colaboración, ¿hay algún otro requerimiento adicional para dar comienzo a la auditoría?

—Tome asiento, por favor —sugirió con gentileza antes de apagar el cigarrillo—. Estoy agradecido y muy honrado de contar con su presencia, y no dudo de su capacidad para determinar el fallo en mis finanzas, es por ello, que quisiera ofrecerle personalmente mi colaboración para lo que sea que necesite —hizo énfasis en las últimas palabras, por ello supo de inmediato que él también se había enganchado al anzuelo, de esta manera, dio inicio a su juego.

—Es usted muy amable, señor Heinz, y todo un caballero —denotó con coquetería antes de tomar asiento frente al él y cruzar las piernas con derroche de *glamour*—. También estoy a sus órdenes y, si esto es todo, me marcho para dejarlo trabajar, imagino que está bastante ocupado.

—¿Antes de marcharse puedo preguntarle algo personal? —El rostro de Heinz mostró un atisbo de admiración y una evidente chispa de deseo.

—Puede preguntar lo que desee, el asunto está en si estoy dispuesta a responder, y en caso de que lo haga, que sea con la verdad.

—¿Está diciéndome en mi cara que podría mentirme? —Arrugó el entrecejo lo que endureció momentáneamente sus facciones, sin embargo, ella se mostró aún más seductora al hablar.

—Es una posibilidad, aunque todos los hacemos ¿o no?

—Cierto, sin embargo, espero que sea honesta.

—Lo escucho.

—¿Por qué trabaja al lado de alguien como Marcelo Dante?

—No lo comprendo, quiere decir ¿alguien competente?, ¿listo?, ¿tal vez atractivo?, o ¿mujeriego empedernido?

—Le faltó agregar ciego —acotó el alemán con el dedo índice levantado.

Gisele dejó escapar una genuina risa al recordar que ella misma había otorgado ese calificativo a las mujeres que se acostaban con él.

—Pues es muy posible, puesto que suele buscar invidentes como compañeras de cama —se burló—. Trabajo con él porque es una experiencia que me nutre a nivel profesional, además me sirve para conocer los movimientos de un auténtico depredador antes, durante y después de haber devorado a su presa. Asimismo, puedo decir que he aprendido a reconocer un águila en pleno vuelo antes de que su sombra me arrope.

—¿Y usted vendría siendo?

—Una pequeña víbora —concluyó con un gesto de picardía a lo que su interlocutor le causó mucha gracia y terminó soltando una sonora carcajada.

—Acabo de confirmar lo que me ha dicho su jefe.

—¿Ah, sí?, ¿y qué le ha dicho el señor Dante?

—Que no está interesado en usted más allá de una relación profesional, por cuanto asumo que tuve la fortuna de contar con su honestidad en esta oportunidad.

—Como dije antes, no le quito más tiempo, gracias por sus atenciones.

Como impulsado por un resorte se incorporó con rapidez y atrapó su mano entre las de él, luego la llevó a sus labios para besarla con devoción.

—Me gustaría que me acompañara a almorzar hoy.

Arrugó el entrecejo y, aunque cada uno de sus gestos siempre estaba calculado y premeditado, sin duda alguna esa invitación no la esperaba tan pronto.

—Es muy gentil de su parte, señor Heinz, sin embargo, supongo que no es correcto, debido a que ahora formo parte del grupo de personas que auditaran

su corporación y estoy convencida de que a los demás accionistas no les causará buena impresión, y hasta podrían inclinarse a pensar que lo favoreceríamos a usted de alguna manera.

El hombre amplió su sonrisa con derroche de arrogancia.

—Señorita Hoover, soy el accionista mayoritario, así que me tiene sin cuidado lo que ellos piensen, además, creo que no me expliqué bien, lo que quise decir es que me sentiría honrado si usted y el resto de sus compañeros me acompañaran en la comida, así que a la una de la tarde enviaré a mi chofer a buscarlos.

—Gracias por la invitación, estaremos encantados de acompañarlo, hasta luego.

Se giró con la gracia que la caracterizaba, en tanto que su objetivo permaneció de pie con los ojos puestos sobre ella con un solo pensamiento en su cabeza: «esa mujer será mía, al precio que sea».

CAPÍTULO 29

Los escasos veintidós minutos que su hechicera había estado ausente fueron contados casi uno a uno por el imponente Rolex que no dejaba de mirar; estaba nervioso, un hecho curioso para Pegaso que no había perdido detalle de sus movimientos y gestos.

—Aquí tienen todo lo que han pedido —afirmó la secretaria con amabilidad, dirigiendo una mirada de picardía a Marcelo que él trató de esquivar, sin embargo, el reproche en los ojos de Eiffel lo regresó a su realidad, tenían que conseguir varios accesos y, si uno de ellos implicaba embaucar a la ingenua chica, pues así sería.

—Gracias, eres una mujer eficiente aparte de hermosa, dos atributos de mucha importancia para mí.

La joven se irguió cual pavo real ante aquellas sencillas pero halagadoras palabras, y salió con la misma coquetería y caminar contoneado con el que había entrado.

—¿Ella es Alida? —indagó Gisele desde la entrada.

Al escuchar su voz Dante se levantó de inmediato.

—¿Qué quería Heinz? —espetó con severidad, aunque su intención inicial no había sido de reproche, se escuchó como un auténtico reclamo.

—¿Me recriminas algo? o al menos eso me parece —gruñó la esbelta dama con un gesto desdeñoso.

—Lo siento, solo quise saber.

—Nos invitó a almorzar a todos, espero que eso aclare tus dudas, el resto se

lo preguntas a él en persona durante la comida; ahora será mejor que nos movamos y comencemos «a trabajar» —soltó con sarcasmo. Era una indirecta que todos conocían, era el momento de hacer un escaneo del lugar y localizar los terminales vulnerables para colocar los *blockips*.

—Bien, entonces yo mismo iré a pedirle información adicional a nuestra secretaria asignada para esto —declaró un tanto esquivo.

—Te acompaño —No esperaba la intervención del caballo, sin embargo, sabía que no podían hacer ningún tipo de comentarios que los pusiera en evidencia, ya que los sistemas de cámaras incluían micrófonos y quien fuera que tuviera acceso, podría con facilidad deducir de qué se trataba todo.

Alida se mostró atenta con aquellos dos caballeros que le prestaron más atención de la que estaba acostumbrada, así que decidió dedicarles mayor tiempo del necesario ofreciéndose para hacerles un *tour* por todas las instalaciones y los departamentos, cosa que agradecieron, así tendrían un plano bastante acertado del lugar.

—Señores, el chofer los espera —anunció la voz acaramelada de la secretaria varias horas más tarde con la mirada puesta sobre Marcelo y Pegaso, quienes no pararon de halagarla hasta que el ascensor llegó a la planta baja.

Eiffel lucía ansiosa y, aunque Gisele también se sentía inquieta, decidió cubrirse con su coraza de hielo que la hacía parecer una mujer fría, insensible e inalcanzable.

El restaurante elegido por Heinz no era menos elegante que él, algo bastante acorde con su estatus; por fortuna el equipo de supuestos contadores vestía acorde con la ocasión.

—¿Desde cuándo conoce a Dante, señorita Hoover? —la increpó con un gesto de sobrada arrogancia.

—Nuestra información profesional le fue enviada esta mañana a su secretaria.

—Y la leí, es impresionante la hoja de vida de cada uno de ustedes, sin

embargo, lo que en realidad deseo saber no está allí.

—Pues desde que trabajo para él, apenas seis meses.

Con una mirada rapaz el alemán desvió sus ojos al resto que permanecían en silencio.

—¿Y ustedes?

Pegaso tomó un poco de agua y se dispuso a dar lo mejor de sí en una actuación no preparada.

—Al señor Dante, dos años, cuando fui a hacer una auditoría externa a una de las empresas a las que él prestaba sus servicios; desde allí he colaborado en varias al lado de la señorita Elvira y ahora también junto a su asistente, la señorita Hoover.

—¿Qué espera obtener de esta auditoría, señor Heinz? —interrumpió Marcelo para desviar su atención.

—La verdad de lo que sucede, y valga decir que sin importar quién sea que esté saboteando mis finanzas, tenga por seguro que pagaré por ello.

El poco tiempo que compartieron el almuerzo junto al presuntuoso empresario fue suficiente para que cada uno de ellos pudiera constatar de primera mano la clase de sujeto que era Alexander Heinz, no hacía falta más que un par de minutos para determinar su personalidad, así como el interés que demostró en Gisele.

—Ha sido un placer acompañarlo en la comida —agradeció ella con un gesto elegante.

—Lorraine, porque puedo tutearte, ¿verdad?

—Por supuesto.

Pegaso y Eiffel conversaban entre ellos acerca de *brokers* y acciones en la bolsa; Marcelo tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular lo desagradable de la situación, mientras que sus amigos lucían como genuinos actores sacados del mismísimo Broadway.

—El placer sin duda ha sido todo mío, espero que un día de estos aceptes mi invitación a cenar y compartamos ideas acerca de cómo mejorar la

administración de la corporación.

—Se escucha genial, por ahora estaré bastante ocupada.

De regreso en las instalaciones había mucho donde ponerse a trabajar, o al menos simular que eso hacía, más de una docena de libros contables sobre la mesa rectangular de cristal era prueba de ello.

—¿Necesitan algo más? —El rostro risueño y expectante de Alida asomado en la puerta entornada era una buena oportunidad.

—Ahora que lo mencionas, de hecho, sí, ¿tendrás la información de gastos del mes pasado en un *pendrive*? —El caballo alado había arrojado un buen anzuelo.

—La tienen impresa en el *dossier* azul, pero no hay problema la traigo enseguida.

—Te acompaño, así voy por un café, ¿gustan uno?

—Claro —respondieron al unísono.

La oficina de Alina no era muy distinta de las otras, un espacio de unos nueve metros cuadrados, decorada con sutiles colores claros. A un costado del escritorio un portarretrato de la chica junto a su gato le reveló que con toda probabilidad era soltera, y tal vez sin compromisos, acercarse a ella sería mucho más fácil.

Pegaso llevaba consigo los *blockips*, había logrado ingresar a las instalaciones sin que fueran detectados por la barrera, debido a que los llevaba adheridos en la parte posterior de su teléfono móvil, el cual había colocado en la canasta segundos antes de atravesar el umbral de seguridad, y al recogerlo simuló apagar el aparato cuando en realidad lo que hacía era quitar los chips con discreción.

Se acercó por la espalda y colocó con cuidado una mano sobre el hombro izquierdo de la nerviosa muchacha, casi de inmediato ella se removió inquieta en su asiento y giró la cabeza con rapidez, momento que aprovechó para acercarse a su oído derecho.

—Hueles muy bien —declaró con voz seductora.

Una ligera emoción revoleteó en el estómago de la chica, suspiró agitada y se dio la vuelta en su asiento para ver de frente al apuesto caballero que la observaba de pie con intensidad.

Se inclinó hacia ella y colocó su mano izquierda sobre el apoyabrazos del asiento, con el único propósito de invadir su espacio; su mirada se tornó casi hipnótica y, haciendo uso de la habilidad que lo caracterizaba, se acercó más e insertó el microchip en la parte posterior del terminal, y luego extrajo el *pendrive* sin quitarle la vista de encima.

Se separó con lentitud y con una sonrisa radiante, le mostró el dispositivo que ya tenía en su mano antes de despedirse.

—Ya lo tengo, gracias, eres muy eficiente.

El día había aclarado bastante, el sol brillaba como cuando desembarcó en Los Ángeles, apresuró el paso para llegar a la entrada del hospital y dirigirse sin perder tiempo hasta la recepción de enfermería.

—Buenos días, señorita, necesito hablar con el doctor Dennis O'Hara.

—Buenos días, señor, el doctor ahora está en su consulta, ¿es un asunto personal?

—Más bien, un asunto oficial. Soy el detective Carlos Aldana, quiero hacerle unas preguntas —argumentó al mostrar su placa.

La escéptica pero eficiente enfermera elevó una ceja al notar que pertenecía a la policía de Nueva York, sin embargo, no dijo nada, cosa que él agradeció.

—Enseguida le notifico, puede esperarlo en la sala contigua.

—Bien gracias.

Al cabo de tres cuartos de hora de espera y dos cafés, un hombre delgado de gafas y cabello negro se acercó con paso firme; el movimiento ligero de su bata abierta al frente le daba apariencia de extraña serenidad a pesar de su agilidad.

—¿Detective Aldana? —indagó con gentileza—. Soy Dennis O'Hara.

—Es un placer conocerlo, doctor, y disculpe que venga a interrumpirlo en su trabajo, pero no tengo otra forma de contactarlo.

—Si gusta, vamos a la cafetería y allí me dice con calma en qué puedo ayudarlo.

—Hablé con la señora Alejandra García, ¿la recuerda?

—Claro, fui el médico de su niño, José Miguel, ¿están bien?

—Sí, por supuesto. —Hizo una pausa para dar un sorbo a su tercer café de la mañana—. La entrevisté con respecto al donativo que recibió su hijo cuando estuvo internado.

El hombre suspiró y, sin quitarle los ojos de encima, soltó la rebanada de pan, sacudió sus manos y se limpió la boca.

—Supongo que algún día alguien me preguntaría al respecto, y quien mejor que la policía.

—No pretendo juzgarla a ella por aceptar ese dinero, ni a usted por alentarla a no declarar lo que sabía; lo que necesito ahora es que me diga qué más sabe usted acerca de esa misteriosa mujer.

—¿Puede decirme por qué un detective de la policía de Nueva York busca información acerca de un donativo tan lejos de su jurisdicción?

—Es una ladrona, ha robado hasta donde sé a seis caballeros utilizando tretas femeninas y, aunque estoy convencido de que la lista es más extensa, por ahora tengo suficiente información recopilada como para asegurar que continuará con algún otro que ella considere que califica como víctima.

—Pobres hombres, ¿no? —arguyó con fingido pesar.

—En realidad no son tan pobres, y tampoco santos, así que yo no me compadecería de ellos, lo cierto es que ella es una delincuente, ¿lo sabe, verdad? —Por cuanto la pregunta fue retórica continuó con su explicación—: por lo tanto, le agradecería mucho su colaboración, ¿usted logró verla o hablar con ella?

—Sí la vi y conversé con ella, de hecho, fui yo quien le suministró la

información acerca de los pacientes que no tenían recursos suficientes para costear las cirugías reconstructivas.

Aldana suspiró con fuerza, no esperaba tal declaración de honestidad, y menos con la serenidad de aquella afirmación.

—¿Y?

—Ella solicitó hablar con el jefe de pediatría, y fue clara al decirme que había ganado una gran suma de dinero y deseaba compartirla con los más necesitados.

—¿Y a usted eso no le pareció extraño? Porque si hubiese querido ayudar a los necesitados pudo haberse dado un paseo por los barrios más humildes de la ciudad.

El médico sonrió de forma mordaz.

—Yo en persona le hice un *tour*, y permítame decirle que fue de lo más gratificante ver cómo ayudaba a gente que era improbable que hubiesen subsistido más que un par de semanas, así que debo estar en problemas con la ley por haber hecho algo como eso.

Aldana pasó la mano por su rostro y suspiró profundo por enésima vez.

—¿Cómo es ella?

En ese instante fue al galeno a quien le tocó suspirar y evocar la imagen de aquella preciosa mujer.

—Es muy hermosa, tiene largos cabellos color azabache al igual que sus ojos y, al estar con la gente necesitada, puedes ver cómo su rostro impassible casi se transforma en uno lleno de expresiones muy humanas y sensibles.

—¿Le dijo su nombre?

—Me dijo que podía llamarla *Caissa*.

Aquel nombre resonó como eco en su cabeza, Aldana supo de inmediato su significado, sobre todo por su afición a uno de los juegos de estrategias más antiguos que él disfrutaba siempre que podía.

—¿Le dijo que usted era como una especie de peón por ayudarla?

El médico lo miró intrigado antes de responder.

—*Chess pawn*[25] para ser más exacto.

El detective sonrió al escuchar aquellas palabras. Ella era «*Caissa*», la reina del tablero de ajedrez, y el médico que tenía enfrente era uno de sus peones, uno más que había utilizado con un fin diferente. Estaba llegando a un punto importante de la investigación y no se detendría, todavía faltaba determinar cuántas piezas más le acompañaban en su juego.

—¿Cómo lo supo? —indagó el galeno con curiosidad.

—Según un poema sobre la mitología griega, *Caissa* era una hermosa ninfa que desaprobaba la guerra, esa fue la razón principal por la cual despreció a *Ares*, quien juró conquistarla, así que después de fallidos intentos se le ocurrió buscar la ayuda del dios del deporte, quien creó un juego especialmente para que el dios de la guerra pudiera conquistarla y consiguiera sus favores. Ella terminó siendo venerada como la musa del ajedrez y es uno de los nombres con el que denominan a la reina o dama y, si usted la ayudó a concretar su jugada y de la manera tan estratégica como ha utilizado tanto a sus víctimas como al resto de sus colaboradores, deduzco que debe ser uno de sus peones.

—¿Es una especie de erudito en el tema, no?

—No lo soy, aficionado al juego sí, y también me gusta mucho leer, valga decir, lo que sea. Gracias por su colaboración, doctor, ha sido de mucha utilidad —comunicó antes de ponerse de pie para marcharse.

—Espere, no estoy de acuerdo con el delito *per se*, sin embargo, la utilidad que le da al dinero robado es lo que al fin y al cabo importa ¿no es cierto?

—Mire, doctor O'Hara, para la ley eso es tan irrelevante como si hubiese salvado vidas con eso; lo que en realidad importa ante los ojos de la justicia es que ella vulneró el patrimonio de varios ciudadanos y ello conlleva a una pena, no soy abogado, ni juez, pero deduzco que lo que usted argumenta podría servir como atenuante en su juicio.

—Ese conjunto de palabras inútiles que acaba de decir son un justificativo ante la ley, ¿y qué hay de su opinión al respecto, detective Aldana?

—Me temo que mi opinión no sería tomada en consideración pero, si lo que desea saber es hasta qué punto estoy de acuerdo con usted, permítame aclararle que ahora más que nunca soy consciente de las necesidades de las demás personas. Ha sido placer, doctor.

CAPÍTULO 30

—Le gustas más de lo que pensé —señaló Marcelo con los ojos fijos en la autopista, sus manos apretaron el volante más de lo necesario.

Habían acordado que para la siguiente fase del plan se separarían: él ocuparía su casa, Gisele el piso que había rentado en Sun Park y el resto del equipo permanecería en Royal Building, todo ello previendo que con toda probabilidad su objetivo buscaría un acercamiento a ella.

—¿A qué te refieres? —Su actitud fría y distante lo descolocó, sin embargo, estaba decidido a conquistarla de alguna manera, y no permitiría que nadie se interpusiera.

—A Heinz quiero decir, se mostró más expresivo en los escasos minutos que estuvo junto a ti, que en el año que llevo conociéndolo.

—Ah, eso. —Le restó importancia, como si se tratase del pronóstico del clima en Japón.

—Cena conmigo —soltó sin preámbulos, aunque no era lo que tenía en mente, pero sí una buena forma de estar más cerca de ella—. Además, me gustaría concretar ciertas fases del plan que todavía no me quedan claras.

—No creo que sea una buena idea, no deben vernos juntos más de lo necesario.

—¿Tienes miedo? —la provocó con una sonrisa lobuna.

—¿Miedo yo? Por favor, Dante, no le temo a nadie —espetó ella con un gesto de incredulidad.

—A excepción de a ti misma y cómo puedas reaccionar cuando estás

conmigo.

—No seas creído y petulante, detesto tu actitud sobrada.

—Te llevaré a mi casa, no nos verán juntos.

—Está bien, aunque no te garantizo que vaya a estar de mejor humor.

—Déjame a mí, puedo ayudarte con eso.

—¡Idiota! —bufó antes de bajar y dar un portazo.

Apenas comenzó a alejarse, la alcanzó y sujetó del brazo.

—Espera, lo siento, quise decir que nada que una buena película y palomitas no puedan resolver —rogó con cara de cachorro abandonado, y logró sacar una sonrisa apretada en sus hermosos labios.

—Está bien, pero no te hagas el listillo conmigo, Dante.

—A las ocho estaré aquí.

La vio marcharse con la mirada clavada en sus delicadas curvas y suspiró sonriente.

Se colocó frente a su ordenador portátil e hizo conexión con una de sus torres.

—Red asegurada —afirmó Big Ben desde su puesto de trabajo.

—¿Tienes la señal del *blokips*?

—Perfecta y clara, espero tus órdenes para correr la primera prueba.

Suspiró antes de tomar la decisión; eran muchos años los que llevaba trabajando al lado de Pegaso como para no reconocer ese simple gesto que le confirmó que había movido pieza.

—¿Cuáles son los riesgos de hacerlo ahora?

—Los mismos que si lo hiciéramos en plena madrugada o durante horas laborales —puntualizó Ben.

—Hazlo, y mantenme al tanto de los pormenores, ¿alguna novedad?

—Sí, logramos intervenir la línea telefónica del objetivo: prepara un viaje

de negocios para dentro de cinco días, así que debemos darnos prisa para concretar todo antes, ordenó preparar su *jet* privado e hizo énfasis en que iría acompañado.

—Genial, creo que lo lograremos.

—Así es.

Sonrió complacida, tenía a Alexander Heinz donde quería, y a Marcelo dando vueltas a su alrededor, quizás no tan quieto como hubiese querido; trató de serenarse ante la adrenalina que le causaba su trabajo, colocó un poco de música antes de darse una ducha y arreglarse para la cena.

La próxima víctima a entrevistar sería Aaron Steele, vicepresidente de Meats and Meats Inc. una empresa perteneciente a la industria alimentaria, de quien Aldana ya había leído en las noticias por haber estado involucrado en un gran escándalo, ya que mientras estuvo a cargo, permitió que saliera al mercado un producto no apto para el consumo, con el cual muchas personas consumieron carne equina creyendo que era de buey; alegó en su oportunidad que ninguno de los integrantes de la directiva conocían al respecto, y que fueron medidas tomadas por los gerentes encargados en un momento determinado en el que no contaban con la cantidad de mercancía suficiente para cubrir la demanda que se incrementaba cada vez más.

Pagaron una gran cantidad de dinero en multas, así como inspecciones sanitarias constantes; luego de un tiempo siguieron operando sin problema alguno, de forma paradójica con el mismo personal que «según él» había cometido tal error.

No consiguió ninguna cita, así que debía subir a ese vuelo a como diera lugar y, debido a que el paso de la tormenta había causado varios daños en el aeropuerto, los vuelos se juntaron todos y tuvieron que organizar las salidas y entradas.

El aeropuerto internacional de Los Ángeles, estaba abarrotado de personas, un sinfín de pasajeros pululaban de un lado a otro, muchos de ellos con conexiones que habían perdido y exigían que los ubicaran en algún avión. Por fortuna para Aldana tenía su boleto en la mano y listo para abordar el siguiente vuelo de poco más de tres horas con destino a Houston.

Se había tomado el día anterior para sacar sus propias conclusiones acerca de todo lo que había hablado con la señora García y el doctor O'Hara, cuya entrevista fue mucho más productiva de lo que había imaginado, no solo eso, sino que lo dejó más pensativo acerca de las razones que movían a una mujer hermosa para robar a sujetos como sus víctimas, así como su *modus operandi* y los términos ajedrecísticos que había utilizado, para entonces ya su ladrona tenía un nombre definitivo: «lady Hood».

La anticipación de enfrentarla le provocaba una serie de emociones contradictorias y extrañas que lo perturbaron.

Arribó a Houston y enseguida subió a un taxi para dirigirse a las instalaciones comerciales de la empresa, ubicadas en un gran edificio; solicitó la cita en persona, en virtud de que no había podido comunicarse con la asistente de Steele. Desafortunadamente no le fue mejor, ya que logró concertar la entrevista para la semana siguiente, lo cual atrasaría más su trabajo, y tendría que pernoctar durante cinco días más en la ciudad.

No tenía idea de lo que haría, e iba a tener que conformarse con un cuartucho de hotel, ya que sus finanzas habían sufrido un gran golpe y su cuenta bancaria mostraba un hoyo del tamaño del Gran Cañón, sin embargo, ni siquiera eso lo desmotivó, se sentía más cerca de ella que antes, estaba convencido que muy pronto la tendría frente a frente.

Tenía todo preparado para una gran noche, había decidido que el acercamiento sería más amistoso que de otro tipo, no estropearía una buena

oportunidad como esa para conocer más acerca de esa enigmática y hermosa princesa de porcelana. Por esa razón la recogió con puntualidad y la llevó hasta su casa.

—Espero que te guste lo que ordené.

—Ah, creí que tú cocinarías —soltó con evidente sarcasmo.

—No querrías eso, soy especialista en carnes, y tú las detestas, o al menos un tipo de ella.

—¿Siempre le confieres doble sentido a tus palabras?

—No sé de qué hablas —ignoró su pregunta y continuó—: pedí arroz frito especial con vegetales y verduras, berenjenas agridulces como acompañamiento y un buen vino tinto para complementar.

Todo estaba igual desde la última vez que estuvo allí, apenas hacía una semana. La ubicó frente a la mesa en la cocina, sacó una botella de vino, y sirvió dos copas.

—Salud, por el trabajo en equipo —anunció Marcelo con un extraño brillo en sus ojos.

—Salud.

La comida transcurrió en una especie de charla amena y picante con sutiles hilos de sarcasmo por parte de ella, y comentarios provocadores por la de él.

—Debes tener cuidado con Heinz, ese cabrón es de temer —le advirtió sin tapujos recostado en la barandilla metálica con vista al mar. Ambos disfrutaban de la brisa nocturna y el paisaje digno de una pintura.

—No le temo, y no sé a qué te refieres.

—A qué quizás él quiera abusar de su posición para propasarse contigo.

—¿Estás celoso? —inquirió Gisele con picardía.

—¿Tengo razones para estarlo?

—Por supuesto que no las tienes, entre tú y yo no hay nada; en fin, no es tu maldito problema.

—Eres irritante, ¿lo sabías?

—Me alegra que así sea —concluyó con una sonrisa apretada entre los

labios al notar que lograba sacarlo de sus casillas con mucha facilidad.

—Además, no llegarías ni a primera base con él.

—¿Por qué no? Es un tipo atractivo —lo provocó.

—La idea no es que te lo folles, sino que le robes, ¿entiendes la diferencia verdad?

—Solo bromeo, idiota, nunca me acuesto con mis víctimas, es una de mis normas.

—¿Muchas reglas, eh?

—Ningún juego está exento de ellas ¿y qué hay de las tuyas?, ¿son tan sencillas como disfrutar sin compromisos de los placeres materiales y sexuales de la vida?

—Algo así, al menos antes lo era.

—¿Eso qué significa?

—Que hasta ahora no había considerado nada más que mis necesidades.

—No me vengas con discursos cursis de que «no lo hacías hasta que me conociste» —puntualizó ella en tono burlón.

En el fondo Gisele tenía mucha razón, Marcelo había pasado su vida satisfaciendo cada capricho que su cuerpo le pedía y apetecía, sin embargo, nunca le importó nada ni nadie a su alrededor, y jamás había tomado conciencia de la cantidad de personas que sufrían por problemas mucho mayores a los suyos, problemas de verdad, que esta mujer si apreciaba, y eso tenía mucho valor.

—¿Cómo te llamas? —trató de evadir su comentario con una pregunta más personal.

—Ya lo sabes, Lorraine Hoover.

—No, tu nombre real.

—Tengo muchos, Marie, Annette, Ivana, Ángela, Christina, Candace, Carol, Eileen, Amanda.

—De seguro ninguno de ellos es el verdadero.

—Puedes llamarme como desees.

—Puedo llamarte entonces... *mademoiselle* Hoover o tal vez... *mademoiselle* Hood.

—No te pases de listo conmigo, que eres un auténtico estafador señor «liante».

—Eso no es justo —se defendió y evitó dejar escapar una sonrisa, le pareció gracioso el apodo que le había colocado.

Se colocó frente a ella y una vez más esa sensación de deseo inminente se apoderó de ambos. Acortó la distancia que separaba sus bocas y estaba a un centímetro de alcanzar el cielo cuando una voz empalagosa que ya conocía rechinó en sus oídos como una molesta abeja. Cerró los ojos con fuerza y suspiró profundo deseando que no fuera cierto.

—Vaya querido, tú sí que has sabido aprovechar el tiempo.

Se separó de él con rapidez y observó con cautela a la voluptuosa pelirroja que vestía como para un show de striptease.

—¿Qué haces aquí y cómo entraste? —inquirió Marcelo con evidente enfado.

—Quería darte una sorpresa, pero la sorprendida he sido yo —escupió con desdén las palabras cargadas de veneno, en tanto que sus ojos recorrieron a la esbelta mujer de pies a cabeza.

—Creo haberte dicho que entre nosotros no hay nada.

—Nada más que sexo, según recuerdo, pero al parecer ya tienes con quien divertirte, aunque me sorprende que no tenga ningún atributo para mostrarte, así que asumo que te has de sentir muy solo para terminar con una mojigata como esta.

Gisele resopló con fuerza y negó con la cabeza, ni siquiera intentó decir nada, la escena en sí le pareció demasiado vulgar, era la primera vez en su vida que quedaba expuesta de esa manera, y por semejante hombre; decidió que era el momento oportuno para marcharse.

Se alejó con rapidez hasta llegar a la silla donde estaba su chaqueta y su bolso, se inclinó a recogerlos cuando sintió una mano asirse con fuerza a su

brazo.

—¿A dónde vas, perra?! —chilló furiosa la amante celosa.

Marcelo quedó de piedra al ver cómo en cuestión de segundos y con una asombrosa agilidad su hechicera le torció el brazo y la empujó contra la puerta corredera; el rostro de la pelirroja adherido al cristal tenía una mueca grotesca de asombro y temor en partes iguales.

—En primer lugar, no soy una perra, soy una dama, aunque al observarte mejor deduzco que no sabes lo que eso significa; en segundo lugar, voy a donde me apetezca, y en último, nadie, escucha bien, nadie me toca sin mi consentimiento, ¿comprendiste, Paula?

—Sí, lo... siento. —balbuceó rendida ante la presión que ejercía sobre ella la delgada y frágil mujer que había susurrado la clara advertencia en su oído muy cerca de su espalda; la retuvo durante varios segundos, luego la soltó con violencia, y sin mirar a ninguno de ellos se giró sobre sus talones y se marchó sin decir más; y dejó tras ella a Marcelo y su amante llenos de asombro.

Sin más dilación se aventuró a seguirla, pero esa mujer era de temer, así que evitó tocarla.

—Lori... lo siento, eso fue inesperado y...

Ella se dio la vuelta para enfrentarlo, sus ojos no revelaron emoción alguna, al igual que su rostro carente de expresión, lucía como una mujer fría, calmada y sin sentimientos, eso terminó por descolocarlo.

—No tienes por qué darme explicaciones, liante, ya sabía de tus amantes y acerca de tu vida mucho antes de conocerte, así que no me debes ninguna disculpa, está celosa.

—Entre ella y yo ya no hay nada.

—Entiendo, y asimílalo, no caeré en tu cama porque tú así lo desees, y en el supuesto caso de que llegase a suceder, será porque yo así lo quiera.

Le dio la espalda y se alejó unos pasos, Dante se dispuso a alcanzarla de nuevo, pero quedó inmóvil cuando divisó una motocicleta que se acercaba a

toda velocidad, y luego se detuvo frente a ella para que subiera; reconoció bajo el casco esa mirada furibunda e intimidante cargada de amenazas y reproches, era el caballo alado que había llegado para rescatar a su dama.

CAPÍTULO 31

—¡T e dije claramente que no te quiero más aquí! —escupió con la furia que había contenido desde que vio a Loraine marcharse.

—Eso no me pareció la última vez que estuvimos juntos.

—Desde entonces muchas cosas han cambiado, querida Paula —espetó irritado.

—Sí, de eso he podido percatarme, ¿pero qué rayos tienes con esa mujer tan violenta?

—¿Violenta?! Si fuiste tú quien la provocó, entrégame la llave y lárgate.

—Me las pagarás, Marcelo Dante —amenazó la pelirroja con el rostro transformado por la decepción y el enfado.

«Una noche que pintaba ser un éxito terminó en rotundo fracaso», pensó abatido. Tomó asiento frente a la piscina con una copa de brandy en su mano y la boca reseca, estaba convencido de que nada la calmaría esa sed, excepto los labios de su hechicera.

La brisa fría de la noche golpeaba con fuerza los cabellos que sobresalían del casco negro.

Aparcó la potente motocicleta frente a un solitario pub del centro de la ciudad. Bajaron en silencio y se adentraron en el lugar. Se conocían, y ambos sabían que ese momento llegaría; habría muchas explicaciones que por años

habían quedado guardadas y escondidas en sus pensamientos y atesoradas en sus corazones.

Tomaron asiento frente a frente, él ordenó un par de cervezas antes de dedicarle una mirada cargada de amor, deslizó su mano y apresó la de ella en un cariñoso apretón.

El joven mesero colocó el par de botellas y se alejó a paso ligero.

—Pienso que debemos hablar, de hecho, debimos haberlo hecho hace un buen tiempo —explicó él con voz grave.

—Supongo que sí —respondió ella antes de meter la mano en el bolsillo de su chaqueta y colocar sobre la superficie de la mesa un hermoso brazalete de oro blanco con zafiros colgantes—. ¿A quién le pertenece esto?

Pegaso suspiró profundo y tragó grueso antes de que una sonrisa forzada curvara sus labios.

—No lo sé, dímelo tú.

—¿Seguro?, porque hace un rato lo saqué del bolsillo de tu chaqueta, está claro que no lo notaste.

—Aprendiste del mejor.

—¿Por qué sigues haciéndolo?

—Lo sabes, soy adicto a la adrenalina, y por más que he tratado de controlarlo es inevitable.

—Me dijiste que eso había quedado en el pasado.

—Y así es, pero a veces necesito sentir que es sangre hirviente lo que corre por mis venas y no solo un líquido escarlata que me mantiene con vida.

—No puedes seguir poniéndote en riesgo, sabes que me importas y me preocupa lo que pueda sucederte.

Sonrió levemente, levantó la mano suave y delicada de su dama, y después besó el dorso con ternura.

—*Ma belle dame*[26], todo estará bien, lo siento trabajaré en ello, *je le promets*[27].

—Espero que así sea.

—Ahora hablemos de la misión. —Hizo una pausa para dar un trago largo a su bebida—. Estamos a punto de dar un *jaque doble* y no te veo convencida de lo que haces, creo que tratas de demostrarnos o demostrarte algo que no sientes.

—No lo sé, es posible, pero después de años de hacer este trabajo no lo voy a joder por un tipo que no merece la pena.

—No hay diferencia entre él y Halley, por segunda vez en todo el tiempo que llevo de conocerte has caído en una especie de encanto por un hombre que no te conviene.

—Ninguno de mis objetivos me conviene, y eso siempre lo he sabido.

—Creo que es hora de que tomes unas vacaciones; cuando terminemos este trabajo deberías alejarte de todos y quizás así te encuentres a ti misma, tal vez necesitas... una relación estable, tal vez formar una fami...

—No te atrevas a decirlo —lo interrumpió de forma tosca—. Sabes mejor que nadie que no voy a formar nada con ninguno, no quiero jugar a la familia feliz, ¿me comprendes?

—Caissa, es un trauma que debes superar ya, es momento para que te enamores, que ames, y te dejes amar; a lo mejor Dante no es el más adecuado, pero es uno que tal vez te ayude a dar ese paso que nunca has dado, eres humana, y como tal tienes necesidades que, aunque te quiero como no he querido a nadie en mi vida, no te puedo ayudar en eso.

—Dante no merece la pena —soltó ella, y a pesar de la carencia de expresión en su rostro, dentro de su pecho muchas emociones habían comenzado a bullir.

—Ya eso lo sabemos, lo que me tiene preocupado es que sigues con el plan a sabiendas de que terminará por afectarte.

—Sabes que ya lo ha hecho, así que no importa.

—A mí sí me importa, no quiero que salgas lastimada y, si llegas a una sencilla relación de cama con él, que sea por diversión, no por trabajo o sentimientos más complejos que no podemos darnos el lujo de tener.

—¿Sentimientos complejos como los de Eiffel y los tuyos?

—Sí, en efecto, como esos.

—¿Has hablado con ella al respecto?

—Sí, y mantener una relación implicaría dejar el equipo, y yo jamás te dejaría sola en esto. —Hizo una breve pausa para dar un sorbo a su bebida—. Ni en nada.

—Creo que deberíamos cambiar algunas reglas, sobre todo esa, y probar a ver cómo nos va, así no tendría que perderlos a ninguno de los dos —sugirió ella haciendo un guiño travieso.

—Espero que sea después de terminar este trabajo.

—Así será, y por esta vez tomaré en consideración tus recomendaciones, olvidaremos el *jaque doble*.

—Se lo diré a Ben —concluyó él haciéndole un guiño.

Se mantuvieron callados hasta que ella decidió romper el silencio.

—Te quiero, Jean Pierre.

—Y yo a ti, Gisele.

El emotivo momento se vio interrumpido por una llamada que la dama tomó sin dilación alguna.

—¿Tienes algo?

—Prueba en proceso, sincronizado con la torre de Londres

Elevó una ceja, una sonrisa ladeada curvó sus labios y con un calculado movimiento se acercó a su caballo favorito.

—Perfecto, Ben, estoy con Pegaso, vamos en camino.

—El jaque está cerca, mañana toca mover pieza y necesitamos planificarlo todo... sin Dante.

—Tengo todo bajo control, un obstáculo que fue superado de inmediato, aunque hay un detalle... los otros dos hay que colocarlos mañana mismo o su *antispyware* detectará el *blockips* que está instalado —informó Ben a todo el equipo que se encontraba con él.

—¿Encontraste algo interesante? —preguntó Gisele con interés.

—Pues más de lo que imaginé, aquí tengo información completa de sus compradores principales, y no crearás las clases de joyitas que tiene como clientes, además de un riguroso sistema de envíos y entregas que se cumple a cabalidad mensualmente —aclaró Ben sonriente.

Ella se acercó más y se tomó unos dos minutos para leer la información completa, a medida que se ponía al tanto de las actividades de su objetivo principal se llenaba de enojo y satisfacción en partes iguales.

—Te tenemos, Heinz —declaró entre dientes con actitud triunfante.

—El plan es el siguiente: Pegaso filtrará los dos *blockips* en otros terminales, Eiffel buscará la firma de Heinz para falsificarla, y Caissa conseguirá sus huellas, puesto que es la única forma de acceder al cuarto donde se encuentra el servidor —explicó Marengo con voz grave, en tanto que el equipo escuchó con atención cada paso que debían seguir.

—¿Dónde queda Dante en todo esto? —indagó la joven francesa.

—Es mejor que no haga nada y deje trabajar a los profesionales que para eso nos contrató —soltó él, sus desdeñosas palabras iban cargadas de desprecio y acompañadas de una sonrisa mordaz.

—En cuanto tenga sus huellas, te lo haré saber.

—Recuerda, Caissa, es la mano derecha completa, no solo sus dedos, y debe ser mañana.

—No te preocupes, querido Ben, tengo una ligera idea de cómo conseguirlas.

—Estamos listos, cada uno buscará la forma de completar el plan, solo tenemos dos días —explicó Ben.

Se dejó caer con todo el peso de su cuerpo sobre el cómodo sillón de su estudio. No podía creer lo que escuchaba, ese equipo Ajedrez había estado jugando sin siquiera hacérselo saber, «¿pero qué más puedo esperar de un

grupo de ladrones?»), pensó furioso. Marcelo tenía colocado dos micrófonos en el ático del Royal Building, sabía que Ben intervino y bloqueó las cámaras de vigilancia, por ello consideró que sería mejor mantenerse al tanto de lo que planeaban. Fue entonces cuando decidió hacer lo que debió en un principio, encontraría la forma de quedarse con todo el dinero, no sin antes entregarle a Heinz todas las piezas del ajedrez en charola de plata, para que los hiciera papilla; sonrió con malicia, sin embargo, algo dentro de él le advirtió que probablemente no era una buena idea jugar al malvado.

El cuartucho de hotel no estaba mal, al menos para su corto presupuesto. Se dio un largo baño y se dispuso a descansar, iban a dar las once de la noche cuando su teléfono lo sobresaltó.

Un número desconocido parpadeó en la pantalla de su móvil, y correspondía a otro Estado.

—Aldana —respondió de forma automática.

—Buenas noches, detective, espero no importunarlo.

—¿Quién habla?

—Eso no importa ahora, y si me lo permite le puedo facilitar su trabajo.

—¿Quién habla?, ¿a qué se refiere?

—Digamos que soy un amigo, y me refiero a la ladrona, puedo decirle dónde estará, estoy al tanto de que la busca y que ha recorrido medio país para encontrarla, yo sé dónde está.

—Igual daré con ella y todo su equipo, ¿cómo sé que no me está tomando por tonto?

—Porque usted no lo es, y ya veo que sabe del juego.

—¿Usted es uno de sus peones?

—No, digamos que soy alguien que la acompañará a dar el próximo golpe; así que se lo pondré de esta manera, o se queda a esperar una entrevista con el

viejo Steele y pierde su tiempo escuchando a un hombre resentido y enamorado, o toma el próximo vuelo y nos conocemos en persona.

—¿A dónde?

—Usted lo sabe, y si estoy en lo correcto ya dedujo a donde ir para buscarla, a pesar de que no tiene más indicios de un próximo golpe.

—Florida —reveló Aldana entre dientes.

—¡Exacto!, es usted muy listo, y ya debe haber investigado a los cinco posibles objetivos de *Caissa*. Así que tome el próximo vuelo a Miami, hospédese donde le plazca y me comunicaré con usted mañana por la noche. El golpe será pasado mañana, no tenemos mucho tiempo.

—¿Por qué haces esto?

—Pronto lo sabrá, hasta mañana, detective Aldana.

CAPÍTULO 32

Se levantó temprano, ordenó su piso y recogió cualquier vestigio de equipo o dispositivo que pudiera comprometerla, decoró como lo hubiese hecho cualquier mujer soltera de su edad y se dedicó durante varios minutos a limpiar con cuidado el ventanal de vidrio con vista a la calle. No quedó satisfecha hasta dejarlo totalmente impecable y libre de manchas. Se alejó unos metros para observarlo como si fuese una costosa obra de arte y una sonrisa amplia de satisfacción adornó su hermoso rostro al notar el estupendo trabajo que había realizado.

Bajó las escaleras con prisa sonriendo como niña en Navidad, pero se detuvo de pronto y su sonrisa se esfumó al percatarse de que Marcelo la esperaba recostado en su coche aparcado a un costado de la calle.

—Buenos días, *mademoiselle* Hood.

—Buenos días, *liante*, —respondió de inmediato con marcado sarcasmo— espero que estés preparado, nos esperan varias jugadas el día de hoy.

—No me parece justo que me llames «Liante».

—¿Ah, no? Según recuerdo fuiste tú quien nos chantajeó para robar a Heinz, así que no veo ofensa en el calificativo.

—Pues según recuerdo, ustedes ya eran ladrones, yo solo les propuse un trato donde todos ganaríamos.

—¿Estás de mal humor hoy, *liante*?, porque yo estoy pletórica de felicidad.

—Ya veo —masculló entre dientes. En su mente varias escenas eróticas protagonizadas por ella y Pegaso le hicieron sentir un duro golpe en el

abdomen.

—Necesitamos las cuentas de Heinz —soltó ella sin más.

—De eso nada, no puedo entregárselas hasta que la segunda fase del plan esté completa.

—¿Cómo diablos piensas que transferiremos los fondos sin esos números? Y te recuerdo que disponemos de muy poco tiempo para hacerlo.

Marcelo estaba en una encrucijada, no confiaba en el equipo de Lori, sin embargo, tenía que poner en sus manos su única garantía.

—Bien, avísame en cuanto tengan las huellas.

—Perfecto, una vez que el *spydrive* transmita los datos saldremos lo más rápido que podamos del lugar y nos reuniremos en Royal Building, te recuerdo que no debes dejar ninguna pista en tu hermosa casa, puesto que es allí donde te buscarán primero.

—Eso déjame a mí, ¿entonces colocaran hoy los dispositivos?

—Sí.

—¿Ya hay alguno dentro de las instalaciones? —sondeó.

Se giró con una sonrisa ladeada, bajó un poco las gafas oscuras y dejó ver el brillo de diversión en sus ojos tan negros como una noche sin luna.

—Eso ya lo sabes, ¿crees que somos un grupito de novatos?, no, liante, sabemos que nos espías —espetó con arrogancia.

—No sé de qué hablas.

—Hablo de los pequeños micrófonos que colocaste en el salón principal y en la cocina.

—No confiaba en ustedes —confesó con gesto de ingenuidad.

—¿Ahora sí lo haces?, porque definitivamente ninguno de nosotros confía en ti.

—Eres dura.

—Siempre.

—¿Normalmente, eres así de agradable con todo el mundo o solo en ocasiones especiales? —indagó con sarcasmo.

—Por lo general dejo salir mi lado más amable cuando estás cerca, así que siéntete privilegiado.

—¿Desde cuándo lo saben? —intuyó que algo no andaba bien, no había lógica en ello; si sabían de los micrófonos, quería decir que cada cosa que hablaban era solo lo que querían que él escuchara.

—Ben los encontró después de tu primer desafortunado encuentro con Marengo. Siempre supimos que no te fiabas de nosotros, pero nos necesitabas.

—A ustedes los necesito como profesionales, pero a ti te necesito de otra manera.

—Ya te lo dije, liante, me tendrás cuando yo decida, no cuando tú quieras.

Descendieron del coche en silencio; frente a Land Chemical Industries, el caballo principal los esperaba en compañía de la torre francesa, sus rostros eran dignos de una partida de póker, apenas advirtió una leve señal que él hizo con los ojos y la confirmación de su hechicera.

Entraron con paso seguro en el edificio y de inmediato se instalaron para simular que iniciarían su trabajo. Poco después Pegaso en compañía de Eiffel buscó a Alina en su oficina para solicitarle unos documentos que no estaban en su poder.

—Ah, lo siento, no sé cuál de las chicas tiene ese informe, señor Dumons —se excusó la joven secretaria algo nerviosa ante su presencia y la mirada implacable de la francesa.

—¿Podemos buscarlo? Es que lo necesitamos con urgencia —pidió sonriente.

—Por supuesto, regreso enseguida.

—No se preocupe, la acompaño. —La siguió de cerca por el amplio pasillo hasta una de las puertas, donde ella levantó su identificación y la colocó sobre el lector, de inmediato una luz verde parpadeó y la puerta se abrió.

—Buenos días, Loretta, él es el señor Dumons, y necesita el informe financiero de pérdidas del año pasado.

La mujer rubia y esbelta se puso de pie y saludó con una sonrisa forzada y un imperceptible gesto con la cabeza.

—Un placer conocerlo, señor Dumons, soy Loretta Adams, creo que lo envié al archivo hace más de cinco semanas.

—¿Podría corroborar, por favor? —pidió él con amabilidad.

—Por supuesto.

Pegaso con el *blockips* en su mano izquierda esperaba una oportunidad para adherirlo al ordenador de la hermosa rubia, sin embargo, ella no se movió de su lugar, por el contrario, se mantuvo los siguientes segundos sentada en su lugar revisando su libro.

—Aquí está. —Apuntó con firmeza sobre una de las líneas—. Fue hace seis semanas, cuando envié ese informe junto con los archivos financieros.

—Gracias, Loretta, ha sido muy amable.

Con un movimiento calculado, se dio la vuelta para marcharse, no sin antes arrastrar con su mano derecha varios *dossiers* y documentos que reposaban sobre su mesa.

—Cuánto lo siento, que torpe he sido, permítame ayudarla —se excusó y de inmediato se inclinó para recoger el reguero de papeles. Su increíble habilidad le permitió deslizar su mano izquierda con delicadeza para insertar el pequeño dispositivo mucho antes de agacharse.

Eiffel se dirigió aprisa hasta la recepción de la oficina de Alexander Heinz.

—Hola, señorita, tal vez no me recuerde, soy...

La joven de tez morena y hermosos ojos café la interrumpió con una sonrisa cálida en su rostro.

—Por supuesto que la recuerdo, usted es Elvira Pierce, una de las contadoras que acompaña al señor Dante, dígame en qué puedo ayudarla.

—Estuve revisando los informes de gastos del mes pasado del señor Heinz correspondientes a viáticos y me parece que falta algo, ¿de casualidad usted tendrá esa información? —investigó Eiffel a modo de ruego.

—De hecho, yo hago reservaciones y ese tipo de cosas, pero los informes

los debe tener el departamento del señor Keller, ¿ya habló con ellos?

—Sí, pero en realidad es que hay algo que no concuerda, en específico, la relacionada a un hospedaje en el hotel Marriott de Las Vegas.

—Sí, recuerdo esa reservación, permítame buscarla, ya regreso.

Se levantó de su lugar y se dirigió a un archivador ubicado frente a su escritorio, concediéndole a Eiffel el tiempo que precisaba para colocar el pequeño dispositivo en su ordenador. También necesitaba la firma de Heinz y era sabido que él usaba hasta tres firmas distintas, aunque en realidad la que requerían era la que utilizaba en los bancos.

—Hay algo más, ¿Clarise es tu nombre, cierto?

—Así es, ¿qué más necesita?

—Hay pagos a nombre de... Chloe Ferreira, cuyo concepto figura como varios y no ubico los cheques.

—Ah, son cheques por gastos personales para la novia del señor Heinz, y no los conseguiré, bueno al menos no con Keller —confesó la joven a modo de secreto.

—¿Qué me sugieres?

—Te diría que fueras con el señor Heinz, pero no creo que sea buena idea, detesta que le pregunten por gastos personales, aunque fueran pagados con la cuenta de la empresa.

—No podré terminar mi trabajo de esta manera —confesó abatida.

La joven se mordió el labio inferior y sucumbió ante el rostro de ruego de la ingeniosa torre francesa.

—Tengo copias archivadas porque soy yo quien se los entrega, y dejo un respaldo en caso de que llegara a necesitarlo, ya sabes, si algún día mi jefe olvida en qué gastó el dinero... —reveló en susurros.

—Te aseguro que yo haría exactamente lo mismo.

—Pero no podrás llevártelos, tendrás que tomar las notas aquí —le advirtió la eficiente empleada.

—Te lo agradezco mucho.

La secretaria la dejó acomodarse en los confortables asientos a un costado de su escritorio sin percatarse de que la hábil falsificadora lo que en realidad hacía era copiar la firma de su objetivo; al tercer intento obtuvo lo que consideró una verdadera réplica.

—¿Nos vamos? —preguntó Pegaso mientras recogía sus documentos.

—No, yo me quedaré a terminar de cotejar estos gastos —declaró Gisele.

Marcelo volteó y logró interpretar la mirada fría que el caballo le dedicó para indicarle que era así como estaba todo planeado.

—Bien, entonces hasta mañana —se despidió con un ligero roce de su mano sobre el hombro de ella.

—Hasta mañana, señor Dante.

Esperó hasta las seis y treinta, cuando casi todo el personal se había marchado.

—Señorita Hoover, ¿trabajando hasta tarde? —El encuentro preparado por su equipo se dio lugar en el ascensor.

—Algo así, debo adelantar el trabajo porque mañana será muy pesado.

—La puedo llevar a su casa, si no tiene inconvenientes —propuso con gentileza.

—Se lo agradezco, iba a llamar un taxi.

En cuanto se puso frente al volante infló de aire sus pulmones y pareció sentirse poderoso. Gisele le sonrió con complicidad y en un gesto de aparente nerviosismo tocó su medallón de brújula y encendió el dispositivo.

—¿Cuánto tiempo llevas de contadora?

—Unos cinco años, pero parecen mil —confesó exhausta.

—Yo no te dejaría trabajar tanto si tuviese un lugar en tu vida.

—No crea, me gusta mi independencia, aunque no niego que muchas veces he deseado tener a alguien que me ayude con las cuentas y a lidiar con otras

cosas.

—¿Eres de Canadá, cierto?

—Así es.

—Cuéntame, ¿qué haces tan lejos de casa?

—Es una larga historia.

—Pues creo que tengo suficiente tiempo.

—Me fui de casa a los dieciocho, mis padres querían dirigir mi vida, y yo como una buena chica, decidí llevarles la contraria, ellos deseaban verme graduada de doctora, sin embargo, la medicina no estaba en mis planes, así que me marché, busqué un empleo, luego otro, y otro, hasta que junté dinero para estudiar lo que me apasionaba.

—¿Cómo terminaste aquí?

—Acepté un empleo en Detroit, luego de eso un amigo me invitó a venir a Miami, y me gustó tanto que decidí quedarme. —Suspiró antes de continuar su relato—. Aquí conocí al señor Dante, y bueno llevo unos meses trabajando para él.

—¿Y estás casada o comprometida?

—No, estoy sola.

—¿Estás sola por elección o tu relación anterior no funcionó?

—Digamos que porque yo no funcioné bien en la relación.

—Eso se escucha complicado.

—Entonces suba, lo invito a una copa y así se lo cuento.

—Solo si prometes llamarme por mi nombre, me siento viejo cuando me tratas de usted.

—¿Vas a subir, Alexander? —solicitó con voz sugestiva que terminó por levantarle a Heinz algo más que el ánimo.

Abrió una botella de vino y sirvió dos copas, su objetivo estaba sentado en el sofá con una actitud expectante y el rostro ligeramente relajado, aunque el lenguaje corporal reveló que estaba ansioso.

—Salud, brindo por los nuevos amigos —sugirió él.

—Y por el trabajo que ha traído esos nuevos amigos —completó ella antes de beber un sorbo y continuar—, ¿lleva mucho tiempo en América?

—En realidad casi toda mi vida, me vine desde que dejé la universidad.

—¿Por qué abandonó sus estudios?

—No tenía ni el trabajo ni el estilo de vida que quería, y para conseguirlo no podía seguir en la universidad, era eso o terminar en las filas de desempleados con un título, o en el mejor de los casos con un empleo de diez horas por unos míseros centavos.

—Lo sé, yo misma hice muchos sacrificios para licenciarme y poder obtener mi primer empleo, aunque no me quejo, la vida ha sido enseñanzas y no desaproveché nada.

—Esa es la actitud que me gusta ver en las personas, detesto la gente que se victimiza por todo, y pretende obtener las cosas a fuerza de compasión de los demás.

—En eso también concuerdo contigo, no le veo sentido a las quejas.

—Y viniendo de las mujeres, hay solo un tipo de quejas que me gusta escuchar —declaró con un brillo lascivo en su mirada.

—¿Eres casado? —sondeó acercándose un poco.

—Divorciado, desde hace ocho años.

—¿Y no has pensado en volver a contraer nupcias?

—Ni siquiera me lo planteo, ¿y tú?

—No quiero compromisos a largo plazo, porque me gusta ser libre, ¿me entiendes, verdad?

—Eres una de las pocas mujeres que no quiere casarse.

—Pues para mí hay otras opciones mucho más atractivas —afirmó con descaro, al tiempo que se cruzaba de piernas.

—¿Tan traumatada estás de tu relación anterior?

El rostro de Gisele se ensombreció, ladeó la cabeza hacia el ventanal y bebió el resto de su copa. Sin decir nada se acercó hasta llegar al sitio que la separaba del exterior con un impecable vidrio transparente.

Se mantuvo unos segundos con la mirada perdida y sus pensamientos en el lugar que por mucho tiempo fue su pesadilla, era la única manera de obtener lágrimas genuinas que removieran el alma de ese hombre, era una jugada sucia y lo sabía, pero no tenía otra alternativa más que usarla. Supo que el plan dio resultado cuando notó la respiración cálida de Heinz muy cerca de su nuca.

—Ha de ser algo muy difícil de lo cual te cuesta hablar, pero no te preocupes ya habrá tiempo para eso —susurró con voz ronca cerca de su oído.

Se dio la vuelta con lentitud y enfrentó la mirada oscurecida de los ojos azul intenso de Heinz. Permanecieron en silencio observando cada uno de sus gestos, él trató de colocar sus manos sobre ella, pero percibió el movimiento esquivo de la hermosa mujer que lucía más frágil que antes, así que colocó ambas manos sobre el vidrio del ventanal a la altura de su cabeza, para encerrarla con sus brazos. Se acercó a sus labios, y fue como si por el hecho de no tocarla hubiese sido premiado con aquel beso sensual, que para ella duró y disfrutó más de lo planeado, quizás porque en su imaginación era Marcelo quien la besaba.

Reaccionó de forma inesperada cuando sintió la presión del cuerpo de Heinz sobre el suyo, y toda la masculinidad vibrante de su entrepierna que la restregaba con descaro, lo empujó y se separó de forma abrupta.

—Lo siento, Alexander, disculpa es muy pronto para esto —declaró antes de escabullirse bajo el arco del brazo del aquel imponente hombre.

—Yo no lo siento, aunque concuerdo en que es muy pronto, ha sido una velada maravillosa y antes de marcharme quiero saber si te gustaría acompañarme a Las Vegas, estaría encantado de llevarte conmigo.

«¿Llevarme con él? ¿Acaso cree que soy un accesorio?», pensó con desdén.

—No lo creo, es muy pronto —vaciló al hablar.

—Piénsalo y, aunque te decidas a último minuto, esperaré por ti.

En ese instante fue cuando se dio cuenta de que era a ella a quien pretendía

llevar de viaje y no a Chloe.

—Si cambio de opinión te lo haré saber, gracias.

—Estaré esperando, adiós, Loraine. —Se despidió de ella con un beso fugaz en la mejilla.

En cuanto el alemán desapareció tras la puerta, fue directo a la biblioteca, se arrodilló frente al sencillo mueble de madera, de la parte inferior extrajo una pequeña valija con un ordenador y una pantalla de lectura biométrica, después de encender ambos, levantó el sofisticado equipo para extraer una especie de papel film transparente. Con mucha delicadeza lo llevó hasta el ventanal y lo adhirió al vidrio donde quedaron impresas las huellas de ambas manos de su objetivo, frotó con movimientos circulares hasta que logró transferirlas.

Con el mismo cuidado regresó hasta el equipo que permanecía en el suelo y la acomodó con delicadeza sobre la pantalla del lector dactilar. Casi de inmediato esta fue enviada al ordenador.

—Fase dos completa, correspondencia en camino —anunció mediante una llamada telefónica a Ben, con una sonrisa de satisfacción que iluminaba su rostro.

—Copiado, la estoy leyendo, buen trabajo, mañana daremos la fiesta, espero que tengas tu vestido de coctel preparado —confirmó Ben.

—Sí, estará listo, será un buen festín, con un excelente banquete, cambio y fuera.

CAPÍTULO 33

Carlos caminaba de un lado a otro como fiera enjaulada en la diminuta habitación de apenas unos cuantos metros; cada diez minutos miraba su reloj, después daba un vistazo por la ventana del motel de baja categoría donde se hospedó y luego repetía el ritual una y otra vez.

Eran las nueve de la noche y la espera se había vuelto angustiada. Después de haber recibido la extraña llamada la noche anterior, salió como rayo directo al aeropuerto en busca del vuelo más próximo a Florida, fue una noche de altibajos, y un día de contratiempos, esperaba poder obtener lo que había ido a buscar.

El timbre de su teléfono lo alertó.

—Aldana —contestó con voz templada.

—Lo espero en cinco minutos en la cafetería que está al doblar la esquina; y, por favor, no se moleste en pedir refuerzos que no los necesitará, además ya sé que trabaja solo en el caso.

—¿Cómo sabe que estoy...?

La llamada quedó interrumpida por el zumbido intermitente que le indicó que su interlocutor había colgado.

Muchas dudas lo asaltaron, en ese instante comprendió que lo habían seguido, y que era muy probable que se tratara de una trampa, aunque la curiosidad superó sus dudas, estaba a un paso de hallar a la ladrona, y de pronto alguien le ofrecía entregársela, era demasiado fácil.

Se acercó con prisa al establecimiento, al abrir la puerta el aroma del café y

de la comida rápida fueron lo primero que percibió, hizo un recorrido visual del lugar, varios comensales en solitario o acompañados disfrutaban sus platillos. No obstante, dejó la mirada fija sobre un joven de ojos azules muy brillantes que estaba sentado al fondo, y que al notar su presencia le sonrió con complicidad haciéndole un ademán para que se acercara.

Se aproximó con lentitud, su mano instintivamente se coló bajo la chaqueta para tocar su arma.

—Detective Aldana, tome asiento. ¿Gusta tomar un café o algo de comer?, noté que no ha comido.

El joven masticó despreocupado su bocado, a simple vista parecía inofensivo, aunque también confiado y arrogante; era obvio que, debido a la ventaja por haberlo mantenido vigilado, esto le causó cierta incomodidad y molestia a la vez, puesto que se suponía que él era el policía.

—Deje su arma donde está, no se preocupe, no estoy armado —sugirió en voz baja.

Carlos tomó asiento, suspiró y ordenó un café.

—Veo que ya me conoces y también me vigilas, ahora dime lo que quiero saber, ¿quién eres?, ¿dónde está ella?, y lo más importante: ¿por qué quieres ayudarme?

—Vamos con calma, ya le dije antes, soy un amigo, y no se preocupe lo llevaré con ella y todo el equipo en cuanto me garantice que me ayudará.

—Trabajas con ella, ¿cierto?

—Sí, no hay razón para negarlo.

—¿Por qué la delatarías si sabes que también irás a la cárcel?

—Digamos que diferencias de opiniones han creado ciertas molestias en nuestro trabajo.

—¿Cuántos son?

—Eso depende.

—¿Depende de qué?

—De si me incluye a mí.

—Supongamos por un momento que no estás incluido.

—En ese caso hablamos de cinco.

— ¡Lo sabía! —declaró entre dientes—. ¿Qué es lo que quieres?

—Primero, que conozca mis razones, nuestras razones para hacer lo que hacemos, y estoy seguro de que algo en usted está... digamos que de acuerdo.

—Soy un funcionario de la ley, no puedo avalar ni aprobar el delito.

—Eso depende desde cuál perspectiva lo mire.

—Te preguntaré una vez más, ¿qué es lo que quieres?

—Protección.

Carlos suspiró, tomó un sorbo de café y se recostó en el respaldo de su asiento con la mirada puesta sobre aquel joven que no dejaba de sorprenderlo.

—¿Y si no puedo darte lo que pides?

—Sería lamentable, sin embargo, estoy seguro de que dará con el equipo por sus propios medios; de todas formas, le ofreceré una perspectiva diferente a la que ha tenido toda su vida, y no le diré dónde estará ella y los demás hasta dentro de doce horas, que es cuando será el golpe. Mírelo de esta manera, tendrá doce horas para reconsiderarlo.

—Te escucho.

Se quitó las zapatillas de tacón y sirvió un whisky, necesitaba algo fuerte, se acomodó en el sofá para degustar la bebida ambarina que pasó por su garganta como un delicioso aliciente. De pronto se sintió desvergonzada, la sola idea le causó gracia.

—Estás aprendiendo a manejar el asco hacia tus objetivos, ¡felicidades, Gisele! Premio a la mejor actuación —se dijo a sí misma con el vaso levantado en un brindis solitario.

El timbre de la puerta la sobresaltó, pensó que quizás Heinz se había arrepentido de haberse marchado tan pronto.

Quedó inmóvil al ver a Marcelo frente a su puerta entornada.

—¿No me invitas a pasar? —Su voz era ronca y suave a la vez.

Tenía una extraña mirada y sus labios curvados en una sensual sonrisa la estremecieron.

—Creo que es algo tarde.

—Apenas la noche comienza, además acabo de ver marcharse a Heinz, así que deduzco que debes tener algo de información.

—Sí, tengo sus huellas, ¿algo más? —preguntó con acritud.

—De hecho, sí —afirmó él en un susurro antes de dar un paso hacia adelante y sujetarla con firmeza por la cintura. Como un huracán en medio de la penumbra, avasalló su boca con un beso cargado de sensualidad, sus cuerpos ardientes de deseo y hambrientos de pasión se agitaron con la extraña sensación de necesidad de fundirse el uno con el otro.

Casi de forma sincronizada se despojaron de sus ropas a toda prisa. Él se separó uno centímetros para poder observar la silueta perfecta de su hechicera, sus ojos negros como la noche brillaban como si una gran estrella los adornara, exhaló con fuerza al notar que sus labios se curvaron en una incitante sonrisa. Percibió las delicadas manos que se deslizaron por su torso y brazos, como si ella quisiera memorizar toda la extensión de su cuerpo con sus dedos, por primera vez experimentó unas ganas irreprimibles de abrazar con fuerzas a una mujer, sintió que su propia piel se erizaba con cada roce, y a ella parecía divertirse verlo tan vulnerable, la tomó entre sus brazos y sin tiempo que perder la llevó hasta la habitación.

La tumbó de espaldas en la cama para llenarla de cálidos besos, se sentía impaciente, feliz, emocionado, excitado, tantas emociones y todas eran provocadas por una sola mujer, una con apariencia de ángel y temple de demonio.

Se dejaron arrastrar por el placer de sentirse fusionados en aquella intimidad tan ansiada por ambos, sin restricciones de ningún tipo. Gisele recorrió el cuerpo tonificado de Marcelo con caricias toscas y dispersas,

estaba excitada y lo deseaba con locura. Sintió la boca ardiente que la condujo por el camino de perdición hacia el infierno de la lujuria, hasta el punto de que casi le rogó que la hiciera suya.

Sin más dilaciones sacó un preservativo del bolsillo y se enfundó con rapidez antes de quitarse el pantalón y hundirse en ella con un embiste glorioso, presuroso y lleno de pasión.

Sus cuerpos se movían con desenfreno en una danza erótica, caliente y delirante, con embistes duros, certeros y deliciosas sacudidas. Atrapó cada gemido de su hechicera con besos más exigentes y húmedos que los anteriores, la prisa por alcanzar la cima del éxtasis los enloqueció hasta el momento en que mirándose a los ojos la chispa se convirtió en una gran hoguera que los consumió a ambos en el placer.

Quedaron tumbados boca arriba con sus respiraciones todavía agitadas.

—Espero por tu bien que no te prendes de mí, rubio —comentó ella con la respiración entrecortada.

—Perdona, ya lo estaba desde el día que te vi en la cafetería.

Ella rio con desenfado, y provocó en él una nueva erección, pero debía ser cauteloso, no sabía con qué saldría esa fierecilla. Se incorporó un poco sobre ella que permanecía tumbada sobre la cama.

—¿Qué te parece si hacemos una tregua? —propuso él.

—Ya lo hemos hecho, y considero que con un buen comienzo —reveló con un guiño.

La observó durante unos segundos.

—Te he estudiado como si fueses mi asignatura pendiente —confesó casi sin pensar.

—¿Ah, sí? ¿Y qué has descubierto?

—Que no te agradan las personas con una posición económica privilegiada, incluida la realeza.

—Solo cuando esas personas han logrado su posición pasando por encima de los menos afortunados —reveló con el rostro ensombrecido por la tristeza.

Se puso de pie y se perdió tras la puerta del baño. Marcelo aprovechó para colocarse de nuevo el pantalón y buscar dos vasos con whisky, la noche sería larga, y no pensaba perder el tiempo.

Contuvo la respiración al verla aparecer en ropa interior y tomar asiento a su lado.

—No tienes idea de cuántas veces imaginé este momento. Recreé una y otra vez en mi mente el movimiento de tus labios al hablar y esa sonrisa ladeada que tienes; iría al mismo infierno para verla otra vez.

—Te advertí que nada de apegos ni sentimentalismos, ¿verdad?

—Tu advertencia fue mi perdición, estaba deseoso de conocer a alguien así, no sabes lo mucho que te deseo.

—Y no sabes lo mucho que me desearás después de esta noche.

—Eres perfecta.

—Las mujeres perfectas no existen, liante —espetó ella.

—Pues los príncipes azules tampoco —respondió con una mueca de burla.

—Eso ya lo sabía —refutó con molestia.

—Lo que no sabías es que puede existir un hombre tan imperfecto que se amolde a ti, a tu personalidad y a tu vida —explicó él.

—¿Qué quieres, liante? —cuestionó con una sonrisa provocadora.

—No me llames así, eso no es cierto, ¿tienes problemas con las figuras de autoridad?

—Por supuesto que los tengo, odio seguir órdenes.

—Será porque eres tú quien siempre las da.

—O tal vez porque no tenía un imbécil como tú en mi equipo.

Ambos rieron abiertamente y brindaron mirándose a los ojos.

—Eres una mujer fuera de serie, y muy arrogante, ¿lo sabías, verdad?

—Por supuesto, es parte del paquete.

—Me irrita tu arrogancia, aunque confieso que me excita sobremanera cuando actúas como una mujer insensible. ¿Desde cuándo robas?

Suspiró profundo y dio trago a su bebida antes de devolverle la mirada.

—Desde los dieciséis, y si vas a interrogarme, será mejor que también estés dispuesto a responder ciertas dudas que tengo acerca de ti.

—Tenemos un trato.

CAPÍTULO 34

—¿**P**or qué fingiste ser viudo?

—Ya te lo dije, provoca una especie de muro entre las féminas y yo, es una excusa perfecta para evitar ataduras. —Hizo una pausa—. ¿Cuál es tu nombre y de dónde vienes?

—Gisele Fleur, y nací en Francia, o al menos eso creo, me crie en un orfanatorio de donde escapé a los dieciséis años.

—¿Fue en Francia donde conociste a Pegaso?

—Sí, es alguien muy especial para mí —reveló con una ligera sonrisa.

—¿Tuvieron algún tipo de romance?

—No. —Sonrió abiertamente y negó con la cabeza—. Por el contrario, él fue quien me recogió de las frías calles, a veces ni siquiera comía, algunas jovencitas se prostituían para poder comer, y yo no deseaba hacer eso, así que tuve que convertirme en ladrona para sobrevivir, él me observó cuando yo deambulaba sin rumbo por un mercadillo robando comida, así que se ofreció a ayudarme, me dio cobijo en su casa, comida, y me enseñó a perfeccionar el arte de robar sin ser pillada, es el único del que estoy segura de que jamás me abandonaría.

Respiró aliviado al enterarse de la verdadera razón por la cual el caballo principal era tan sobreprotector con ella.

—¿Por qué ocultan sus verdaderos sentimientos?

—Nuestra vida está bajo la espada de Damocles, siempre corremos el riesgo de ser atacados en nuestros puntos más vulnerables.

—¿Debo suponer que ahora confías en mí?

—Supones mal, después de este golpe no volverás a saber de mí, así que te dejaré la mejor de las impresiones. —En cierta forma era verdad, ella deseaba dejar en él al menos un recuerdo agradable.

—Trataré de hacer lo mismo entonces.

—Ya lo has hecho, «*monsieur*[28] Liente».

—Imagino que has ahorrado algo de dinero para cuando decidas retirarte, ¿a dónde irás?

—No lo sé, y no tengo mucho dinero, ya que donamos el noventa por ciento de lo que robamos.

—¿Es una broma?

—No lo es, el resto lo distribuimos en partes iguales, eso es suficiente para los gastos y seguir trabajando y, si pensabas en robarme, debiste investigarme primero, es la regla de oro en el negocio.

—No pensaba en robarte, pero es algo que se me hace un poco difícil de digerir.

—No tengo lujos, Dante, no puedo dármelos, quizás para ti un lujo sería comprar el último modelo de la Ferrari.

—Lamborghini —interrumpió él.

—Bien, un Lamborghini entonces —corrigió ella— o una gran mansión en Beverly Hills, pero para mí un lujo es disfrutar de la compañía de alguien, enamorarme, o esto. —Señaló a ambos con el dedo—. Tener una charla insustancial con alguien a quien no volveré a ver nunca más. —Suspiró antes de continuar—: los amigos, la familia, los momentos íntimos y el amor son un lujo que me está negado.

—¿Por quién?

—Por mí misma.

—¿Y si comienzas a verlo como una necesidad?

—No lo entiendes, Dante, mis necesidades no son la prioridad.

—Nunca conocí a alguien como tú.

—Ni lo harás, a menos que el orden de las cosas cambie, y estoy convencida de que eso no sucederá; aunque mantengo la esperanza en que las personas comiencen a tomar conciencia de lo que nos rodea y comprendan que darles a esos niños tan solo un poco de lo que tienen haría una gran diferencia.

Permanecieron callados durante unos segundos, se sentía cada instante más prendado de ella.

—¿Fleur?, es flor en francés —preguntó él para romper el silencio que comenzaba a volverse incómodo.

—Sí, me abandonaron en una caja de cartón en la puerta del orfanato, iba envuelta en una manta floreada y a mi lado tenía un lirio blanco. Y tú, ¿dónde te hiciste esa cicatriz? —indagó al rozar con sus dedos en un costado del cuerpo de él.

Él suspiró y quiso evadirla con una mentira, pero algo lo movió a contarle la verdad.

—Fue un accidente automovilístico. —Hizo una pausa, pero al notar que ella permaneció atenta decidió continuar—: mis padres discutían siempre porque mi padre era un puto infiel, y mi madre se refugió en el alcohol para ahogar sus penas. El día que decidió abandonarlo, como de costumbre estaba ebria, él trató de impedirle que cogiera el coche, pero lo ignoró, así que emprendió la marcha conmigo en la parte trasera y mi padre a su lado. Discutían mientras ella conducía a toda velocidad, él trató de hacerla parar, pero ella sujetó el volante con más fuerza y nos estrellamos contra un camión de carga.

Gisele abrió sus hermosos ojos negros, sorprendida ante ese revelador y desgarrador pasado de Dante.

—¿Qué edad tenías?

—Cinco años.

—¿Y recuerdas todo eso?

—Sí, también recuerdo haber despertado una semana después del sepelio de

mis padres, sabiéndome huérfano y bajo la custodia de un tío que casi me deja sin patrimonio.

—Ahora entiendo —consideró al asentir con la cabeza.

—¿De qué hablas?

—No quieres compromisos porque en el fondo temes hacerle lo mismo a la mujer con la cual te cases.

—Es posible, ¿y tú por qué no quieres compromisos?

—Viví en un orfanatorio rodeada de niños tristes, enfermos, llorosos, y muchos de ellos sufrían por inanición, eso no es justo, no voy a traer niños al mundo y tenerlos bien alimentados y cuidados, mientras que otros han sido abandonados como una peste. No me siento capaz de formar una familia, es algo a lo que ya renuncié para lograr mis metas.

Después de tantos años, ese recuerdo seguía siendo tan asombrosamente vívido y deprimente.

—Percibo tristeza en tu voz al hablar acerca de ello, ¿todavía te afecta?

—Sufro de insomnio debido a que aún escucho el llanto de mis hermanitos y veo sus caritas mugrientas llenas de tristeza y dolor, odiando sus vidas a tan corta edad.

—Lo siento, no quise incomodarte con ese tema, ¿hay algo más que quisieras saber acerca de mí? —indagó con una sonrisa lobuna y elevando las cejas un par de veces, lo cual la hizo sonreír de nuevo.

—De hecho, quisiera saber qué significa ese tatuaje. —Había quedado cautivada por la preciosa obra de arte que consistía en una brújula sobre triángulos y círculos ubicada en la parte posterior del brazo, y abarcaba desde el tríceps hasta el hombro, donde el norte estaba señalado con un ave fénix que rompía el borde de la esfera al salir, dejando trozos de cristal a su alrededor.

Sonrió desganado antes de aclarar.

—Eso me recuerda de dónde vengo, y que pase lo que pase, las cenizas serán un comienzo y no un final.

—Bastante profundo.

—¿Y ese lobo atrevido en tu espalda baja? —Señaló hacia ella.

—Es una hembra alfa, que lidera su manada y haría cualquier cosa para defenderla.

—Me gusta, ¿deberías hacerlo permanente no crees?

—Podría ser. —Hizo una pausa para llenar sus vasos—. Hay algún lugar que quisieras recorrer.

—Sí, de hecho, hay muchos, sin embargo, por ahora estoy interesado en uno que me encantaría, y son las curvas que van desde tu cintura hasta tus piernas.

—No seas adulator, me refiero a una zona donde quisieras permanecer y establecerte.

—Sí, en tus brazos.

—Eres irritante, quiero decir un lugar donde quisieras habitar y no salir nunca más de allí.

—Por supuesto, tu corazón.

—Tienes un don envidiable para evadir preguntas incómodas.

—De acuerdo, me gustaría vivir en Belice. ¿Y a ti?

—En Marruecos.

La miró con lujuria antes de arrojarle sobre ella como si quisiera devorarla con sus besos, aunque esta vez fue ella quien tomó el control, le dio la vuelta sobre la cama para quedar encima de él, y hacerlo suyo como lo deseó desde el primer momento en que lo vio.

Las tres horas de conversación con Marengo habían dejado a Carlos intranquilo, y hasta deprimido; sus emociones se estrellaron contra sus convicciones lo que provocó un caos emocional, jamás había traicionado sus creencias. La ley y la justicia eran su estandarte, sin embargo, esa charla

había cambiado algo en él, tenía apenas doce horas para considerar la propuesta; era el tiempo que le había dado para entregarle a la ladrona y al equipo de maleantes que lograron sacarle arrugas en escasas semanas. No comprendía en qué momento traicionar sus ideales se había convertido en una opción, y debía tomar una decisión cuanto antes. Su conciencia le indicaba con claridad lo que debía hacer, sin embargo, lo que más le inquietaba era la pregunta que rondaba su cabeza «¿por qué me siento tan jodidamente mal si estoy haciendo mi trabajo?»

Sin más dilaciones tomó su teléfono móvil para hacer la llamada respectiva.

—Soy el detective Carlos Aldana de la policía de Nueva York, necesito hablar con el sargento Marc Terrence, o en su defecto con el teniente Daniel Lewis.

Despertó a cinco de la madrugada, desorientada y aturdida. Se giró para observar al hombre que dormía con placidez, era bastante atractivo, con apariencia de modelo, sin embargo, su pasado lo perseguiría para siempre, al igual que a ella. Se desperezó y se levantó para prepararse, sería un día de mucha actividad.

—Huele a rico café. —Marcelo se acercó a la cocina con la camisa abierta y el pantalón sin abotonar, y se recostó con intimidad detrás de ella.

—Podría jurar que está mejor que el de tu cafetera, ¡y quita ya esa monstruosidad de mi trasero!

—Preciosa esa monstruosidad tiene vida propia, y deberías sentirte halagada que cuando está cerca de ti se levanta, lo que es propio de un caballero frente a su dama.

Lo esquivó y se acercó a la mesa del comedor.

—Siéntate, te pondré al tanto de la última jugada.

—Eso suena a despedida.

—Lo será.

—Huye conmigo, Gisele. —La propuesta la descolocó por unos pocos segundos.

—Debí haberte dicho que no debes llamarme por mi nombre, a menos que corramos algún riesgo el día de hoy.

—Ven conmigo, comencemos en otro lado.

La miró con una expresión de interés y cariño genuino que la enterneció y provocó una serie de extrañas emociones que había evitado durante mucho tiempo.

—No puedo, siento haberte dado la impresión de que me quedaría contigo, pero tengo una meta que cumpliré hasta que muera, y no te pienso arrastrar en una vida llena de aventuras delictivas por mis ideales, cuando estoy convencida de que los tuyos se limitan a ti mismo.

—No seas dura, anoche... debí decirte que en aquella oportunidad que me criticaste por ser tan superficial pensé mucho en que nunca hice nada por nadie, excepto por mí mismo.

—Es bueno saberlo, pero eso no te convierte en una pieza de mi equipo.

—No quiero formar parte de tu equipo, sino de tu vida, estoy convencido de que somos el uno para el otro —arguyó envolviendo las frágiles manos en las suyas.

—Olvídalo, Dante, sin sentimentalismos baratos, no me voy a dejar empalagar por un hombre que apenas conozco, solo por una noche de buen sexo.

—Admito que fue mejor de lo que esperaba, sin embargo, no se trata de eso, es algo mucho más complejo, algo que tiene que ver con tu manera de ver el mundo que me ha hecho cuestionarme a mí mismo, necesito estar más tiempo contigo y saber más de ti.

—Ya sabes todo lo que necesitas saber, y ahora centrémonos en nuestro plan y entrégame las cuentas de Heinz.

Sabía que había sido dura, pero no debía flaquear o mostrar debilidades,

aunque en el fondo sintiera deseos de seguir viéndolo. Estaba decidida a desprenderse de un tirón de ese pinchazo en el corazón cuando pensaba en que no lo volvería a ver nunca más.

Tenían todo preparado para dar el golpe, Marcelo se marchó apenas terminaron de ajustar los detalles del plan, evitó pensar en cualquier cosa que la distrajera de su objetivo, y eso incluía a Dante.

—*Caissa* lista para el jaque.

—Equipo preparado y en sus posiciones.

—Torre uno en su lugar.

—Torre dos al mando.

—Caballo uno en espera de órdenes.

—¿Dónde rayos está Marengo? —gruñó Gisele.

—No lo he visto desde anoche —aclaró Eiffel

—¡Maldición él debía tener arreglada la salida! —gritó más alterada que de costumbre, sabía que el mínimo error podía costarles su libertad, y hasta la vida.

—Descuida, mi dama, tomaré su lugar —afirmó Pegaso presto a solventar la situación.

—Perfecto, Ben, por favor, ubícalo, no vaya a ser que esté en alguna de esas discotecas de veinticuatro horas, no podemos abandonarlo.

—Entendido.

Para el momento en que ingresaron en las oficinas de su objetivo tanto las cámaras como todos sus sistemas de seguridad estaban bajo el mando de Big Ben que desde su furgoneta aparcada a una cuadra podía controlarlo todo.

Se acomodaron en la sala de reuniones, sus miradas expectantes esperaban el momento indicado para actuar, en menos de dos minutos una ensordecedora alarma se activó para indicar que había un incendio en algún lugar que sus sistemas no ubicaban, por cuanto ordenaron desalojar el edificio, se creó un extraño caos, los empleados salieron a toda prisa y dejaban tras ellos las puertas abiertas. La llamada a los bomberos fue

interceptada por Ben, quien ya tenía el control total sobre los sistemas y cámaras de seguridad de Land Chemical Industries y les concedió tiempo extra que Gisele aprovechó.

Esperó hasta ver bajar a la secretaria de Heinz para colarse hasta su oficina y abrir la cerradura de la entrada con una pinza para el pelo, caminó aprisa hasta la puerta a un costado de la inmensa oficina, deslizó hacia arriba la cubierta del lector dactilográfico y colocó encima una película de acetato transparente con la huella de su objetivo.

Escuchó un pitido antes de desbloquear el sistema, se ubicó frente del servidor e insertó el *spydrive*.

—*Cheval de Troie en cours*^[29] —anunció la dama antes de salir apresurada y reunirse en el pasillo con el resto de su equipo.

CAPÍTULO 35

Aldana junto al sargento Gabriel Torres estaba a cargo de la misión; acompañados de un grupo de policías se acercaron sigilosamente y rodearon con discreción la furgoneta; había solicitado a una atractiva oficial de tránsito que llamara a la puerta del coche y fingiera que levantaba una multa, sabía que el vehículo contaba con cámaras que daban al exterior. Conocía las características del rufián que estaba dentro, y de su debilidad hacia el sexo opuesto, gracias a la información precisa suministrada por su informante.

Big Ben abrió la puerta con una sonrisa espléndida dirigida a la voluptuosa fémina enfundada en uniforme azul.

—¡Quieto! Camina lentamente hacia mí con las manos sobre la cabeza. — La voz del detective lo sobresaltó, varios policías apuntaron sus armas directo hacia él.

Trató de sobreponerse al contratiempo, proceder como una verdadera torre del tablero y actuar con rapidez.

—¡Ah, que divertido!, el mismísimo *sheriff* de Nottingham en persona de visita en nuestro humilde bosque de Sherwood —alertó a sus compañeros por el micrófono que llevaba colocado.

—Quítate los audífonos y tíralos al suelo —ordenó Aldana antes de escuchar al sargento Torres—. Aldana, hágase cargo, voy adentro.

Gisele junto con Marcelo, Pegaso y Eiffel al escuchar la advertencia de Ben se apresuraron para escapar, y sin demora se dirigieron a la salida de emergencia.

—Debemos separarnos —sugirió Caissa con actitud fría y calculada.

No estaban al tanto de lo que sucedía, sin embargo, habían escuchado a la torre inglesa, y sabían que de alguna manera el sabueso había dado con ellos, y nadie lo vio venir.

—¡Alto, quédense donde están! —La voz del detective se escuchó por encima del ruido ensordecedor de la alarma contra incendio—. ¡Al suelo, no tienen escapatoria, todo el perímetro del edificio está cercado!

Levantaron los brazos en silencio, se miraron entre ellos, y sus ojos revelaron el descubrimiento de una triste realidad. Varios policías se arrojaron sobre ellos para colocarles las esposas y tumbarlos boca abajo en el suelo de la salida hacia las escaleras.

—Tienen derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que digan puede y será usada en su contra en un tribunal de justicia. Tienen el derecho de hablar con un abogado y que un abogado esté presente durante cualquier interrogatorio. Si no pueden pagar un abogado, se les asignará uno pagado por el gobierno. ¿Les han quedado claros los derechos que les he mencionado? —advirtió el sargento Torres dirigiéndose a ellos.

En ese preciso instante Aldana entró en el lugar con la respiración entrecortada por haber corrido por las escaleras. Aunque sabía que todos lo miraban con atención, él solo tenía ojos para mirarla a ella; sintió una especie de opresión en su pecho y el pulso se le disparó. Tras él una voz conocida por todos irrumpió de forma inesperada.

—¡Prometiste que no los tratarían como delincuentes!

Gisele sintió que un pasmoso frío recorrió su espina dorsal, y la incógnita se reveló como un gran abismo que se había abierto bajo sus pies.

—No prometí nada, y no los maltrato, es parte del procedimiento, deben ir esposados —aclaró el detective con severidad.

—¡Detective Aldana, espose al informante! —le ordenó Torres al notar su indecisión— No sé cómo hacen las cosas en Nueva York, pero aquí cuando un informante es cómplice, también es esposado y escoltado a la comisaría,

así que proceda.

Carlos suspiró y se apresuró a obedecer.

—Thomas Blake, queda usted arrestado, tiene el derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que diga puede y será usada en su contra en un tribunal de justicia. Tiene el derecho de hablar con un abogado y que un abogado esté presente durante cualquier interrogatorio. Si no puede pagarlo, le será asignado uno pagado por el gobierno, ¿le han quedado claros sus derechos?

Como si hubiese esperado tal cosa el impetuoso caballo se limitó a levantar las manos en señal de rendición, sus ojos azules centelleantes observaron con reproche al detective en quien había confiado.

—¡¡Sargento Aldana, el sospechoso ha escapado!! —La voz gritona y balbuceante proveniente del transmisor portátil se escuchó con claridad.

—¡Maldición! ¡¿Cómo diablos ocurrió eso?!

—La furgoneta echó andar con él dentro —trató de explicar su interlocutor.

—¿No lo siguieron?

—Sí, señor, pero lo perdimos en algún lugar a cuatro calles de aquí.

Caissa miró a su caballo mitológico, quien le hizo un guiño que la tranquilizó de inmediato, una pieza había huido, y nos los dejaría solos, al menos eso deseaba creer. No quería pensar que Ben le hubiese jugado sucio junto con Marengo.

—¿Había alguien más y no te diste cuenta? —indagó Aldana ofuscado por la situación.

—No, señor, al parecer era controlada por un mando a distancia.

El detective los miró a todos con frialdad, antes de dar la orden.

—Andando.

Hundió el pie en el acelerador y logró aventajar a la patrulla por casi un kilómetro. Sonrió nervioso al divisar la entrada a un taller de reparación de

coches donde se ocultó antes de que uno de los peones del equipo bajara con rapidez el portón metálico, dejando fuera de la vista la furgoneta. Ben estaba seguro de que ni siquiera con las cámaras viales lo encontrarían, puesto que también las tenía controladas.

—¿Qué sucedió?! ¿Dónde está el resto del equipo?, ¿y la dama? —El joven desgarbado con ropa manchada de grasa esperaba expectante su respuesta al lado de la ventanilla.

—Los atraparon. —La voz entrecortada denotó preocupación.

—¿Cómo escapaste?

—Activé el mando a distancia que instalaste, lo inserté en mi reloj de pulsera.

—Debemos hacer algo —sugirió el chico al tiempo que estrujaba su cabello ya desarreglado.

—Lo haremos, mis amigos no se quedarán en la cárcel —concluyó Ben convencido.

Los llevaron a celdas separadas, Aldana se encargó de que los mantuviesen incomunicados.

Se dirigió hasta la oficina del jefe de departamento con toda la información que tenía de sus recién capturados ladrones.

—Aquí tiene los expedientes, teniente, la joven conocida entre ellos como Eiffel es Amelie Géreux, es de nacionalidad francesa, tiene veintitrés años de edad, falsificadora y estafadora; su habilidad para imitar documentos, firmas y sellos no tiene precedentes. Su compatriota es Jean Pierre Dumont, llamado Pegaso, es un ladrón de cincuenta y dos años de edad, con la destreza para robar a cualquiera frente a sus narices, además es un experto negociador de obras de arte, así como de joyería y títulos de valor. Nuestro informante es Thomas Blake, y lo apodan Marengo, tiene treinta y dos años de edad, es

estadounidense, es el encargado de escoger a sus víctimas y preparar la información que les interesa, se mueve en la alta sociedad como pez en el agua; por lo general crea y prepara los escenarios adecuados para la aparición y posterior desaparición de su jefa, él borra cada huella, si es queda alguna. Su estilo de vida contrasta mucho con la de los demás integrantes del equipo, le gustan las fiestas, bares, pubs y, por supuesto, las mujeres. Utiliza cada lugar que visita con el propósito de hallar o seguir a la siguiente víctima, frecuenta lugares exclusivos para millonarios y fraterniza con ellos. El otro integrante es Paul Grey, se hace llamar Big Ben, es británico y un *cracker* habilidoso de veintiocho años de edad que puede vaciar las cuentas bancarias de cualquiera, además es un delincuente informático que se cuela en cualquier servidor o sistema de seguridad con fines delictivos; ya tenemos un grupo especialista de rastreo tras él —acotó antes de continuar—. La líder del equipo es Gisele Fleur, quien se hace llamar Caissa o Dama, es francesa de aproximadamente veinticinco años de edad, lo cual no hemos podido determinar debido a que no posee registros dactilares en ningún sistema de reconocimiento dactiloscópico... ella no posee huellas digitales. —Hizo una pausa al recordar la impresión que sintió al ver esos delgados dedos carentes de algún signo de identificación—. Es una ladrona en serie con más de ocho víctimas en su haber, se especializa en abrir cajas fuertes, posee conocimientos de tecnología, computación, sistemas de seguridad y alarmas; según el informante hay que tener cuidado con ella porque practica con regularidad artes marciales mixtas. Por último, Marcelo Dante Molina, es un estafador británico de cuarenta y dos años de edad, que ha actuado durante mucho tiempo bajo el perfil de un simple contador, su verdadero nombre es Máximo Beaumont, quien se forjó una nueva identidad por motivos que desconocemos, sospechamos que pretendía, junto con el equipo, robar a Alexander Heinz, aunque sin saberlo también era otra víctima. Este equipo llamado por ellos «Ajedrez» está conformado por dos caballos, dos torres y una dama; hasta el momento no tengo información de si Dante pretendía

unirse al equipo.

—¿De qué se les acusa? —indagó el jefe con el rostro contraído.

—Dentro de los cargos figuran los de hurto, complicidad, asociación ilícita para delinquir, falsificación de documentos y fraude cibernético.

Dejó escapar el aire contenido en los pulmones y esperó durante unos segundos la respuesta del jefe de policía que seguía con los ojos clavados sobre los documentos.

—Es una buena captura, de hecho, podrían figurar como delincuencia organizada, sin embargo, usted debe saber que está fuera de su jurisdicción y este asunto debe ser tratado con el departamento respectivo de la policía de Nueva York, para coordinar sus juicios aquí, o en todo caso trasladarlos para enjuiciarlos en otro lado, recuerde que cuatro de ellos son ciudadanos de otras nacionalidades, esto podría convertirse en un asunto internacional y quizás hasta en extradición.

Cuando hicieron pasar a Marcelo a sala de interrogatorio estaba más preocupado por su hechicera que por su propio bienestar.

En el frío cubículo se encontraba sentado frente a la pequeña mesa el policía que los había capturado; no sabía nada de él, y eso le causó indignación, por primera vez en su metódica vida no tenía el control sobre nada en absoluto.

—Tome asiento, señor Beaumont —reveló sin levantar la vista de los documentos.

Suspiró profundo antes de obedecer.

—Voy a ir al grano, ¿forma usted parte del equipo Ajedrez?

—Digamos que no de forma explícita.

—Explíquese.

—Supongo que como estamos juntos en esto estoy en el equipo, tómelo

como guste.

—Usted no tiene antecedentes, sin embargo, me llama la atención la razón por la cual ha cambiado su nombre.

Marcelo sonrió con sarcasmo.

—Lo cambié porque lo odio, creo que eso no es ilegal. ¿o sí?

—¿Conoce a la señorita Paula Allen?

—Sí.

—¿Y?

—Verá, detective, soy un hombre de pocas palabras, esa mujer y yo nos hemos divertido en grande en la cama, es todo.

—Ella afirma que usted le confesó su plan para robar a Alexander Heinz.

—Qué conveniente —bramó con desprecio— ¿Y cómo se supone que haría tal cosa?

—Declaró que usted es el cabecilla y que contrató los servicios del equipo, ¿es eso cierto?

Un escalofrío recorrió su espina dorsal al escuchar aquellas palabras, no sabía qué decir, podría asumir la responsabilidad, pero eso lo llevaría a hundirse más.

—Es cierto.

—¿Cómo los conoció?

—Trataron de robarme.

—¿Qué le robarían?

—Dinero, joyas, pinturas, ¿qué sé yo? —reveló con hastío.

—¿Y? —volvió a indagar de forma incisiva.

—Los chantajeé, les propuse robar a Heinz a cambio de no denunciarlos.

—¿En ningún momento sospechó que le robarían a usted también?

—Por supuesto que lo sospeché, ya sabe, no puedes confiar en los delincuentes.

—Ya veo —espetó Aldana de forma irónica, antes de hacerle una seña al policía para que se lo llevase.

Suspiró profundo antes de tomar el otro fólder que contenía los datos de su siguiente entrevistado.

Al rato el francés entró con la cara en alto y el rostro impassible; esperó unos segundos y se acomodó en el asiento.

—Señor Dumont, usted es uno de los integrantes más antiguos del equipo Ajedrez, y ha acompañado durante años al resto en una serie de hurtos, ¿qué han hecho con las joyas y obras de arte que han robado?

Pegaso sonrió de lado y se recostó en el asiento antes de fijar sus destellantes ojos sobre el detective.

—No le voy a responder nada que se supone que usted sepa, siempre me ha parecido estúpido que indaguen sobre cosas sobreentendidas y, si el resto del interrogatorio será de esta manera, pierde su tiempo.

—Entonces lo escucho, tiene la primera oportunidad para alegar algo en su defensa.

—¿Alguna vez le ha tocado traicionar a su familia?

—No está aquí para que discutamos acerca de mis asuntos personales.

—Supongo que no, se lo resumiré de esta manera, no voy a responder nada sin un abogado, y no haré nada que pueda dañar al resto del equipo que son como mi familia, ¿me comprende?

—Totalmente.

Era cierto que estaba frente a su primer caso y en consecuencia con sus primeros interrogatorios, sin embargo, consideró que algo estaba mal, no precisamente porque los detenidos se negaban a colaborar, sino porque quizás había comenzado con la pieza equivocada.

CAPÍTULO 36

Los minutos se convirtieron en horas, el frío cubículo de apenas unos metros era como un gigantesco hoyo; se sentía diminuta y vulnerable, sin embargo, su exterior reflejaba un semblante sereno e impassible, a excepción del imperceptible temblor en sus manos. Habían pasado muchos años desde la última vez que imaginó lo que pasaría al caer en un lugar como ese. Jamás pensó que fuesen a ser capturados por culpa de Marengo, en quien había puesto su confianza; evitó pensar en ello, ya que le producía una sensación desagradable, y decidió centrarse en cómo salir de ahí.

No podía hacer nada, porque al ingresar la despojaron de su único medio de comunicación con Ben, pero su torre inglesa era mucho más astuta de lo que había demostrado y estaba convencida de que saldrían y tenían que estar preparados.

El ruido de unas llaves la alertó, iban a sacarla para llevarla hasta una pequeña sala, la hicieron tomar asiento y casi enseguida entró un hombre de estatura mediana, vestido de traje impecable con actitud fría y distante, detrás el detective Aldana entró con rapidez y cerró la puerta.

El policía había llamado su atención, debido a que actuaba con gentileza, y hasta la entonación de su voz al dirigirse a ella era condescendiente.

—Al fin la tengo enfrente señorita Gisele, porque ¿ese es su nombre, cierto? Sabrá que no tiene identificación propia debido a su adermatoglifia.

—Lo supone porque Marengo... quiero decir Thomas, se lo confesó a cambio de su libertad ¿no es así?

—Él no hizo eso.

El otro hombre interrumpió la conversación y también sus miradas.

—Señorita Fleur, soy Benjamin Davis, su abogado y le pido que antes de responder...

—No pedí ningún abogado —espetó en forma hostil.

—El Estado se lo ha proporcionado —le aclaró el defensor.

—Que eficacia, pues no lo quiero, al menos no ahora, si llegara a necesitarlo lo haré llamar. —La actitud prepotente de la mujer sacó de sus casillas de forma instantánea a su defensor.

—De hecho, me necesita, y mucho, puesto que esto no es un hotel turístico, ni ese señor que está enfrente mirándola con diversión en su rostro es su guía —masculló irritado con el dedo apuntado hacia el policía.

Hasta ese instante Aldana no se había percatado de que la situación le había causado gracia, era una mujer que no se dejaba amedrentar por nada.

—Gracias por su elocuente ilustración, pero insisto, puede largarse de una vez.

—Como guste, estaré afuera y si «la dama» llegase a necesitarme, hágamelo saber, que de seguro habrá algún espacio en mi apretada agenda para atenderla.

Permanecieron en silencio durante unos pocos segundos.

—¿Qué quiere saber?

—El móvil, sus motivos.

—Creí que mi desleal caballo le había contado todo.

—Casi todo y, aunque fue bastante explícito, se hace necesario escucharlo de su propia boca. —Sintió un ligero calor en su rostro cuando centró su mirada sobre los hermosos labios de ella.

—Mire, detective, usted no tiene idea de quiénes son esas personas, sería preferible que ni siquiera estuvieran en libertad, pero este puto sistema me prefiere a mí entre rejas que a esos ladrones de guante blanco.

—¿La motiva una especie de idealismo marxista u otra tendencia política?

Al escuchar la pregunta su semblante cambió de forma radical y adoptó una actitud defensiva e iracunda.

—No soy estúpida, he estudiado por mi cuenta, aunque no lo parezca, y conozco cada una de esas «tendencias» como usted las llama —ironizó con los ojos centelleantes de coraje—, donde un salvador le promete a los más humildes y desamparados liberarlos de sus problemas y darles todo a cambio de nada, y los pobres ingenuos terminan sumidos en un gran foso lleno de mierda hasta el cuello; por desgracia es en ese momento cuando se percatan de que el supuesto redentor no era más que su verdugo disfrazado.

—¿Entonces usted lo llamaría? —indagó en tono condescendiente.

—Justicia a manos propias —declaró ella a modo de explicación.

—Ya veo. Me contó la señorita Delaware que usted estuvo en un orfanatorio.

—¿Habló con la señorita Delaware? —preguntó sorprendida, no había considerado el interés que tenía en atraparlos.

—Sí, y también con la señora Rebeca Harris, y Alejandra García, la madre del niño de sala de pediatría, ¿la recuerda verdad? Y también con su amigo el doctor O'Hara, aunque supongo que más que su amigo es uno de sus peones.

—Me temo que sí, creo que si usted logró dar con esas personas es un hecho entonces que también localizó a las aparentes víctimas.

—No sé por qué las llama «aparentes», y sí, logré entrevistar al exsenador Lance, a Blair, Andrew, y al doctor Alemán que, por cierto, quedó un poco traumatado —refutó con la voz cargada de sarcasmo.

—Menuda basura insensible ese doctorcito —declaró ella con evidente desprecio.

—Sin embargo, hay solo uno de ellos que estaría dispuesto a ayudarla a salir de aquí.

Ella suspiró y bajó la mirada, sabía de quién se trataba, aunque no respondió.

—Su silencio me indica que lo sabe: el señor Tobías Halley, ¿desea que lo

llame? Estoy seguro de que acudirá de inmediato.

—No lo haga, por favor —Los ojos de ella suplicaron en silencio—. Aunque él haya cambiado, no creo que sea suficiente para que comprenda por qué lo hice.

—¿Cuáles son sus razones, señorita Fleur?

—¿Por qué cree que confesaré tan pronto? Al menos déjeme disfrutar unos días la calidez de las rejas y hospitalidad de esta comisaría.

—No me venga con chistecitos, y comience a hablar, soy uno de los detectives más condescendientes a quien le tocará verle la cara, además de que sus amigos podrían enfrentar una pena igual o superior a la suya.

—¿Eso por qué?

—Complicidad, colaboración y coautoría en los delitos.

—Suenan a porquería jurídico-policia, pero no haré ningún trato con usted que los exima de nada, digamos que porque presencié cómo desengañó a Thomas, vaya usted a saber qué ardid tramó o prometió para que confesara.

—No planeé nada, él me buscó, y lo único que le prometí lo he cumplido; los he tratado con gentileza. Si puede darse cuenta, la celda que ocupan no es tan incómoda como las demás.

—¿Cómo quedarían las cosas?

—Por su declaración, digamos que podríamos desestimar ciertos cargos.

—Si le confesara que todos ellos tienen deuda conmigo y esa es la forma en que les pedí que me pagaran, ¿me creería?

—Se escucha bastante creíble, aunque no sé si es cierto, en todo caso, lo más probable es que a usted se le impute un cargo más por extorsión, y tendría que relatarme cuál es esa deuda que tienen con usted y por qué no la delataron antes.

Suspiró abatida, debía hacer cualquier cosa con tal de librarlos de aquello.

—Mi nombre es Gisele Fleur, nací en Francia o al menos eso es lo que me dijeron las encargadas del orfanato ubicado en el sur del país. Es un lugar que todavía hoy, veinticinco años después, me cuesta olvidar. Sufro de

insomnio y en mi cabeza el eco del llanto de los niños desamparados taladra mis oídos hasta fundirse en mi conciencia; esos rostros lánguidos y sucios como marco de cuerpecitos famélicos y enfermos no es algo con lo que, estoy segura, usted haya soñado alguna vez. —Hizo una pausa y suspiró profundo—. Lo cierto es que cuando escapé de allí me juré a mí misma hacer algo por ellos, lo que jamás pensé fue que, al hacerlo, también yo me sentiría mejor. Tal vez sea egoísta de mi parte, pero sé que esos niños están recibiendo algo que nunca han tenido: esperanza, unos días de buena alimentación y atención médica apropiada. No me interesa figurar como la heroína de esta historia, y me vale lo que usted y los demás crean de mí, al final todo lo que he hecho ha sido para ayudarlos. ¿Que pasé por encima de esos «señores»? sí, lo hice, y no es que me sienta orgullosa de ello, pero me da satisfacción saber que sus actos de alguna manera fueron redimidos por nuestra causa, su contribución los exonera.

—¿Ante quién?

—Tal vez ante sus propias víctimas, porque, aunque usted no lo crea, ellos son los victimarios, esas personas quienes de una u otra forma han...

—Ya leí los expedientes y los conocí a cada uno de ellos, es cierto, no son angelitos de la Corte Celestial, pero ustedes les arrebataron algo que les pertenecía —la interrumpió con brusquedad al recordar los sujetos a los que había entrevistado, uno peor que el otro, era como si no quisiera escuchar lo que tuvo ella que hacer para acercarse a ellos, así como para robarles; suspiró y trató de contener el desasosiego que le produjo conocer los riesgos que había corrido por un ideal.

—Vamos detective, ni usted mismo se cree esa porquería, mejor dejemos esta declaración hasta aquí porque no voy a decir nada más.

—¿Qué tipo de información tienen acerca de Alexander Heinz? —La pregunta del detective saltó de la nada para acrecentar la incertidumbre en ella.

El gesto de escepticismo revelado en el pálido rostro de la ladrona

precedido por una sonrisa mordaz fue como la reveladora respuesta que buscaba.

—Eso depende.

—¿De qué?

—De lo que quiera saber, ya que parte de la información que intuyo que ustedes necesitan no está en nuestras manos. —Todavía no sabía si Ben había sacado todo del servidor de Heinz.

Aldana suspiró y se inclinó sobre la mesa para preguntar.

—¿Hay algo que usted sepa y pueda servir a la policía?

La hermosa ladrona sonrió de forma provocativa y sus ojos brillaron durante pocos segundos.

—Tal vez, solo si ese algo también nos pueda servir a nosotros.

—Deduzco que desea un trato.

—No creo que usted tenga autoridad para ello, aunque tengo una duda que espero pueda aclararme ¿cómo estaban tan interesados en atrapar a Heinz y no tenían a nadie tras él?

Aldana suspiró con fuerza, era cierto, ambos deseaban algo: él, información y ella, atenuantes para sus amigos.

—Sus cómplices...

—No tengo cómplices —lo interrumpió—, son también víctimas en todo esto; cada uno de ellos me debe su vida, los he salvado y la única forma de pagarme ha sido colaborando conmigo en esto que solo yo hago. Soy la dama de un equipo que denominé Ajedrez, un gran tablero con dos hábiles torres y dos estupendos caballos que siempre me han ayudado.

—¿Dante sería el rey?

La chica no pudo evitar la angustia de sentir que también lo había arrastrado en su espiral descendente, a pesar de que él ya había planificado su propio delito.

—¡Ese imbécil es uno más en la larga lista de víctimas y de seguro ya usted lo sabe, no sé a dónde quiere llegar con todo esto! —despotricó encolerizada.

—Tengo la declaración de una persona que dice que el señor Dante es un ladrón como ustedes. —Aldana esperó a que ella dijera algo al respecto, pero ni sus hermosos labios se movieron, ni desvió la suplicante mirada con la que lo taladraba, así que continuó con el interrogatorio—. Blake me contó acerca de sus planes para hacer un ¿jaque doble como lo llaman?

—Eso fue antes de... lo siento, él es otra de mis víctimas, como le dije.

La forma en que los hermosos ojos mostraron humanidad y dolor golpeó con fuerza el corazón del policía, que cada vez se sentía más vulnerable ante la situación, pero debía mostrarse implacable, sobre todo, porque tras el espejo de la sala de interrogatorios estaban dos detectives más asignados al caso, solo quedaba una última cosa por hacer.

—Háganlos pasar. —ordenó en voz alta.

El ambiente en la fría habitación se tornó más denso en el momento en que todos entraron, buscó los ojos de Marcelo y se encontró con una mirada de incredulidad y decepción por parte del único hombre que irónicamente unas horas antes la había mirado con amor.

—¿Te encuentras bien? —indagó su caballo protector antes de intentar acercarse a ella, pero fue detenido de inmediato por un policía.

—Sí, ¿y ustedes?

—Estamos bien —aclaró Eiffel con actitud sombría.

Un incómodo silencio se hizo presente, todos se observaban.

—¿Así que otro más? —escupió Dante con desprecio, había escuchado todo, se enteró de la peor manera de lo que su hechicera planeaba hacer con él, aún después de lo que había pasado entre ellos.

—¿Qué, no lo sabías? Tú nunca estuviste en el juego, Dante, tú eras la jugada, fue ella quien propuso dejarte en la calle junto a Heinz —reveló Marengo con el rostro sereno, sin mostrar un ápice de burla.

Ella comprendió lo que sucedía, presumió que quizás su caballo seguía el juego y trataba de que lo desligaran del equipo, lo cual agradeció mucho.

—¡*Ça pue!*^[30] , ¡tú te callas, maldito soplón, que si no tuviera las manos

esposadas te juro que te dejaría la cara partida en dos y la lengua de corbata! —amenazó Pegaso perdiendo la compostura, arrojándose sobre el otro caballo con intenciones de agredirlo, y lo habría conseguido de no haber sido por la intervención inmediata de los oficiales.

—Escúchame..., Gisele —se dirigió a ella e ignoró por completo a su agresor, todos sabían lo que significaba pronunciar sus verdaderos nombres —, no es como creen, tienes que confiar en mí.

—¿¡Confiar en ti, maldito imbécil!? No te atrevas a pronunciar su nombre, ella no creerá en nadie más por tu culpa —gritó Eiffel ofuscada por la situación, ya no podía ver a su compañero igual que antes.

Marengo no miró a nadie excepto a su dama, era a ella a quien debía una explicación, pero no era el momento ni el lugar, necesitaba algún indicio que le hiciera saber que todavía creía en él.

—Te hice una promesa, —continuó— aquel día juré que te acompañaría siempre, al igual que cada uno de ellos y, pese a que no soporto a ese tipo — señaló a Marcelo con un gesto desdeñoso—, porque sé lo que sientes por él, yo te seguiré siendo leal —reveló con tristeza.

Permaneció impávida con el rostro inexpresivo y la mirada fija sobre el caballo que los había traicionado y que en ese instante le rogaba confianza.

—Una conversación bastante fructífera, aunque no tanto como hubiese querido —Aldana los interrumpió, había estado bajo mucha presión las últimas horas y a medida que el tiempo transcurría se acrecentaba su desazón.

—¿Qué más quiere, detective? Termine de hacer su trabajo, que ya he notado que es bastante eficiente y sagaz —espetó la dama con desdén.

—Enciérrenlos de nuevo —ordenó tras ignorar las palabras cargadas de rabia de aquella mujer que, sin ser exuberante, era hermosa, misteriosa y seductora, aunque lo que más lo tenía prendado de ella era su capacidad para anteponer las necesidades de los demás a las de sí misma.

CAPÍTULO 37

Apresuró el paso hasta llegar a la oficina del jefe de la policía. Se detuvo unos segundos para reconsiderar si hacía lo correcto e instintivamente llamó antes de entrar.

—Disculpe, teniente Lewis, quisiera saber si ya tiene la respuesta del fiscal.

—Adelante, siéntate, Aldana —ordenó el hombre casi calvo, de mediana estatura y ojos de águila—. En efecto, acabo de hablar con el fiscal Owens, la única forma de que el trato se lleve a cabo es que ella nos conduzca a las pruebas que necesitamos para capturar a Alexander Heinz y los demás ¿crees que colaborará con nosotros?

—Por supuesto, tuve una charla con ella, y estoy convencido de que, si le ofrecemos desestimar cargos para ella y sus amigos a cambio de cooperar con la policía en la investigación, con seguridad prestará la declaración que necesitamos.

—Adelante, procede con el trato.

—Gracias, teniente, yo más que nadie estoy interesado en el caso, y le agradezco mucho que me permita llevarlo.

—Pues no te quitaré los méritos, aunque date prisa, tu jefe de Nueva York ya ha comenzado a presionar.

Apenas el diligente policía abandonó la pequeña oficina, Lewis tomó el teléfono.

—En cuanto Aldana tenga el trato firmado por la ladrona necesito que me lo traigas —exigió con el rostro contraído.

—Aquí tiene, detective —indicó el joven policía al entregarle a Carlos el documento que contenía en acuerdo que haría firmar a Caissa.

Tomó asiento con su quinto vaso de café en la mano para leer con cuidado cada palabra como si fuese el abogado defensor de Gisele, deseaba ayudarla, y esa sería la mejor manera, su colaboración como atenuante al momento del juicio.

Sin más dilación se dirigió a la sala de interrogatorios donde ella aguardaba sentada, sus manos esposadas reposaban sobre la mesa, el cuerpo erguido con elegancia denotaba un semblante sereno y actitud fría, no demostraba estar afectada por la situación, y eso lo tenía muy confundido.

—Estoy de vuelta —informó él en tono casual.

Se acercó con rapidez hasta quedar a su lado, ella apenas alzó su delicado rostro para clavar sus grandes ojos sobre él, lo que le provocó una sensación de desazón e incomodidad.

—Ya veo, ¿tiene el permiso para transar? —averiguó con voz aterciopelada.

—Sí, aquí está —titubeó antes de colocar el documento sobre la mesa—, puede leerlo; si está de acuerdo, lo firma y declara todo lo que sepa acerca de Heinz.

Bajó el rostro para leer el documento, él se ubicó frente a ella y aprovechó el momento para observar y detallar sus facciones impertérritas; era hermosa y, a pesar de su apariencia frágil, estaba convencido de que era una mujer de armas tomar. Se inclinó un poco hacia adelante y el aroma de su fragancia lo acarició una vez más; en efecto, conocía ese olor, era el que había quedado impregnado en el clóset de la casa de Lance

Lo miró directo a los ojos y sintió como si llevarsen a cabo una extraña y silenciosa conversación, en las que podían decirse miles de cosas, o al menos eso fue lo que ambos percibieron. Ella buscó algo de humanidad en ese hombre que le ayudara a comprender los motivos para hacer lo que hacía, mientras que él le dejó ver que podría ser capaz de apartar sus convicciones y

ayudarlos de cualquier forma, aunque ello implicara traspasar los límites de la ley.

Carlos carraspeó antes de interrumpir el momento obligándose a desviar los ojos hacia la hoja de papel.

—¿Está de acuerdo?

—Según este documento, si la información suministrada por el informante, o sea, yo, no llegara a ser suficiente, relevante o que aporte los datos necesarios para llevar un caso contra Heinz, no sería considerado como cooperación... sino como ¿obstrucción de la investigación?, ¿es correcto? — Su reacción de incredulidad lo descolocó un poco.

—En realidad nos aseguramos de que la información que suministres sea acertada, pero también suficiente como para enjuiciarlo.

—Basura policial —espetó la joven con desprecio.

Aldana sintió que en el fondo tal vez ella tenía razón, pero era la única manera de garantizar los resultados esperados.

—¿Qué es lo que quieren saber?

—Todo, desde sus contactos, negocios, socios y, lo más importante, necesitamos pruebas fehacientes de que su empresa es solo una fachada que oculta ingresos provenientes del blanqueo de capitales, que nos pueda llevar a encarcelarlo por un buen tiempo.

—Quiero algo más —declaró la hermosa ladrona con un dejo de altivez en su voz.

El corazón de Carlos dio un salto, desconocía lo que pediría, pero haría lo que fuera por conseguirlo.

—¿Sí?

—Que nos trasladen a Nueva York.

Un incómodo silencio inundó el ambiente durante varios segundos, mientras ella planeaba la forma de darse a la fuga, Aldana buscó las palabras adecuadas para hacerle entender que tal vez para él no era lo más conveniente y que, con toda seguridad, al llegar allá le arrebatarían cualquier posibilidad

de continuar al frente de la investigación. Había ignorado dos llamadas telefónicas de su superior y sabía que debía dar la cara lo más pronto posible, pero antes debía resolver el asunto del trato.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque estoy segura de que es lo mejor para todos, incluyéndolo a usted, detective.

Carlos suspiró profundo y recostó su cuerpo en el respaldo del asiento.

—Veré que puedo hacer.

Lo miró fijo durante varios segundos, Aldana notó de inmediato el ligero temblor en las frágiles manos cuando ella las estiró para pedir la pluma; una sonrisa ladeada curvó los sensuales labios antes de estampar la rúbrica, advirtió una especie de sentencia burlona que lo obligó a reaccionar.

—Espero que no intentes algo estúpido.

—No suelo utilizar la estupidez como un arma, no lo haré como una excusa.

Casi treinta y seis horas habían transcurrido desde la captura del equipo Ajedrez y también desde la última vez que Aldana había podido dormir; se había mantenido en pie gracias a las generosas dosis de cafeína que ingería cada tanto. Suspiró y pasó la mano por su cara antes de comenzar con la declaración.

—¿Quieres un café o algo más antes de comenzar?

—Un whisky o brandy estaría bien.

Aldana sonrió con pesar.

—Lo siento, no creo que eso sea posible, pero podría buscarle un café, agua o una soda.

—Nada de eso me quitaría la sed —confesó abatida, necesitaba un trago o enloquecería.

—Entiendo, pero no podré complacerla en eso. —Él la entendía mejor que nadie, su propia madre había fallecido ahogada en alcohol, su adicción acabó con la vida de ella, y marcó para siempre la de él.

—Entonces un cigarrillo —pidió ella.

Él asintió gustoso, sacó la cajetilla que llevaba en el bolsillo de su camisa y extrajo uno que de inmediato le entregó. Ella lo colocó en sus labios con un delicado movimiento y él procedió a encenderlo. Tomó una bocanada que soltó con un suspiro en forma de gemido placentero que lo obligó a contener el aliento.

—¿Mejor? —sondeó con una ceja enarcada ante la evidente satisfacción de la chica al exhalar el humo.

—Sí, gracias, detective.

—¿Podemos comenzar? —indagó antes de encender la pequeña grabadora de bolsillo y colocarla sobre la mesa—. Declaración de la señorita Gisele Fleur. Son las cuatro de la tarde del día jueves veintisiete de abril de 2017.

Ella se aclaró un poco la garganta antes de empezar.

—Alexander Heinz tiene dentro de sus contactos a varias personas influyentes, las cuales no llegamos saber quiénes eran, ya que sus identificaciones están cifradas en su servidor. Aunque deduzco que la información más relevante es que Giuseppe D’Alessandro, jefe de una de las mafias italianas menos conocidas y apodada *Los Dalassi*, Victor Krasser de la mafia rusa, al igual que Edgardo Rivas, de un cartel mexicano llamado *El Cartel Sureño*, son sus principales clientes. Suele viajar a Las Vegas donde hace transacciones millonarias, debido a que sus químicos son imprescindibles para fabricar drogas, sin embargo, estos *precursores* son entregados de forma legal, puesto que sirven para innumerables fines, entre ellos medicamentos, también productos de limpieza, pinturas y cosméticos; esa es la razón principal por la cual siempre todo está en orden —acotó haciendo un gesto con las manos— provee las facturas necesarias, aunque en ellas procura no incluir ni las cantidades exactas ni los productos explícitos, en virtud de que esto podría llevar a las autoridades a deducir la verdad. Hay un depósito en Tampa, allí preparan la mercancía que envían por medio de dos embarcaciones que son las encargadas de transportar los químicos hasta

San Francisco: Everland y Macedonia Sea, luego es trasladada hasta una bodega en Tucson, donde finalmente reciben los italianos y los rusos, el resto es llevado al sur de California, y de allí a México. —Suspiró y lo miró fijo durante unos pocos segundos antes de revelar—: nunca he delatado a ninguno de esos cerdos por una sencilla razón, y es que no confío en la ley, espero no haberlo hecho en vano.

—Ahogado —aclaró Aldana de forma dócil.

—Exacto, es el término ajedrecista apropiado para este movimiento.

—Gracias, señorita Fleur, espero que haya movido la pieza adecuada.

Se alejó emocionado y, aunque el agotamiento comenzaba a hacerse evidente en su semblante, también estaba determinado a cumplir con su parte del trato, o al menos intentaría concederle su solicitud de traslado. Entregó la declaración y se fue a su hotel a descansar.

En cuanto recostó la cabeza en la almohada se quedó dormido, aunque no pudo descansar; su sueño se vio interrumpido por una extraña pesadilla que lo despertó de sobresalto.

A setenta y dos horas desde el momento del arresto, el tiempo jugaba en contra suyo y al parecer el destino también.

—Jefe, desde ayer tenemos la declaración completa —solicitó Aldana con premura—, por favor, ordene investigar, envíe una citación para que venga a rendir declaración, y notifique cuanto antes al fiscal de este caso para que solicite ante un juez la orden de captura antes de que...

—¡Nada, Aldana! Tú no me das órdenes, ubícate.

—Pero, jefe, ese hombre sabe que esta gente intentó robarle, debió estar aquí hace horas ¿qué razón tendría para no venir y levantar cargos contra ellos? ¿Ha pensado eso?

—Desconozco sus razones, pero supongo que es porque tiene rabo de paja y aquí hay un voraz incendio.

—¡Exacto! ¿Y?

—Y nada, Aldana, tú no entiendes, tenemos primero que corroborar la

información que te dio esa mujer.

—Yo lo que veo es que está llevándose demasiado tiempo.

—Eso es asunto mío, y ahora déjame encargarme personalmente de esto.

—Jefe, tenemos un problema —informó un joven oficial que irrumpió en la oficina sin siquiera anunciarse.

—No me digas que la informante escapó —se quejó el hombre ya harto de la situación que comenzaba a salirse de sus manos.

—Por el contrario, fue Heinz quien desapareció.

—¡Carajo! Esta porquería es una puta maldición que me cayó desde el momento en que entraste en esta jefatura con esa pandilla de delincuentes. — Amenazó con el dedo apuntado hacia Aldana, a cambio este le lanzó una mirada de reproche y antes de que pudiera articular palabra el jefe atacó de nuevo—: ¡No tengo que darte explicaciones, eres un subordinado que se cree con derecho a reclamar solo porque capturó a una puta y a sus cinco seguidores! ¿Sabes cómo los llama la prensa?

El corazón le dio un salto y su respiración errática se escuchó en la oficina que de momento se hizo minúscula.

—¿Pero quién... ?

—¡Sí, ya lo saben! Y los han apodado «Los justicieros anónimos» — declaró con desdeñosa acritud arrojando la prensa sobre el escritorio, y donde se podía leer en primera plana el artículo sobre la ladrona y su equipo—. Y hay más, asoma tu cara de niño bonito a la ventana y entenderás mi estado de ánimo.

Sin tiempo que perder se apresuró a mirar a través del vidrio hacia el exterior, y casi queda de piedra al notar un pequeño conglomerado de personas que se preparaban para protestar solicitando la liberación de los justicieros.

El joven policía, que permanecía con la puerta entornada y varias hojas de papel en su mano, tenía algo más por decir, sin embargo, esperaba a que su jefe tomara un respiro para no interrumpir la sarta de improperios que este

lanzaba al aire mientras gesticulaba con las manos de forma exagerada, por cuanto apenas vio una oportunidad, volvió a aclarar su garganta.

—Hay algo más, señor —se atrevió a decir al fin.

—¡Otro maldito problema! ¿¡Qué carajo sucede ahora?! —gritó Lewis más enfurecido con el rostro rojo por la ira.

El joven intimidado ante la actitud hostil y amenazante de su jefe se apartó un poco antes de aclarar.

—Las cuentas bancarias de Heinz han sido bloqueadas, no hay forma de acceder a ellas.

—¿¡Quién demonios lo hizo?! —

—No lo sabemos, señor, suponemos que los del Equipo Ajedrez, puesto que, si hubiese sido él, habría trasladado todo a otra cuenta o las habría vaciado.

Se giró hacia Carlos con el rostro descompuesto y exhalando como toro embravecido.

—Y tú habla con la puta esa y dile que yo mismo me encargaré de que confiese.

—Esa puta, como usted la ha llamado, ha colaborado en todo.

Un atisbo de sonrisa sardónica se dibujó en el rostro del jefe.

—Ah, qué interesante, te gusta la ladrona.

—Es mi caso —afirmó Carlos entre dientes.

—Lo es, al menos hasta que a mí me dé la gana, o que nos diga a dónde carajo se fue Heinz.

—¡Ella no lo sabe! —gritó enfurecido.

Hasta ese momento Carlos no se había percatado de lo mucho que lo afectaba todo en torno a ella.

—Entonces no hay más nada de qué hablar.

CAPÍTULO 38

—Le traje café —informó Aldana en tono sutil y empujó con suavidad el vaso hasta ella.

—No quiero —espetó con seriedad.

—Pruébelo, le aseguro que acabará con su sed.

Un ligero destello iluminó el pálido rostro de la ladrona que se apresuró a beber casi de un trago todo el contenido.

—Gracias, está delicioso, y justo como me gusta —confesó con satisfacción al sentir el sabor a brandy que se deslizó por su garganta como un placentero elixir

—Lo sé. —Hizo una pausa antes de ir al grano—. Los procesarán aquí.

El hermoso y pálido rostro pareció ensombrecerse de momento, resistía con estoicismo cada embate de la justicia. Él aún no entendía cómo era posible que la situación pareciera afectarle nada o muy poco.

—No son buenas noticias, detective, de hecho, nos tiene donde usted nos puso, así que espero que consiga lo que se propuso desde el momento en que decidió capturarnos.

—Tal vez las cosas no han salido como pensé, y la perspectiva desde donde ahora miro la situación es otra —confesó él con voz suave.

—Eso no lo esperaba. —Los preciosos ojos negros de ella destellaron, y una tenue sonrisa se dibujó en sus labios.

—Yo tampoco, y siento que fallé, puesto que la hice firmar una declaración que ahora no sirve de mucho porque Heinz ha escapado.

La hermosa mujer torció sus labios en una mueca de preocupación, si lograban fugarse tendrían un asunto más de que preocuparse.

—Eso es todavía peor, usted no sabe la clase de gente que él conoce, y lo que podrían llegar a hacernos, e inclusive hasta a usted mismo si se interpusiera en su camino.

—Es comprensible su temor.

—¿Temor? ¿Usted cree que es temor?, no sabe ni siquiera a quién nos enfrentamos, y nos tiene de manos atadas —declaró con sus muñecas esposadas levantadas al frente— literal y figurativamente.

—Hasta cierto punto, puesto que desde las torres la vista es diferente. —Era un verdadero ofrecimiento de ayuda, y esperaba que ella entendiera lo que ofrecía.

—Lo es —respondió la preciosa mujer asintiendo con la cabeza.

—Necesitarán el abogado.

—Necesitamos algo más que eso.

—¿Confiarías en mí? —averiguó Aldana con las cejas elevadas.

El rostro expectante del policía no solo le decía que deseaba ayudarlos, sino que estaba dispuesto a conseguir a Ben para ello.

—Ya lo hice. —Colocó sus manos esposadas en el pecho—. Mi camino está guiado por los cuatro puntos cardinales, siempre cobra vida por el este y recibe apoyo del norte.

—Veré qué hora es en Londres —confirmó Aldana.

Se levantó y se marchó dispuesto a hacer lo que su conciencia le gritaba desde hacía mucho.

Sentado frente a dos ordenadores, Ben tecleaba sin cesar en ambos, procuraba hallar la forma de ayudar a escapar a su equipo, contaban con él y no les fallaría. Buscó con afán algunas vulnerabilidades en los sistemas de

seguridad y servidores de la policía para bloquearlos y planificar la fuga, utilizaría el medallón de brújula para emitir la señal que necesitaba. Por su parte, Lorenzo, el mecánico y peón del equipo, se encargó de terminar algunos ajustes en la furgoneta. Entre ellos, logró incorporar un mando de voz a distancia para encender y poner en marcha el vehículo con un piloto automático guiado por GPS, con el fin de emprender la huida sin necesidad de que alguien condujera.

Un sonido que reconoció de inmediato llamó su atención y soltó de golpe el teclado para centrarse en el dispositivo de comunicación.

—¡Caissa, adelante tengo tu posición!

—Soy Aldana y necesito hablarte —Ben enmudeció, miles de cosas atravesaron por su mente en cuestión de segundos antes de que volviera a escuchar la voz del detective—. Te esperaré en el Bar Midnight Cat dentro de cuarenta minutos, por favor, no llegues tarde, tengo un plan para sacar a tu equipo de la cárcel, debes confiar en mí, porque no tienes alternativa.

Veinte minutos más tarde todavía las palabras del detective hacían eco en su cabeza, y muchas preguntas acosaban sin cesar su cerebro. Suspiró y estrujó sus ojos, se sentía agotado, tanto física como mentalmente, no dejaba de cuestionarse si era correcto acudir a una cita con el diablo, el mismo hombre que tenía a sus amigos, no estaba convencido de que fuese alguna especie de plan para atraparlo, pero no tenía salida, excepto por el único peón a su disposición que se ofreció a ayudarlo a escapar en caso de que todo fuese una trampa.

Ubicado frente a la barra del bar Aldana decidido a ayudarlos esperaba a Ben. No supo en qué momento cambió de parecer, tal vez fue cuando su jefe le confesó con actitud sarcástica que los procesarían en la ciudad, o quizás cuando tomaron la declaración de Gisele como una confesión y tratarían de hundirlos más, pero de lo que sí estaba seguro era de que las cosas habían cambiado, y quizás para siempre.

Levantó la cabeza y notó la figura robusta del hombre de pie a su lado y que

lo miraba con desconfianza y rencor a partes iguales.

—Toma asiento, Paul, ¿quieres algo de beber? —inquirió el detective con actitud amable.

Ben obedeció y asintió con el dedo apuntado hacia el whisky que el policía tenía en el vaso.

—Hablemos —declaró Aldana con firmeza.

Cuatro horas después, Carlos entró a la comisaría, con un *dossier* en la mano, se dirigió a la oficina del teniente Lewis, abrió la puerta sin anunciarse y con un gesto de sobrada altivez la arrojó sobre su escritorio.

El jefe frunció el rostro y sin decir nada la abrió, leyó cada uno de los documentos que se encontraban dentro y, al terminar, se giró y cogió el teléfono.

—Comunícame con la policía de Nueva York.

Varios policías uniformados se acercaron a cada una de las celdas para sacarlos, no comprendían lo que sucedía. Se miraron unos a otros sin saber lo que había ocurrido, hasta el momento en que Aldana se acercó con unos documentos y solicitó escolta para un traslado.

A los cuarenta y cinco minutos los seis ladrones salieron esposados de la comisaria, tras ellos varios policías los custodiaban para asegurarse de que no escapasen.

Estaba intranquila; Aldana impávido y con el rostro contraído iba en el asiento delantero de la patrulla, en la parte posterior, Eiffel y ella, lo cual agradeció para sus adentros, ya que no deseaba otra escena con Dante, en algún momento lo arreglaría y le explicaría todo.

Las patrullas se detuvieron y fue entonces cuando se percató de que se hallaban en el aeropuerto, los hicieron caminar en silencio hasta un avión privado que abordaron esposados junto a Aldana y tres policías.

El ruido de los motores del aparato indicó que se preparaba para despegar, casi de inmediato comenzaron a moverse por la pista. Gisele no paraba de pensar si preguntarle al detective la razón del cambio de planes, ya que la

última vez que había hablado con ella le dijo que no los trasladarían, pero se fue con la promesa de buscar a Ben.

Con el rostro sereno, Carlos los observaba a todos con atención. Por su parte, Marcelo había pedido ubicarse lo más alejado posible del resto del equipo.

Un sonido molesto proveniente de los altavoces los alertó:

—Señoras y señores: bienvenidos a su vuelo directo y sin escala a su libertad, les habla el capitán Paul Gray, y les informo que, aunque no sé cómo diablos volar esta chatarra, al menos puedo usar el micrófono.

Las sonrisas no se hicieron esperar, ni siquiera Aldana pudo ocultar la diversión que decoró su rostro durante un buen rato.

—¡Hey, equipo, Jaque mate! —Big Ben apareció sonriente directo a abrazar a su dama y después saludó al resto de sus compañeros.

—¿Esperarás a que pregunte? —increpó ella.

—Esperaba que lo hicieras antes —respondió sin vacilar—. Chicos, las llaves— se dirigió a los tres oficiales que habían soltado sus cinturones y se pusieron de pie para quitarse los uniformes.

Se acercaron a cada uno de ellos para abrir las esposas, cuando estuvieron frente a Caissa le sonrieron con simpatía.

—Dama, Joey le envía su más sincero saludo y espera volver a verla pronto.

—Gracias chicos, yo también lo espero.

—¿Les cuentas tú o lo hago yo? —preguntó Ben a Aldana.

—Como gustes.

—Hazlo tú, te cedo los honores porque lo mereces —declaró la torre inglesa.

Carlos suspiró y se levantó de su asiento, se quitó la chaqueta y se acercó más a ellos.

—Después de que el teniente Lewis me dijera que no los trasladaría, también me confirmó que no iniciaría ninguna investigación contra Heinz

puesto que la información aportada por Gisele no fue relevante, ni comprobable; decidí ayudarlos a salir del embrollo en el que yo mismo los metí, así que hablé con ella y me dijo cómo comunicarme con esto. —Metió la mano en el bolsillo de su pantalón, sacó el medallón de brújula y se lo entregó a su dueña—. Nos reunimos y básicamente Ben hizo el resto, intervino el sistema de seguridad de la policía de Miami y falsificó los documentos de mi jefe de Nueva York; y por último me puse en contacto con Tobías Haley, quien no dudó ni un segundo en prestar su avión privado para ayudarte.

—Aprendí algo de Eiffel —confesó Ben con ingenuidad guiñándole un ojo a la torre francesa—. Además, les tenemos otra sorpresa.

Se dio la vuelta, cogió el ordenador portátil y lo colocó sobre el regazo de Caissa e hizo un ademán para que revisara.

Los ojos de la dama se abrieron y una sonrisa de satisfacción iluminó su pálido rostro.

—Ben lo conseguiste, tenemos todo el dinero de Heinz, eso es genial te felicito.

—Yo solo concluí el trabajo que todos ustedes iniciaron, pero hubiera sido imposible sin la ayuda del detective —declaró haciendo una reverencia a Aldana.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó ella sin rodeos dirigiendo sus preciosos ojos hacia Carlos.

—Cuando hablé por primera vez con Thomas pensé que al fin tendría lo que tanto había esperado en mi empleo, pero después que interioricé muchas de las cosas que me dijo, las creencias que había tenido durante años se debilitaron, estaba confundido: por un lado, creía con firmeza que la ley era lo único que mantenía a la sociedad bajo límites que, si se respetaban, todos estaríamos bien pero, por otro, también era consciente de que esos límites son relativos, y que basta con una buena defensa en un juicio, o un aliado anónimo en la policía para que todo quede olvidado. Él me hizo comprender

que ustedes no son delincuentes comunes, sino personas talentosas que han puesto al servicio de los más necesitados sus habilidades.

—¿Quieres decir que Marengo te buscó para ayudarnos?

—Me buscó porque sabía que tarde o temprano los atraparía, supongo que su intención principal era proteger a sus compañeros de la única manera que pensó que podía hacerlo: convenciendo al sabueso. —Sonrió con picardía antes de continuar—. Pero al final terminé por darme cuenta de que estaba del lado del problema, que formaba parte de la gran mayoría, esos que prefieren ignorar a los que claman por un poco de ayuda, y tomé una decisión; ahora sé con certeza que prefiero ser parte de la solución y pertenecer a ese pequeño pero selecto grupo de personas que se preocupan y prestan atención a quienes en verdad los necesita que, aunque la causa sea noble, el medio de conseguirlo en ocasiones se hace necesario. —Hizo una pausa y suspiró profundo—. Y porque tienen razón, hay peores personas en libertad, y van por ahí haciendo daño a los demás y lucrándose a sus expensas sin recibir ningún castigo o pena por ello.

—¿Por qué nunca infiltraron a ningún policía en la industria de Heinz?

—Es algo complicado, aunque después de perder a dos policías bajo extrañas circunstancias, es probable que los trámites se hayan vuelto cada vez más rigurosos y burocráticos, sobre todo, si el sospechoso tiene amigos influyentes.

—¿Y tu futuro en la policía?

—Pues esa es la mejor parte, ya no estaré allí.

—¿A dónde irás? —averiguó ella.

La voz proveniente de los altavoces volvió a interrumpirlos.

—*Estamos llegando al punto de inserción, preparen salidas.*

El detective sonrió, abrió un compartimento y sacó varios paracaídas.

—Este es el plan: saltaremos, nos dividiremos y estrellaremos el avión.

Dante se acercó a ellos y lo miró fijo antes de estrechar su mano, se volteó hacia su hechicera y le indicó que lo acompañara a la parte trasera del avión

mientras los demás se alistaban.

—Marcelo, lo siento, yo no quise ponerte en esta situaci...

De forma inesperada la aprisionó en un fuerte abrazo y un extenso y delicioso beso.

—Jean Pierre me lo contó todo, huye conmigo —susurró él cerca de su rostro.

—Sí, debemos armar un plan ahora mismo. —Suspiró llena de felicidad antes de abrazarlo con fuerza.

Tres meses después...

Bajo la sombra de una terraza exterior en un famoso café al aire libre en París, Big Ben, Eiffel, Pegaso, Marcelo y Gisele saboreaban sus deliciosos *mocaccinos* mientras charlaban y reían con soltura. Sonrieron al ver a Marengo que se acercaba a paso presuroso.

—¡La tengo! —declaró con aire triunfante en cuanto se sentó frente a ellos.

—¿A quién? —preguntó Eiffel

—A Lorena Páez, fue la esposa de mi padre durante dos años, y quien nos dejó en la ruina antes de envenenar a mi progenitor con algo que todavía hoy los médicos forenses no saben qué fue.

Se miraron en silencio y, antes de que alguno de ellos pudiera decir algo más, Caissa sonrió emocionada y se acomodó en su asiento.

—Les tengo una noticia, ya tenemos un alfil, y está aquí. —Dirigió la mirada hacia la estrecha calzada donde se apreciaba la atlética figura masculina de su próxima pieza.

—*Bonjour*^[31] —saludó Aldana a todo el equipo, que quedó boquiabierto ante la noticia que era obvio no esperaban.

—*Bienvenue*^[32] —respondió ella levantándose de su asiento para colocarse

a su lado.

—Él es Bishop, y será nuestro nuevo alfil.

Ben comenzó a aplaudir emocionado, seguido del resto. Marengo lo saludó con formalidad, le agradó de inmediato la idea.

—Pues, bienvenido, y llegas a tiempo, ahora mismo propongo un nuevo objetivo, solo que esta vez es una mujer, una muy mala mujer.

—Gracias, estoy dentro.

—¿Qué me dicen? —indagó el caballo guerrero dispuesto a dar batalla—
¿Quién se apunta para la jugada? Porque es obvio que esta vez Caissa no será.

Casi de forma sincronizada voltearon a mirar a Marcelo.

—Hey, ¿por qué me miran a mí?

—Porque eres el más indicado —reconoció ella con una ceja enarcada.

—¿En verdad lo haremos? —indagó él con dudas.

—¿Estamos todos en esto, no? —averiguó ella

—¿Insinúas que soy su rey?

Sus compañeros se miraron entre sí.

—Eres nuestro rey, y mi caballero, sir Dante —confesó Gisele antes de darle un ligero beso en los labios.

—Entonces que comience el juego, *belle dame*, ¡por una buena partida!

— ¡Salud!

Fin

AGRADECIMIENTOS

No creo que exista una palabra que pueda expresar lo bendecida y afortunada que me siento por estar rodeada de gente maravillosa, es por ello, que cada día agradezco a Dios por permitirme hacer lo que tanto amo.

Gracias a mi querido hijo, Jesús David, por haberme prestado todo el apoyo informático necesario; y a mi pequeño Mau por el tiempo que me permitió trabajar sin reprochar mi ausencia.

A mi paciente esposo, por su valiosa asesoría en tecnología.

A Lola Gude, por estar siempre atenta y dispuesta a prestar su ayuda.

A Selección BdB y Penguin Random House Grupo Editorial, por esta nueva oportunidad.

NOTA DE AUTORA

Durante toda mi vida, y gracias a la constante guía de mi heroína personal: mi madre, he tenido muy claro el valor de la justicia, pero por diversas razones, en ocasiones he cuestionado los sistemas que la imparten, haciendo que me pregunte ¿qué sucedería si alguien osado, rebelde y provisto de un gran sentido de altruismo tratara de invertir el orden, haciendo parecer lo injusto como justo, y viceversa? Es realmente un tema que podría traspasar la delgada línea de lo legal; quizás sería tomado por el público como una apología a la célebre frase «el fin justifica los medios». Sin embargo, fue justamente de ahí que nació la idea de esta historia, no como una justificación al delito *per se*, sino más bien como una historia ficticia con un contenido de reflexión, que estoy consciente pudiera llegar a ofender la sensibilidad del lector, y por ello pido disculpas. No obstante, la única intención de la autora, aparte de compartir un poco de su imaginación, ha sido la de entretener.

Espero con ansias haber logrado mi objetivo, y dejado en el lector la sensación de satisfacción al terminar de leer la última página.

GLOSARIO

Términos del Ajedrez

Ahogado: Es una situación que se produce cuando el jugador de quien es el turno no tiene jugadas legales para realizar y el rey no se encuentra en estado de jaque. Es decir, el rey no puede moverse a otras casillas porque quedaría en posición de jaque o porque están ocupadas por piezas propias o piezas ajenas que están defendidas, y además el jugador no tiene otras piezas que puedan moverse o capturar a piezas adversarias.

Ataque a la descubierta: Atacar las piezas enemigas moviendo una pieza que no es la que ataca, sino que es la que bloqueaba el ataque que produce una pieza situada detrás.

Caissa: La reina del ajedrez.

Chess pawn: Peón de ajedrez.

Doble ataque: Una jugada que ataca a dos piezas a la vez.

Jaque: Una jugada que ataca al rey enemigo.

Jaque doble: Dar jaque con dos piezas al mismo tiempo. Esto siempre supondrá un jaque a la descubierta y que el rey contrario tenga que mover.

Términos de computación

Adware: programa que automáticamente muestra u ofrece publicidad no deseada, ya sea incrustada en una página web mediante gráficos, carteles, ventanas flotantes, o durante la instalación de algún programa al usuario, con el fin de generar lucro a sus autores.

Antispyware: El software antispyware diseñado para detectar y eliminar

programas maliciosos o amenazas de seguridad en un ordenador, causadas por spyware y otros software no deseados.

Blockips: Microchips que bloquean los antispyware. (Este dispositivo es totalmente ficticio, y solo ha sido concebido por la imaginación de la autora).

Cracker: Persona que vulnera algún sistema de seguridad. Los crackers pueden estar motivados por una multitud de razones, incluyendo fines de lucro, protesta, o por el desafío.

Cracking: Es la modificación del software con la intención de eliminar los métodos de protección de los cuales este disponga: protección de copias, versiones de prueba, números de serie, claves de hardware, verificación de fechas, verificación de CD o publicidad y *adware*.

Dominio: Es la parte principal de una dirección en la Web que indica la organización o compañía que administra dicha página o sitio web.

Microchips: Circuito integrado; pastilla pequeña de material semiconductor, de algunos milímetros cuadrados de área, sobre la que se fabrican circuitos electrónicos.

Servidor: Es una aplicación de programas en ejecución (software) que es capaz de atender las peticiones de un cliente y devolverle una respuesta en concordancia.

Spydrive: Dispositivo con apariencia de *pendrive* que lleva a cabo *cracking* de la información contenida en los sistemas para transmitirla a un servidor. (Este dispositivo es totalmente ficticio, y solo ha sido concebido por la imaginación de la autora).

Terminal: Es un ordenador conectado a la red, también recibe el nombre de nodo o estación de trabajo. Suelen realizar sus propias funciones y contacta con el servidor cuando lo necesita, bien sea para recurrir al uso de alguno de los usos compartidos o bien para trabajar con alguna información contenida en él.

Términos contables

Cuenta espejismo: Cuenta bancaria que en apariencia contiene un saldo que no es el real. (Este término es totalmente ficticio, y solo ha sido concebido por la imaginación de la autora).

Informe financiero: Es el documento que prepara el contador o revisor fiscal de una empresa al finalizar un periodo, tomando como base los estados financieros para informar a los propietarios del negocio sobre el resultado de las operaciones registradas en los libros y demás documentos de contabilidad.

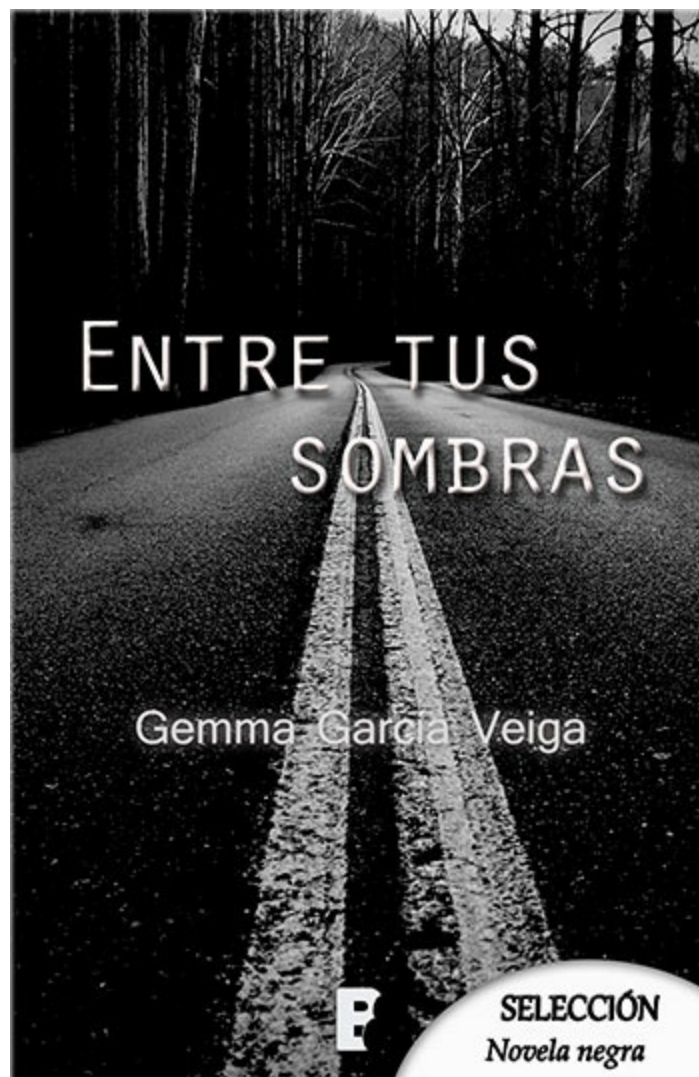
Si te ha gustado

La ladrona Hood

te recomendamos comenzar a leer

Entre tus sombras

de *Gemma García Veiga*



PRÓLOGO

Cuando Flora cambió el turno a su jovencísima compañera, no se acordó lo pronto que anochece en diciembre y lo mala que era la carretera de Talavera hasta su preciosa casa rural. Miró antes de subir a su pequeño coche hacia el cielo sin estrellas y buscó la sombra de una luna que se cubría con oscuras nubes de lluvia. El ronroneo de su Toyota le recordó que por mucho que demorase la marcha la noche no esperaba a sus miedos. Cogió con fuerza el volante para evitar el temblor de sus manos; era una mujer valiente, era una mujer con coraje, una mujer que no sabía conducir de noche por una carretera llena de curvas y mal asfaltada. Se mordió el labio nerviosa.

—Flora Horcajo, tú llegarás a casa para dar de comer a tu gata ocupa y te acostarás en tu cama para mañana, a primera hora, presentarte de nuevo en tu puesto de trabajo. —Dijo esto y tomó la carretera camino de su pueblo, Perales, a siete kilómetros escasos de Sotillo.

Aquella casa había supuesto su salvación cuando su marido murió de cáncer después de meses de agonía; era un nuevo capítulo de su vida, sin memoria ni ataduras. Su vieja casa era un cúmulo de recuerdos, pero los malos de los últimos días pesaban más que los buenos de años de amistad y compañía. La vendió y buscó un lugar lo más alejado posible de su pasado. Su matrimonio no había sido de cuento de hadas; un hombre con un fuerte temperamento que compensaba con un corazón gigante y el hecho de que su unión no fuera bendecida con un hijo habían sumido su relación en continuos altibajos. Pero de todo aquello lo que nunca habían perdido había sido la amistad forjada en el instituto y el deseo de estar siempre juntos; eran los mejores compañeros, compartían aficiones y el gusto por la buena comida. Añoraba las horas en la cocina, cuando pelaba verduras mientras bebían una copa de vino de la bodega de su amigo Alberto Ayuso. «¿Qué más podemos pedir, Flora?!», decía mientras saboreaba el último caldo de su amigo, rojo

sangre con un ligero aroma a gominolas. Que hubiese durado muchos más años, se repetía Flora mientras enfilaba el último tramo de carretera con más cráteres que la luna respirando profundamente. En cuanto viese el precioso cartel oxidado que daba la bienvenida a los conductores que entraban en la provincia de Ávila, sus posibilidades de éxito aumentarían un cien por cien.

Saludó con la mano el adorado cartel y se distrajo levemente con un brillo entre los árboles de una finca mal cuidada, con el muro de piedra caído y la valla tirada por el suelo en algunos tramos. Fue tan fugaz que ni creyó realmente haberlo visto, era imposible que alguien anduviera por aquellos caminos de arena sin luz alguna. Se centró en la carretera oscura, sin poder evitar que su mente divagara con la cena. Dudó entre la ensalada de endivias con anchoas o los restos de puré de la comida. La gata preferiría de todas, todas, las anchoas antes que puré, aunque era más de pollo y ternera: era una gata con algún gen de perro.

Aquel animalillo había aparecido en su vida un año después de que ella fuera adoptada por los lugareños de un pueblo amigable y servicial. Era una cría escurridiza y asustadiza que no dudaba en ponerse en la ventana de su cocina pidiendo comida, pero no permitía que la domesticasen, ni la privasen de su tan ansiada libertad. Había dormido bajo su techo un invierno que se cubrió el monte de nieve y el viento, que no dejaba de rugir, hizo impracticable caminar por la calle pero, en cuanto el primer rayo de sol entró por la ventana de la cocina, saltó sobre la encimera y la dedicó una mirada larga antes de salir tranquilamente y perderse monte arriba. La esperaba inquieta cuando se retrasaba en sus comidas, suponía que era la actitud de cualquier padre con su hijo adolescente; ella se sentía como tal: era su única familia, su única compañía. Un año vino preñada y a sus cincuenta y cuatro años se sintió abuela después de un parto largo y complicado; el conflicto de sentimientos fue una montaña rusa en su cabeza, los quería y los cuidaba, pero buscó buenas familias que se hicieran cargo de los cuatros cachorros, era mucho alboroto para su vida de retiro. Ninguno de ellos tenía la elegancia de

la madre ni sus buenos modales, eran alocados y juguetones, y daban veracidad a la frase «La curiosidad mató al gato», todos habían sufrido accidentes por su fisgoneo infatigable. Después de aquello tuvo miedo de que su preciosa compañera muriera en sus manos y la llevó al veterinario para castrarla, también aprovechó para identificarla y registrarla a su nombre, con el vago deseo de que siempre pudiera regresar a casa si se perdía.

Un acto reflejo la llevó a dar un volantazo brusco cuando sintió la presencia de otro coche que salía por su derecha. Golpeándose la cabeza contra el cristal de su ventanilla, se abrió una brecha en la frente y saltaron los *airbags* de su pequeño coche. Por el rabillo del ojo había visto acercarse a gran velocidad lo que parecía un enorme todoterreno; con las luces apagadas y derrapando con peligrosidad, salió del camino de piedra de aquella finca con el muro y la valla descuidados y cogió en dos ruedas la carretera asfaltada que lo llevaría hasta Fresnedilla. Había chocado con ella muy levemente, pero lo suficiente como para que su coche perdiera el control y terminara en la cuneta. Abrió la puerta y, después de quitarse el cinturón de seguridad, se dejó caer a la tierra húmeda, se tumbó asustada, intentando recordar qué era lo que había sucedido. La gente de los alrededores no era tan descuidada, ir sin luces una noche sin luna y por aquellos caminos era muy peligroso. Intentó recuperar la respiración y recobrar sus pulsaciones y evitar que su corazón saliese disparado por su pecho. Sentía la sangre caer por su cara, cálida y pegajosa, mientras a lo lejos escuchaba sirenas que se acercaban a gran velocidad; era del todo imposible que aquella gente se acercase por ella, pero venían como caídos del cielo pues se sentía cada vez más débil y mareada.

Lo siguiente que sintió fue una mano fría sobre su frente y un ligero movimiento en su pecho de manos hábiles que palpaban sus costillas y su cuello en busca de algún daño ocasionado por la colisión. También le llegaron gritos de gente y ladridos de perros entre la arboleda cercana, que animaban a una búsqueda desesperada. Flora estaba confusa, por unos

minutos pensó que ella estaba allí y estaba bien, pero buscaban del otro lado... ¿y si aquello fuera su alma y su cuerpo yaciera muerto al otro lado de la carretera? Entonces, ¿por qué sentía la mano de aquel sanitario, ejercer presión sobre su herida abierta para cortar una hemorragia molesta y dolorosa?

Un rápido vendaje en su cabeza y un vaso de agua con un paracetamol eran los últimos cuidados que iba a recibir, un grito en lo más profundo de la finca puso a todos los que la rodeaban en guardia. El sanitario salió a la carrera junto con otros dos que se apearon de una ambulancia aparcada a escasos dos metros de su coche maltrecho.

Flora se incorporó con dificultad, ayudada por una joven policía que la miraba con interés. Caminaron despacio hacia un grupo de hombres que se movían inquietos y gritando órdenes a sus móviles. Se apoyó en uno de los diez coches de policía que estaban cortando la pequeña carretera y, sin desearlo ni pretenderlo, escuchó retazos sueltos de todas las conversaciones. Habían encontrado a la mujer y, aunque estaba viva, no parecía responder a ningún estímulo. Flora no pudo evitar mirar hacia donde brillaba una intensa luz y se veían sombras moverse de un lado a otro. Allí había una mujer, aquel despliegue no era por ella o su accidente. Un hombre vestido con traje oscuro y con actitud osca se acercó, seguido de la joven policía. Se presentó como Antonio Expósito, no le dijo qué cargo ostentaba en la policía o en la guardia civil, si era posible que ambos cuerpos estuvieran comandados por un mismo hombre, pero todos los presentes, tanto de un cuerpo como de otros, le rendían respeto y obediencia. La interrogó primero por quién era, aunque ya sabía de ella hasta dónde había nacido y quiénes fueron sus padres, sabía de dónde venía y hacia dónde se dirigía, pero se lo preguntó igualmente. Flora iba contestando con miedo, el miedo que da hablar con alguien con tan alto carisma y por la autoridad con la que marcaba sus palabras y sus gestos rotundos y fríos. Después de una serie de preguntas sin fundamento para ella, llegó la que interesaba a todos los presentes: qué había visto. Relató los

acontecimientos e incluso lo que creyó ver por el rabillo del ojo, aunque no estaba segura a ciencia cierta. También la pidieron que especulase sobre los acontecimientos; aquello la extrañó, pero lo intentó sin mucho éxito, no era mujer con mente creativa. Tras lo que se le antojó como media hora de una conversación gélida, la saludaron con respeto y se alejaron de ella camino del centro de atención de todas las miradas.

Siempre custodiada por la mujer joven, observó el silencio que se había adueñado del lugar. Llegó un hombre con uniforme de policía, de unos cuarenta y tantos años, que con un leve movimiento de cabeza ordenó a la joven salir de allí con Flora.

—La vamos a llevar a casa —le dijo la joven con suavidad y ternura y, cogiéndola del brazo, la orientó hacia el coche de patrulla más alejado, custodiadas por el recién llegado.

Colocada en el asiento trasero, miró su reloj de pulsera y se sorprendió de lo tarde que era, su gatita estaría maullando desconsolada en la ventana. Miró por la ventanilla trasera su coche tirado en la cuneta y, cuando iba a preguntar por él, la voz barítona del policía le quitó un peso de su arqueada espalda: ellos se encargarían de llamar al seguro y de esperar a la grúa. Pero algo en la mirada esquiva de la joven le hizo saber que en aquella amabilidad había un deseo más profundo y oscuro que el de ayudar a una señora que rozaba los sesenta años. Sintió miedo de no llegar a casa, de verse presa por ser testigo de un hecho del que solo sabía que una mujer había aparecido en una finca y no estaba en sus cabales. Entonces las preguntas surgieron a miles en su cabeza: ¿por qué llegó tan pronto la policía y la guardia civil?, ¿quiénes eran aquellos hombres que se ocultaban en las sombras vestidos de negro y con gafas oscuras en una noche sin luna?, ¿de quién era el coche oscuro que intentaron ocultar tras las ambulancias y los tres coches de policía?, ¿por qué tantas molestias por alejarla de la vista de aquellos hombres de negro? Y entonces el coche se paró y miró temerosa hacia fuera para descubrir que estaba ante la puerta de su casa, y ella no les había dado la dirección en

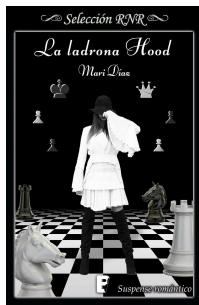
ningún momento. La joven abrió la puerta y le tendió la mano para ayudarla a salir.

—No se ausente durante unos días, por si la necesitamos —dijo con una amplia sonrisa que parecía cordial y sincera.

—No tengo dónde ir, muchas gracias por traerme —dijo Flora sin mucha seguridad.

No pudo evitar mirar hacia fuera cuando cerraba la puerta y observar por la rendija el coche de policía que seguía custodiando su entrada.

**Sus propósitos son nobles, los métodos que emplea,
cuestionables, pero los resultados siempre son los
esperados
El juego ha comenzado.**



La sensualidad de Gisele deja huella, no solo en los corazones de sus víctimas, sino también en sus fortunas.

Idealista, arriesgada, atrevida y muy sensual son varios de los calificativos que podrían atribuírsele a esta moderna ladrona que se dedica a vaciar las cajas fuertes de sus víctimas para luego donar gran parte del botín.

Los años y la práctica han hecho de ella una delincuente sofisticada y muy cuidadosa cuyos pasos están completamente protegidos por su Equipo ajedrez, conformado por cinco piezas claves, dos caballos: Pegasso y Marengo, los acompañan dos torres: Eiffel y Big Ben, con ella a la cabeza como la dama, sacan lo mejor de su talento y obtienen lo que deseen de quien quieran.

Solo necesita cuatro semanas para ejecutar su plan y llevarlo a cabo en tres sencillos pasos: Estudia su próximo objetivo, lo seduce y luego se marcha con todo su dinero sin dejar rastro.

Sin embargo, esta vez, será diferente; por una parte, un empecinado detective sigue de cerca sus pasos, y por la otra, su víctima podría terminar siendo su victimario.

Mari Díaz (Venezuela 1969). Abogada de profesión (especialista en derecho laboral) y escritora de corazón. Desde niña escribía sus propios cuentos, siendo este un pasatiempo hasta hace dos años que optó por la autopublicación y recibió una buena acogida por parte de los lectores. Decidió entonces hacer realidad su anhelo de ser escritora. Es idealista, creativa, ama la libertad y mantiene su mundo equilibrado gracias a los libros. Le fascinan las novelas románticas y detectivescas, así como la buena música. Piensa que un libro siempre debe ir acompañado de un tema musical y, por supuesto, un café. *“Donde muchas personas ven un gran abismo, yo veo la posibilidad de construir un puente inmenso”*. Escribe también bajo el seudónimo de J. M. Day.

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2018, Mari Díaz

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-034-9

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

LA LADRONA HOOD
NOTA EDITORIAL
PEGASO
BIG BEN
EIFFEL
MARENGO
CAISSA
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

AGRADECIMIENTOS

NOTA DE AUTORA

GLOSARIO

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE MARÍ DÍAZ

CRÉDITOS

NOTAS

NOTAS

- [1] Buenos días, señora.
- [2] Adiós.
- [3] Buenas noches, ¿puedo pasar?
- [4] Sí, viaje turístico.
- [5] Buenas noches.
- [6] Bienvenida, señora.
- [7] Gracias.
- [8] Yo no hablo español.
- [9] Yo sí hablo francés, ¿conoces a la mujer de cabellos largos?
- [10] No, yo solo le di un cigarrillo.
- [11] Gracias.
- [12] Disculpe, esta es nuestra mesa.
- [13] Lo siento, no quiero molestar.
- [14] Señorita.
- [15] ¿Cómo está usted?
- [16] Muy bien gracias, ¿y tú?
- [17] No estoy mal.
- [18] Estoy de acuerdo.
- [19] ¡No jodas!
- [20] ¡Estamos jodidos!
- [21] Disfruta mientras dure.
- [22] Lo prometo.
- [23] Mujer sin cerebro.
- [24] Señorita.

- [25] Peón de ajedrez.
- [26] Mi bella dama.
- [27] Lo prometo.
- [28] Señor.
- [29] Caballo de Troya en progreso.
- [30] ¡Esto apesta!
- [31] Buenos días.
- [32] Bienvenido.